

**MISTERIO, AVENTURA, HISTORIA...**  
**LA NUEVA VOZ DE LA NOVELA GALLEGA LO TIENE TODO**



**PEDRO FEIJOO**

# LOS HIJOS DEL MAR

Lectulandia

«Pues ahora viene lo mejor. Resulta que hoy un tipo muy raro nos ha llevado en su lancha hasta la isla de Ons, y allí nos ha enseñado la entrada de esta zona del mundo al infierno. ¡Al mismísimo infierno, nada menos! Y ahora estamos tú y yo aquí sentados, tomando tequila después de casi doce años. Tú debes de pensar que todo esto es una locura, y yo, simplemente, ya no sé qué pensar... ¿Cómo lo ves?».

Simón Varela, arquitecto, es un reputado especialista en construcción de gallineros, chiringuitos de playa y otras chapuzas por el estilo. Su fina ironía y su instinto para sobrevivir son sus dos puntos fuertes. Por eso, un encargo de restauración en la finca de una de las familias más poderosas —y turbias— de Vigo le resulta tan sorprendente como alarmante. Sin embargo, la revelación de un inesperado secreto familiar que le incumbe y la belleza adictiva de una mujer a la que no quiere renunciar le impulsan a quedarse y a afrontar la situación como lo haría un personaje de Raymond Chandler, pero en versión gallega y ciertamente poco glamurosa.

**Lectulandia**

Pedro Feijoo

# **Los hijos del mar**

ePub r1.0

Titivillus 21.04.15

Título original: *Os fillos do mar*

Pedro Feijoo, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



*Para Marta, que siempre creyó  
en la profundidad de este mar.*

Tant de bo sigui jo capaç d'escrivre  
les més belles paraules per a tu.

«Es peligroso tener razón cuando  
el gobierno está equivocado».

VOLTAIRE

«Todo hombre es como la luna:  
tiene una cara oscura que a nadie muestra jamás».

MARK TWAIN

«La vida es la cosa mejor que se inventó».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,

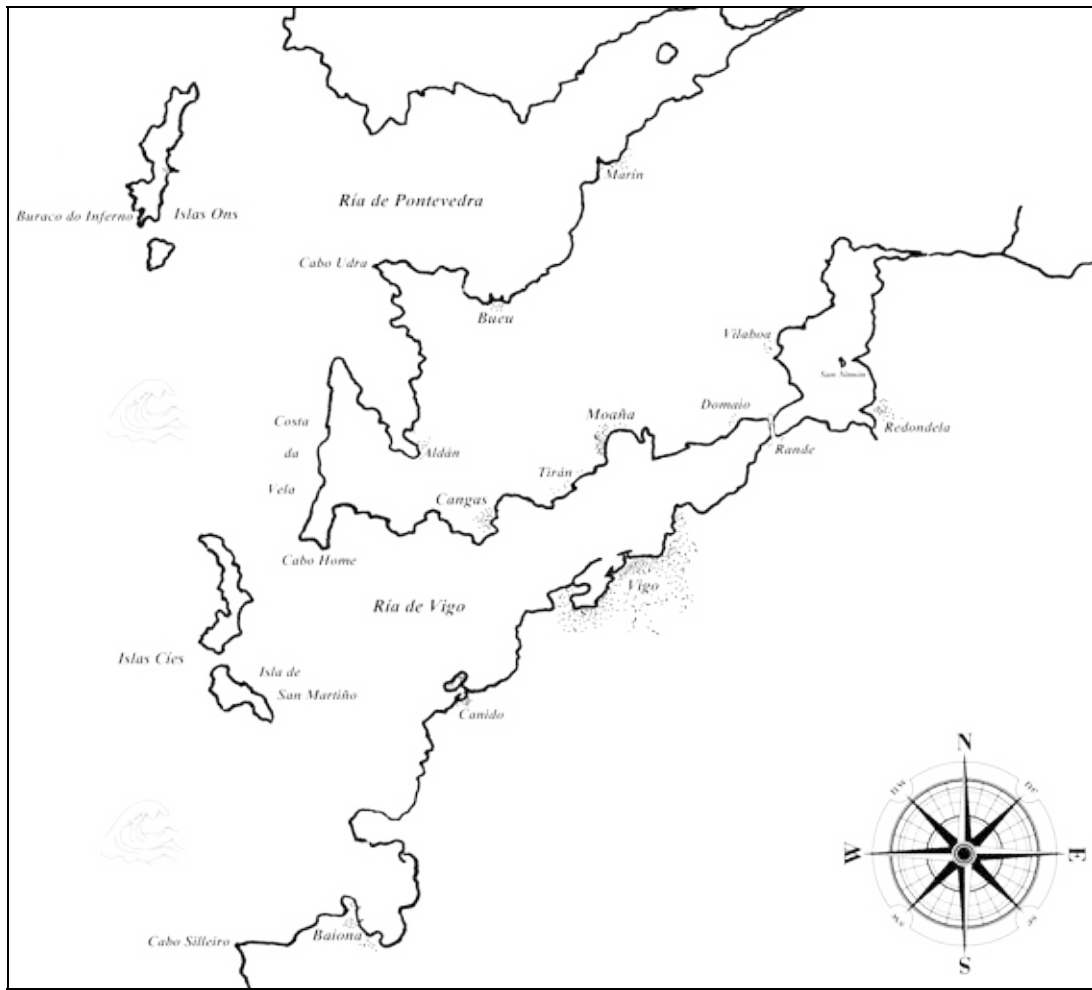
*El coronel no tiene quien le escriba*

«*Half of what I say is meaningless,  
but I say it just to reach you, Julia*».

LENNON / MCCARTNEY, *Julia*

«Aquí somos así. Positivamente».

SUSO DE TORO, *Cajón desastre*





Corre, todo era mucho más sencillo.

A veces, la verdad está delante de nosotros. A veces es tan fácil como mirar al frente. Tan simple como observar una señal dejada en el camino, como leer una carta, una letra detrás de otra. Nos empeñamos en buscar lejos aquello que está a nuestro lado, y casi nunca sintonizamos bien los diales de nuestras atenciones. Buscamos héroes de capa y antifaz que vengan volando a salvarnos de terribles supervillanos, y no nos damos cuenta de que los otros, los verdaderos héroes, están pasando con toda tranquilidad por nuestra acera, vestidos de calle y discreción. Soñamos con fastuosos tesoros hundidos en las aguas increíblemente cristalinas del Pacífico Sur, aguas en las que nosotros jamás llegaremos a mojar tan siquiera un pie, y no prestamos atención a la profundidad de nuestros propios mares. ¿Por qué nos perdemos en divagaciones sobre la belleza mientras contemplamos la luna como idiotas, y no vemos lo hermosa que es la mujer que duerme a nuestro lado? Al fin y al cabo, la luna no es más que una piedra muerta en permanente gravitación bobá en nuestra órbita, y tú eres la mujer más bella que he conocido nunca...

Esta vez todo era mucho más sencillo, y yo no he sabido verlo hasta este momento. Despierta. Tenemos que salir.

# **PRIMER ACTO**

## **SIMÓN**

# I

—¿Sí?

—Buenos días. ¿El señor Simón Varela, por favor?

—¿Quién llama?

—Mi nombre es Ernest Rovira, secretario personal de la familia Dafonte-Llobet.

Mi nombre es Simón, y soy arquitecto. Ya sé, ya sé: ni mi nombre, ni mucho menos a qué me dedico, son cosas que a nadie le importan demasiado. Pero mi madre siempre me decía que la buena educación lo es todo en la vida. Mi nombre es Simón. Aunque también podría ser Nada. Total, aquí nunca llama nadie. Si me descuido, ya ni los amigos llaman. Y eso para dos o tres que me quedan. Antes no era así. Yo nunca he sido un tipo de esos populares, de los que son el centro de atención, «el alma de la fiesta» y todo eso. Pero tampoco era ningún bicho raro.

Bueno, yo creo que no...

Cuando estaba en la escuela me pasaba las horas dibujando. Sacaba de quicio a mi profesor de plástica porque siempre dibujaba casas con las chimeneas torcidas y los colores a rayones por fuera de cualquier línea que marcase los límites. Y ahora soy arquitecto. Comencé a estudiar la carrera en Barcelona, en la Universitat Politècnica de Catalunya, en el otoño de 1990. Fueron diez años (sí, diez años, ya lo sé...) muy intensos, de aprendizaje, de fiesta, de amores... Pero todo se acaba, todo se va. Cuando el siglo xx vino a convertirse en el xxi, y el segundo milenio en el tercero, yo decidí celebrar tan solemne momento con la apertura de mi propio estudio de arquitectura aquí, en Vigo, la ciudad en la que hace ya casi treinta y siete años que nació. Y no tardé demasiado en percatarme de que los grandes momentos de la humanidad son tan transitorios, tan vulgares como cualquier otro. Para cuando quise darme cuenta, la sensación de fracaso y, sobre todo, la soledad ya estaban instaladas conmigo, en un rincón oscuro de mi estudio. Apenas pasa gente por aquí. Algún conocido que busca ideas para arreglar la vieja casa de los abuelos, herederos espabilados a la caza de algún proyecto de reforma con el que intentar despistar a la Ley de Costas... Pequeños trabajos de subsistencia, y poco más.

Aquí ya casi nunca llamaba nadie, y mucho menos ningún secretario personal de ninguna de las familias más importantes de la ciudad. Así, a golpe de lunes.

—Disculpe... ¿Cómo dice que se llama?

—Rovira, Ernest Rovira, y soy, como ya le he dicho, el secretario personal de la familia Dafonte-Llobet. ¿Sería usted tan amable de ponerme con el señor Simón Varela, por favor?

—Sí, claro. Perdona, pero es que no estaba seguro de haberle entendido bien. Yo soy Simón, Simón Varela.

—Simón Varela..., el arquitecto, entiendo —quiso asegurarse la voz al otro lado de la línea, quizá tras haber percibido mi nerviosa incertidumbre. Aun así, el orgullo es el orgullo, y poco me faltó para responderle: «No, Simón Varela, el sexador de pollos, no te...». Me contuve a tiempo.

—El mismo, señor Rovira. ¿En qué le puedo ayudar?

Antes de la respuesta se produjo un breve silencio, como si del otro lado alguien no estuviese demasiado seguro de las capacidades de su interlocutor. Por fin, y después de un suspiro intencionadamente mal disimulado, la voz del señor Rovira, quienquiera que este hombre fuese, reapareció.

—Verá, don Simón. —Odiaba de todo corazón cada momento en que alguien se dirigía a mí en esos términos; en realidad, no es que fuesen demasiadas las ocasiones, pero aquello de «don Simón» siempre me hacía sentir inevitablemente ridículo—. Tengo el encargo de comunicarle el deseo de la señora Isabel Llobet, viuda de don Eneas Dafonte Maristany, de contratar sus servicios como arquitecto. En caso de estar usted disponible, por supuesto.

Aquello tenía que ser una broma. Alguien se estaba cachondeando de mí. O eso, o me acababa de tocar la lotería. «¿Disponible?». ¡Por favor! Por trabajar para aquella gente yo sería capaz de ir corriendo, a la pata coja y con la lengua fuera con tal de firmar el encargo. En una décima de segundo me vinieron a la cabeza todos los años que me había pasado soñando con un trabajo importante. Quizá ése fuese el empujón que estaba esperando para colocarme, por fin, en la primera línea de la arquitectura local. Intenté dominar aquella revolución nerviosa y proseguir con la conversación.

—Bueno, la verdad es que últimamente andamos un poco apretados de agenda, pero estoy seguro de que encontraremos un hueco. ¿En qué consistiría el trabajo? Si no es mucho preguntar...

—Por supuesto que no, don Simón. —«Don Simón...». Tengo la sensación de que este tipo se lo está pasando bien. Seguro que todo esto no es más que una coña—. Se trataría de diseñar y dirigir cierta obra de reforma en una de las zonas de la Casa Grande, el viejo pazo de los señores Dafonte, no sé si usted lo conocerá...

—Algo me suena, creo que sí... —«Creo que sí», menuda trola. La Casa Grande, como todo el mundo en Vigo lo conocía, era un espléndido pazo en la playa de Canido, a las afueras de la ciudad. Un viejo caserón de principios del XVIII que había pasado la mayor parte de su historia en el abandono y el deterioro, hasta que en los

primeros años cuarenta del siglo pasado Eneas Dafonte lo adquirió. Todos los arquitectos en la ciudad conocíamos la historia de aquella casa, porque su trabajo de restauración había sido uno de los mejores ejemplos de respeto por la arquitectura tradicional gallega que, en años de obras grises y racionales, se habían hecho. Definitivamente, y si aquello no era una broma pesada, me acababa de tocar el premio gordo.

—De cualquier modo, señor Varela. —Vaya, pasamos de «don Simón» a «señor Varela», ¿estaremos ganando puntos?—. Sepa usted que el objeto de mi llamada no es más que el de conocer su disponibilidad. Si usted nos confirma su interés en el proyecto, será entonces la propia doña Isabel quien posteriormente se ponga en contacto con usted.

—Por supuesto, señor Rovira. Puede confirmar mi interés en el trabajo. Dígale a la señora Llobet que me llame cuando quiera.

—Muy bien, así se lo comunicaré. Muchas gracias por su tiempo y atención, señor Varela.

—Muchísimas gracias a ustedes. Quedo a la espera.

Colgué el teléfono y dejé correr toda la tensión que había ido acumulando a lo largo de la conversación. Grité con fuerza, salté, bailé y me di un buen golpe en la pierna contra la esquina de la mesa del teléfono, pero era tanta la emoción que no estaba yo para preocuparme por ningún dolor en ese momento.

Hasta donde yo sabía, los Dafonte-Llobet tenían fama de ser una de las familias más ricas y poderosas de la ciudad, pero también era verdad que un cierto aire rancio, preso en recuerdos de tiempos pasados, envolvía su nombre cada vez que alguien hablaba de ellos. Además, el nombre de uno de los hombres de la familia, el señor Xulio Dafonte, llevaba ya un tiempo sonando por los mentideros de la ciudad, con un par de apariciones en las páginas de sucesos del *Faro de Vigo*, creo que por algo relacionado con alguna de sus empresas y no sé qué historias más. Supongo que debería haberle prestado más atención a la vida local, pero lo cierto es que por aquella época yo abría el periódico nada más que para leer la tira de Garfield, la programación de la tele y la última página, siempre en este orden. Cuando dejaron de publicar las historias de gato tragón, mi relación con la prensa pasó a mejor vida.

Así las cosas, la excitación pronto dejó espacio para las dudas. Si los Dafonte-Llobet tenían tanto dinero y tan buena posición como se les suponía, también era verdad que, de haberles venido en gana, podrían haber contratado al premio Pritzker de Arquitectura de turno para que les reformase los gallineros. ¿Por qué yo, un don nadie, y no Norman Foster? O cualquier otro arquitecto gallego, que aquí también los hay muy buenos... Todo aquello tenía que ser una broma. Claro que el señor Ernest, o quienquiera que fuese aquel tipo al otro lado del aparato, parecía muy serio... «Bueno, mira, lo mejor es tranquilizarse y esperar. Si tienen que llamar, ya llamarán».

Mi disfraz de persona madura y tranquila se deshilachaba por momentos. Las horas iban pasando con la lentitud de las estaciones a mi alrededor. Una efervescente

primavera llena de ilusiones pronto se transformó en un asfixiante estío repleto de las más locas ideas de éxito. El tiempo siguió avanzando lentamente, hasta que esas ideas fulgurantes comenzaron a caer como hojas de mi cabeza a lo largo de un incómodo otoño. Yo ya me había instalado en la más blanca y fría de las tristezas invernales, con mi ilusión terriblemente envejecida y convencido ya de que todo había sido una broma de muy mal gusto cuando, por fin, al ir la tarde queriendo hacerse noche, el teléfono de mi estudio volvió a sonar. Di un salto desde el sofá hasta el teléfono, me planté delante del aparato y, con la tranquilidad peor fingida en la historia del teatro universal, descolgué el auricular.

—Dígame.

—¿El señor Simón Varela? —Aquella voz, de mujer anciana, me transmitió desde el primer momento una sensación de calma y dulzura que me dejó un poco desorientado.

—Sí, soy yo...

—Buenas noches, Simón. Soy Isabel Llobet, me imagino que Ernest ya le habrá hablado de mí. Disculpe que lo llame a estas horas, espero no molestar...

Ya antes de que se presentase sabía quién era aquella mujer, y no precisamente por la primicia del amigo Ernest. Comprendí al oírla hablar que era ella. Pero la sensación no dejaba de ser extraña, incluso algo incómoda. Supongo que uno es, en buena medida, sus propios prejuicios, y yo me había imaginado a la señora Llobet, matriarca de una familia tan poderosa, dueña de una voz ciertamente más fuerte, dura. Y me había preparado para hacerle frente a esa dureza. Pero, sin embargo, doña Isabel hablaba casi con la dulzura de una abuela, de esa vecina mayor con la que te cruzas en el portal del edificio. Encima, yo me había dado cuenta de que era ella, y ahora ya no sabía cuál debía ser mi papel. Sólo sabía que lo que tenía preparado no encajaba en aquella conversación. Ni siquiera me di cuenta de que ella ya había empezado a llamarme por mi nombre de pila. Como si toda la vida hubiese sido así.

—Oh, no, no. No se preocupe por eso. Si de hecho no sé ni qué hora es, toda la tarde aquí, enfrascado delante de los planos.

—Ajá... —De repente tuve la sensación de estar ante una madre sabedora de que te acaba de pillar en una mentira—. Pues mejor, entonces. Verá, me comunica Ernest que tendremos el placer de contar con su trabajo aquí, en la casa. —«Pero si yo dije que tenía que consultar mi agenda... ¿Tanto se me notó?»—. No sabe usted la alegría que eso me produce.

—Vaya, pues me alegro yo también de que usted se alegre. —«¿Pero qué rayos estoy diciendo?»—. Esto... Sí, bueno, lo cierto es que sí, ya me he organizado un poco para poder dedicarme a su proyecto. Pero claro, sería bueno que pudiese conocer un poquito mejor de qué se trataría el asunto. Ernest, bueno, el señor Rovira, me comentó algo sobre una reforma de la casa, pero tampoco me dijo mucho más. No sé, quizá usted...

—Por supuesto, Simón, por supuesto. Ernest se toma muy en serio el asunto de la

discreción, y nunca comenta nada más que lo justo. No se lo tenga en cuenta, señor Varela. A decir verdad, la reforma en sí no es en la casa propiamente, sino en sus jardines, en el viejo estanque.

Me quedé callado, intentando procesar toda la información que tanto consciente como inconscientemente mi cerebro iba recibiendo. Doña Isabel debió de interpretar mi silencio como nota de cierto desencanto.

—Espero no haberlo desanimado, Simón. Comprendería que la reforma de unos jardines y un viejo estanque de agua no fuesen demasiado apetecibles para un arquitecto de su categoría.

¿Mi *categoría*? ¿Qué me quería decir con eso? Por un momento tuve la sensación de que se estaba burlando de mí, como si supiera que yo en realidad no era nadie. Y entonces comprendí que mis máscaras resultaban del todo inútiles ante aquella mujer. Ella era quien llevaba el control de la situación. Y de cualquier modo, yo no iba por ahí.

—Oh, no, doña Isabel. Sólo estaba escuchando. Verá, la verdad es que a mí tanto me da trabajar dentro como fuera de la casa, señora. Ahora, y siendo completamente sincero, no acabo de entender por qué quiere trabajar conmigo. No se ofenda, pero yo sé que usted podría perfectamente contratar al mismísimo Miguel Ángel si lo desease.

—No se preocupe ahora por eso, hijo. A mis años, una sabe con certeza cuáles son las buenas decisiones, y cuáles no. Y yo estoy plenamente convencida de que usted es la persona más indicada para llevar a cabo este trabajo. Así pues, dígame, ¿contamos con usted, sí o no?

Aquella mujer sabía a la perfección lo que se traía entre manos. Por un momento tuve la sensación de que mi respuesta no iba ser más que otra pantomima, que la decisión ya estaba tomada, y que no había sido yo, precisamente, quien había puesto la firma grande sobre el documento definitivo. Tuve *esa* sensación y, a pesar de todo, seguí adelante.

—Por supuesto, doña Isabel. Será un orgullo trabajar para usted.

—¡Fantástico! —exclamó ella desde el otro lado; su voz me llamó mucho la atención en ese momento, pues con total seguridad me pareció que sí se alegraba por nuestro acuerdo—. No se hable más, entonces. ¿Cuándo puede usted venir por aquí? ¿Le va bien mañana? A las cinco sería perfecto. Así tendremos ocasión de hablar con tranquilidad, y podré explicarle a usted con más detalle el trabajo *in situ*. ¿Le parece bien?

No fui capaz más que de asentir ante semejante caudal de energía y regocijo por parte de aquella mujer. Por el calor y la dulzura de su voz no era fácil dilucidar cuántos años tendría exactamente, pero, teniendo en cuenta las historias que corrían por la memoria de la ciudad, supuse que debía de andar entre los setenta y los setenta y cinco. No obstante, era tanta la fuerza que desprendía... Asentí con un simple «ajá», que hoy me parece si cabe todavía más ridículo. Al otro lado de la línea, ella volvió a expresar su satisfacción y se despidió hasta el día siguiente.

—No se hable más, entonces. Hasta mañana, Simón.

«Ajá», y ya estaba todo dicho. Pero yo seguía sin acabar de entender nada. Me había pasado el día entero esperando esa llamada y, de repente, ya estaba todo dicho. «Ajá». ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué era yo la persona más «indicada» para el trabajo? ¿Y qué trabajo era ése, exactamente? Doña Isabel parecía la persona más afable del mundo, pero por lo que se decía por ahí, la familia Dafonte-Llobet no tenía el más limpio de los pasados, precisamente. Y según parecía que contaban ahora los periódicos, tampoco se podía decir que su presente fuese un vergel de honestidad. ¿Qué estaba pasando? Por un momento pensé en la posibilidad de que me fuesen a emplear como cabeza de turco en algún tipo de asunto oscuro. Y, para qué engañarnos, tengo que confesar que incluso sentí algo de miedo. Que me llamen paranoico, pero a ver, ¿quién iba a echar en falta a un arquitecto de medio pelo como yo si pasado mañana no volvía a aparecer por el barrio? Vale, sí, me imagino que mis acreedores a primeros de mes, pero yo no me refería a eso. De repente tuve la sensación de estar empezando a encontrarme atrapado en una especie de red de la que no era todavía consciente más que en mi imaginación. No sé qué me excitaba más: si la certeza de un nuevo trabajo (y esta vez uno de verdad...), o la incertidumbre que rodeaba a todo este asunto.

Cuando me quise dar cuenta, la noche cerrada ya se había adueñado de todo, y yo sentía que mi cabeza estaba a punto de hacer bum. Decidí que lo mejor era dejarlo y esperar, otra vez, a ver qué nos deparaba el día siguiente. Al fin y al cabo, no podía ser mucho peor de lo que mi vida era ya. Me eché en el sofá azul del estudio, con la certeza de que no podría pegar ojo en toda la noche. Cinco minutos más tarde, ya estaba dormido.



## II

Las señales horarias de las cinco de la tarde comenzaron a sonar en la radio de mi coche mientras mi viejo Peugeot rodaba el tramo final del camino a través del terreno de la Casa Grande. En pie desde bien temprano, me había pasado toda la mañana y la primera hora de la tarde dándole vueltas en la cabeza a mi discurso ante la señora Llobet. Horas y horas de ensayo que, una vez a las puertas de su casa, sólo me sirvieron para dejarme una cosa bien clara: no tenía ni idea de cómo plantarme ante ella. Me sentía tan nervioso como un colegial ante su primera partida de beso-verdad-condición. Antes de bajarme de mi patata con ruedas repasé mi aspecto ante el retrovisor, y tuve la certeza aplastante de que ni siquiera había sido capaz de escoger la corbata más apropiada para la ocasión. Y eso que sólo tengo dos... Dejé el coche y fui directo al portón de madera de la casa, abierto de par en par. Al tiempo que yo me iba acercando por fuera, otra silueta se aproximaba desde dentro, según pude intuir a través de los cristales translúcidos con los que se decoraba la puerta interior de la entrada. Alguien venía a recibirme.

—El señor Varela, supongo.

Un hombre bajito, de rostro cordial, me ofrecía su mano desde el otro lado de la puerta.

—Sí, soy yo. Vengo a ver a la señora Llobet, tengo una cita con ella aquí a las cinco.

—Lo sé, don Simón. Fue conmigo con quien habló usted ayer. Yo soy Ernest Rovira. Acompañeme, por favor. —Y de nuevo me dedicó una sonrisa todavía más amplia que la del recibimiento.

Supongo que, inconscientemente, me di cuenta de que él era Ernest tan pronto como le escuché pronunciar aquello de «don Simón». De todos modos, no dejó de llamarme la atención. En mi imaginación yo me había compuesto al tal Rovira como una especie de mezcla entre James Bond y un mayordomo como esos que salen en las películas de ambiente victoriano, un tipo alto, de chaleco a rayas sobre camisa blanca, y no como la persona que en realidad era: un hombre de unos sesenta y pico años con aspecto de viejo profesor de matemáticas retirado, amplia calva y gafas metálicas pasadas de moda hacía muchos años. Seguí al secretario por el pasillo que partía de uno de los laterales del vestíbulo a muy buen paso. El señor Rovira lucía una buena tripa, pero aun así se movía con agilidad, se notaba que estaba en forma. O, por lo menos, que yo no lo estaba. Finalizamos nuestra carrera en un salón con grandes ventanales orientados a la parte posterior de la casa. Ernest me pidió que hiciese el

favor de aguardar un momento, que doña Isabel no tardaría en recibirme, y que me pusiese cómodo, que estaba en mi casa. Y con la misma expresión de cordialidad con la que me había dado la bienvenida, desapareció por el pasillo adentro.

Me acerqué a uno de los ventanales con el fin de examinar qué parte de los famosos jardines se podía contemplar desde donde yo me encontraba. Ya antes de detenerme con mi coche delante de la casa había tenido que atravesar un buen trecho de camino de tierra desde que me desvié de la carretera principal para atravesar los muros tras los que se protegían los terrenos de la Casa Grande. Muros viejísimos, muy altos, de más de tres metros, hechos de piedra del país y cemento. Al pasar el portal, dos viejas hojas de forja todavía más altas que los muros, el camino se descubría arropado por un pequeño bosque de abetos, pinos y robles, dentro del cual se escondía el edificio principal de la Casa Grande. De hecho, el pazo era totalmente invisible desde la carretera de la playa de Canido. Al llegar no había podido ver ningún estanque, así que volví a intentarlo desde mi nueva posición. Idéntica suerte. Desde las ventanas del salón no se divisaba más que un largo prado verde, que corría en pendiente protegido por más árboles a los lados. Al fondo, a unos quinientos metros, los árboles laterales convergían todos en una especie de robledal amplio y tupido, dentro del cual no se podía ver nada más.

—Buenas tardes, Simón. Me alegro mucho de verte.

Oí a mis espaldas una voz que al momento me resultó familiar. Me di la vuelta y allí estaba ella, doña Isabel. Caminaba apoyando la mano izquierda en un bastón con empuñadura de plata, y con la ayuda de Ernest, a quien se agarraba con la mano derecha. Su aspecto era el de una mujer ya muy mayor. Me acordé de Jessica Tandy en *Paseando a miss Daisy*. Su rostro era un mapa del mundo en arrugas, a juego con la larga cabellera blanca que le corría por las mejillas y que componía un marco perfecto para sus ojos, claros como el agua más limpia, y una sonrisa cariñosa y afable.

—Buenas tardes, señora Llobet. Yo también me alegro de estar por fin aquí.

—Oh, nada de «señoras», hijo, que aquí donde me ves todavía soy muy capaz de sacarte a bailar. Llámame Isabel, que es como me dicen todos mis amigos.

Aquella familiaridad era algo con lo que yo no contaba, pero hizo que me encontrase rápidamente a gusto. Al lado de aquella mujer resultaba bastante difícil sentirse incómodo.

—Veo que no has tenido dificultades para dar con nuestro «humilde hogar». —La ironía en sus palabras resultaba evidente, pero parecía más cargada de resignación que de burla—. Y a la hora exacta. Me gusta. Creo que la puntualidad, en su ausencia o en su exceso, dice mucho de uno, ¿no te parece?

—Bueno, debo confesar que yo jugaba con ventaja. A mi abuela le encantaba venir a pasear por la playa de Canido, y mis padres y yo solíamos acompañarla en aquellas excursiones de fin de semana. Pasábamos muy a menudo por delante de su terreno. La verdad es que ya me tenía el camino más que aprendido, doña Isabel.

—Tu abuela, dices. ¿Y cómo se llamaba tu abuela, hijo?

—Elisa.

—Elisa... Pues déjame que te diga que tu abuela tenía muy buen gusto. Para los paseos, quiero decir. Yo también he disfrutado mucho de esas puestas de sol, con la bajamar acariciándome los pies. Hay una luz muy hermosa en estas playas, todo teñido de color naranja... —La mujer quedó en silencio, con la mirada perdida en Dios sabe qué recuerdos durante dos o tres largos segundos. Hizo un gesto con la mano, el de quien aparta de delante algo que no es de su agrado, y retomó la energía de la que ya había dado muestras por teléfono—. Pero bueno, que si te he hecho venir hasta aquí no es para hablar de atardeceres. ¿Te parece bien que nos vayamos metiendo en materia, Simón?

—Por supuesto, doña Isabel. ¿De qué se trata la cosa, pues?

—¿Qué te parece si ahora somos nosotros los que damos otro paseo, y te muestro tu futuro lugar de trabajo?

Salimos a los jardines y torcimos por uno de los laterales, por un pequeño sendero en el que yo no me había fijado hasta ese momento. Mientras avanzábamos entre los árboles, doña Isabel, ahora apoyada en mi brazo izquierdo, me fue hablando de tiempos pasados, de días de fiesta y celebraciones en aquellos mismos jardines. Recordaba visitas de amigos, de autoridades, de las celebridades del momento, y, mientras lo hacía, Ernest, caminando a dos metros escasos por detrás de nosotros, nos seguía con la mirada perdida en el suelo, como si también él participase en silencio de aquellos mismos recuerdos. Y, sin embargo, en las palabras de doña Isabel no había nada semejante a mi tristeza por una situación —salvando las distancias— semejante. No, ella hablaba como quien describe una película que ya se ha terminado, una historia en la que ella también hubiera tenido un papel protagonista, pero que ya había quedado allá, en el olvido. Por momentos, incluso me pareció reconocer algo parecido al alivio en sus palabras.

—Y bien, aquí estamos.

Al principio pensé que se refería a que hasta ahí había llegado la historia de su vida. Pero enseguida descubrí mi error. Después de haber estado ascendiendo a lo largo de casi todo el trayecto, acabábamos de llegar a uno de los extremos del terreno. Estábamos prácticamente encima del mar, que rompía tranquilo allá abajo, a nuestros pies. En este punto, el jardín formaba una especie de mirador sobre la ría, cubierto por unos cuantos sauces llorones, con un par de bancos mirando al mar. Y entre ellos, un viejo estanque rectangular con una fuente en su interior. Todo el conjunto estaba construido en piedra vieja, pero tan comida por el musgo y los líquenes que casi ni se adivinaba su color gris. Dentro, la poca agua que había, espesa e inmóvil, era de un color verde que no dejaba más que intuir el fondo cenagoso de aquella pequeña piscina. De la fuente que había en su centro, una columna cuadrada que se erigía en medio de aquel lodazal, hecha de la misma piedra con la que se había elaborado el estanque, ya no manaba agua, y, por todo el óxido que acumulaban en su punto más

elevado los cuatro caños de bronce, uno en cada costado, daba la sensación de haber pasado ya mucho tiempo desde que la última gota de agua asomara por aquellas bocas. La construcción en sí formaba un conjunto a caballo entre lo romántico y lo fantasmagórico, antiguas piedras muertas devoradas por la vegetación y el tiempo. Y a pesar de todo, aquel lugar conseguía crear un ambiente con cierto aire familiar.

—Esta fuente es el origen de todo, Simón. Mi marido, el señor Eneas Dafonte Maristany, que en paz descansa, ordenó su construcción al comprar la casa. Aunque te pueda sorprender, has de saber que en este momento estamos sobre una mina natural de agua. Aquí abajo había una cueva por la que se accedía al manantial original. Cuando Eneas compró la casa, el terreno, como imagino que ya sabrás, llevaba más de cien años abandonado, era campo de juegos para los niños del pueblo, y la caverna uno de los rincones favoritos para sus aventuras. Ellos fueron quienes se la enseñaron por primera vez. Eneas entendía que el agua era el más bello símbolo de la pureza y la riqueza de la tierra, y por eso ordenó levantar aquí esta fuente, para celebrar el presente que la tierra nos ofrece. La verdad es que nosotros nunca fuimos mucho de heráldicas, ni de estupideces de ese tipo, pero no es menos cierto que Eneas veía en esta fuente un símbolo de sí mismo, de nuestra propia familia. Le encantaba venir hasta el mirador a última hora de la tarde, y sentarse aquí, en ese banco que tienes a tu lado, a contemplar la puesta del sol, acompañado sólo por el sonido del agua cayendo en el estanque.

De nuevo interrumpió doña Isabel su relato, otra vez la mirada perdida en el horizonte. Estaba claro que extrañaba a su marido. Siguió hablando, ahora sí, en un tono más próximo a la tristeza.

—La fuente se secó pocos meses antes de que Eneas muriese, y él supo interpretar aquello como una señal. «Todo llega a su fin», decía...

—No se ponga triste ahora, doña Isabel. —Pobre tentativa mía de consuelo.

—No, hijo, no... Y para eso estás tú ahora aquí. Yo sé que mi hora también está cerca.

—Por favor, doña Isabel, no diga eso —interrumpí yo, torpemente convencido de que mi arrogancia era lo que aquella mujer necesitaba escuchar—, que usted todavía es todo energía.

—Vaya, Simón. —Mi asalto provocó en ella el esbozo de una nueva sonrisa—. Te agradezco el intento, pero yo sé bien de qué estoy hablando. Así que no interrumpas más y escucha.

De repente me sentí como el niño que, impertinente, acaba de recibir de su madre la regañina merecida. Y reaccioné del modo más maduro en mí: tragando saliva y bajando la cabeza.

—Perdón, señora.

Aceptadas mis disculpas, doña Isabel retomó su explicación como si allí nadie hubiese interrumpido a nadie.

—Como te estaba diciendo, Eneas supo interpretar aquella señal y entendió que

así tenía que ser. Y yo no quiero pensar que un hombre tan inteligente como mi marido habría escogido a una estúpida cualquiera por esposa. Yo también sé leer en las líneas de la vida, y hoy entiendo que no me debo marchar en el silencio de esta fuente. Repara estos grifos, Simón, recupera este espacio. Haz que el agua corra, que la piedra hable, que éste vuelva a ser un rincón agradable donde los que un día nos amaron puedan venir con el tiempo a recordarnos.

Doña Isabel hablaba con dulzura, pero también con seguridad. De nuevo volví a tener la sensación de que la decisión ya estaba tomada de antemano, y todo lo demás sólo eran formalismos. Sabía que ni podía ni quería decir que no.

—¿Y cuándo quiere que empiece, entonces?

—Creo que acabas de empezar, Simón.

### III

No era nada difícil entenderse con aquella mujer. Como ella misma había dejado bien claro, se trataba de una persona inteligente, de ideas muy lúcidas. Dos minutos hablando con ella eran suficientes para comprender que no sólo sabía muy bien lo que quería, sino que además también sabía cómo hacértelo llegar. Un par de horas de charla relajada alrededor de unas tazas de café, de vuelta en el salón donde habíamos iniciado nuestra cita, y la idea principal ya estaba más que esbozada. Doña Isabel no quería más que recuperar aquel espacio, sin mayores pretensiones. Nada de diseños contemporáneos, ni «armonizaciones paisajísticas», ni cosas por el estilo. Tan sólo recuperar, o, quizá mejor dicho, resucitar aquel rincón del terreno. De hecho, fue ella quien me resumió el encargo de este modo:

—Resucítanos, amigo Simón. Baja hasta los orígenes y haz que el sonido de las aguas cantarinas nos traiga nuevas músicas de vida a esta familia. Quiero pensar que un día, cuando yo ya no esté, esas mismas aguas serán capaces de limpiar toda la mugre que hoy cubre el fondo del estanque y afea nuestra fuente.

La escuchaba, y pensaba que nunca tan hermosa descripción se había hecho de un simple proyecto de reforma arquitectónica. Sobre todo teniendo en cuenta que en aquel momento mi trabajo no implicaba, aparentemente, mucho más esfuerzo que algo de fontanería y poco más. La ignorancia es atrevida como ningún héroe, y yo, sentado en la comodidad de aquellos sofás de tan rancio abolengo, estaba convencido de que aquel trabajo iba a ser tan sencillo como bajar al quiosco, comprar el cupón ganador de los ciegos y presentarse en el banco a cobrar los millones. Desde luego, insisto, doña Isabel Llobet era una mujer inteligente y de ideas claras, y si eso era lo que ella quería, yo se lo traería en bandeja de plata.

A medida que todas estas cuestiones fueron quedando más o menos definidas, la conversación se fue relajando, si cabe, todavía más de lo que ya de por sí lo era, hacia otros temas, y ahora era por mí por quien se interesaba la señora Llobet. Me preguntó por mi formación. En un principio me llamó la atención el hecho de que ella supiese de mis años en Barcelona antes de que yo se lo hubiese dicho, pero pronto pensé que eso tenía que ser cosa de la eficiencia de su servicial Ernest, quien, sin duda, se habría encargado con anterioridad de informarse sobre todos los arquitectos candidatos a este trabajo. Porque por fuerza yo no podía haber sido el único aspirante. Doña Isabel llevó la conversación hasta el modernismo.

—Para mí, Simón, y no sé si tú compartirás esta visión, el modernismo catalán, y muy especialmente el trabajo de Antoni Gaudí, es el más hermoso canto al desenfado

de las formas, al color y a la vida que en todo el siglo xx se hizo en España. Lástima que más gotas de esa alegría no hubiesen llegado hasta nosotros, ¿no te parece?

Y de nuevo no pude más que asentir. No sabría explicar cómo, pero en ese momento tuve la certeza de que doña Isabel Llobet ya sabía más que de sobra que el modernismo catalán, y muy especialmente el trabajo de Antoni Gaudí, habían sido el objeto de mis estudios al final de la carrera, mucho tiempo antes de que la vida me convirtiese en reputado especialista en la reforma de gallineros, chiringuitos de playa y otras chapuzas por el estilo. Y, por un instante, incluso tuve miedo de que aquella mujer fuese capaz leerme el pensamiento. Mi arrogancia anterior me hacía ahora sentir vergüenza.

—Más que una lástima, doña Isabel. Una verdadera tragedia.

Nos despedimos, no sin antes apalabrar una nueva cita dentro de los próximos tres o cuatro días, ya con los bocetos de la reforma bajo el brazo. Doña Isabel insistió en acompañarme hasta la salida, apoyada en su inseparable Ernest. Al abrir la puerta el secretario, mi flamante patata con ruedas apareció ante nosotros, justo en el mismo sitio en el que yo la había dejado aparcada, y justo con la misma capa de roña encima con la que yo llevaba viajando ya desde ni recordaba cuánto tiempo. La mujer observó mi coche con curiosidad, y por un momento me rondó una preocupante asociación de ideas: «Ella debe pensar que, si mi coche es esta montaña de basura, mi trabajo debe ser muy semejante...». A veces el subconsciente es así de simpático con uno mismo, pero en esta ocasión se equivocaba. Doña Isabel no hizo más que volver a sonreír, quizá divertida por la estampa, o incluso quizá complacida, como quien contempla aquello que le cuadra dentro de lo familiar.

—Ve con cuidado, hijo, que a veces los viajes más sencillos son los más traicioneros.

—Pierda cuidado, doña Isabel. Nos vemos en nada.

Y mientras yo avanzaba por el camino que me llevaba de vuelta al mundo, todavía pude observar por el espejo retrovisor cómo Ernest volvía a ayudar a la señora Llobet a entrar en la casa. Lo hacía con seguridad, pero tuve la sensación de que aquel hombre también lo hacía con gran cariño. ¿Cuánto tiempo llevaría junta aquella extraña pareja?

Enredando en pensamientos de este tipo, fui entrando en el tráfico de aquel atardecer de noviembre, con el otoño ya instalado en las proximidades de un invierno todavía por ser deseado. La luz del sol lo bañaba todo en un hermoso color naranja, y mi abuela regresó a mi pensamiento, muchos años atrás en aquella misma playa por la que ahora yo volvía a pasar. Recordé el reflejo del mar en sus ojos llenos de melancolía y ausencia, perdidos siempre en el ocaso, más allá de las islas Cíes, y me sentí bien en aquellas nostalgias. Decidí que por lo que iba de jornada ya estaba bien de darle vueltas a la cabeza, que si había más en lo que cavilar ya sería mañana otro día. Para entonces, el volante de mi coche ya había escogido hacer el regreso por la carretera de las playas. Por el Vao, las Barcas, la Sereña, Samil... Tranquilo, sin

prisas.

Pasé los dos días siguientes dibujando una y otra vez sobre la mesa de trabajo, encerrado en mi estudio. «La cueva», como yo la llamaba, era en realidad un pequeño apartamento en el número 2 del paseo de Alfonso XII, una vieja mole marcada como «edificio histórico protegido» por el catálogo del ayuntamiento. Parecía una especie de torre, erigida solitaria al lado del mirador sobre la ría, y había sido construida en el año 1881, en un solar en caída entre las calles Elduayen y Pobladores. La fuerte inclinación del terreno era la causante de que la fachada principal del edificio sólo tuviese tres alturas contando la planta baja, mientras que por la parte posterior ascendían siete plantas. Su altura llamaba mucho la atención, teniendo en cuenta su antigüedad. Una curiosidad arquitectónica para acoger a un curioso arquitecto como yo. El edificio no es que fuese gran cosa —lo cierto es que era todo un milagro que aquel mastodonte todavía se tuviese en pie—, pero en el fondo yo me sentía plenamente a gusto allí. Le tenía muchísimo cariño a aquel apartamento. Ofrecía el espacio justo para trabajar y vivir en él, y el edificio estaba en pleno centro de la ciudad, justo al lado del Olivo —el árbol símbolo de la ciudad, el mismo que aparece en su escudo—, a escasos trescientos metros de la Puerta del Sol, y junto al Bayona, el bar en el que todos los calaveras de la ciudad nos tomábamos la última ración de callos después de una larga noche de fiesta.

Esos dos días siguientes, miércoles y jueves, trabajé sin descanso. Hice cientos de borradores sobre mi mesa de dibujo. La vieja mesa de trabajo que mi padre me regaló al empezar yo mis estudios en Barcelona. Todavía la conservaba, y era en ella donde comenzaba siempre todos mis trabajos. Me gustaba emborronar a mano hojas y hojas con los primeros bocetos de cada nuevo proyecto antes de ponerme con el ordenador. Mi padre me la había comprado con la esperanza de que de ese tablero saliesen algún día los planos de alguna de las nuevas maravillas del mundo moderno, con las ilusiones puestas en la alzada de algún diseño que sin duda habría de revolucionar nuestra arquitectura. Pero con el tiempo todo se había ido. Las ilusiones, las esperanzas, e incluso la relación con mi padre, cansados ambos de desencantos a dos bandas. Cuando en esta ocasión me senté a la mesa por primera vez, suspiré profundamente, pensando que quizá esta vez sí, éste sí iba ser aquel trabajo con el que tanto mi padre como yo todavía soñábamos en la distancia. Yo nunca lo hubiera reconocido en voz alta, ni siquiera a mí mismo, pero lo cierto es que lo echaba de menos. Y comencé a dibujar.

El primer dibujo fue un esbozo del frontal del estanque bajo los sauces, con los bancos desde los que contemplar el mar a los lados. El segundo fue un boceto sólo del estanque y la fuente con sus caños. El tercero, un apunte sobre los grifos en detalle, primero sin agua y luego con ella. El cuarto, de nuevo el conjunto. El quinto, unos detalles del borde del estanque, trazos cubiertos por el follaje. El sexto... Y así



uno tras otro, sin darme cuenta. Cuando llegó el amanecer del jueves ya tenía tantos papeles desparramados sobre la mesa, a su lado, por el suelo, por todas partes, que era imposible dar dos pasos seguidos sin pisar un solo dibujo de aquella fuente en el mirador. Comprendí que me estaba obsesionando con aquel espacio, tan familiar que ya sentía que lo podría dibujar con todo detalle desde cualquier ángulo posible, y decidí que lo mejor era hacer un descanso. Llevaba ya dos días enteros trabajando sin parar, y necesitaba poner en orden mis ideas. No acababa de entender demasiado bien por qué le estaba dando tantas vueltas, si en el fondo la señora Llobet ya me había dejado bien claro por dónde quería que fuesen los tiros. Y no obstante, había algo que me obsesionaba en aquel trabajo. Necesitaba ordenar mis ideas, dormir, o lo que sucediese primero. Y ganó el sueño.

Caí rendido en el sofá azul, y cuando me desperté, la noche cerrada ya se había hecho fuerte en el mundo. Intenté entonces recomponer todo aquel caos de dibujos, darle forma, lo que fuese con tal de convencerme a mí mismo de que había sacado algo en claro. Al final, acabé escogiendo unos cuantos a modo de resumen y otra vez retomé el sueño.

Al día siguiente, viernes, y de nuevo a las cinco en punto de la tarde, mi carruaje de corceles detenía orgulloso su trote delante de la puerta principal de la Casa Grande. El siempre atento secretario Ernest Rovira ya me estaba esperando en la entrada. Me acerqué hasta él con mi carpeta bajo el brazo izquierdo y la mano derecha dispuesta para el saludo.

—Buenas tardes, señor Rovira.

—Buenas tardes, don Simón. Veo que sigue usted practicando el difícil arte de la puntualidad —apuntó Ernest con una sonrisa una pizca orgullosa de más.

—Sí, sí. Y yo me doy cuenta de que usted sigue gozando bastante con las posibilidades de mi nombre —me permití responderle en un tono teatralmente afectado.

—¿Quién, yo? —fingió no comprender el secretario.

—Mire, ya que por lo visto vamos a trabajar juntos, le voy a proponer un trato: usted me llama simplemente Simón, y yo le prometo seguir teniendo en consideración la importancia de llamarse Ernest. ¿Hay trato? —Y volví a ofrecerle la mano.

—De acuerdo, simplemente Simón.

Y el secretario dejó ver esta vez una sonrisa a la búsqueda de mi complicidad al tiempo que me cogía con fuerza la mano. En silencio, yo agradecí ese gesto de familiaridad, por fin algo por donde comenzar a romper el hielo de respeto que aquella casa me imponía. Los dos entramos en el pazo, Ernest de nuevo guiándome por el pasillo, pero esta vez hasta una puerta diferente.

—Aguarde un momento en la biblioteca, Simón. Doña Isabel está atendiendo una llamada en su despacho. Le aviso de su llegada, y enseguida está con usted.

El secretario me dejó en la puerta de lo que supuse debía ser la biblioteca y, tal y

como ya había hecho la vez anterior, desapareció por donde había venido. Me adentré por mi cuenta en la nueva estancia que, efectivamente, resultó ser la biblioteca de la casa. Una gran sala, forrada en su totalidad de estanterías repletas de libros hasta los techos. A primera vista no delataban orden de ningún tipo, pero por fuerza, pensé, tenía que haberlo. El centro de la estancia lo ocupaba una gran mesa de roble a modo de zona de estudio, también con varias columnas desordenadas de libros, la mayoría de historia contemporánea, según pude comprobar en un rápido vistazo. En la pared de la izquierda, una amplia galería orientada hacia los jardines laterales iluminaba la pieza, mientras que en el centro de la pared, a mi derecha, una chimenea de piedra labrada reclamaba toda la atención. En la pared del fondo, entre varios retratos de personas que, según supuse, debían ser familiares, se abría otra puerta, justamente enfrente a aquélla por la que yo acababa de entrar, y desde la que llegaba la voz de doña Isabel al otro lado. Al principio su voz no era más que un rumor, de vez en cuando un par de palabras ininteligibles que apenas atrapaban mi atención. Pero poco a poco, mientras yo hojeaba unos libros abiertos sobre la mesa de centro con imágenes de la Segunda Guerra Mundial, el tono de la conversación fue subiendo hasta que, con total claridad, la voz firme de la señora Llobet se pudo escuchar, inevitablemente, en toda la biblioteca.

—¿Un ultimátum? ¿Pero con quién se cree usted que está hablando!? ¡Ya le he dicho de todas las maneras posibles que en ese aspecto no tenemos nada más que hablar! Mi paciencia tiene un límite, ¡y usted acaba de superarlo! ¡Haga el favor de no volver a llamar a esta casa nunca más, señor! ¡Que tenga un buen día!

El ruido fuerte del auricular golpeando sobre el teléfono fue lo último que se escuchó antes de unos largos, muy largos, minutos de silencio. Después, ruido de puertas que se abren, puertas que se cierran, carreras por el pasillo, y de nuevo silencio.

Comenzaba a sentirme preocupado por la situación cuando la puerta del fondo se abrió, y por ella apareció finalmente doña Isabel. Pero en esta ocasión venía sentada en una silla de ruedas. Ernest empujaba la silla en la que la misma mujer que apenas tres días atrás era un torrente de energía aparecía ahora muchísimo más envejecida, agotada. Su rostro ya no era el de la serenidad, y la preocupación y el malestar en su expresión eran evidentes.

—Buenas tardes, Simón. Disculpa el retraso.

—No, no, por Dios. Soy yo quien le pide disculpas por presentarme en un momento que imagino no es el más oportuno. Si lo prefiere, puedo volver en otra ocasión...

—No, no —cortó ella de manera expeditiva—. No te preocupes por nada de lo que hayas oído. No hay ocasión más indicada que ésta. ¿Qué es lo que me traes, hijo?

—Bueno, yo... —«Yo» no sabía cómo comenzar; la tensión del momento me hacía sentirme todavía más débil en mi posición y ante el esfuerzo evidente que aquella mujer estaba haciendo por atenderme—. Le traigo algunos bocetos más

definidos sobre por dónde podemos encarrilar el trabajo, no sé si es un buen momento para que se los muestre...

Pero doña Isabel rechazó mi ofrecimiento con un gesto de su mano.

—No, no será necesario, Simón. No hay tiempo que perder, y nosotros confiamos por completo en tu trabajo. Si crees que sabes lo que hay que hacer, adelante. Ernest estará permanentemente a tu disposición. Cualquier cuestión que se te ocurra no dudes en consultarla con él. —Tras la mujer, todavía sujetando con fuerza la silla, el secretario mantenía su mirada sobre mí; aparentaba firmeza, pero al mismo tiempo me pareció detectar cierta dosis de preocupación en sus ojos—. ¿Cuándo crees que podrás comenzar?

Completamente desorientado ante esta respuesta, por un momento no supe qué decir.

—No lo sé... —titubeé—, tengo que tomar mediciones, preparar los planos, formar un equipo de gente, uno o dos operarios, imagino que en dos o tres días...

—De acuerdo, de acuerdo. —Doña Isabel dejó entrever que mis plazos no eran del todo de su agrado—. Tienes que tener en cuenta que, si puede ser mañana, mejor que pasado mañana. Prepara bien tus cosas, pero comienza tan pronto como te sea posible. Ni un minuto más tarde. —La mujer que apenas cuatro días antes amenazaba con sacarme a bailar hoy respiraba con dificultad, y necesitaba tomar aire para ordenar las palabras con las que seguir su discurso; estaba notablemente alterada—. Y todo lo demás que necesites queda de la mano de Ernest. Ya tiene el encargo de pagarte cuanto sea necesario por adelantado.

—Oh, no, doña Isabel, por favor. —Me sentía violentado teniendo que hablar de dinero en un momento tan delicado como ése—. No tiene que preocuparse por nada de eso ahora...

—Simón, hijo, créeme si te digo que eso es lo que menos me preocupa en este momento. Y ahora, si me disculpas, me temo que necesito descansar un poco.

—Por supuesto, doña Isabel. No seré yo quien la moleste.

—No hay tal molestia, hijo. Tú y yo todavía tenemos una conversación pendiente, una para la que ahora no tengo fuerzas... Hemos de hablar —concluyó claramente agotada, no sin cierto aire de resignación.

Ernest ya se la llevaba a través de la biblioteca hacia el pasillo, con toda probabilidad a su cuarto. Al pasar a mi lado, doña Isabel hizo un ademán con la mano y el secretario detuvo la marcha. Me miró fijamente —Dios, cuánta vejez aparentaba en ese momento— y volvió a advertirme:

—Simón, cuídate de los viajes sencillos, porque pueden ser los más traicioneros.

No dijo más, y con su silencio Ernest retomó el camino, al tiempo que me hacía un gesto de despedida. Me quedé solo en la biblioteca, rodeado de ecos que todavía no era capaz de comprender con claridad. Completamente desorientado, cuando pude recordar por lo menos dónde quedaba la puerta, volví a salir de la Casa Grande, de vuelta a mi estudio, con mi carpeta todavía sin abrir bajo el brazo.

Espoleado por la peculiaridad de aquel encargo, tanto en sus formas como en su ritmo, pero también animado por la sensación de compromiso que comenzaba a tener con doña Isabel, me pasé todo el fin de semana preparando lo absolutamente imprescindible para poder comenzar cuanto antes con el trabajo. El sábado por la mañana, y previo acuerdo con Ernest, estuve un par de horas en la finca, haciendo las mediciones sobre el terreno y tomando un buen montón de fotos de cada rincón. Al llegar al estudio le di una llamada a mi viejo amigo Carlito Rivera, un argentino de la calle Xílgaro con el que contaba cada vez que había que ensuciarse las manos. Carlito era capaz de levantar un muro de bloques rellenos de arena sobre las aguas del mar. Tú sólo tenías que decirle cómo lo querías, dónde lo querías, y él se encargaba de todo lo demás. Siempre trabajábamos juntos, y en esta ocasión no iba a ser diferente. Por la tarde introduje todas las medidas en mi ordenador y comencé con el diseño de planos. En realidad, no quedaba mucho más margen de maniobra, sobre todo por la orografía del terreno. La fuente, con su estanque de tres metros de frente por dos de fondo y medio metro de altura, se encontraba justo delante de una pequeña elevación del terreno. Respetando su diseño original resultaba prácticamente imposible situarla más atrás de donde estaba, hasta el punto de que ni siquiera era posible caminar por detrás de ella. Por la parte frontal la situación era bastante semejante, si no queríamos colocarla ya casi pegada a la barandilla del mirador, a tan sólo tres metros escasos la una de la otra. Además, también había que contar con los dos bancos en los laterales. Ni hacia delante ni hacia atrás. Como no tirásemos para abajo...

Pero para la noche ya tenía el trabajo resuelto. Tras darle todas las vueltas posibles, estaba convencido de haber encontrado por fin la mejor opción. Sí, así lo haríamos. Ya más relajado, retomé la carpeta del disco duro donde había guardado todas aquellas fotos hechas por la mañana. Quise contemplar de nuevo las imágenes. Una a una, todas las fotografías de la vieja fuente fueron desfilando una vez más por la pantalla de mi ordenador. El conjunto bajo los sauces, los bancos, los caños de bronce envejecido, la columna, los bordes del estanque.

Fue en ese momento cuando reparé en un detalle al que hasta entonces no había prestado atención.

El borde superior del estanque estaba decorado todo a lo largo con una serie de inscripciones a modo de cenefa. El paso de los años y el abandono en el que la piscina había sido dejada tras la muerte del señor Dafonte se habían encargado de ir escondiendo bajo el musgo, los líquenes y otros hongos aquellas inscripciones hechas en la piedra. Todavía se notaba el trabajo de labrado, pero no el labrado en cuestión. ¿Qué era lo que estaba grabado en aquellas piedras? Valiéndome de la alta resolución de mi monitor, amplié al máximo la imagen y pude intuir buena parte de aquellas inscripciones. En la pared frontal del estanque, alguien, presumiblemente el señor Dafonte, había mandado grabar una serie de letras y números. 8 (o S) CMI7O2 DB (¿quizá 3?) R I939 EDM I940 IIL I96B.

O quizá algo diferente. La piedra estaba recubierta de vegetación y hojas secas, y los hongos hacían muy difícil la lectura de alguno de los signos. Pero, donde sí se podía leer, se apreciaba con claridad que el maestro cantero que las había grabado hizo en su momento un trabajo excelente. A pesar del daño causado por el paso del tiempo en aquellos caracteres apaisados, la exquisitez de su factura, lo estilizado de su trazo todavía se podía apreciar hoy, a la fría luz digital de mi ordenador. No tenía ni la más remota idea de lo que aquellas inscripciones podían significar. Ni siquiera de si mi interpretación era la correcta. Los números parecían hacer referencia a años, quizá simplemente fechas importantes en la rancia historia de una vieja y poderosa familia, en memoria de la cual uno de sus miembros había querido dejar un recordatorio. Lo de las letras era un poco más difícil. Después de darle un par de vueltas, recordé a doña Isabel hablándome de su marido, don Eneas Dafonte Maristany. E. D. M., una de las series de letras que aparecían en el frontal. Tal vez las otras letras se correspondiesen igualmente con otros «héroes» de la familia. O qué sé yo. Lo cierto era que el trabajo de grabado había sido, desde luego, muy bien hecho, y el que a mí se me había encomendado era el de recuperar todo aquel conjunto. Significase lo que significase, a mí lo que me preocupaba era simplemente rescatarlo del abandono en el que había sido dejado, traerlo de vuelta a la luz, y eso era lo que iba a hacer, pero a partir del lunes siguiente.

Otra vez la noche cerrada me cogió despistado. Había sido un día intenso, largo y a veces pesado. En apenas unas horas ya sería domingo, y yo todavía no tenía motivos con los que justificar mi resaca del día siguiente. Cogí mi chaqueta y decidí salir a buscarlos.

## IV

Tras haber contactado con Carlito, el sábado por la tarde también había aprovechado para acordar con el señor Rovira el inicio de las obras para apenas un par de días después. Así, eran las nueve y media de la mañana del lunes y mi jefe de obra y yo llegábamos en mi descacharrante vehículo a los terrenos de la Casa Grande. Al entrar, nos dirigimos directamente hacia el mirador para dejar a mi copiloto examinando la obra *in situ*, como unos días atrás había dicho la propia doña Isabel. Quedó en compañía de sus propios trastos y también de aquellos otros que el atento señor Rovira, según pudimos comprobar, ya se había encargado de conseguir gracias a las indicaciones del propio Carlito que yo le había transmitido. Ya lo sé, pedirle las herramientas a quien te contrata no es en absoluto lo más habitual, pero teniendo en cuenta la enorme urgencia que doña Isabel le estaba imprimiendo a todo el trabajo, pensé que tampoco estaría de más solicitar un poco de ayuda extra. A continuación, llevé mi coche hasta la entrada principal de la casa, donde ya me estaba esperando el amigo Ernest. Antes de que yo pudiese detener el motor, el secretario de doña Isabel se acercó a mi ventanilla para sugerir que, teniendo en cuenta que iba a pasar el día entero dentro de la finca, tal vez fuese más indicado que dejase mi limusina en los garajes. Me dijo que encontraría sitio de sobra, que el único coche que quedaba en la casa era el suyo. Conduje hasta donde el señor Rovira me había indicado, un viejo cobertizo con puertas de madera verdes a la izquierda de la fachada principal, y dejé que mi máquina rodase hasta el interior del garaje. Dentro, efectivamente, sólo había otro automóvil más, un viejo Audi 100 de color negro que, supuse, debía de ser el que Ernest empleaba para sus desplazamientos. Cerré la puerta de mi utilitario y salí a la luz del día. Desde la puerta principal, Ernest me dijo que lo buscase si necesitábamos cualquier cosa, y yo, después de responderle con un gesto de aprobación, regresé caminando al encuentro de Carlito.

Al llegar al mirador encontré a mi capataz sentado en uno de los dos bancos al lado del viejo estanque. Observaba de reojo aquella fuente abandonada, con expresión dubitativa, a caballo entre la sorpresa y la desconfianza. Al percatarse de mi llegada, preguntó sin apenas moverse:

—Oye... ¿Esta gente está segura de lo que quiere hacer?

Me senté frente al argentino, en el otro banco. Carlito seguía contemplando el estanque como quien se acerca con desconcierto a un bicho desconocido tumbado sobre el asfalto, sin saber todavía si está muerto, si te va a atacar, o qué demonios va a hacer.

—Bueno, al principio yo tuve la misma sensación que tú. Pero después de hablar con la propietaria, la cosa está bien clara, sí —respondí, intentando aparentar toda la convicción que me era posible. No debió de ser mucha, porque, después de pensarlo durante cinco segundos, Carlito, que mantenía impertérrito su rostro de jugador de póquer aburrido con la partida, prosiguió.

—Pues si querés que te diga la verdad, a mí esto me parece más bien cosa de un fontanero y una *karcher*.

—¿Una qué?

—Una *karcher*, tipo. Un aparato de esos que echan agua a presión.

—¿Como la *vaporetta*?

—Sí. Vaya, como una *vaporetta*, pero para limpiar piedras en lugar de sofás.

—Ah... Ya, pues muy bien —le respondí yo más que medio ofendido por su analítica observación de reputado ingeniero—. Pero sucede que lo que doña Isabel quiere es un arquitecto, y ese arquitecto soy yo —concluí, dejando el «yo» bien cargado de orgullo.

—Claro, pibe. Que no había más restauradores de graneros disponibles, ¿no?

El silencio en que los dos nos quedamos, contemplando inmóviles la fuente, desnudaba hasta el ridículo lo increíble de mi argumentación. ¿A quién pretendía engañar?

—Pues se ve que no... —respondí finalmente, ya un poco tocado en mi orgullo ante el evidente absurdo de nuestra situación.

La observación ya no daba para más, y el argentino, demostrando que no era la estatua sedente que parecía, mudó su posición, y con la mirada perdida ahora en las olas del mar de Vigo, sentenció con serenidad:

—Desde luego, hay gente que no sabe en qué gastar la plata, che.

Por fin, como dos viejos médicos forenses que se deciden a iniciar su enésima autopsia, comenzamos lentamente nuestra danza. Nos levantamos, y poco a poco fuimos preparando las herramientas que a cada uno de nosotros le correspondían. Planos, cámaras de fotos, cintas métricas por una parte, martillos, palas y patas de cabra por la otra. Creo que hay por ahí una teoría, la conocida como Navaja de Ockham, me parece, que dice algo así como que ante un problema complejo de diversas soluciones posibles, la aparentemente más sencilla suele ser la mejor. Y nuestro plan era sencillo hasta rayar en la estupidez. Ya que no podíamos trabajar ni hacia delante ni hacia atrás, ni para un lado ni para el otro, lo que íbamos a hacer era ir como todo en mi vida: hacia abajo. Pensé que la mejor idea sería deshacer la fuente piedra a piedra, pieza a pieza, levantarla de su emplazamiento y revisarla por debajo. Doña Isabel dijo que había sido construida sobre la entrada a un viejo manantial, e imaginé que probablemente sería ahí donde estuviese el problema. Así pues, la cosa era bien sencilla: íbamos a abrir aquella cueva, examinar el estado del manantial, cambiar el sistema de tuberías hasta empalmar con el agua de la traída si fuese necesario para, ya después, una vez liberado todo ese atasco, recomponer la fuente

con los mismos materiales con los que había sido construida, y con la cara más limpia que lavada con agua de San Juan. Visto así, la cosa parecía más que fácil. Ya lo sé, ya lo sé, no es un trabajo muy de arquitectos, pero en ese momento yo no tenía ninguno mejor. Y además, aquellos otros en los que me había «especializado» tampoco es que acostumbrasen a ser muy diferentes a éste. La verdad, prefería jugar al espeleólogo-tratante-de-plomo que andar limpiando cagadas en palos de gallinero.

Carlito ya estaba retirando el follaje que recubría las piedras frontales cuando recordé la inscripción que el sábado por la noche me había llamado la atención.

—Espera, espera un momento, que quiero revisar una cosa antes de que les metamos mano a estas piedras.

Cogí una de sus rasquetas y raspé bien la suciedad que se había hecho fuerte en el frontal, a la búsqueda de aquella serie de números y letras que había encontrado en mis fotos. Un mínimo esfuerzo, y por fin pude contemplar con toda seguridad la secuencia completa:

SCM · I702 · DBR · I939 · EDM · I940 · STTL · I968

Ahora la inscripción estaba clara. Su significado seguía como siempre, en mi más bendita ignorancia, pero por lo menos ahora sabía qué era lo que tendría que mandar grabar de nuevo en el caso de que aquellas piedras, por la razón que fuera, nunca volviesen a su lugar original. En este negocio, como en todo en la vida, uno nunca sabe lo que puede pasar, y con estas cosas es mejor andar con ojo. Decidí hacer nuevamente un par de fotos a la secuencia, ahora ya a la vista, antes de comenzar a numerar y de nuevo fotografiar todo el conjunto para la posterior reconstrucción de aquel curioso puzzle. Con todo esto hecho, comenzamos con lo duro.

Nos pasamos toda la mañana concentrados en el desmembramiento de la vieja construcción. Con todo el cuidado que a dos pesos pluma como nosotros nos era posible, fuimos llevando piedra a piedra desde su posición original hasta la parte frontal del mirador, amontonando cada una de aquellas losas al lado de la baranda de ladrillo que protegía de una caída al mar, rompiente allá abajo. Cuando Ernest vino a avisarnos de que en la casa había un par de platos de comida esperando por nosotros, ya sólo nos quedaba comenzar con el levantamiento de las planchas que constituían el suelo del estanque. Decidimos dejar la exhumación del manantial para la hora de la siesta y aceptar el convite del señor Rovira.

Nuestra comida estaba dispuesta en un pequeño comedor al lado de lo que supusimos serían las cocinas de la casa. La sala no era muy grande, estaba claro que no estábamos en el comedor principal de la mansión, pero sí era lo bastante acogedora para dos muertos de hambre como Carlito y yo. Ernest nos acompañó en los festejos gastronómicos alrededor de una gran bandeja de cristal sobre la que lucía un succulento pollo asado asombrosamente grande. El secretario hizo los honores del trinchado y despiece del difunto, al tiempo que apelaba a las bondades gastronómicas



del gallináceo y fanfarroneaba sobre sus propias capacidades como cocinero. Con todo esto encima de la mesa, resultaba evidente que en la Casa Grande ya no había más servicio ni personal que el propio Ernest. Me pregunté cuánto llevaría así la casa, en la soledad de aquella mujer y la compañía de este hombre con aspecto de profesor de matemáticas retirado.

—¿Lleva usted mucho tiempo trabajando para la señora Llobet? —pregunté casi sin saber ni de dónde rayos había salido mi propia voz.

—Pues ya van allá más de cuarenta años —respondió Ernest sin dejar de batirse con su cuchillo contra las partes de aquel pollo de cuerpo presente sobre la fuente de cristal.

—¿Y siempre fue así la casa?

—¿A qué se refiere con *así*, don Simón?

La llamada a la ascendencia «enológica» de mi nombre dejó muy claro que al secretario no le había entrado demasiado bien la pregunta.

Avergonzado por la indiscreción, intenté suavizar un poco mi propio descaro.

—Quiero decir así, tan sólo ustedes dos aquí, en esta casa tan... grandísima.

—No, por supuesto que no. —Rovira volvió a sonreír—. Yo comencé a trabajar para el señor Dafonte y doña Isabel a mediados de los años sesenta, con mis escasos veinticinco acabados de cumplir, como abogado personal de la familia. Mis labores estaban centradas en especial en todo aquello que tuviese que ver directamente con los negocios familiares. Por entonces sí es verdad que había muchísimo más trabajo. De hecho, casi inmediatamente, tras la muerte del señor Dafonte, tuve que hacerme cargo yo solo de todas las gestiones necesarias para la venta de Troia, la empresa familiar.

El nombre me llamó la atención.

—Alguna vez oí hablar en mi casa de esa empresa, Troia. ¿No tenía algo que ver con la importación de artículos de decoración de lujo desde América?

—Bueno, más o menos sí, algo así. Entre otras muchas cosas.

—Y creo que los Franco eran unos de sus principales clientes, sobre todo la mujer del Caudillo, ¿no? —Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, y ya resultaban incómodas en mis oídos.

—Bueno, tal vez eso sea rebajar la historia nada más que a sus niveles más llamativos, por así decirlo. Quizá fuese más apropiado decir que Troia era una empresa de transportes, por llamarlo de algún modo sencillo. Cerrar todo aquello llevó años, fue una liquidación bastante compleja... Después, todo se fue tranquilizando, olvidando.

Había algo en las palabras del señor Rovira que no acababa de caer con naturalidad. Mientras Carlito, ajeno a nuestra conversación, reflexionaba en silencio sobre el porqué del zanco de pollo, yo atribuía esa falta de claridad por parte de Ernest a la incomodidad que la evidencia de una relación entre la familia Dafonte-Llobet y los Franco le causaba.

—Por otro lado, la propia casa estaba mucho más ocupada en aquella época —prosiguió el secretario, supuse que intentando cambiar de tema—. Entonces, el servicio estaba compuesto por dos doncellas, ya saben, dos muchachas de aquellas de vestidito negro y cofia y mandil blancos; la *siña* Lola, una mujer inmensa que había llegado desde Lalín para trabajar como cocinera; y Tobías, el cuidador del terreno, un hombre capaz de hacer crecer los más hermosos rosales al mismo tiempo que se peleaba con los atascos más insalubres de la fosa séptica. Y todos viviendo aquí permanentemente, junto con don Xulio y la pequeña Mariña, claro, que por aquella época todavía eran unos críos.

—¿Quiénes?

—Los hijos de doña Isabel y el señor Dafonte.

—Oh, no sabía que doña Isabel tuviese hijos —mentí—. ¿Y ya no viven en la casa?

—No, hace muchos años que se fueron para hacer sus vidas en otras direcciones. Cada uno en una bien distinta a la del otro, por cierto.

—Vaya, pues no sabía nada de eso —comenté, intentando aparentar que desconocía la existencia de ningún hijo de doña Isabel. Supuse que el nombre de Xulio Dafonte resultaría un poco incómodo en la mesa de aquella casa, teniendo en cuenta lo que últimamente se había publicado en los periódicos. Y lo cierto era que yo estaba convencido de que Xulio era el único hijo del matrimonio. «En estos tiempos que corren, parece que el que no delinque no existe en sociedad», pensé.

—Tampoco tenía por qué saberlo, ¿no le parece, *don Simón*?

Segundo aviso. Me sentí avergonzado de nuevo ante mi indiscreción, y por un momento me vi a mí mismo como una portera de patio cualquiera, así que fui yo quien intentó un rápido cambio de sentido.

—¿Y doña Isabel? ¿No nos acompaña hoy?

—No, hoy no. —Por el rostro de Ernest, a lo lejos, me pareció ver una sombra de preocupación ante mi comentario—. Todavía no se ha recuperado del disgusto provocado por la discusión del otro día. Está arriba, descansando en su cuarto.

—Vaya, pues lo siento. Además, tenía intención de preguntarle algo.

—¿Algo relacionado con el trabajo?

—Bueno, en cierto modo, supongo que sí. Es más bien una curiosidad, probablemente nada de importancia.

—¿Algo en lo que pueda ayudar yo, tal vez?

—No lo sé. Quizá. Ya le digo que seguro que no es nada.

El secretario me observaba con seriedad, pero también con curiosidad.

—Pruebe.

—A ver... Doy por sentado que está usted familiarizado con la historia de los Dafonte, ¿no es así?

Ernest arqueó las cejas y ladeó un poco la cabeza, un gesto sutil para dejar discretamente en evidencia lo absurdo de mi pregunta.

—Hombre, ¿a usted qué le parece? —Volvió a sonreír—. Yo diría que sí, ¿no?

—Ya, claro... ¿Tiene idea, entonces, de qué significa la inscripción que hay grabada en uno de los muros del estanque?

Mi pregunta pareció despertar cierto interés en la expresión del señor Rovira.

—¿Una inscripción?

—Sí, una serie de números y letras grabados en el muro frontal.

Ernest dejó escapar una extraña sonrisa entre dientes.

—Creo que no sé de qué me habla... Como ya le he dicho, cuando yo llegué a esta casa había asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que de viejos manantiales y futuros lodazales. Y para cuando empecé a tener algo menos de trabajo aquí, las piedras del estanque ya eran pasto del abandono. Temo no poder ayudarle mucho.

De repente, tal como había llegado, esa sensación de un nuevo interés por mi consulta se desvaneció con la respuesta del secretario.

—Bueno, ya le he dicho que no era nada más allá de la curiosidad.

—Pues bien que lamento no haberle resuelto el misterio. —Hubo un pequeño silencio, y Ernest debió de leer cierta desilusión en mi rostro, porque al instante prosiguió—: Lo que sí podemos hacer, si le parece bien, es consultarlo más tarde con doña Isabel.

—Oh, no. No quiero molestarla ahora con estas tonterías. Ya le digo que no es nada más que curiosidad.

—Y por supuesto que no la vamos a molestar ahora, hombre. —El señor Rovira volvía a sonreír—. Pero si usted me deja apuntada en un papel esa extraña combinación de números y letras que tanto le intriga, seguro que en otro momento yo se la puedo hacer llegar a la señora Llobet. Si a usted le parece bien, por supuesto.

—Caramba, pues si no es mucha molestia...

—Por supuesto que no lo es, simplemente Simón.

Tal como Ernest me había sugerido, apunté la secuencia en una hoja de papel y se la entregué. El secretario esbozó una sonrisa teñida de algo semejante a la satisfacción al tiempo que la iba leyendo, y Carlito decidió que el momento era fantástico para advertirnos sobre los riesgos de obesidad e impotencia masculina escondidos en el peligrosísimo vicio de comer alitas de pollo. Ernest comentó que ahora entendía bien el secreto de la extrema delgadez de mi compañero, y poco a poco la comida fue llegando a su fin. A primera hora de la tarde, después de haber dejado al secretario en compañía de tres platos por fregar y de una hoja con una extraña secuencia alfanumérica, Carlito y yo comenzamos a levantar las primeras planchas de piedra que formaban el fondo del estanque.

Su suelo estaba compuesto por cuatro losas dispuestas en perpendicular desde el frontal hasta el muro posterior de la piscina. Las cuatro idénticas en forma y medida, cuatro rectángulos de aproximadamente setenta y cinco centímetros por dos metros de largo, excepto por un pequeño orificio circular entre las dos centrales, por donde

pasaba la tubería que subía el agua hasta los caños de la fuente, y otros dos orificios en cada una de las laterales, por donde se suponía que la poza desaguaba. Debían de ser ya cerca de las cinco, o quizá más, cuando comenzamos por la losa del extremo izquierdo. Bajo ella, después de haber hecho un esfuerzo más que considerable para nuestras enclenques musculaturas, comprobamos que el suelo no era regular. La plancha estaba apoyada en sus extremos sobre otras piedras que hacían las veces de cimientos, pero el suelo sobre el que se suspendía mostraba a las claras un gran desnivel, una pendiente granítica que caía hacia el centro del estanque. Los dos intuimos de qué se trataba, pero tuvimos que esperar hasta el levantamiento de la segunda plancha, la primera de las centrales, para poder comprobarlo. Bajo la segunda de las láminas de piedra, en el espacio central, todavía permanecía abierta la mitad del orificio de entrada a la cueva de la que doña Isabel me había hablado, una boca negra de piedra y tierra desde la que ya se podía percibir su garganta, todavía más siniestra que la propia entrada, oscura, con una voz de líquidos lejanos, gotas cayendo sobre aguas estancas allá abajo, en algún lugar todavía no al alcance de nuestros ojos. Levantamos la tercera losa, y la entrada a la cueva apareció en su totalidad. Cuando ya no nos quedaba más que levantar y apartar la última de las cuatro losas, creo que el ritmo se había vuelto mucho más lento, pero no por el cansancio acumulado, que ya era mucho, sino por la certeza de lo que nos tocaría después.

Comenzaba a oscurecer ya, cuando los dos artistas del alambre que éramos Carlito y yo nos fuimos a encontrar con nosotros mismos allí plantados, los dos inmóviles ante aquella boca negra que no dejaba de observarnos desde su profundidad, invitándonos a entrar, a ser devorados por ella.

—Que sean para el arquitecto los honores —sentenció el argentino en un tono tan solemne como falso, haciendo un gesto con la mano como el de quien, reverente, le cede a otro el paso.

No sé si a estas alturas ya es muy evidente, pero desde luego el instinto aventurero no es cosa que venga dada con fuerza en mis genes, y si es verdad eso de que no son los valientes sino los temerarios los que no tienen miedo, pues yo debo de ser el más valiente de todos, porque, las cosas como son, miedos tengo para parar un tren. Meter la más mínima parte de mi cuerpo en aquella caverna me apetecía tanto como escupirle en la cara al mismísimo diablo. Además, está ese pequeño problema mío, la cosa de la claustrofobia... Pero llegados a este punto ya no había marcha atrás. Doña Isabel me había dejado las cosas bien claras como para andar ahora con chorradas de ese tipo. Me hice fuerte con la linterna más grande de las dos que habíamos traído, y me dispuse para lo que fuese.

El interior de la cueva no era la angostura que su boca prometía. Tras resbalar en el barro nada más entrar, y patinar del modo más deshonroso posible a lo largo de unos dos o tres metros de tierra, agua, piedras y raíces, me encontré a mí mismo recuperando la dignidad y la compostura en una cámara natural donde de sobra me

podía poner de pie. Mientras examinaba con mi farol la magnífica combinación de moles de piedra que la naturaleza había dado en horadar en aquella profundidad, Carlito llegó a mi vera, imitando con gran semejanza la gracia y destreza de mi aterrizaje. Los dos nos quedamos allí, de nuevo completamente inmóviles, con los pies metidos en el agua que cubría todo el suelo de la cueva, mientras como dos torpes astronautas que acabasen de poner pie en un nuevo planeta contemplábamos con iguales dosis de asombro y curiosidad el espacio en el que habíamos caído. Nos encontrábamos en una cámara de piedra de unos diez o quizá doce metros cuadrados y más de dos metros de altura. Todo el suelo estaba completamente cubierto por el agua, pero parecía bastante plano teniendo en cuenta la irregularidad del resto de la cámara. Sobre nosotros, la misma mole de piedra que nos cubría y que hacia los laterales se iba convirtiendo en pared, salpicada de humedades y raíces que venían desde sabe Dios dónde. Y corriendo en línea recta por entre todas ellas, la tubería que llevaba el agua del manantial a la superficie. Seguimos su trayectoria en sentido inverso con la luz de nuestras linternas. La descubrimos en la salida al exterior, después de que hubiese atravesado todo el techo, y desde ahí fuimos bajando los focos de luz, buscando su origen.

Y, entonces, lo vimos.

La tubería subía al techo desde el centro de la pared que teníamos justo frente a nosotros, a unos cuatro metros desde donde nos encontrábamos. Pero ya no continuamos con la inspección del tubo, porque otra cosa atrapó nuestra atención.

—¿Qué es eso? —preguntó el argentino al tiempo que los dos haces de nuestras linternas coincidían sobre una extraña forma rectangular en el centro de la pared.

Nos acercamos hasta ella, caminando con cuidado. Las aguas que cubrían el suelo parecían más o menos limpias, pero el fondo, de tierra y piedra, no era todo lo visible que a nuestro sentido común le hubiese agradado. Por fin, al llegar a la pared del fondo, comprobamos que nuestras linternas no nos habían engañado. Aquella pared era diferente a las que formaban los otros laterales de la cueva. Si en todas las otras el mineral, una gran mole granítica, quedaba a la vista, en esta otra la piedra resultaba apenas visible, recubierta casi por completo de tierra y raíces, una pequeña selva tras la cual la tubería se perdía de nuestra vista. Pero lo más extraño era lo que había en su centro. Abierta en el muro, entre las raíces, había una suerte de cavidad, un pequeño estante sobre el que reposaba una caja, una especie de cofre de madera de no más de veinte centímetros de largo. Aparté mi linterna y lo cogí con mucho cuidado entre las manos, con Carlito alumbrando todos mis movimientos.

—¿Y ahora qué se supone que es eso? —preguntó mi compañero, quien, por cierto, si bien pretendía mantenerse en su rol de tipo impassible, la verdad es que ya no podía evitar que se le escapase cierta dosis de nerviosismo tembloroso.

—No lo sé, no lo sé —le respondí, tan desorientado como él, y ya un poco angustiado por la sensación de claustrofobia no confesada—. Parece una caja. Un cofre, o algo así. Creo que es mejor salir a la superficie, y examinarlo allí con calma.

—Che, por fin algo sensato —asintió con gran satisfacción el argentino—. Tire usted delante, mi capitán, que el camino ya se lo alumbró yo.

Por fin de vuelta, en la superficie la noche había comenzado a tomar posesión del firmamento, y la luz era ya un recurso más bien escaso. Aun así, con la poca que todavía quedaba y la ayuda de nuestras linternas, pudimos hacer un buen reconocimiento de nuestro extraño hallazgo. Se trataba de una caja de madera de roble, según testimonió Carlito, que de esas cosas —y como en ese mismo momento me reveló— entendía un rato. Era completamente rectangular, tan sólo rota en la armonía de sus formas por un pequeño cierre, un broche dorado en el centro de su frontal. Y, sobre la tapa, una nueva inscripción a dos líneas:

*Para mis hijos,  
el color del mar*

El señor Eneas me vino de inmediato al pensamiento. Si él había sido el responsable de la construcción de la fuente, lo más probable era que también hubiese sido él quien dejara esa caja ahí, para esos dos hijos sobre los que yo había sido informado apenas unas horas antes, en la comida con Ernest.

De cualquier modo, fuese como fuese la faena, todo eso era ya demasiado para un par de neófitos en la cosa de la arqueología como nosotros dos, y un comentario del argentino sobre la inminente llegada de un imaginario turno de noche dejó bien claro que nuestro primer día de trabajo debía llegar ya a su fin. Recogimos los trastos, dejándolos dispuestos para el día siguiente, y pusimos punto y final a la jornada.

De vuelta al coche, le comenté a mi jefe de obra que antes de irnos me gustaría parar un momento en la casa. Pensaba que debíamos hablarle al secretario de nuestro descubrimiento y entregarle la caja para que se la hiciese llegar a doña Isabel.

—Haz lo que quieras, pero no te dejes enredar demasiado, que ya son horas.

Yo sólo quería dejar el cofre y regresar a casa. Pero está claro que uno no siempre puede hacer lo que desea... Aún no habíamos llegado a la puerta principal, cuando oímos el sonido de un motor que se ponía en marcha. No tuvimos ocasión más que de ver cómo un coche enfilaba el camino hacia la salida de la finca. Ya no había luz suficiente, apenas la justa para comprobar que se trataba de un vehículo grande, negro, probablemente el Audi del señor Rovira.

—Vaya por Dios, pibe, parece que por ahí se va tu hombre —concluyó con falso disgusto el capataz.

A pesar de ello, al llegar a la puerta todavía llamamos un par de veces, aunque sin ningún éxito. Lo más probable era que el secretario ya hubiese acabado su jornada, y que doña Isabel siguiese descansando. Ya no era cuestión de molestar a nadie, y para nosotros el día también había sido más que suficiente. Cogimos mi coche, solitario en aquel gran garaje, y enfilamos el camino de salida, convencidos de que el día siguiente sería más y mejor.

## V

Por la noche todavía estuvimos tomándonos unas cervezas en El Sireno, el bar de Suso. Se trataba de un curioso establecimiento, muy estrecho y alargado, al lado de mi estudio. Cualquiera que no fuese del barrio probablemente ni se hubiese enterado de su existencia, pero para nosotros era el refugio perfecto. El lugar donde reunirnos las auténticas fuerzas vivas de la plaza. En principio la cosa no iba a ser más que un par de cervezas y a dormir, pero el día había sido tan extraño, con tanto que comentar —nuestra bajada a la cueva, el hallazgo de la caja, las inscripciones—, que cuando nos dimos cuenta la nota ya se nos había ido un poco de las manos. De todas formas, vaya por delante que nosotros siempre hemos sido unos profesionales, y a las nueve y media del martes, los cuatro —esto es, Carlito, yo, y nuestras respectivas resacas— ya estábamos entrando en el terreno de la Casa Grande. Nos llamó la atención un furgón negro que salía de la casa, una de esas furgonetas Mercedes de transporte de carga con la que nos cruzamos nada más pasar los portalones. No le vimos distintivo de ningún tipo, e imaginamos que sería cualquier servicio de reparto para la casa, o algo así, por lo que no le dimos mayor importancia.

Pero al llegar a la puerta principal del pazo ya no quedó más remedio que asumir que algo especial estaba sucediendo. Vaya, que un coche patrulla tampoco es algo que se pueda pasar por alto así como así... De pie ante la entrada, Ernest conversaba con dos policías de uniforme. Pero la mirada del señor Rovira, extraviada en el juego que sus pies se traían sobre la gravilla del suelo, dejaba claro que su pensamiento estaba muy lejos de aquella conversación. Completaba el grupo un cuarto hombre, un tipo bajito de aspecto curioso. A primera vista, a mí me recordó a la imagen del Coronel, el tipo este que sale en los anuncios del Kentucky Fried Chicken. Llevaba gafas redondas, de esas sin montura, y un maletín estrecho y alargado en una de las manos. Entre todos formaban una buena colección de semblantes serios, a excepción del señor Rovira, a quien, como ya he dicho, se le adivinaba en el rostro una expresión mucho más afectada que la de los demás. Tan pronto como el secretario levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los nuestros, todavía perplejos tras el parabrisas de mi coche, comprendimos perfectamente lo que había sucedido. Aquel furgón negro no era de reparto, sino más bien de recogida.

—Che, compadre, se acabó la faena.

Ésa fue toda la sentencia del argentino. Y para quien no lo conociese tan bien como yo, quizá hubiese podido parecer demasiado frío, inhumano. Pero yo comprendí exactamente a qué se refería. La capacidad de síntesis metafísica de mi

jefe de obra resultaba a veces aplastante.

No llegamos a meter el vehículo en el garaje. Aparcamos un par de metros más allá del coche patrulla. Nos bajamos los dos y fuimos caminando directamente hacia el grupo. Ya a su lado, yo tan sólo pude sugerir una cosa.

—Doña Isabel...

—Ha muerto —respondió el secretario.

Intenté encajar tan rápido como me fue posible la información recibida.

—Pero ¿cómo? Quiero decir, si todavía la semana pasada...

—Aún no lo sabemos. —Las manos del secretario se movían desorientadas, torpes por un aire en el que no encontraban dueño, como si de repente fuesen ellas mismas las que hubiesen salido a la búsqueda de una explicación perdida—. Como ya les he referido a estos señores —dijo señalando a los dos policías—, ayer acabé temprano, y aproveché para hacer unos recados de última hora en la ciudad, antes de que todo cerrase. Cené en el centro, en Casa Rosita con unos amigos, y cuando regresé ya todo estaba en silencio. Supuse que Isabel..., que la señora Llobet ya dormiría y no le di más importancia. Pero hoy por la mañana, al llamar como cada día a su puerta para despertarla, no respondía. Entré en el cuarto, que todavía estaba a oscuras. Descorrí las cortinas, y me la encontré echada en la cama. Todavía tenía un libro en las manos, como si se hubiese quedado dormida mientras leía. Algo no iba bien. La llamé por su nombre, y no tuve respuesta. —A aquel hombre, ahora con más aspecto de viejo profesor jubilado que nunca, se le notaba ya el esfuerzo que estaba haciendo por contener la emoción—. Ya estaba muerta. Intenté reanimarla, llamé al señor Clará —hizo un ademán señalando al hombre de lentes redondas que lo acompañaba, quien se limitó a asentir lentamente—, pero ya no había nada que hacer. Por lo visto, falleció mientras dormía.

¿Cómo? ¿Muerta mientras dormía? ¿Y entonces qué diablos pintaba allí la policía? Inconscientemente me quedé mirando para la pareja de uniforme. Al devolverle la mirada a Ernest, y como si éste me hubiese leído el pensamiento, me ofreció la aclaración que mis ojos pedían.

—Fue el doctor Clará, el médico de doña Isabel, quien avisó a la policía después de haber hecho lo propio con los enfermeros, por si fuese necesaria para alguna cosa...

—Sí, bien —pareció excusarse el doctor—, creo que alguien tan importante como doña Isabel merecía todo tipo de consideraciones...

El señor Rovira ya no pudo hacer nada por retener la lágrima que, indiscreta, se le deslizaba ahora por la mejilla izquierda. O quizá no quiso hacerlo. Desarmaba a cualquiera contemplar a aquel hombre mayor llorando silenciosamente, su mirada de nuevo perdida en el suelo. Bien se veía que el dolor, a pesar de su silencio, le resultaba desgarrador. Carlito, que como era habitual en él había permanecido callado a lo largo de toda la explicación, le puso con cariño un brazo por encima del hombro al secretario. Ernest se limitó a cogerlo y seguir llorando. Fue entonces cuando el más



viejo de los agentes, un tipo rimbombantemente gordo que debía de andar por los cincuenta años y con aspecto de no ser demasiado amigo del aseo diario, se dirigió a mí.

—Según nos ha explicado el señor Rovira al verlos llegar, parece que son ustedes los responsables de ciertas obras de reforma que se están llevando a cabo en la casa, ¿no es así?

El comentario de quien por sus galones identifiqué como sargento me pareció más un pretexto para evitar seguir en la contemplación de aquel hombre abatido y refugiarse en un rostro con el que dialogar, que una auténtica búsqueda de datos por interés policial. Fuese como fuese, la cuestión era que ahora me tocaba hablar a mí.

—Sí, bueno. Para ser exactos, las reformas no son propiamente en la casa en sí...

No pude evitar recordar que ésas eran las mismas palabras exactas con las que apenas unos días atrás me había corregido doña Isabel. Costaba tanto aceptar que aquella mujer tan vital, señora de una mirada tan intensa, ahora, de repente, estuviese muerta... Perdido en mis recuerdos, tuve que hacer un esfuerzo por retomar el hilo de mi propio discurso.

—No, no es en la casa, sino en sus jardines. Estamos reparando un viejo estanque abandonado.

—¿Un estanque? Según la información facilitada por el señor Rovira, estábamos en la creencia de que era usted arquitecto...

—Y lo sigo siendo. —No le hicieron gracia a mi orgullo estos matices—. Pero de vez en cuando, los arquitectos también nos encargamos de proyectos de reformas en jardines.

—Por supuesto, por supuesto. Y díganme, ¿vieron ustedes ayer algo que les resultase especial?

—¿Especial? Pues no, supongo que no. Nosotros tan sólo estuvimos trabajando todo el día en aquella charca..., en el estanque, quiero decir, y al finalizar la jornada recogimos nuestras cosas y nos fuimos.

—¿Sin más? —preguntó casi sin abrir los ojos ni, lo que era más difícil, la boca.

La verdad era que el tipo estaba empezando a resultarme incómodo. Primero sus comentarios sobre mi trabajo, y ahora estas preguntas.

—¿A qué se refiere usted con «sin más»? Si no es mucho preguntar, señor...

—Sélmer, sargento Sélmer. Pues me refiero a si no notaron ustedes algo extraño, hombre —matizó, como si la mía hubiese sido la más estúpida de las preguntas—, alguna cosa que les hubiese llamado la atención.

—Pues no —respondí secamente—. Fuera de la obra, no.

—Caramba. ¿Y a qué se refiere usted con eso de «fuera de la obra»? Si tampoco es mucho preguntar, claro está...

Vale, definitivamente aquel tipo tenía que ser, con toda certeza, un imbécil en toda la extensión de la palabra.

—Pues me refiero a que nuestra intención era la de hablar con el señor Rovira

para comentar con él ciertos avances curiosos de nuestro trabajo en la obra, pero ya no nos fue posible.

—¿Podría aclararnos qué es lo que entiende usted por «curiosos», caballero? —El otro policía, más joven y visiblemente de rango inferior, se decidía a participar en la conversación, revelando así que también estaba dotado para la cosa del habla.

—Pues nada especial, supongo. Sólo que al levantar unas piedras encontramos un viejo cofre, y pensamos que sería algún tipo de recuerdo familiar, nada más que eso.

El secretario apenas si pareció inmutarse ante mi comentario, un sutil levantamiento de cejas, pero sin apartar en absoluto su mirada del suelo.

—¿Y por qué dice usted que les fue imposible?, señor...

—Simón, mi nombre es Simón Varela. Pues porque justo cuando estábamos llegando a este mismo sitio, vimos como el señor Rovira salía con su coche de la finca.

De repente, un pequeño terremoto facial se produjo sobre el rostro del tal Sélmer, y su entrecejo comenzó a dar muestras de una movilidad asombrosa en un ser humano.

—Interesante... ¿Y podría usted decir a qué hora aproximada vino sucediendo esto? —El inspector preguntaba ahora en otro tono. Estaba claro que, a diferencia de las anteriores, mi última respuesta sí había sido de su interés.

—Pues no sé —respondí desconcertado—, ya era de noche. Debían de ser las ocho u ocho y media, no sabría decirle...

—Eran las ocho y media —puntualizó Carlito.

Al escuchar esto, el señor Rovira levantó la cabeza rápido como un relámpago y clavó sus ojos en los míos. Comprendí que algo no marchaba bien.

—¿Están ustedes seguros de lo que están diciendo, señores? Quiero decir, ¿tienen la certeza de haber visto al señor Rovira abandonando la casa a esas horas? —inquirió de nuevo el aspirante a Sherlock Holmes.

—Pues no, no lo estamos. Como ya le he dicho, era tarde, ya no había casi luz, y supusimos que sería el suyo, porque en los tres días que llevo viniendo a esta casa nunca he visto otro coche que no sea el del señor Rovira. Pero nada más. ¿Quieren decirme de una vez qué es lo que está pasando? ¿A qué viene todo este interrogatorio?

—No se les está practicando ningún interrogatorio —quiso aclarar en un tono terroríficamente tranquilizador el poli de uniforme, un pipiolo de unos veintipocos, alto, desgarbado y con todo el aspecto de haber salido de la academia no hacía ni dos días—. No son más que simples preguntas de rutina.

Mientras el cachorrito de uniforme pronunciaba tremendísima trola, el inspector Sélmer no dejaba de observarnos e ir tomando notas en su cuaderno.

—Efectivamente, simple rutina —fingió confirmar—. De cualquier modo, bueno sería que estuviesen localizables todos ustedes en estos días. —No sabría decir por qué, pero yo tuve la sensación de que este último consejo iba dirigido en especial a

nosotros dos. Ahora sí, ya me sentía más incómodo que abatido por la tragedia.

—Descuiden, que así lo haremos —intervino Ernest—. Y ahora, señores, si nos disculpan... Comprenderán que es muchísimo todo lo que nos queda por hacer.

—Por supuesto —respondió el tragaldabas que se hacía llamar sargento Sélmer—. Seguiremos en contacto. Todavía nos quedan un par de cosas por cuadrar. Un par de cosas... —repitió con aires de misterioso investigador.

Al punto, tras ofrecer un saludo mecánico, aquella extraña reencarnación del Gordo y el Flaco en agentes de la ley y el orden se metió en su vehículo y éste tomó el camino de salida. Por supuesto, el gordo Sélmer no era el conductor. «Faltaría más», pensé.

—Yo también me voy, Ernest querido —habló por fin el doctor—. Todavía queda mucho papeleo del que hacerse cargo en el hospital y en la funeraria. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que te deje alguna cosa? Algún calmante, tal vez...

—No, no. Ve tranquilo, Max. En nada estoy contigo.

Y Màxim Clará, el doctor con nombre de artista del Moulin Rouge, también dirigió sus pasos hacia la salida de los terrenos de la Casa Grande. El señor Rovira todavía se quedó por unos segundos inmóvil, viendo cómo el doctor se iba alejando.

—Vive aquí al lado —comentó Ernest en un tono ausente, dando respuesta a una pregunta que nadie había hecho—. Siempre fue un buen amigo, Max, además de un médico excelente...

—Ernest, ¿qué rayos está pasando aquí? —pregunté yo, cogiendo al secretario por el brazo, ya un poco cansado de tanta pregunta y tanto misterio—. ¿Qué pintaban aquí esos dos polis? ¿Qué le ha pasado a doña Isabel? ¿No dices que murió mientras dormía?

Ernest volvió a clavar sus ojos en mí.

—No, yo no he dicho tal cosa, Simón. Lo que dije fue que *parecía*. Mira, hijo, no sé si este par de inútiles con placas de policía se habrá dado cuenta, pero hay por aquí algo que no encaja demasiado bien. —El secretario me contemplaba ahora con una expresión totalmente diferente, más semejante a la de un mesías que, solemne, les revela a los paganos la buena nueva—. A doña Isabel la mataron esta noche. Y ahora ya estoy seguro.

—¿Matarla?! —pregunté escandalizado—. ¿Pero de qué me estás hablando, Ernest, qué es lo que estás diciendo? ¿Quién iba a querer hacerle daño a una mujer como doña Isabel? ¿Y por qué dices que ahora estás seguro?

—Porque me lo acabáis de confirmar vosotros mismos.

—¿Nosotros? —preguntó Carlito, en un tono a medio camino entre el desconcierto y la incompreensión.

—Sí —le confirmó el secretario—, vosotros.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver en todo este follón, si se puede saber? —pregunté.

—Acabáis de declarar ante dos policías que ayer me visteis salir de la finca

alrededor de las ocho y media, ¿no es así?

—Sí, es así. Pero también hemos dicho que tampoco estábamos del todo seguros de que se tratase de tu coche. ¿Cuál es el problema?

—Pues el problema, como tú dices, es que, según la temperatura del cuerpo tomada por Max, doña Isabel murió ayer entre las ocho y las nueve de la tarde. Ahora, vosotros y la policía podéis creerme o no, pero yo sé que ayer salí de aquí tan pronto como acabé de recoger las cosas de la comida.

La boca se me secó de golpe. Ernest se dio cuenta.

—Tranquilo —dijo, desechando con un gesto de sus manos la preocupación que comenzaba a instalarse en mi rostro—. Cuento con un buen número de testigos más que respetables que no tendrán el más mínimo problema en confirmar que yo estuve con ellos toda la tarde y parte de la noche. No eran más de las seis de la tarde cuando salí de aquí, y no regresé hasta ya bien pasadas las doce.

«Entonces, el coche...». Pensar esto y atar cabos fue todo uno. Estaba a punto de decir algo, cuando Ernest siguió con su razonamiento.

—Escucha, Simón, cuando yo entré esta mañana en el cuarto, la pieza estaba a oscuras. No había ninguna luz encendida, y yo no pude ver a doña Isabel hasta que descorrí las cortinas. No la pude ver —remarcó el secretario—, ¿comprendes?

—Sí... No, la verdad es que no, Ernest, sigo sin comprender nada. ¿Se puede saber qué es lo que tiene eso de especial?

El señor Rovira volvió a quedar observándome en silencio, meneando la cabeza, como si le costase admitir mi torpeza ante algo que para él resultaba a todas luces evidente.

—¡El libro, Simón! —dijo por fin.

—¿El libro? ¿¡Pero qué libro!?! ¡Por Dios, Ernest, háblame claro, que yo ya no entiendo nada! —empezaba a perder la paciencia.

—La señora Llobet tenía un libro en las manos cuando yo la encontré, y según el propio Max observó, todo apunta a que hubiese sufrido un infarto mientras leía en la cama.

—Ya, muy bien. Pero insisto, ¿¡qué tiene eso de especial!?! —La calma me abandonaba por momentos. Y a Ernest también.

—¡Despierta, Simón! —Ahora era él quien se mostraba irritado ante lo evidente de mi inopia—. Si ella estaba sola en la casa, ¿quién le apagó las luces de la habitación después de morir? Porque a menos que sea en braille, Simón, que no es el caso, que yo sepa todavía ninguno de nosotros es capaz de leer en la oscuridad, ¿no? Así que dime, ¿por qué no encontré yo ninguna luz encendida, entonces?

De acuerdo, aquello comenzaba a ser demasiado inquietante para mí y para mi jefe de obra.

—¿Qué está pasando, Ernest? —pregunté, ahora ya con la preocupación bien instalada en el cuerpo.

—No lo sé, Simón, no lo sé. Pero por lo pronto alguien ha matado a doña Isabel,

y ha querido después que pareciese algo natural.

—Dios mío... —Sí, a veces el argentino también parecía humano.

Ernest no dijo nada más. Sólo hizo un gesto para que le acompañásemos al interior, y los tres dejamos la entrada principal de la Casa Grande en la compañía solitaria de mi coche. Caminamos hasta el mismo salón en el que doña Isabel me había recibido apenas una semana atrás, y el señor Rovira nos invitó a sentarnos alrededor de una pequeña mesa redonda, una de esas viejas mesas de brasero, sobre la que sin que nadie le hubiese pedido nada sirvió tres copas de grapa. Bebió la suya de un único trago, como sólo los mejores lanzadores de penaltis saben hacer y, después de un largo silencio, retomó la conversación.

—Ella sabía que esto llegaría. Lo sabía... —El secretario se quedó mirando para el techo. En silencio, negando con la cabeza.

Después de un largo tiempo sin que nadie dijese nada, finalmente Ernest volvió a hablar, esta vez en un tono un poco más relajado.

—Bueno, supongo que en el fondo los dos sabíamos que este día llegaría tarde o temprano. Al fin y al cabo, las piezas siempre estuvieron ahí. Pero no es el fondo, es la forma lo que lo convierte en algo tan salvaje...

Creo que ni mi jefe de obra ni yo entendíamos una sola palabra de lo que el viejo secretario decía, pero le dejamos hablar, imaginando que todo aquello no sería más que otra forma de desahogo de quien, en cierto modo, también era un anciano recién abandonado. Con la misma calma con la que acababa de hablar, fue a buscar un poco más de serenidad en la botella de licor italiano, y siguió hablando.

—En fin. —Ernest chasqueó la lengua—. Por lo visto, parece que habéis encontrado algo en el viejo manantial, ¿no es así?

—Bueno, Ernest, no te preocupes, no creo que eso sea lo importante ahora.

Lo dije con la mejor intención, pero el secretario volvió a quedarse mirándome fijamente por un tiempo lo bastante largo como para llegar a resultar incómodo. El tiempo de quien sopesa alguna reflexión importante.

—La señora Llobet era una mujer muy inteligente. Y ésa, junto con un grandísimo amor, era una de las razones por las que ella y el señor Dafonte hacían tan buena pareja. Si vosotros habéis encontrado algo en la cueva, no creo que haya sido por casualidad. Don Eneas no era del tipo de gente que va dejando objetos familiares perdidos por ahí. Y menos en cuevas olvidadas durante lustros. Probablemente vuestro hallazgo sea más importante de lo que vosotros pensáis. Así pues, ¿dónde está?

Con un movimiento suave de mi cabeza le indiqué a Carlito que se acercase hasta el coche y trajese la caja. Todo el tiempo que mi amigo tardó en regresar permaneció Ernest en silencio. Mantenía la vista fija en la mesa, las dos manos sobre el mantel que la cubría, y por un momento a mí me recordó a la imagen de un viejo general que examina el mapa del campo de batalla, intentando reconocer la situación, localizar la orden apropiada tras un nuevo parte de guerra desfavorable.

Cuando Carlito volvió a entrar en la sala, lo hizo sin levantar el más mínimo ruido, limitándose a dejar el cofre en el centro de la mesa, entre las manos del señor Rovira. El secretario fijó su mirada en aquel pequeño contenedor de madera y, lentamente, después de haber sacado sus viejas gafas pasadas de moda de la funda que llevaba en el bolsillo superior de su americana de *tweed*, lo tomó en sus manos. Pasó con gran suavidad los dedos sobre la inscripción grabada en la cubierta y, como si esta vez él sí acabase de interpretar alguna clave en braille, algo que tan sólo él fuese capaz de comprender, dejó escapar una sonrisa casi imperceptible, la de quien reconoce en ese tacto un viejo mensaje inscrito en el tiempo.

—¿La habéis abierto? —preguntó sin apartar la mirada del cofre.

—No —respondí en su mismo tono—, nunca me atrevería a hacer semejante cosa. La inscripción en la cubierta no deja lugar a dudas sobre quiénes son los destinatarios de lo que sea que contenga esta caja.

—Bien hecho, entonces.

Cuando por fin se decidió a abrir la tapa, lo hizo contra nosotros, de tal modo que ni Carlito ni yo pudimos ver el interior del cofre. Había llegado a sentir curiosidad por el contenido de aquella misteriosa caja de madera, sí. Pero no salió del señor Rovira el más mínimo gesto por compartir el secreto que allí se escondía, fuese cual fuese, dejando bien claro que aquello no era asunto nuestro. Mientras nosotros nos quedábamos con las ganas, Ernest todavía permaneció en la contemplación de lo que quiera que fuese el contenido durante un buen rato.

En silencio, sin tocar nada.

Finalmente, cuando él lo consideró oportuno, con la misma dulzura con que la había abierto cerró la tapa y, con la mirada fija en la caja, sentenció:

—Llegó el momento.

—¿*El momento*? ¿El momento de qué, Ernest?

Pero el señor Rovira no respondió a mi pregunta. Bien al contrario, comenzó a dar por finalizado nuestro encuentro.

—Sé que doña Isabel agradeció muchísimo el esfuerzo realizado por tu parte, Simón. Pero confío en que ahora comprendáis que, de momento, vamos a tener que posponer nuestro compromiso. En estos días recibirás en tu cuenta el ingreso de una cantidad que la señora Llobet dejó indicada la semana pasada, en concepto de compensación por los servicios prestados. Sé que la encontrarás más que generosa.

Me sentí un poco incómodo ante las sugerencias económicas por parte del eficiente secretario en un momento como aquél, pero en el fondo también lo acepté como algo correcto. En todo caso, lo cierto era que acabábamos de quedarnos sin trabajo. Otra vez... Quise quitarle un poco de hierro a la situación.

—No te preocupes por eso, Ernest. Me imagino que ya lo sabes, pero por si acaso deja que te recuerde que puedes contar con nosotros para lo que necesites.

De nuevo, el viejo secretario dejó escapar una sonrisa, apenas dibujada en sus labios.

—Simón, hasta donde yo sé, no es poco lo que ya habéis ayudado. De todos modos —prosiguió tras una pequeña pausa—, hemos de seguir en contacto. La voluntad de doña Isabel era que no quedase a medias este trabajo y, en realidad, vosotros no habéis hecho más que comenzarlo, ¿no os parece? A su tiempo, amigo Simón, hagamos que cada cosa siga sucediendo a su debido tiempo.

Ernest nos acompañó hasta la puerta, y allí nos despedimos hasta un par de días después, ya que yo me sentía en la obligación mínima de asistir al entierro de doña Isabel. Esta vez, la despedida fue un hondo abrazo entre el secretario y yo. En apenas una semana escasa yo había vuelto a recuperar la sensación de compañía, de pertenencia a alguna suerte de grupo, una que no había vuelto a tener desde aquellos años en Barcelona.

Y ahora, de repente, todo se acababa. Otra vez... Perra vida.

## VI

Carlito es buena gente, pero tiene sus cosas. Supongo que como todo el mundo. A Carlito no le agradan los entierros. Supongo que como a nadie. Pero en su caso, él siempre lo explica diciendo que en un entierro la línea que separa las condiciones de visitante y visitado son tan efímeras que mejor no andar tentando a la suerte. Según él mismo cuenta, es tanta la tristeza que le producen que ni tan siquiera está seguro de que vaya a asistir a su propio sepelio. Así que allí estaba yo, plantado en el cementerio de Pereiró, el viejo camposanto de la ciudad, a los pies del monumento a Concepción Arenal, bajo una lluvia espesa y constante, y sin más paraguas que mi desaliñada pelambreira. Si alguien comenta algo sobre lo desastrado de mi aspecto habitual, yo suelo responder que a mí no me peina nadie más que el viento. Pero en esta ocasión era la lluvia la que me estaba practicando un «alisado natural». Me sentía un poco ridículo asistiendo de esa guisa al entierro de una mujer tan importante para la ciudad como doña Isabel lo había sido, si bien tampoco era menos cierto que de entre tanta gente como allí había nadie iba a prestarle demasiada atención a un don nadie como yo.

Efectivamente, eran muchas las personas que, a pesar de la tarde tan gris y asquerosa, se habían acercado al cementerio para decirle adiós a aquella buena mujer y acompañarla hasta la entrada de su féretro en el panteón de los Dafonte-Llobet. Incluso yo, que nunca me entero de la misa la mitad, pude reconocer algunos de los rostros más famosos del «todo Vigo» (si es que algo así se puede decir de una ciudad como ésta). Comenzando por el propio alcalde y un par de concejales, la representación ciudadana era considerable. Pude ver también al director de la Caja de Ahorros; a unos cuantos hombres que sé que algo tenían que ver con la Cámara de Comercio; al presidente de la Sociedad Mercantil; al del Aeroclub; a varios periodistas del *Faro de Vigo*; e incluso a Otero Sanginés, el viejísimo pintor de la ciudad, con su jovencísima enfermera empujando su silla de ruedas. Supuse que habría algún tipo de relación entre la familia y el artista, ya que el día que estuve esperando a doña Isabel en su biblioteca pude admirar un retrato de una joven señora Llobet firmado por el pintor.

En el centro del escenario, acompañando al ataúd que esperaba para traspasar las puertas del panteón, me encontré con otras caras más conocidas, aunque éstas ya por otros motivos. Al lado de la cabecera de la caja reconocí al doctor Clará, que de cuando en vez intercambiaba alguna palabra con los vecinos de paraguas a su izquierda, una pareja de unos cincuenta años y aspecto impecable. De ella no sabía



nada, pero la cara del hombre me resultaba vagamente familiar. De entrada no conseguí identificarlo, pero luego, el recuerdo de alguna foto vista recientemente en algún periódico vino a mi cabeza. Aquel hombre bajo el paraguas, alto, de aspecto fuerte, ya con cierta calva peinada hacia atrás, y dueño de un traje tan negro como caro, era Xulio Dafonte, el hijo mayor de doña Isabel y don Eneas. La verdad es que no estaba muy seguro de cuáles eran los delitos por los que estaba siendo investigado, pero por lo menos a primera vista aquel hombre tenía más pinta de acabar de salir del consejo de administración de cualquier banco que de dependencia policial ninguna. Claro que, últimamente, una cosa no eximía a la otra...

Por la otra banda, a la derecha del doctor, y también bajo un paraguas, me encontré con otro rostro conocido. El más que eficiente secretario, señor Ernest Rovira, estaba allí, al lado del ataúd de quien, según él mismo nos había contado tan sólo tres días antes, había sido su única dedicación durante más de cuarenta años. Aunque de apariencia fatigada, mantenía un rostro sereno, y ofrecía su brazo para que de él se prendiese una mujer desconocida para mí. Era alta también, esbelta, de larga melena morena. Debía de andar rondando los cuarenta, pero había algo en ella, en su rostro, que hablaba de otras juventudes. Comprendí que aquélla no podía ser más que Mariña Dafonte, la otra hija del matrimonio. Y al momento me pareció muy hermosa, bella mucho más allá de la tristeza evidente en su rostro.

Volví a la realidad cayendo en la cuenta de que ya llevaba más tiempo observando a aquella mujer del que era consciente, y me sentí avergonzado al descubrirme a mí mismo en ese tipo de contemplaciones en un momento y lugar como aquéllos. Meforcé (no sin dificultad, para mi mayor sorpresa) a abandonar aquella cara tan linda y seguir con mi ronda de reconocimiento, mientras el cura continuaba imperturbable con su cantinela de responsos, salmos, o lo que fuese aquello que iba pronunciando. Saltaba de rostro en rostro mientras reflexionaba sobre el escaso éxito que las horas de catequesis habían tenido en mi conciencia: como tantas cosas en mi vida, un auténtico desastre, incapaz todavía hoy de distinguir un padrenuestro de un rosario.

Descubrí entonces otro grupo que también me llamó la atención. Unos pasos más atrás de donde se encontraban Xulio, Ernest y Mariña, otra extraña pareja se refugiaba de la lluvia bajo un paraguas de tamaño considerable. El que lo sujetaba era un tipo alto y flaco, de edad indefinida entre los treinta y muchos y los cuarenta y pocos. Vestía de traje y corbata rigurosamente negros, camisa blanca y gafas oscuras. Bueno, es verdad que hay entre las señoronas cierta moda de ir con este tipo de gafas a los entierros, por aquello de poder simular a gusto el más desconsolado de los llantos. Pero ni aquel tipo era una señorona, ni aquellas gafas pegaban con aquella lluvia. Su cara era estrecha, alargada y mal afeitada, y llevaba el pelo, negro y abundante, peinado para atrás. Parecía una estatua de piedra, inmóvil excepto por un leve movimiento de cabeza casi constante y sistemático, como el de quien está permanentemente analizando el campo sobre el que se encuentra. A su lado, protegido bajo el paraguas que el hombre de negro mantenía sobre ambos, un

individuo mucho mayor que el anterior. Debía de andar ya cerca de los ochenta, aunque tampoco podría precisar mucho más, ya que estaba protegido por un abrigo de cuero negro que lo cubría casi de arriba abajo, y llevaba la cabeza cubierta por un sombrero, también de línea muy elegante. Casi no se le podía ver el rostro, apenas lo suficiente para reparar en dos cosas muy curiosas. Una era que su piel estaba exquisitamente bronceada, pero no como esas de solárium, que parecen recién salidas de un baño de zumo de zanahoria, sino como la de quien lleva una vida entera bajo el sol, cosa que no dejaba de ser llamativa en una ciudad como ésta, tan poco dada a las clemencias climáticas en pleno mes de noviembre. Pero lo que supongo que más me llamó la atención fue la certeza de que, mientras todos los asistentes mantenían su atención en el féretro, o en las palabras del sacerdote, o en sus acompañantes, o en la simple contemplación del suelo, este hombre no hacía nada de eso. De hecho, esta extraña figura no hacía otra cosa que mantener la vista clavada en Xulio, y sólo descansando de esta actividad para dedicarse eventualmente a la contemplación de quien yo había identificado justo antes como Mariña. Pero claro, de su extraño comportamiento nadie se daba cuenta, porque allí los únicos que no estaban haciendo lo que la gente normal hace en los entierros éramos precisamente los dos tipos estos y yo.

Fue este último pensamiento el que hizo que me sintiese todavía más como una especie de bicho raro, un pececillo incómodamente caído fuera de su acuario. Supongo que a punto estaba de empezar a boquear, cuando el cura dio por concluida la liturgia, para pasar a indicarles a los operarios de la funeraria su permiso para proceder a la colocación de la caja en el espacio que le correspondiese dentro del panteón familiar. Hubo un clamor de llantos contenidos hasta que, de repente, unos cuantos asistentes se arrancaron a aplaudir. Poco a poco, y la mayoría de la gente se fue sumando al gesto. Nunca comprenderé por qué la gente hace cosas de este tipo en los entierros. ¿Qué pretenden, felicitar al difunto por el éxito de su muerte? «Muy bien, macho, la has espichado de maravilla». Por favor... ¿Qué tenía de malo aquel silencio respetuoso previo? Volví a buscar a la extraña pareja de antes, no sé, supongo que por ver si ellos también estaban aplaudiendo. No, el viejo seguía inmóvil. Busqué entonces a su acompañante, y en ese momento me encontré con sus ojos clavados en los míos. Aparté instintivamente la vista. ¿Me estaba observando a mí? Volví sobre él una vez más. No, ya no me miraba. O quizá nunca lo hubiese hecho. O tal vez yo me estaba comportando como un paranoico.

Me agobié, todo aquello era demasiado para mí, y preferí salir. Ya esperaba fuera para darle el pésame a Ernest y a la hija de doña Isabel. En ese momento no lo quise reconocer, pero sentía cierto deseo de conocer a aquella mujer. Un «cierto deseo» más bien «ciertamente fuerte»...

Me encaminé lo más discretamente posible hacia la salida, fijándome en el despampanante repertorio de coches de lujo aparcados a la entrada del cementerio. Todo un desfile de vehículos de alta gama, muchos incluso con sus chóferes a la

espera de sus señores. Algunos hablaban entre ellos, otros esperaban en el interior de los coches. Me llamó especialmente la atención una vieja berlina Mercedes de color negro, un coche muy antiguo, quizá de mediados o finales de los años cincuenta, pero exquisitamente conservado. Precioso. «Mamá, cómo se nota que el entierro es de postín», pensé. Seguro que todos éstos no viven en pisos de protección oficial... ¿Pero qué rayos pintaba yo allí, en medio de toda aquella gente? Yo todavía vivía en el mismo piso que me hacía las veces de estudio, una vieja madriguera que en su momento me había llegado de la mano de mi madre. Y creo que a ella ya se lo había pasado mi propia abuela, que lo había cambiado por otro local en el mismo edificio, uno de los sótanos a los que se entraba por el lado de la calle Bajada al Fuerte, o algo así. Porque sí, un piso en el centro de la ciudad farda mucho, pero si yo lo puedo mantener es únicamente porque a mí todavía me llegó con uno de esos contratos de renta antigua, que si no, ni de coña podría vivir yo allí.

A vueltas con mis cosas, apenas si había traspasado las altas puertas de forja del cementerio cuando volví a tener la sensación de que alguien me observaba. Busqué a mi izquierda y me encontré con la mirada descarada de un tipo alto, fuerte, apoyado en un coche blanco al lado de la entrada al camposanto. Incómodo, preferí no fijarme en mucho más, y seguí con el paso dispuesto a hacer la espera más cómoda en el bar del tanatorio, cuando escuché que el hombre me hablaba.

—*Escolta, malparit!*

¿*Malparit*, yo?

—*No ets tu el Simonet?*

Y entonces mis recuerdos le pusieron rostro familiar a aquel tipo apoyado en el coche blanco. Y no podía ser, pero era.

—¿Bruno?

Di media vuelta para comprobar que, efectivamente, no me equivocaba. Atónito, me quedé observando a aquel individuo, y lo primero que me vino a la cabeza fue que Gardel no estaba equivocado con aquello de «que veinte años no es nada».

—¿Bruno! ¿Pero qué rayos haces tú aquí? ¡Dios mío, cuánto tiempo sin vernos! ¿Pero qué rayos haces tú aquí, desgraciado?

—*Apa nen*, de desgraciado nada. Para ti, «señor desgraciado». O eso, o «comisario Rodés».

—¿Comisario? ¡No me digas!

—Como lo oyes. Así que venga, dame un abrazo, o te llevo detenido.

Bruno Rodés había sido uno de mis mejores amigos en mis tiempos barceloneses. En 1990, en mi primer año de carrera, yo había alquilado con unos cuantos chicos más un piso enorme en el barrio de Gràcia. Una noche de fiesta nos juntamos algunos más de la cuenta en la casa, y parece ser que la cosa del respeto vecinal se nos estaba yendo un poco de las manos cuando nuestro casero, el señor Obiols, antiguo vecino

de Cadaqués llegado a las Ramblas a primeros de los sesenta con ínfulas de magnate inmobiliario, ya muy mayor, ya muy tocado por la tramontana, y ya muy harto de que nuestros vecinos lo llamasen sólo para darle quejas sobre nosotros, decidió pasarse por el piso para ver qué leches estábamos haciendo con tanto alboroto. Nada más abrir la puerta, el señor Obiols comenzó su enfadadísimo saludo comentándonos lo muy hasta las pelotas que lo teníamos con tanta algarabía. Y así, sin un miserable «*bona nit*». La Nicoletta, una de mis compañeras de piso y moza de muy buen ver, decidida a salvar la situación, le pidió que por favor se tranquilizase, que la cosa no era para tanto. Según la Nico explicaba desde la más angelical de las amabilidades posibles, allí todos éramos gente seria, todos estudiantes de medicina, y todos catalanes de pro al tiempo que fervientes devotos de la Moreneta. El descubrimiento de aquella celestial presencia provocó el silencio instantáneo en la malsonante garganta del señor Obiols, alorado en la contemplación de tamaña belleza parlante. Su expresión recordaba muchísimo a la del verraco que le pasa revista de arriba abajo a la ración de rancho que le acaban de servir, y justo cuando ya parecía que un mar de babas estaba a punto de desbordársele por la comisura de los labios, abrió la boca para soltar esta perla:

—¿Ay, sí? Pues, nena, ya puestos, bien me podías hacer tú un reconocimiento médico —el casero se arrimó todavía más a la Nicoletta— a fondo, que a mi edad son cada vez más importantes, bonita.

—*Escolta, malparit!* ¡¿Pues por qué no comienzas reconociendo esto, *fill de puta*?!

Y antes de que el señor Obiols pudiese darse cuenta de por dónde había llegado, sintió en la cara el calor de un tremendísimo puñetazo que lo envió en vuelo directo contra la puerta de entrada al piso, y de ahí derecho al suelo. El artesano de tan soberbio golpe no había sido otro que Bruno Rodés, un chaval de Cabrera de Mar, a la sazón aspirante al ingreso en las fuerzas de seguridad del estado, y novio oficioso de la «doctora» Nicoletta (quien, por cierto, para ser exactos, era estudiante de relaciones laborales).

—¡No, Bruno, no! —Nicoletta, llevada por un súbito instinto maternal, se lanzó contra Bruno—. ¿Pero qué haces, animal?, ¿no ves que sólo es un pobre viejo? ¡Bruto!

—¡¿Qué?! ¡Pero si aquí el abuelo ya te estaba metiendo la mano hasta la sisa!

—¡Que lo dejes, bestia!

Bruno no daba crédito a la imagen. Y entretanto, el viejo sátiro no hacía más que gritar desde el suelo.

—*Desgraciats, desgraciats! Tots al puto carrer, fora de la meva casa! Desgraciats!*

Así fue como nos conocimos Bruno y yo. Aquella noche acabamos celebrando nuestras pérdidas en la barra del Zeleste. Bruno se acababa de quedar sin novia, y yo sin piso. Y aquella noche y aquella barra fueron las primeras de una larga serie de

noches y barras, compartidas mano a mano por ambos, forjando una amistad que duró todos mis años en la Ciudad Condal y que, como tantas otras relaciones, murió víctima de un ataque severo de distancia aguda al retornar yo a Vigo. Habían pasado por lo menos quince años desde nuestro último encuentro, demasiados para mi torpe memoria como para reconocer ahora al impetuoso asalta-caseros de Cabrera de Mar en aquel flamante comisario Rodés. Menos mal que Bruno, quizá por causa de su entrenamiento policial —o quizá simplemente porque era mejor persona que yo—, mantenía en perfectas condiciones su capacidad para identificar una cara. Nos dimos un buen abrazo, y al separarnos quise contemplar mejor a aquel hombre. Era alto, no lo recordaba tanto. Me di cuenta de que el tiempo no había pasado en balde, pero aun así mantenía un aspecto formidable. Creí recordar que, por aquel entonces, él tenía un par de años más que yo, y supuse que nada lo habría librado de seguir respetando ese margen. A sus treinta y nueve, Bruno seguía aparentando una forma física excelente. Se le notaba que era un hombre fuerte, bien formado, incluso a través de la gabardina beige que lo protegía de la llovizna que seguía cayendo con insistencia.

—Te veo bien, amigo, te veo muy bien después de tantos años.

—¿Sí? Pues tú sigues teniendo el mismo aspecto de indigente recién comido de siempre. —Sí, ése era el tipo de mimos que Bruno acostumbraba a ofrecer.

—Ya, y yo veo que tú sigues siendo igual de agradable que de costumbre. Así que ahora eres el inspector Clouseau... ¿Pero cómo? Quiero decir, ¿tú no estabas en Barcelona? ¿Te destinaron aquí, o cómo es la cosa?

—Bueno, estaba de inspector jefe en Sants cuando me ofrecieron el cambio. No hará mucho más de un año que llegué, y ya estoy de faena hasta arriba. Parece que aquí no tenéis otra cosa con que entreteneros que andar haciendo el mal todo el día. Entre politiquillos corruptos, empresarios chanchulleros, proxenetas, jaleos entre bandas locales y bandas de inmigrantes, y *narcotrafiqueiros*, en esta ciudad de locos estáis todos empeñados en no dejarme descansar.

En el interior del cementerio la ceremonia ya se había acabado, y la gente comenzaba a salir. Noté enseguida cómo Bruno mantenía ahora un ojo en nuestra charla y otro en cada uno de los asistentes al entierro que iban saliendo a la calle.

—Y entonces, ¿qué te trae por aquí? ¿Trabajo o placer? —pregunté yo.

—Muy agudo, tú. Anda, que si te digo que la difunta era mi madre te quedas de piedra.

—Pues probablemente sí. Pero ya sé que no lo era. ¿Qué está pasando, Bruno? —recordé las insinuaciones de Ernest el día anterior—. ¿Es por la mujer?

—¿Por la señora Llobet? No, no. Esto no tiene nada que ver con ella.

—¿Pues qué es, entonces? Si es que se puede saber, claro.

Bruno guardó un breve silencio, imagino que sopesando si ésa era una información a la que yo pudiese tener acceso o no. Mantenía su rostro una expresión seria, grave, mientras continuaba observando a cada una de las personas que seguían saliendo del cementerio.

—Sí, supongo que se puede saber. Siempre y cuando tú no tengas nada que ver con la mafia, claro.

—¿Cómo? —pregunté yo, mal disimulando mi susto. Sólo con lo que Ernest me había insinuado el día anterior sobre la muerte de doña Isabel tenía cubierto el cupo de escándalos. Mi vida ya se había vuelto demasiado inquietante con una sospecha de asesinato como para tener que oír ahora algo sobre la mafia.

—Tranquilo, hombre, que es broma. —Bruno cambió la gravedad por una sonrisa ligeramente más desenfadada—. Estamos aquí por uno de los hijos de la Llobet.

—¿Por Xulio Dafonte?

—Su nombre completo es Xulio Ascanio Dafonte Llobet, pero para nosotros es el Ascanio. Xulios hay muchos, pero Ascanios... Mira que es un nombre raro. ¿Qué pasa, es típico de aquí?

Acudieron a mí más recuerdos de la facultad. Al principio de la carrera, el estudio de la arquitectura clásica, Grecia, Roma, me despertó cierto interés por el mundo clásico. Complementé mis estudios con un par de cursos de introducción a la mitología, pensamiento e incluso literatura grecorromana. Por aquel entonces todavía tenía interés por conocer cosas nuevas. Julio Ascanio era, según Virgilio, el hijo del protagonista de la *Eneida*, heredero del trono de Lavinio. Teniendo en cuenta que incluso el propio Julio César se consideraba descendiente de este otro Julio Ascanio, por un momento no pude evitar sonreír al pensar que el difunto Eneas Dafonte hubiese sido quizá un poco arrogante de más a la hora de diseñar sus propias pretensiones sucesorias.

—Bueno, supongo que siendo hijo de un Eneas... —respondí, haciéndome ahora yo el misterioso ante mi amigo.

—Vaya, ¿y eso? —preguntó apáticamente Bruno, que seguía sin ver la relación.

—Nada, arrogancias de la *gente bien*, supongo.

—Pues fantástico por ellos... ¿Pero y qué pasa contigo?

—¿Conmigo?

—Sí, contigo. ¿Acaso conoces de algo al tipo este, tú?

—Sí. Bueno, en realidad, no. Lo conozco sólo de oídas, como todos por aquí. De leer alguna cosa en el periódico y todo eso... Y vaya, porque el otro día el secretario de la señora Llobet me habló muy por el aire sobre él, de cuando era un crío, pero poco más. Así que eres tú quien está llevando la investigación esa de la que hablan los periódicos, ¿no?

—Sí, mi brigada. ¿Y qué clase de relación tienes tú con la familia?

Vaya, la verdad es que no me sentó muy bien el escuchar juntas en una misma frase las palabras «tú», «relación» y, sobre todo, «familia»...

—Pues supongo que ahora ya ninguna... —respondí, recordando la súbita cancelación de obras—. Simplemente estaba haciendo un pequeño trabajo de reforma en el terreno que la familia tiene en Canido. Pero esto era por encargo de doña Isabel, y bueno, al morir ella, ya te imaginarás.

—Mejor para ti. Porque ahora la *familia* es él, y este fulano no es trigo limpio precisamente. Más bien todo lo contrario.

—¿Pero quién? ¿Ascanio? ¿De verdad? ¿Lo estás diciendo en serio?

—Hombre, y tanto.

—Pues perdona, Bruno, pero no acabo de entenderlo. Si ya sólo por ser hijo de quien es tenía de nacimiento la vida más que resuelta... ¿Qué diablos hace un tipo de su posición metido en líos con las mafias locales?

—¿*Con las mafias locales*, dices? —Bruno dejó escapar una sonrisa cínica—. No, Simón, no se trata de eso. Nuestro amigo Ascanio no tiene ningún lío con las mafias locales. *Él* es la mafia local.

—¿¡Él!?

Casi se me escapa un grito al escuchar la aclaración de mi viejo amigo. Resulta que había estado trabajando para la familia de uno de los capos de las Rías Baixas... No me lo podía creer.

—Pues sí, él. Pero haznos un favor a los dos, y baja un poquito la voz, ¿sí?

No salía de mi asombro. ¿Con qué clase de gente había estado a punto de juntarme? No comprendía nada. A ver, tranquilicémonos. Algo se me tenía que estar escapando.

—Entonces más a mi favor, Bruno, ¿qué necesidad puede tener un tipo como él, de su posición, para meterse en esas historias?

—Vaya, *nen*, pues qué quieres que te diga... —El comisario se pasó suavemente la mano derecha por la cabeza—. La relación con su propia familia no siempre fue tan directa como tú le presupones. Por lo visto, anduvo bastante alejado del entorno familiar. Parece ser que él y su madre no se entendían demasiado bien. —Bueno, bueno, eso suponía un cierto alivio para mis preocupaciones—. Y quién sabe, si a un tipo con aires de niño rebelde le cortas el grifo de los dineros familiares... No sabría qué decirte, Simón. De todos modos, sobre lo que sí te advierto desde ya es que te guardes de cruzarte con él. Porque de lo que no tengo ninguna duda es de que se trata de un tipo peligroso. Muy peligroso. —Bruno remarcó especialmente el *muy*.

—Comisario. —Un hombre que todavía permanecía dentro del coche blanco, sentado al volante, advertía de algo a Bruno con un ademán hacia la puerta del cementerio. Bruno y yo dirigimos la mirada en esa dirección, y pudimos ver como Xulio y la mujer que yo había tomado por su esposa estaban ahora a punto de salir. Como si allí no hubiese nadie más, Bruno me cogió por un brazo y se dispuso a poner fin a nuestro encuentro.

—Tengo que dejarte, Simón. Tenemos que seguir «paseando al perro», ya sabes. Me alegro mucho de haberte visto. Si necesitas cualquier cosa, me puedes encontrar en comisaría. No tiene pérdida, en la puerta de mi despacho pone «el que manda». Llámame cuando quieras y nos tomamos algo, que seguro que tenemos mucho que contarnos.

Bruno se metió en el coche. Justo antes de arrancar bajó la ventanilla y se volvió a

dirigir a mí:

—Me alegro mucho de volver a encontrarte, *amic*.

—Yo también, Bruno. Nos llamamos.

Y discretamente inició su marcha tras el coche en el que ni cinco segundos antes había salido del aparcamiento Xulio Dafonte, otro vehículo grande, creo que también un Audi.

Me quedé plantado bajo la lluvia, observando cómo el coche de Bruno se perdía en el tráfico de la tarde, e intentando conjugar la emoción de haberme reencontrado con mi viejo amigo con la conversación que acabábamos de tener sobre el hijo de doña Isabel, cuando sentí que alguien me ponía una mano en el hombro.

—Simón.

Me di la vuelta. Allí estaba el señor Rovira. Dios mío, ahora que lo veía de cerca, parecía que en apenas un par de días hubiese envejecido diez años más. Pensé que probablemente habría sido él quien se había encargado de todo el asunto del fallecimiento, del entierro, de avisar a la familia, las notas de prensa... O quizá simplemente fuese tristeza. A su lado todavía estaba aquella mujer. Caramba, de cerca era mucho más bonita.

—Buenas tardes, señor Rovira. Acabo de salir ahora mismo —dije a modo de disculpa—, no me encontraba muy bien allá dentro.

—Ya lo sé, hijo. Te vi antes, al pie del monumento. Pero, por favor, no cambiemos nuestros tratos por encontrarnos en un lugar tan triste. Me agradaba más cuando me llamabas Ernest. ¿O acaso prefieres volver a ser don Simón?

Los dos sonreímos tímidamente.

—No, no, por supuesto que no, Ernest.

—Bien, mejor así. Deja que te presente a alguien. Simón, ésta es Mariña Dafonte, la hija de la señora Llobet.

—Es un placer conocerla. Lamento que sea en estas circunstancias, doña Mariña. Conocí hace apenas unos días a su madre, y tan poco tiempo fue suficiente para darme cuenta de que se trataba de una persona excepcional. Permítame que le dé mi más sentido pésame.

—Te lo agradezco. Pero, por favor, no me trates de usted, que creo que tampoco estamos tan lejos. —Apenas aquellas pocas palabras de Mariña bastaron para comprender que ella hablaba con la misma extraña familiaridad de la que había sido dueña su madre, si bien también era cierto que la hija lo hacía con una mayor dosis de calma, de sosiego, que la madre—. Me ha dicho Ernest que estás trabajando en la casa de Canido, ¿no es así?

—Sí, bueno, por ahora tenemos la obra parada, dadas las circunstancias. Pero sí, es verdad que su..., bueno, disculpa, que tu madre me encargó unos arreglos en el jardín.

—En la fuente de papá, ¿verdad?

Me cogió por sorpresa la denominación. Supongo que en todo este tiempo nunca



me había parado a pensar en aquel espacio como algo tan directamente «familiar». En efecto, aquél era el rincón que el «papá» de alguien había construido para solaz propio y de los suyos.

—Sí, ahí mismo.

—Pues me alegro mucho. Ese lugar siempre tuvo un encanto especial para todos nosotros. Yo guardo todo un tesoro de recuerdos de niña jugando en la fuente. Creo recordar que se secó poco antes de la muerte de mi padre.

—Sí, según me había contado tu madre, sí, así fue.

—Sí. Es verdad... Y luego fue cayendo en el abandono con los años... ¡Una lástima! —exclamó, como si acabase de regresar de un rápido viaje por sólo ella sabía qué recuerdos—. Ojalá la puedas recuperar, Simón.

—Y por supuesto que lo hará —intervino el secretario—. Cuando todo se normalice, Simón retomará sus faenas. Pero antes hay cosas que arreglar.

—Claro que sí, Ernest. Ya sabes que podéis contar conmigo para continuar con el trabajo cuando vosotros digáis —me ofrecí yo.

—Lo sé, Simón. Pero creo que vamos a tener que vernos un poco antes. Este lunes nos reuniremos para la lectura del testamento, y necesitamos tu presencia.

«¿Cómo?».

—Vaya. Discúlpame, pero, creo que no comprendo...

—La señora Llobet dejó indicado que todos sus herederos han de estar presentes en la lectura de su testamento.

—Ya... Pero sigo sin entender qué tiene eso que ver conmigo.

—Pues yo creo que está bien claro —respondió con una sonrisa el secretario—. Tiene que ver con que tú eres uno de esos herederos.

—¿Perdón? —Ahora sí que ya no entendía nada de lo que estaba escuchando. ¿Yo heredero de doña Isabel Llobet? La expresión en mi rostro debía de hablar a gritos sobre lo perdido que me encontraba.

—Nada de perdón, hijo. Ya comprenderás cuando te corresponda. Por lo pronto, esta noche recibirás un correo en tu ordenador indicándote la hora y la dirección del bufete donde haremos la lectura. Lo que sí que te puedo decir es que no hagas planes para este lunes por la tarde.

—Vaya, pues no sé qué decir, Ernest...

—Por ahora basta con que digas que no faltarás.

—Claro, por supuesto —respondí todavía desconcertado—. Allí estaré.

—Bien. Gracias por venir, hijo.

—Buenas tardes, Simón, muchas gracias por venir. —Y con las mismas, Mariña remató su despedida ofreciéndome la mano.

La noticia de Ernest y la fragancia de Mariña me dejaron totalmente desorientado en la entrada del camposanto. El parque estaba completamente desierto, el cementerio ya tenía sus puertas cerradas, todo el mundo se había ido, y yo era heredero de una de las mujeres más ricas de la ciudad. Heredero... ¿de qué?

## VII

Tuve pesadillas todo el fin de semana. En mis sueños yo era niño otra vez, y caminaba de la mano de mi abuela, los dos paseando por la orilla del mar. Las olas de la marea que bajaba rompían suavemente contra nuestros pies desnudos. Atardecía, y toda la playa se bañaba en una luz naranja, densa, intensa, como si no hubiese sobre nosotros nada más que no fuese aquella luz. Sólo una silueta se recortaba en el otro extremo del arenal. Yo reconocía aquel cuerpo, el de mi madre, de pie allá al fondo de la playa, haciéndonos señales con la mano, invitándonos a ir con ella. Al verla, yo tiraba de la mano de mi abuela, y ella me devolvía una sonrisa, pero sin acelerar su paso lo más mínimo. «A su tiempo, hijo, a su tiempo», repetía la abuela sin apurar nada, mientras poco a poco la silueta de mi madre comenzaba a difuminarse en la densidad de aquella luz anaranjada que ya hacía daño a los ojos. Y yo tiraba más y más, y todo iba resultando más costoso. Mi abuela tenía la fuerza de un mundo, y yo ya no era capaz de diferenciar nada entre aquella luz que no dejaba ver más allá de una claridad cegadora. Me despertaba de cada pesadilla empapado en sudor, convencido todavía de que de un modo u otro podría llegar hasta mi madre. Y entonces recordaba que no había ya nada que hacer, que mi madre había muerto hacía ya quince años, que mi abuela también lo había hecho cuando yo era tan niño como en mis pesadillas, y la certeza de que para hoy ya todo estaba perdido me devolvía al abatimiento de las sábanas humedecidas por el sudor.

Y todas esas noches, recordando la angustia de las madrugadas anteriores, tuve la tentación de coger el teléfono y llamarlo. De hablarle de mis pesadillas, o de este nuevo trabajo, o de nosotros dos. O quizá simplemente de decirle «hola, papá». Las horas acababan pasando en procesión delante de mí sin que yo hiciese nada al respecto, ni en una dirección ni en otra, y de nuevo volvía a quedarme dormido en mi sofá azul, enredando el pensamiento en el recuerdo de doña Isabel, en sus extrañas voluntades, en la fuente, en los misterios del señor Rovira, en Bruno Rodés, en mis años en Barcelona... Y en Mariña. Así, así fue pasando el tiempo, hasta que, sin darme demasiada cuenta, el lunes acabó llegando hasta donde yo estaba.

Según se me había indicado en el *mail* enviado por Ernest el día del entierro, la cita era a las cinco de la tarde en el bufete de Rovira y Asociados, en el número 17 de la calle Urzaiz. Al principio me llamó mucho la atención el nombre del despacho, Rovira y Asociados. De forma inconsciente, supongo que ya me había hecho una

composición de la vida del amigo Ernest vinculada única y exclusivamente a lo que sucediese sólo dentro de los muros de la Casa Grande. Algo así como una especie de monje de intramuros enclaustrado en la playa de Canido. No le había imaginado vida propia fuera del ámbito de los Dafonte-Llobet, y mucho menos como para tener un bufete propio abierto en el centro de la ciudad, apenas a unas cuantas calles más allá de donde yo mismo vivía.

A las cuatro y media de esa tarde de lunes bajé a tomar un café rápido al bar de Suso. Nunca se lo he dicho a nadie, pero cuando estoy nervioso por algo, siempre tomo café, por aquello de estar bien despierto cuando llegue el momento clave. Claro, luego siempre me pasa lo mismo, que sigo igual de nervioso, pero además acelerado como una moto. Así, no serían todavía ni las cinco menos cuarto, y yo ya estaba atravesando la Puerta del Sol. A esas horas todavía no había mucho transeúnte ávido de consumismo voraz por las tiendas que atiborran la calle del Príncipe, y a las cinco menos diez ya enfilaba la calle Urzaiz, la espléndida garganta que engulle todo el tráfico humano directo al centro de la ciudad. El número 17 quedaba en el margen izquierdo de la calle, pero yo preferí subir por la acera de los pares. Sabía que ese número estaba ocupado por uno de los edificios de Pacewicz.

Hoy, cualquiera que tenga un poco de curiosidad por conocer la historia de la ciudad podrá descubrir sin mayores problemas que Michel Pacewicz fue un arquitecto francés, llegado a Vigo desde París a finales del siglo XIX. Cualquiera puede saber que él fue el responsable de comenzar a darle a la ciudad sus primeros aires de «europeidad», cuando menos en lo que al paisaje urbano se refiere. Pero no siempre fue así.

Yo había regresado de mi tiempo de formación como arquitecto en Barcelona impresionado por la obra de Antoni Gaudí, convencido de que la relación del arquitecto de Reus con la Ciudad Condal había sido algo así como una especie de noviazgo perfecto entre un hombre y una urbe. Un tiempo perfecto en un espacio perfecto, una relación hermosa, única e irrepetible. Gastaba las horas hablando de todo esto, llenándome la boca (y las orejas de quien tuviese la paciencia necesaria para aguantarme el discursito) con las muchas virtudes y bellezas de la Barcelona de Gaudí... Hasta que un buen amigo hoy ya desaparecido, Lolo Díaz-Fernández, uno de mis viejos profesores en los años de instituto y un auténtico maestro en lo que a historia de la ciudad se refería, supongo que harto de mis interminables peroratas, me habló de un desconocido para mí. Una suerte de fantasma del que hasta entonces todos los viejos arquitectos de la ciudad hablaban, pero del que nadie podía con exactitud ni siquiera atreverse a deletrear correctamente su nombre. Se le atribuían obras sin certeza absoluta, se le negaban otras, y nadie estaba del todo seguro de nada. Díaz-Fernández me puso aquel hilo en la mano, y con los años, tirando de él, dedicándole buena parte de mi, por desgracia, abundante tiempo libre, fui

descubriendo la obra de Michel Pacewicz, el escurridizo francés que conectó Vigo con la Europa del siglo xx.

Poco a poco fui averiguando que su trabajo había sido fecundo, abundante por todos los rincones de la ciudad. Pero la calle Urzaiz constituía algo especial. De todos los edificios que había en ella, en su tramo entre Colón y el cruce con Lepanto y Gran Vía, el porcentaje de obras firmadas por el arquitecto francés era tan alto que, de hecho, siempre he pensado que, de no ser por lo mucho que el eminente político don Ángel Urzaiz había hecho por la ciudad, lo cierto es que ese tramo debería llamarse calle de Michel Pacewicz.

Y de ese amplio porcentaje, la mayoría de los edificios se encontraban en el lado impar de la calle. Por eso yo siempre me movía por la acera opuesta, por aquello de caminar echándoles un ojo. Tantos años, y siempre les encontraba un nuevo detalle con el que sorprenderme.

Hoy, de nuevo, contemplaba aquellas casas con respeto mientras aguardaba al lado del semáforo para los peatones a que el hombrecito de verde sustituyese al hombrecito de rojo, y así poder cambiar de acera. Mientras esperaba, con la mirada ya fija en el número 17, las asociaciones de ideas corrieron veloces en mi cabeza. Pensé que, en el fondo, era lógico que el señor Rovira tuviese un bufete instalado en uno de los edificios que todavía evocaban viejos prestigios en la ciudad. La historia de la familia Dafonte-Llobet, al igual que sucedía con cada fachada firmada por Michel Pacewicz, hablaba del recuerdo de otros tiempos, de la gloria ya pasada de otras vidas perdidas en la memoria de una ciudad que hoy, con una población flotante de casi medio millón de habitantes, y convertida en motor industrial y económico del noroeste peninsular, ya sólo tenía tiempo para seguir siendo un hermoso monstruo tumbado al pie del Atlántico, eternamente atascado en obras interminables, siempre ruidoso, siempre creciente. Hoy, frente al número 17, del otro lado de la calle, había un McDonald's, y un poco más abajo, un Burger King. El tiempo de Pacewicz, de la Casa Grande, de doña Isabel, comenzaba a ser ya un recuerdo perdido entre teléfonos móviles, bolsas de Zara y tubos de escape.

Cuando por fin el monigote verde se decidió a aparecer, los cuatro peatones que habíamos estado esperando su actuación cruzamos con decisión la calle. Nunca he sabido muy bien por qué, pero en Vigo siempre caminamos a toda velocidad, como si tuviésemos una especie de prisa permanente por llegar a algún sitio. No sé, supongo que será para coger carrerilla, porque como aquí todo son calles en cuesta... Faltaban todavía cinco minutos para que el reloj de la Caja de Ahorros, la moderna campana Berenguela viguesa, diese las cinco en punto, así que decidí hacer tiempo contemplando los escaparates de la Galería Sargadelos, en los bajos del edificio del bufete, y de nuevo tuve la misma sensación de alejamiento en la memoria del tiempo. Por fin, las campanadas del reloj de la calle Colón avisaron a todo el centro de la ciudad de que ya eran las cinco de la tarde, la hora en que las vacas enviudan, según cantaban los Siniestro Total, y yo cogí aliento para atravesar el portal y subir hasta la

puerta de Rovira y Asociados.

Sonó un timbre de viejas campanillas, un *ding-dong* de casa señorial, y una chica de unos veintipocos escondida tras unas enormes y desafortunadas gafas de pasta negra vino a abrirme la puerta.

—Buenas tardes. Soy Simón Varela, venía por lo de la señora Llobet. —«¿Por lo de la señora Llobet?». Por favor, ni que fuese el fontanero...

—Sí. Si es tan amable de esperar aquí un momento, por favor.

Y con su mano derecha me dirigió hacia una puerta que permanecía entreabierta. Pasé a lo que al momento reconocí como una sala de espera, y apenas me dio tiempo a acercarme hasta la ventana para ver como un bus urbano remoloneaba calle arriba, cuando sentí a mis espaldas la voz del señor Rovira.

—Buenas tardes, Simón. Veo que sigue usted siendo un excelente jugador en el asunto de la puntualidad.

Parecía que el secretario estaba recuperando algo parecido a su humor habitual.

—Bueno, ya sabes, Ernest, dicen que la puntualidad, en su carencia o en su exceso, dice mucho de uno.

—Sí, eso tengo entendido. En fin, ¿preparado, hijo?

Suspiré.

—Supongo que sí. No sé demasiado bien para qué, pero sí, supongo que sí.

—No te preocupes por nada, Simón. Tú entra conmigo a la sala, y límitate a estar tranquilo, que nada malo te va a pasar.

Ernest me dio una palmada en el hombro, y con un movimiento de su mano me indicó que le acompañase. Atravesamos el pasillo del piso, pasando de nuevo por delante de la puerta principal, donde la chica de antes —a quien yo ya había catalogado como la secretaria del bufete— se sentaba a una mesa de cristal. Continuamos por el corredor hacia la parte interior del piso, hasta llegar a una puerta que permanecía cerrada. Al abrirla, apareció ante nosotros una amplia sala de juntas. A pesar de mi natural puntualidad, descubrí que no había sido el primero en llegar. Alrededor de una espléndida mesa de castaño labrado se sentaba un pequeño grupo de rostros conocidos. A la derecha, en el extremo más alejado de la puerta, estaba Mariña, la hija de doña Isabel. Hoy parecía todavía más tranquila que en el cementerio, y la claridad que entraba por una ventana desde un amplio jardín interior al que daba la sala iluminaba en contraluz las facciones de su rostro de expresión serena. Definitivamente, era una mujer hermosísima. A su lado, más próximo a mi posición, estaba Màxim Clará, el doctor de doña Isabel. En el lado izquierdo de la mesa, el hijo de doña Isabel, Xulio Ascanio Dafonte —hoy vestido con otro traje que, al igual que el del día del entierro, también decía «carísimo» por los cuatro costados —, se sentaba al lado de la misma mujer que lo acompañaba cuando desde la distancia lo había reconocido en el camposanto. Al entrar por la puerta, tan sólo Mariña y el doctor nos dirigieron la mirada. Xulio Ascanio estaba inmóvil, con su cabeza levemente inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, mientras su *partenaire* se

mantenía ocupada en pasar revista a la perfección del trabajo hecho por su manicuro. Yo hice un sutil movimiento con la mano, algo parecido a un «hola», todavía con la sensación de que estaba violando un pedazo de intimidad importante en el tiempo de una familia a la que yo por descontado no pertenecía. ¿Qué carajo pintaba yo entre toda esa gente?

—Bueno, pues ya estamos todos. Permitidme que os presente al señor Simón Varela.

Ante esta introducción por parte del señor Rovira, todos los allí presentes centraron, ahora sí, su mirada en mí.

Ése fue, justo ése, el momento en que yo me sentí exactamente igual que si me estuviese colando en el concierto de Año Nuevo vienés con una entrada ganada en la tapa de una lata de *foie-gras*.

—Buenas tardes —dije del modo más discreto que me fue posible.

Sólo el señor Clará hizo un tímido amago de levantarse de su asiento. Yo le frené el movimiento dirigiéndome hacia él, «no, no, por favor», y le ofrecí mi mano. Él me correspondió el gesto con una sonrisa afable. Aprovechando el acercamiento, le tendí la mano a Mariña, quien también se inclinó ligeramente hacia mí.

—Celebro volver a verla, o sea, verte, que volvamos a vernos otra vez —le dije yo, desplegando el amplio catálogo de mi torpeza habitual.

—Lo mismo digo, Simón —respondió ella desde la compañía de una sonrisa amable.

Xulio Dafonte, abandonada ya su pose de descanso, observaba con curiosidad todo mi baile manteniendo todavía su más absoluta inmovilidad, en silencio. Estaba cómodamente sentado en su silla, con una pierna cruzada por encima de la otra, y la cabeza ahora ladeada, apoyada suavemente sobre su mano izquierda. Recordé las advertencias dadas por mi amigo Bruno Rodés, y por un momento, notando sobre mí la mirada escrutadora del presunto mafioso, me sentí como una de esas pobres gacelillas que salen en los documentales de La 2, danzando nerviosas ante la mirada segura del consabido leopardo, justo un minuto antes de que esas mismas gacelillas aparezcan convertidas en comida para felinos. Decidí ser yo quien iniciase el movimiento para romper el hielo evidente.

—Creo que no nos conocemos —dije mientras le ofrecía, la mano—. Me llamo Simón.

—Sí, todos lo hemos oído —respondió con sorna Xulio, tomando mi oferta de mano con notoria falta de interés—. Creo que era usted amigo de mi madre, ¿no es así?

—Bueno, tanto como amigos... —Y al momento me arrepentí de haber dicho esto—. Sí, supongo que sí lo éramos.

—Sí, supongo que sí —repitió—. Por lo visto, mi madre fue mujer de muchas excentricidades en sus últimos años.

El hijo de doña Isabel cargó de tanto desprecio este último comentario que yo no

pude evitar traer a la memoria las palabras de mi amigo Bruno. «Guárdate de cruzarte con él. Es un tipo peligroso». Su señora, o quienquiera que fuese aquella tipa, ni tan siquiera se molestó en hacer ningún comentario, se limitó simplemente a observarme de arriba abajo, como quien examina a un insecto que se acaba de colar en su salón de té. No encontrándome más interesante que su abrigo de chinchilla, decidió volver a la contemplación de sus uñas. Ernest, ya instalado en la cabecera de la mesa, salió a mi rescate.

—Efectivamente, Xulio, Simón era amigo de doña Isabel, y tan bueno como también lo es ahora de mi persona. De cualquier modo, y como imagino que todos sabéis, no nos reunimos hoy aquí para hablar de quién es amigo de quién. Esto no es una reunión de la clase del setenta y cinco, sino la lectura del testamento de vuestra madre, y por eso hoy hemos dejado cada uno de nosotros nuestras cosas. Así pues, señores, si les parece, comencemos.

Me impresionó escuchar hablar al señor Rovira de ese modo, con esa dureza. Por un momento me pareció ver en él a un padre que da una llamada de atención ante alguna impertinencia por parte de un hijo adolescente. Bien se le notaba que ya tenía confianza de viejo con todas aquellas personas. Así, comenzó con la lectura del testamento.

El secretario de doña Isabel Llobet, ejerciendo hoy como el señor Ernest Rovira, miembro del Colegio Oficial de Abogados de Barcelona, comenzó un largo informe en el que dio cuenta primero de cómo los capitales personales tanto de don Xulio Dafonte Llobet como sobre todo de doña Mariña Dafonte Llobet se iban a ver inmediatamente engordados a base de notorias cantidades de bonos, acciones y participaciones en infinidad de empresas de las que yo ni tan siquiera había oído hablar jamás. A continuación, dio paso al apartado inmobiliario, haciendo relación de varias propiedades a lo largo de todo el país. De todas las que se nombraron, a mí sólo me sonaron los terrenos de la Casa Grande, que a partir de ahora pasaban a ser de Mariña. Luego llegó el listado de los diferentes efectos personales, entre los que se contaban joyas, cuadros, muebles... Y después la *platita*, que diría Carlito, en forma de una inmensa cantidad de dinero, en diferentes tipos de moneda, esparcido en cuentas a lo largo de medio planeta. A cada palabra del señor Rovira yo me iba sintiendo más y más ajeno a todo aquel fasto y boato. Yo no tengo más que una cuenta corriente en la caja, la misma que mi madre me abrió al nacer. Bueno, y creo que otra en no sé qué banco de internet. Pero esta última no cuenta, porque la abrí por error una vez que fui a hacer la compra al súper y, al salir, una chica que estaba haciendo una promoción me ofreció una tarjeta visa si me hacía miembro de no sé qué club de ahorro. Era muy guapa, y le dije que sí. Todavía hoy no sé demasiado bien a qué, pero sabiendo que mi administración en aquel momento corría de tal guisa, no es de extrañar que todos aquellos números de los que el señor Rovira

hablaba ante la tranquilísima presencia de su auditorio, a mí me sonasen simplemente a pura ciencia ficción.

Siguió aquella malhadada lista de reyes magos con dos menciones especiales a las dedicaciones permanentes por parte de los señores Rovira y Clará. Al primero, la señora Llobet le dejaba para su merecido retiro una casita justo a la vera de la playa de El Masnou, al lado de Barcelona, de donde resultaba que el secretario provenía, junto con otra más que buena cuenta económica. Al señor Màxim Clará, doña Isabel había dispuesto dejarle en herencia una colección de libros de medicina del siglo XVIII que se guardaban en la biblioteca de la Casa Grande, de los que, según se indicaba en el propio testamento, doña Isabel tenía buena constancia de que siempre habían sido de mucho interés para su amigo el doctor Clará.

Así fue corriendo aquella interminable enumeración de posesiones que ahora cambiaban de manos, y de nuevo vinieron a mi recuerdo las palabras del comisario Rodés, aquello sobre las desavenencias entre Xulio Ascanio y su madre, ya que la herencia favorecía claramente a la hija frente a su hermano.

Así, hasta llegar al final, un anexo que había sido introducido por orden de doña Isabel en el último momento: una cajita de madera encontrada en unas reformas recientemente realizadas en los jardines de la Casa Grande.

En algún rincón de nuestro cerebro hay una especie de compuerta que nos impide actuar al primer impulso que nos venga en gana. Fue el funcionamiento correcto de ese mecanismo el que impidió que yo dijese nada en el momento en que el señor Rovira mencionó la caja que nosotros, Carlito y yo, habíamos encontrado en el interior de la cueva. ¿Cómo había podido incluir la señora Llobet aquella caja en su testamento, si yo no se la entregué al secretario hasta después de haber conocido la noticia del fallecimiento de doña Isabel? Distintas opciones se golpeaban a gritos en mi pensamiento, revelándose casi instantáneamente imposibles todas mientras yo comenzaba a sentir algo parecido a una especie de vértigo interior. ¿Qué estaba pasando aquí? En algún momento de mi debate interno, mis ojos se cruzaron con los del señor Rovira, y por un instante tuve la sensación de que Ernest mantenía conmigo algo semejante a una mirada cómplice, un ademán imperceptible en el que parecía pedirme tranquilidad. Intenté disimular mi desasosiego del mejor modo posible, mientras el secretario proseguía con la lectura de este punto tan extraño en el testamento de la señora Llobet.

—«Es la voluntad de doña Isabel Llobet que la susodicha caja sea abierta durante la lectura de este testamento, en presencia de don Xulio Dafonte, doña Mariña Dafonte y don Simón Varela, y según las instrucciones dejadas en el siguiente apartado».

Y en ese mismo momento, Ernest cogió un maletín que hasta entonces había estado apoyado en el suelo, al lado de su silla, y de su interior sacó una cajita de madera. Sí, era la misma caja que yo había encontrado justo una semana atrás, apenas unas pocas horas antes de que doña Isabel pasase a mejor vida.



Era imposible que esa caja apareciese en el testamento de doña Isabel.

No conseguía imaginar una explicación para todo aquello, tenía que ser un fraude, algún tipo de montaje ideado por parte del secretario. Ernest siguió con su lectura.

—«La caja guarda en su interior dos antiguas monedas de oro y un sobre cerrado».

Y tal como hace el mago que va describiendo su truco, a continuación el señor Rovira abrió el mismo cierre que a mí ni tan siquiera se me había ocurrido tocar por respeto a doña Isabel, y descubrió el interior de aquella misteriosa caja. Dentro, la madera guardaba dos pequeñas sacas de terciopelo rojo, y un sobre doblado por la mitad. El secretario prosiguió con las voluntades de doña Isabel.

—«Es deseo de doña Isabel Llobet que cada uno de sus hijos reciba en el momento de la lectura una de las dos monedas aquí guardadas. —Y con las mismas, procedió a hacerles entrega a Xulio y a Mariña de su bolsa correspondiente, después de comprobar que dentro de cada una, efectivamente, se guardaba una moneda de oro—. Del mismo modo, se le hace entrega al señor Simón Varela del sobre que también guarda la caja».

Ernest cruzó la sala para entregarme personalmente el sobre que venía doblado en el interior del cofre. Me lo dio, y yo intenté encontrar en sus ojos alguna señal de complicidad, pero fue en vano. En su rostro no había más que seriedad, arrugas, y unas gafas muchos años atrás pasadas de moda. Nada, en definitiva, que me ofreciese un cabo al que agarrarme para intentar salir de aquel desconcierto. No tuve más opción que aceptar aquella entrega, y esperar.

El señor Rovira volvió a su asiento, y mientras comenzaba la lectura de las cláusulas finales del testamento de doña Isabel, yo pude contemplar una de aquellas viejas monedas gracias al Ascanio, como a él se refería el comisario Rodés. El hijo díscolo había sacado su pieza del interior de la bolsa de terciopelo. A primera vista, la moneda parecía una pieza antigua, con un escudo de armas grabado por una de sus caras y un hermoso símbolo por la otra: un mapamundi bajo una corona, olas marinas por debajo y, flanqueándolo, dos columnas, cada una rodeada por una banda. Xulio observaba la moneda mientras jugaba con ella haciéndola pasar sobre los dedos de la mano izquierda, de esa manera en que sólo los viejos tahúres saben hacer, con una expresión a caballo entre la indiferencia del heredero millonario y la curiosidad tasadora del usurero. Instintivamente busqué algún tipo de gesto semejante por el lado de Mariña, pero no obtuve la misma respuesta. Afortunadamente para la idea que de aquella mujer me había hecho, ella todavía mantenía la moneda en el interior de la saca roja, guardada entre sus manos. Observando su gesto, me di cuenta de que yo había hecho lo mismo con el sobre que se me había entregado. Lo contemplé. Se trataba de un sobre de papel de color carne, del tamaño de media cuartilla, doblado por la mitad. Lo desplegué, y pude ver que el cierre estaba protegido con un lacre sobre el que había sido grabado otro extraño símbolo, la figura de un caballo bajo una gran «T». Desde luego, lo correcto no era abrirlo en aquel momento, así que opté por

guardarlo en el bolsillo interior de mi americana, la prenda especial que utilizaba para las entrevistas importantes y lecturas de testamentos en general, y esperar a estar en la tranquilidad de mi estudio para descubrir el contenido de aquel extraño correo.

Casi al tiempo que yo hacía esto, el señor Rovira daba por finalizada la lectura del documento, mientras Mariña le daba vueltas entre sus manos a la pequeña caja de madera, ahora ya vacía. Ante la conformidad de todos los presentes, la sesión fue levantada. Poco a poco fuimos saliendo de la sala donde nos encontrábamos. Xulio, su silenciosa acompañante y Mariña iban delante de mí, hablando los dos hermanos sobre algo que yo no era capaz de percibir con claridad, pero que, por el tono y los gestos de Mariña, denotaba una tensión evidente. Un par de pasos por detrás caminaban en tranquila cháchara el señor Rovira y Max Clará. Al llegar a la puerta principal, me detuve para esperar a Ernest. Xulio y Mariña ya habían pasado la puerta, y mientras la mujer sin identidad comenzaba a bajar por las escaleras, Mariña retuvo a su hermano en el descansillo del piso, ante la puerta del bufete. Esta vez, el tono que alcanzó su diálogo no dejó más remedio que escuchar la conversación. Xulio hablaba con hastío e incomodidad.

—Mira, hermanita, tanto la vieja como en su momento el viejo fueron dos personas extrañas, llenos de manías y de misterios estúpidos que nadie entendió nunca. Lo teníamos todo, todos los contactos, todas las posibilidades. Pero ellos prefirieron acabar estropeándolo, ella acabó por espantarlos a todos a su alrededor.

—Ya lo sé, Xulio, ya lo sé. Pero esto es demasiado extraño, incluso para una anciana maniática como ella. Y tú sabes bien que estas monedas no vienen de su mano. Esto es cosa de él. —Mariña hablaba con preocupación evidente en su rostro mientras mantenía a su hermano sujeto por el antebrazo, como si intentase retenerlo a su lado—. No podemos dejar pasar esto así, sin más.

—¡Ya está bien! —gritó súbitamente el hombre, sin que la presencia de nadie pareciese importarle lo más mínimo—. Ahora me vas a escuchar a mí: tú te fuiste cuando todo se puso feo. Escogiste el camino fácil y preferiste poner tierra de por medio. Pero yo me tuve que quedar aquí, ¿entiendes? Yo ya tragué lo suficiente con todo lo que tuve que aguantar. ¡Punto! Y tú no tienes ningún derecho a venir aquí alborotando ahora con todas esas historias del pasado. A mí nunca me dieron nada, nunca hubo nada para mí. ¿Por qué iba a tener que preocuparme ahora por todo esto? Si quieres quédate también con las monedas —había desdén y rabia a partes iguales en aquellas palabras, todas ellas afiladas como navajas—, que a mí me da lo mismo. Nuestro padre era un viejo loco, un fascista, y nuestra madre ahora ya es historia. Todo se ha acabado, por fin, ¿lo entiendes?

«¿Fascista?». Aquello me cogió por sorpresa. Mariña escuchaba a su hermano con la mirada fija en el felpudo. Suavemente, pero sin levantar los ojos, respondió:

—No. Las monedas son una para cada uno, así lo dejó indicado mamá.

—Muy bien, pues yo me quedo con la mía. Pero, por favor, no me molestes más con todas esas mierdas. Los muertos están muertos, y tú no tienes ningún derecho a

venir a remover ahora toda esa basura. ¡Adiós, hermanita!

E inmediatamente, el hombre de los trajes caros dio media vuelta y repitió el camino de bajada que minutos antes había hecho su acompañante. Mariña se quedó agarrada al pasamanos, viendo como su hermano bajaba furioso las escaleras. Y todavía le gritó:

—¡Xulio, escúchame! ¡Esas monedas no son un regalo sin más! ¡Yo no tengo la culpa de que ellos fuesen así!

Pero ya no tuvo más respuesta que el eco de los zapatos de Xulio Ascanio rebotando sobre los viejos escalones de mármol en el vestíbulo del edificio. Soltó el pasamanos para girar sobre sí misma, y sus ojos se encontraron con los míos. Volví a tener la sensación de ser descubierto espiando el interior de un espacio al que nadie me hubiese invitado y, bruscamente cambié la dirección de mi mirada hacia el interior del bufete, fingiendo no haber visto ni oído nada de aquella conversación privada. Con el desánimo instalado en su rostro, Mariña emprendió la bajada a la calle. Max y Ernest, quienes por cierto hacían bastante mejor que yo lo de aparentar mantenerse en sus propias órbitas, ajenos a la discusión en las escaleras, comenzaron también su propia despedida, convocándose para una nueva cita a no tardar demasiado. Por fin, el doctor Clará y el señor Rovira sellaron su compromiso con un abrazo, y Max abandonó el bufete, ofreciéndome un simple «*bona tarda*» al pasar junto a mí, al lado de la puerta. Fue en ese momento cuando me acerqué al secretario.

—Ernest, por favor, disculpa mi torpeza, pero es que no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando. ¿A qué ha venido el numerito este de la caja?

—¿*Numerito*? Perdona, Simón, pero creo que soy yo el que no entiende. —El secretario simulaba ahora una ignorancia, o incluso quizá una cierta distancia, que provocaba en mí un efecto todavía más desorientador.

—Oh, venga, Ernest, no te hagas ahora el bobo conmigo. Tú sabes perfectamente que es imposible que la señora Llobet incluyese esa caja en su testamento.

—¿Imposible?

Tanta repetición comenzaba a exasperarme.

—¡Imposible, sí! Yo te entregué a ti la caja cuando ella ya estaba muerta. Y ahora además la historia esta del sobre sorpresa misterioso. ¿Qué rayos pasa, Ernest?

Hice el ademán de llevar la mano al bolsillo interior para sacar el sobre, pero el secretario me detuvo antes de que pudiese hacerlo.

—Simón, hijo, tranquilízate un poco y piensa. ¿Estás completamente seguro de la imposibilidad de la que me hablas? Quiero decir, ¿sabes por qué doña Isabel te llamó precisamente a ti? —Ernest se quedó por un instante en silencio, sus ojos clavados en los míos a la espera de una respuesta que sabía que no le daría—. La señora Llobet te hizo un encargo, y lo describió con palabras muy concretas. Te aconsejo que vuelvas a tu casa, y desde la tranquilidad de tu hogar intentes darle una vuelta más a lo que me estás preguntando, ¿sí? Buenas tardes, Simón.

Y sin más, dio media vuelta y entró en uno de los despachos del bufete, cerrando

la puerta tras de sí. Yo me quedé allí, plantado como un semáforo al lado de la puerta. Entre la discusión de Xulio y Mariña, y después mi conversación con Ernest, ni me acordaba de la chica de las gafas de pasta. Seguía allí, sentada a su mesa, pero ahora observándome fijamente. Ahora que la volvía a ver, la verdad es que tenía un aire a lo Buddy Holly, pero en chica, claro.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó por encima de sus gafas sin dejar de jugar con un lápiz entre los labios.

Buddy me estaba haciendo saber que yo allí ya estaba de más. Sutilmente, pero lo hacía. Lo capté al momento, y no sin cierta resignación, acepté la parte que me tocaba.

—No, supongo que no. Ya me voy, ya... Gracias.

Al igual que Ernest, también yo di mi propia media vuelta y salí de Rovira y Asociados. Bajé las escaleras asumiendo una sensación de soledad e incertidumbre que se me presentaba demasiado agobiante. Todo pintaba demasiado extraño, demasiado desconocido para mí, y yo me sentía enormemente solo en medio de todo aquel jaleo.

Hasta que llegué al vestíbulo del edificio.

La descubrí al otro lado del portal, apenas con un pie en la calle. Mariña seguía todavía allí, de espaldas a la puerta entreabierta. Caminé con seguridad hasta la entrada, y al llegar a su altura, ella se giró. Nos encontramos los dos frente a frente.

—Hola. ¿Va todo bien? —pregunté, ofreciendo mi sonrisa más amable.

—Ah, hola, Simón. —Me devolvió una sonrisa mucho más luminosa que la mía—. Sí, sí, supongo. Es que no sabía muy bien hacia dónde ir, y me quedé aquí, plantada.

—Ya —dije yo—, supongo que después de una reunión como ésta uno siempre se queda un poco descolocado, ¿no?

—Sí, bueno. Eso, entre otras cosas...

Con mi habilidad habitual, sentí que de nuevo acababa de hacer el comentario equivocado. Intenté arreglar la situación.

—Y qué, ¿tienes pensado seguir mucho tiempo aquí, en la contemplación del tráfico? Lo digo porque yo estaba pensando en ir a tomar un café. No sé, quizá te apetezca... —Me sentía tan torpe como un colegial ante una posible primera cita.

—¿Un café? —El rostro de Mariña pareció animarse con mi oferta—. Sí, claro. Por qué no.

## VIII

Caminamos apenas unos pocos metros calle arriba, y dimos por bueno el primer café que se cruzó en nuestras vidas, que no resultó ser otro que el Nuevo Derby. Entramos y nos sentamos a una mesa al lado de la cristalera que daba a la calle. Tan pronto como estuvimos instalados tuve un poco la sensación de «escaparatista». A veces, cuando voy caminando y veo a las personas sentadas tras las cristaleras de los cafés, me los imagino como si fuesen los maniquís en el escaparate mostrando el género que el establecimiento ofrece. Daba igual. Hoy, de repente, me consideraba demasiado afortunado como para darle importancia a esas cosas. La camarera, una chica bajita y regordeta de aire tremendamente aburrido, nos atendió al momento. Mientras tomaba nota de nuestro encargo, Mariña no dejaba de contemplar algo colgado a mis espaldas, en la pared de la izquierda, frente a la barra del bar. Cuando la camarera se marchó con el firme propósito de prepararnos un café con leche y un té con limón, Mariña comentó:

—Yo conozco esta obra. Pero antes no estaba aquí.

Me giré para buscar la obra de la que ella hablaba. «¿Obra?», pensé.

La pieza en cuestión venía siendo una especie de artilugio de hierro retorcido, con partes de madera, ganchos en un lateral y un pequeño espejo en el centro. A pesar de todo, la «obra» estaba firmada y colgada en la pared, por lo que supuse que debía de tener algún valor. Por lo menos para el dueño del local. La extrañeza en mi rostro me delató ante Mariña, que me regaló una explicación.

—Era el viejo colgador del café Goya, en esta misma calle, un poco más abajo. Bueno —sonrió—, en realidad no se trata de un colgador, claro, pero como tiene esos ganchos —señaló tres piezas de hierro que salían de la escultura— y ese espejo, mis ojos de niña lo archivaron como tal. Mi padre se pasaba horas y horas de charla con sus amigos en ese café, y los domingos por la mañana siempre me llevaba con él. —Una sonrisa nostálgica se fue formando en los labios de Mariña—. ¡Ni te imaginas la cantidad de Coca-Colas y de patatas fritas que me tomé debajo de este colgador!

Las cosas son como son. La vida da vueltas, bailarina caprichosa que danza encajando sus piezas sin necesidad ninguna de permiso por nuestra parte, y nosotros sólo podemos limitarnos a sentarnos y contemplar el espectáculo por un tiempo reducido, pudiendo, en el mejor de los casos, llegar a maravillarnos ante el descubrimiento esporádico de la hermosura de sus movimientos perfectos. Era en el café Goya donde mi amigo Lolo Díaz-Fernández acostumbraba a impartir sus lecciones de historia local. Contaba que él era de los que se habían trasladado a este

local justo después del cierre del Derby, el verdadero café por excelencia de la ciudad.

Abiertas sus puertas en el año 1921, entre las paredes del Derby se escucharon las discusiones sobre arte, literatura, política o fútbol de hombres como Castelao, Otero Pedrayo, Blanco Amor, Cunqueiro... Estaba en los bajos del edificio Escalera, al que toda la gente en la ciudad llamaba «el Globo» a causa de una enorme esfera terráquea iluminada que coronaba una de sus esquinas, la de la calle del Príncipe con la ronda de Don Bosco. Duró más de cuarenta años, pero finalmente, en el año 1969, cayó presa de la especulación y supongo que de una buena remuneración económica. Los propietarios del Derby abrieron el Nuevo Derby, pero ya no fue lo mismo. La intelectualidad se mudó al por entonces moderno café Goya, y en el Nuevo, hoy ya casi nadie recuerda el valor de la palabra, las viejas tertulias dejaron paso a las excelencias de la hamburguesa completa y el plato combinado. «Adelgazamos la cabeza al tiempo que engordamos la tripa», pensé.

Con los años, poco después de volver yo a la ciudad, el Goya también acabó cerrando y el local se convirtió en una inmensa perfumería, y hoy Mariña me hablaba de sus recuerdos sobre el café que se había llevado a los clientes del Derby mientras nuestros rostros se reflejaban en el espejo que colgaba de la pared del Nuevo Derby. Evidentemente, aquel colgador, o lo que demonios fuese aquella cosa, era un trofeo de guerra, una venganza consumada muchos años después. Desde luego, la vida danza para regalía de sí misma, y nosotros no somos nada más que espectadores desde el tercer anfiteatro.

La visita de la camarera, que por fin nos traía nuestras comandas, me trajo de vuelta a la tierra. Perdido en mi memoria, yo no me di cuenta, pero lo cierto era que ya llevábamos un buen rato en silencio, supongo que cada uno ocupado en navegar por sus recuerdos. Mientras la chica bajita y regordeta iba dejando las tazas, el plato con el limón y la tetera sobre nuestra mesa, yo aproveché para volver a observar a Mariña. Mantenía los ojos fijos en su taza, y por un momento su expresión me recordó otra vez a la que había descubierto en su rostro cuando su hermano la abandonó ante la puerta del bufete. Sentí que le debía una explicación.

—Mira... Quería pedirte disculpas por lo de antes.

—¿Lo de antes?

—Sí. Sé que no era asunto mío, pero no pude evitar escuchar tu conversación con Xulio.

—Ah, te refieres a eso. —Mariña arqueó sutilmente las cejas, dejando entrever que ella tampoco había disfrutado de esa conversación—. Bueno, no te preocupes, tampoco tiene importancia. —Se le notaba que mentía—. Eso no es culpa tuya, sino de mi hermano, que no quiere saber de ninguna otra cosa que no sea su mundo y su dinero.

—Ya, ya —le confirmé, como si supiese de lo que estaba hablando—. Pero no era mi intención meterme en vuestras cosas. Vaya, la verdad es que todavía ahora sigo sin saber qué pinto yo en medio de toda esta historia —me sinceré.

—Bueno, pues supongo que pintarás, como tú dices, lo que mi madre haya considerado oportuno, ¿no? Al fin y al cabo, tú también eres su heredero, ¿no es así?

El comentario de Mariña me recordó que todavía llevaba en el bolsillo interior de la americana un sobre a mi nombre extraído de aquella misteriosa caja. Y también me recordó la convicción de que era imposible que fuese voluntad de su madre que yo estuviese hoy allí.

—Sí, bueno, eso es verdad —mentí ahora yo—. Pero entiende que no lo acabe de comprender demasiado bien. No sé, en ese fin y en ese cabo de los que tú hablas, yo no soy más que un arquitecto corriente contratado hace un par de días, como quien dice, por vuestra madre. Y a ti, a vosotros, yo no os conocía de nada hasta la semana pasada. Y por si esto fuese poco, ahora el señor Rovira se me vuelve también misterioso... Pero vamos, que por eso estaba yo allí, al lado de la puerta. Sólo estaba esperando por él. Aunque me sentía como un pez fuera del agua, y no sabía dónde ponerme, mi intención no era la de escuchar vuestra conversación.

—Ya te he dicho que no te preocupes. Pero dime una cosa, ¿qué quieres decir con eso de que ahora Ernest también se te vuelve misterioso? —Mariña parecía intrigada por mi comentario.

—Bueno, no sé. Es que le quería hablar de esto mismo, de que no entendía demasiado bien por qué estaba yo allí. —De nuevo volvía a mentirle a Mariña; pensé que no iba a ser muy buena idea hablarle así, de entrada, sobre mis sospechas acerca del secretario—. Pero de repente toda aquella amabilidad suya ha desaparecido. Me ha dicho que reflexione bien sobre el encargo de tu madre, y nos acaba de dejar allí a los dos.

—¿A los dos? —Mariña sabía que allí no había nadie más que yo—. ¿Cómo que a los dos?

Sonreí.

—Sí, a mí, y al palmo de narices con el que me ha dejado... No sé, Mariña, a lo mejor es verdad que hay algo de lo que no me estoy dando cuenta —en ese momento pensé en que quizá el sobre contuviese alguna explicación, algo de luz sobre este follón—, pero lo cierto es que me siento bastante perdido en medio de toda esta historia.

Mariña me escuchaba mientras le daba un sorbo a su té con limón. Al acabar mi explicación, esbozó una pequeña sonrisa, la mirada todavía fija en su taza.

—Bueno, Simón. Si es por eso, no te preocupes demasiado. Si te sirve de consuelo, yo tampoco me siento mucho menos perdida que tú en todo esto.

Ese comentario sí que me cogió por sorpresa. ¿Cómo se iba a sentir perdido en todo este circo uno de los dos principales herederos de la señora Llobet?

—Vaya, ¿y cómo puede ser eso? Si tú eres la hija de doña Isabel...

—Claro que sí. Yo soy la hija de mi madre. Y la de mi padre también. Pero no todo es tan sencillo como ser el hijo de don fulano o de doña mengana y ya está, Simón. La mía no es una familia para nada tradicional. Mi madre y yo, por ejemplo: cuando Ernest me llamó para avisarme de su fallecimiento, hacía ya más de veinte años que apenas nos hablábamos. Creo que nunca entendí demasiado bien qué tipo de familia era la mía.

Mariña hizo una pausa larga, de nuevo con su mirada perdida en la profundidad de su té.

—Y después de este último legado, mucho menos. Por eso intentaba hablar con mi hermano.

—Te refieres a las monedas, ¿no?

—Sí. Pero ya has visto el resultado. Él no quiere saber nada al respecto, y yo llevo demasiados años fuera como para poder poner orden en todo este jaleo.

—Bueno, también tienes a Ernest.

—Sí, el bueno de Ernest... —Mariña volvió a sonreír con cariño—. Pero es que él ya me ha contado todo lo que podía, que por cierto es prácticamente lo mismo que sé yo, y ya no tiene fuerzas para mucho más. El pobre se ha pasado al lado de mi madre más años de los que le correspondían, y si sabe algo más, lo cierto es que no lo quiere decir. Ahora ya sólo quiere regresar a su Masnou, y olvidarse de una vez de todo esto. Y la verdad es que no lo culpo...

—¿Y el doctor Clará?

—¿Max? —Mariña volvió a sonreír, esta vez con una expresión más cercana a la sorpresa divertida—. No... —Rechazó con la mano—. Max es un viejo dandi que siempre ha estado coladito por mi madre. Por eso incluso se compró una casa al lado de la nuestra al poco de morir mi padre, ¡ya sabes, supongo que por ver si entonces pillaba algo!

Esta vez sonreímos los dos.

—Pero, lamentablemente para Max, mi madre nunca quiso saber nada de otros amores, por lo menos que yo sepa. Más allá de romances no correspondidos, él no sabe nada de mi familia.

El silencio volvió a hacerse fuerte en nuestra mesa. Pensaba en todo lo que Mariña me contaba, y había algo en sus palabras que me atrapaba cada vez más. Efectivamente, ella también parecía otro náufrago perdido en la marea, y yo tampoco tenía mucho donde agarrarme en aquel océano sobre el que los dos íbamos flotando. Fue esa atracción, junto con mi propio atrevimiento, lo que me lanzó de cabeza a la propuesta, y, como siempre, casi sin que ni yo mismo me diese cuenta. Cuando quise ser consciente, ya era mi voz la que rompía el silencio.

—Bueno, pues prueba conmigo.

A veces mi osadía me deja boquiabierto a mí mismo. O quizá sea mi propia insensatez. Bueno, fuese lo que fuese, ahora ya era tarde para echarse atrás: al rostro de Mariña se asomaba una cierta curiosidad divertida. Una que, claramente, pedía



más información.

—Mira, como te acabo de decir, tampoco yo tengo muy claro qué rayos pinto en toda esta historia, y por lo visto parece que ninguno de los dos tiene mucho más donde rascar. ¿Qué tal si tú me cuentas tu historia y entre los dos intentamos buscarle un poco de luz a todo esto?

Mariña me observaba ahora con una expresión bastante más parecida al divertimento. No sabría decir muy bien si era por mi descaro, o simplemente porque la propuesta no le estaba pareciendo del todo mal.

—Vaya, Simón, a ver si ahora va a resultar que estoy hablando con todo un intrépido detective... ¿Y por dónde le parece que empiece, señor?

Nuestra pequeña empresa, los dos allí juntos, marchaba bien, y yo me sentí mejor al comprobar que Mariña también disfrutaba de mi compañía. Arrancarle una sonrisa a aquella mujer ya era un buen saldo de batalla. Y sobre su pregunta... Bueno, quizá ese aspecto de mi proposición no lo tuviese tan avanzado. Intenté hacer un breve trabajo de recapitulación, y al poco recordé uno de sus comentarios anteriores.

—Antes, en las escaleras, dijiste algo que me llamó la atención. Estabas hablando con tu hermano sobre tu padre, ¿no es cierto?

—Sí. Creo que este asunto de las monedas no es cosa de mi madre, sino de mi padre. Él era mucho más dado a este tipo de misterios.

En ese momento el recuerdo del hallazgo de la caja volvió a mi cabeza. Esta vez, me decidí a hablar.

—Yo estoy convencido de lo mismo, Mariña. La caja de donde salieron las monedas la encontré yo trabajando bajo la fuente del mirador.

—¿Bajo la fuente? —La sorpresa tomó al asalto el rostro de Mariña—. Lo sabía, esto es cosa suya. Dime, ¿encontraste algo más?

—No, allí abajo no hay nada más que agua, raíces y piedras. ¿Pero por qué crees que iba a hacer tu padre algo semejante?

—No lo sé. Era una persona extraña. No pude disfrutar de su compañía durante mucho tiempo, murió a principios de 1976, cuando yo tenía apenas ocho años. Poco tiempo, sí, pero el suficiente para que lo adorase, supongo que como cualquier niña adora a su padre. No tengo demasiados recuerdos de él, pero los que guardo son todos buenos.

Escuchando las palabras de Mariña no pude reprimir los envites de mis propios recuerdos sobre la relación que yo tenía con mi padre. O, mejor dicho, la falta de relación. Ya eran muchos los años de distancia contados, mi padre y yo no teníamos trato de ningún tipo desde la muerte de mi madre, muchos años atrás, cuando yo todavía estudiaba en Barcelona. Intenté arrojar esos recuerdos de nuevo a la oscuridad de la memoria.

—Háblame, pues, de tu padre —propuse.

Se quedó mirándome, como si en ese justo momento, tras oír mi propuesta, su pensamiento hubiese salido volando con rumbo a sus recuerdos más alejados, y sólo su cuerpo fuera el que se hubiese quedado allí, conmigo. Poco a poco, un suave movimiento de su cabeza fue dirigiendo su mirada hacia la calle, y yo continué sin quitarle el ojo de encima. Estoy totalmente seguro de que, durante todo el tiempo que permanecimos en silencio, ella no vio ni uno de los hombres, mujeres, niños, coches, taxis, autobuses que pasaron por delante de la ventana del Nuevo Derby. Los ojos de Mariña estaban perdidos en recuerdos lejanos, en un mundo al que, probablemente, ya había perdido el hábito de visitar. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Segundos, minutos, años... Ni me importaba. Me había ofrecido para aquel viaje, así que ahora no sería yo quien echase el freno.

—Mi padre no podía ser la bestia de la que todos hablaban —dijo de repente, todavía con la mirada perdida en las luces de una calle por la que la noche comenzaba a bajar.

## **SEGUNDO ACTO**

### **MARIÑA**

## IX

Mariña retomó la consciencia del bar en el que nos encontrábamos. Cogió su taza y apuró el último trago de su té con limón. No me di cuenta hasta entonces de que yo ni siquiera había tocado aún la mía, que ya era un sorbete de café helado, cuando, como quien se prepara para contar una historia olvidada hace mucho tiempo, tomó aire hondamente, lo espiró con parsimonia, y se dispuso para la explicación.

—Mi padre murió siendo yo todavía muy niña. En aquel momento todo el país estaba cambiando por completo, y cuando tuve edad para querer saber quién había sido Eneas Dafonte, nadie tenía ganas ya de recordar un tiempo al que, por desgracia, había quedado amarrada la memoria de mi padre. Cuando me quise dar cuenta, la década de los ochenta ya había llegado a su ecuador, y yo entendía que el país estuviese demasiado ocupado disfrutando el momento como para querer echar la vista atrás. Pero lo que nunca pude comprender fue que, cuando le pregunté a mi madre, ella tampoco quisiera hablarme de él, de su propio marido. De mi padre. En la ciudad, los viejos lo recordaban como un fascista más, un colaborador. O, como a ellos les gustaba decir, un «adicto al régimen». ¿Pero qué clase de expresión era ésa? ¿Qué se suponía que era mi padre, una especie de yonqui del Caudillo?

Entendí este comentario de Mariña, a caballo entre la broma y la indignación, como una invitación para participar en la conversación.

—Sí, es verdad —admití con una sonrisa—, hay expresiones que desde luego hoy no acaban de entenderse demasiado bien. Es como cuando alguien remata una carta a un pariente escribiendo «abrazos de tu primo que lo es, Fulanito». Nunca he sabido entender esa expresión. ¿Se trata de algo así como una especie de reafirmación parentelar?

—Sí, exacto. —Mariña se animaba con mis comentarios—. Es como decir «yo que soy yo», ¿no? Pues vaya, si ni siquiera tú mismo tienes claro que tú eres tú, amigo...

Los dos sonreímos con aquella observación, y yo aproveché que Mariña se mostraba ya más relajada para confesarme.

—Bueno, supongo que ahora es cuando yo quedo fatal contigo, pero tengo que reconocer que, en realidad, yo no sé nada sobre la historia de tu familia. Sólo me suena de pasada lo poco que se ha hablado últimamente sobre tu hermano en los periódicos, y algo bastante de lejos sobre la empresa de tu padre, Troia, creo que era, ¿no?, porque alguna vez oí hablar a mi madre sobre ella. O puede que fuese a mi abuela, no sé... —Y de repente, volví a recordar el sobre en mi bolsillo—. Pero nada

más. Espero que no te ofenda, pero yo no tengo ni idea acerca de nada de lo que me estás contando.

Mariña me escuchaba en silencio, y lejos de parecerle mal lo que acababa de confesarle, hizo un ademán con las manos indicándome que no pasaba nada.

—Tienes toda la razón —respondió—. A veces yo misma me doy cuenta de que hablo como si mi propia historia fuese conocida por todos, porque, de hecho, cuando me fui de la ciudad, ésa era la percepción que tenía. Me asfixiaba la sensación de que todo el mundo excepto yo lo sabía todo sobre mi padre. Me lo iba encontrando por todas partes, pero nunca se trataba de nada bueno. Eres tú quien me tiene que disculpar a mí. Si me lo permites, te cuento la historia de mi padre.

—Me encantaría —asentí.

—Toda tuya, entonces —me ofreció ella. Volvió a tomar aire por un par de segundos, y Mariña comenzó con su relato—. Mi padre se llamaba Eneas Dafonte Maristany...

## X

A comienzos del siglo XXI, los autobuses urbanos de la empresa Vitrasa conectan el centro de la ciudad con la playa de Canido. Las líneas 11 y 12A te llevan en poco más de media hora desde el paseo de Alfonso XII hasta el bar del puerto. Si no tienes coche, puedes coger el bus a la una y cinco en la Puerta del Sol, y estar comiendo el pulpo en el bar de Fernando a las dos menos veinte. Hoy, Canido es una zona residencial, lujosa y tristemente superpoblada, donde buena parte de la burguesía acomodada de la ciudad descansa cada noche de espaldas al pasado propio de la aldea que fue, ignorantes de su historia, una historia sepultada bajo hileras y más hileras de dúplex adosados. Un pequeño laberinto de nuevas calles urbanizadas sobre las que es necesario hacer un serio esfuerzo de comprensión inmobiliaria para aceptar el hecho de que un metro cuadrado de tierra pueda llegar a costar tantísimo dinero. Canido es una pequeña bahía artificial al refugio del puente que sujeta la isla de Toralla a la playa del Vao, y las pocas gamelas, las pequeñas barcas de pesca tradicionales, que quedan en el puerto parecen puestas ahí por el departamento de turismo del ayuntamiento. Pero lo cierto es que no siempre fue así.

A finales del siglo XIX, Canido no era mucho más que cuatro casas de marineros levantadas directamente sobre las arenas de la playa de Toralla, la misma playa de la que toma su nombre la isla que ampara a la costa, y ni siquiera las conserveras, las fábricas de salazón de las que hoy apenas queda algún testimonio, en el abandono o en la ruina, eran todavía mucho más que una idea en las cabezas de los empresarios catalanes que, con el cambio de siglo, comenzarían a situar la aldea de marineros en el mapa de la incipiente economía viguesa.

Daniel Dafonte se encontró con la vida en el año 1882, y el tiempo no tardó demasiado en hacerle ver que el arenal en el que había nacido no era espacio suficiente para sus ansias de mundo. Así, y con dieciocho años recién cumplidos, Daniel se embarcó, como tantos otros en aquel tiempo, en un paquebote de la Mala Real Inglesa llamado *Andes*. Corría el otoño de 1900, y un Daniel Dafonte todavía chaval salió del puerto de Vigo con rumbo al Mar del Plata.

En Buenos Aires, en el barrio de Boca, pasó el joven Dafonte el tiempo justo para aprender el oficio de limpiabotas y acabar de convertirse en el hombre que de ahora en adelante sería. Daniel comía todos los días en un mísero tugurio, en los bajos del edificio donde también estaba la pensión, todavía más miserable si cabe, en la que se alojaba, en la compañía de un grupo de gente, todos, al igual que él, emigrados en algún momento de sus vidas. En cierto modo, Boca seguía siendo muy semejante a

aquel espacio donde siglos atrás los colonizadores españoles habían levantado los barracones en los que recluir a los esclavos negros traídos de África. Por lo visto, ahora ya no había esclavos, pero, de alguna forma, la parroquia seguía sintiéndose igual. De entre todos aquellos esclavos modernos, el hombre-muchacho sentía un especial afecto por uno de los más viejos del grupo, Ramón «el Maravillas», un anciano llegado ya hacía más de medio siglo desde Xinzo de Limia siguiendo la llamada de las riquezas de ultramar, y que hoy sobrevivía trabajando como afilador.

—Daniel, hijo, todo esto es una mierda, una gran mierda de miseria y envidia. Y nosotros, hijos todos de la pobreza, no somos más que un nido de ruindad. Los tesoros están más allá, hacia donde se pone el sol. Donde mueren los días hay montañas repletas de oro...

Ramón «el Maravillas» siempre acababa sus cenas —cuando las había, que eso era algo que tampoco ocurría todas las noches— del mismo modo: con muchas historias de fortunas detrás de las que él no había sido capaz de correr, y aún más aguardiente bajando por su garganta. Quizá fuesen demasiadas las historias, o quizá fuese demasiado el licor compartido, pero para el Año Nuevo de 1901, Daniel ya había conseguido reunir el dinero justo para dejar atrás el barrio de Boca y dirigir sus pasos hacia aquellas montañas del oeste de las que tanto había oído hablar.

Era el joven Dafonte un muchacho decidido y atrevido, y tras dos años de mucho trabajo, el destino decidió premiar su valentía concediéndole el éxito que con tanto ahínco había buscado para su empresa. Así, en la primavera de 1903, Daniel Dafonte encontraba oro al lado de San Fernando del Valle, capital de la provincia andina de Catamarca, muy cerca ya de la frontera con Chile. Poco tardó en descubrir, además, que el filón de la mina de La Alumbreira era uno de los más importantes de toda Argentina. Daniel, a punto de cumplir los veintiún años, era ya un hombre rico. Estableció la capital de la provincia como su centro de negocios, y así fue como comenzó a vivir a caballo entre San Fernando y Buenos Aires.

Y sería precisamente en una de esas ocasiones de ida a Buenos Aires, con motivo de la celebración del Año Nuevo de 1905, cuando conocería a Montserrat Maristany, heredera de la fortuna Maristany...

Lluís y Enric Maristany son dos hermanos y empresarios catalanes criados en la Bonanova barcelonesa, con experiencia en la industria de la perfumería, que a finales del siglo XIX deciden acometer la empresa de probar suerte al otro lado del Atlántico. La fortuna también les deja ver su lado más amable a estos dos jóvenes emprendedores, y su proyecto sale adelante con gran éxito. En 1904 fallece Enric, el mayor de los dos hermanos, y en el baile de Año Nuevo de 1905, Montserrat Maristany, de veintiún años de edad e hija única de Lluís Maristany, es presentada ante la flor y la nata de la sociedad porteña como heredera de las empresas Perfumes del Plata, el pequeño gran imperio cosmético fundado por los hermanos Maristany.

Montserrat es una chica irresistiblemente hermosa, y Daniel, presente en el baile, un atractivo joven de magnético carisma. La atracción mutua, como entre cualquier otra especie de la naturaleza, es inevitable.

Montserrat y Daniel comenzaron la relación formal responsable de los cada vez más frecuentes desplazamientos del joven desde San Fernando del Valle a Buenos Aires en la primavera de 1906, y, finalmente, para la Navidad de ese mismo año, la pareja anunció su compromiso matrimonial.

La boda se celebró con la llegada de la primavera de 1907, en un San Fernando del Valle engalanado con todas las flores del mundo. Toda la villa coincidió en echarse a la calle para recibir a la nueva señora de la casa del señorito Dafonte, el más rico y generoso vecino de la capital, y don Lluís Maristany entregó orgulloso a su hija al joven Daniel, uniendo así dos de las fortunas más importantes del país.

Montserrat y Daniel fijarían definitivamente San Fernando como su residencia permanente, poniendo así fin a los continuos viajes desde las montañas al Mar del Plata por parte de Daniel, quien de ahora en adelante dejaría de ser el «señorito» para pasar a ser definitivamente el señor Dafonte.

La vida, imparable en su discurrir, incontenible en su esplendor, continúa abriendo sus caminos de perpetuación y, por fin, Eneas Dafonte Maristany respira por vez primera los aires de este mundo. Corre el verano de 1908, y los vecinos de la capital catamarqueña abren sus brazos para recibir con todo el cariño que les es posible al pequeño Eneas, quien será el primero y único hijo del matrimonio.

El pequeño de los Dafonte crecerá en un ambiente de lujo y riqueza, bajo la tutela directa de sus propios progenitores. De su padre aprenderá la disciplina del trabajo, duro y constante; de la madre el gusto por la cultura y la inquietud por buscar siempre la mejor de las formaciones. Cuando el muchacho cumple los diecisiete años, sus padres lo envían a estudiar a los Estados Unidos, y cinco años más tarde, Eneas retorna a San Fernando de Catamarca convertido en un brillante economista licenciado por la Universidad de Harvard, ya por aquel entonces una de las más prestigiosas del planeta.

Siguen los años corriendo. En 1930, con apenas veintidós años, Eneas Dafonte se coloca al lado de su padre en la dirección de la explotación minera de La Alumbreira. El trabajo del hijo se descubre cada vez más brillante, más audaz. Gracias a los esfuerzos y a la intuición del joven Eneas, el oro de La Alumbreira llega a toda América. Poco a poco, un año tras otro... Daniel, orgulloso del trabajo que su hijo está realizando, deja que sea éste quien progresivamente vaya tomando el timón de la compañía. Finalmente, con la confianza depositada en la buena gestión que su hijo está llevando a cabo, Daniel cree que ya es hora de descansar. Junto con su esposa decide emprender un viaje de vuelta a las raíces de ambos. Montserrat ansía conocer la tierra de sus ancestros, una Cataluña que lleva presente hasta en su propio nombre,



pero que no conoce más que de haberle oído hablar sobre ella a su padre. Algo semejante es lo que le ocurre a Daniel. Casi cuarenta años han pasado ya desde que dejó atrás la tierra que lo vio nacer, y también siente fuerte ya eso que, con el tiempo, muchos años más tarde los físicos de la Universidad de Vigo darán en definir como el «síndrome de abstinencia experimentado en el cuerpo de los gallegos motivado por la ausencia de su exposición constante a la radiación generada por el macizo granítico galaico». O sea, la morriña.

Habiendo confiado todo el trabajo en las manos de su único hijo, Montserrat Maristany y Daniel Dafonte dejan Argentina para iniciar el viaje ansiado. Un viaje del que nunca regresarán... Estamos en el año 1936, y su verano ya es más que un proyecto en firme recorriendo Europa.

Pocas son las cosas que a San Fernando del Valle llegan a diario. La luz de sol, la dureza de la vida y poco más. Las noticias lo hacen con dificultad, en especial cuanto de más lejos vengan. Y una de esas noticias que el sol no quiere traer con él es la de la guerra. Los habitantes de Catamarca poca idea tienen de que con la llegada del calor también ha llegado la desgracia a las tierras españolas. Porque a finales de julio de 1936, nadie en San Fernando está informado de que el terror de la guerra entre hermanos parte España en dos desde el día 18. Ni siquiera el poderoso don Daniel. Así, el señor Dafonte y su esposa inician el viaje desde Buenos Aires a bordo del vapor *Augustus*, con escalas en Montevideo, Río de Janeiro y Santos, luego Dakar, para llegar a España por Barcelona. Día a día, ya desde la partida en Buenos Aires, los rumores sobre la guerra se van haciendo más presentes en las conversaciones entre los pasajeros del barco. Pero desde la altura de la primera clase nadie es capaz de calibrar en su verdadera proporción las dimensiones del desastre.

Por fin, en los últimos días de julio desembarcan Montserrat y Daniel en una Barcelona aparentemente en calma. Calma, porque, pasados los primeros días de conflicto, la guerra todavía tardará un par de años en volver a hacerse explícita en las calles de Barcelona. Pero mientras el coche que lleva a los señores Dafonte-Maristany asciende por las Ramblas en dirección a la Plaça Catalunya, un río de agitación subterránea recorre la ciudad, desde el Tibidabo hasta la Barceloneta. Un río de aguas terribles, oscuro, violento... Ajenos a ello, el matrimonio tendrá tiempo de instalarse en uno de los mejores hoteles de la ciudad, el Colón, en la esquina de la plaza con el Passeig de Gràcia. En estos días el hotel acaba de convertirse además en sede de Partido Socialista de Catalunya, por lo que el matrimonio encontrará algo más de agitación y trasiego de lo habitual antes de poder deshacer su equipaje y salir a dar un paseo. La primera toma de contacto de la señora Maristany con sus raíces. Y la última.

Ya de vuelta en la calle, la pareja se decidirá a desandar el camino que el coche ha recorrido hasta el hotel. Bajarán tranquilamente por las Ramblas, radiantes de luz,

vestidas de verano. Al llegar a la altura del Liceo querrán dejar atrás las luces de la gran calle y girarán a la derecha. Entrarán por el Carrer de l'Hospital, y ya se habrán perdido por las callejuelas del Raval cuando, a punto de desembocar en su rambla central, se descubrirán a sí mismos, casi sin tiempo para darse cuenta, atrapados en medio de un súbito cruce de disparos. Un ajuste de cuentas entre dos hombres que caminan por el centro de la calle y otros dos que los aguardan en un coche en marcha arrimado a la acera. Daniel y Montserrat estarán justo en medio del camino de la locura a la barbarie, y la muerte actuará sin contemplaciones, recogiendo impía cualquier vida latente a su vera. Sin aviso previo, sin tan siquiera detenerse un segundo a escuchar excusa de ningún tipo.

Alguien del consulado consiguió ponerse en contacto con Eneas unos cuantos días después.

—Sentimos mucho comunicarle que sus padres...

Un enfrentamiento entre anarquistas y socialistas, le dijeron...

O algo así.

El sonido llegaba con dificultad al teléfono de la hacienda, como si fuese la propia línea la que no quisiese saber de noticias tan tristes. Habían ido a conocer sus orígenes, y cuando los cuerpos de sus padres retornaron a Catamarca, Daniel les dio sepultura en los jardines de la hacienda y plantó dos cerezos sobre sus tumbas, para que fuesen sus dulces raíces las que por siempre abrazasen sus cuerpos y les diesen calor en el frío de la tierra honda.

Así fue como el joven Eneas, hecho hombre por la fuerza de los golpes de vida salvaje, se convirtió en el nuevo señor Dafonte. Guardó su propio corazón en una caja y se dispuso para seguir al frente de la explotación. No tardó en convertirse en un tipo duro, un gestor de cabeza fría, una mente brillante centrada nada más que en el crecimiento del negocio. Centrada en lo único que su cabeza podía ofrecer para darle alivio al dolor de su corazón... E, inevitablemente, el negocio prosperó de modo imparable.

Pero a medida que las riquezas crecían, también crecía en el interior de Eneas un vacío, una tristeza que le robaba el aire por momentos. Eneas comprendió que su lugar ya no estaba allá, en las montañas de aquel Nuevo Mundo que para él siempre había sido viejo. Necesitaba rematar el viaje emprendido por sus padres años atrás, cerrar ese círculo, darle algún sentido a aquellas muertes, a aquel sacrificio. Negoció bien la venta de La Alumbreira, y cerró mejor aún todas las ventanas y puertas de la hacienda de San Fernando del Valle de Catamarca.

Una mañana fría, una mañana de mucha lluvia en la ría, Eneas Dafonte Maristany puso sus pies sobre las losas del puerto de Vigo. Llegó cargado con apenas cuatro baúles, una fortuna inimaginable, y la decisión firme de no dar un paso atrás. Se instaló en el Hotel Universal, justo al lado del puerto, todavía con la intención primera de pasar una temporada en Vigo, otra en Barcelona, y luego decidir. Pero lo cierto es que la temporada en Vigo se prolongaría tanto que, cuando finalmente llegase a Barcelona, muchos años más tarde, lo haría ya con la fama precedente de ser uno de los vigueses de pro más reconocidos y respetados del momento, un brillante empresario, y una de las verdaderas fuerzas vivas de la ciudad atlántica. Eneas llegó a Vigo a primeros de febrero de 1940, y al momento, en apenas un par de días, supo que ésa iba a ser su ciudad.

Bastaría para acabar de convencerse una pequeña excursión a la aldea marinera de la que un día había salido su padre. Eneas quiso hacer el recorrido en el tranvía que enlazaba Vigo con la por entonces alejada Baiona. Al llegar a la parroquia de San Miguel de Oia, el hombre bajó atravesando los campos desde la estación del tranvía hasta el mar, y fue suficiente un solo vistazo para reconocer la playa de la que tantas veces le había hablado su propio padre. Sentado en la arena, contemplando la isla que le daba refugio, comprendió que su sitio estaba allí.

El señor Dafonte tomó café en un pequeño bar justo encima de la playa, un establecimiento que, aunque sin ningún tipo de rótulo que lo anunciase, hacía las veces de bar, restaurante e incluso hotel de la villa. Intuyendo la importancia del nuevo cliente en la elegancia de su vestimenta, fue el propietario quien salió a atenderlo en persona. Jesús González era un tipo grande y corpulento, con gafas sin montura, y de aspecto afable. Un viejo falangista al que, según él mismo le habría de confesar con el tiempo, todos sus amigos le decían «Cochón», por aquello de los constantes lamperones con los que el hostelero solía engalanar sus ropas en cada comilona. Eneas y Jesús congeniaron al momento y, preguntando, el recién llegado pudo atar un par de recuerdos de su familia, una lejana descripción de quien fuera la madre de su padre, fallecida ya muchos años atrás, poco tiempo después de que su hijo Daniel hubiese dejado el hogar, y sin tiempo para llegar a conocer noticias de quien sería su nieto, Eneas, hoy en la búsqueda de su propia historia.

El visitante de ultramar preguntó por las posibilidades de instalarse en la aldea de modo permanente, y don Jesús le habló de un viejo pazo abandonado, el lugar que en la villa todos conocían por «la Casa Grande». A Eneas le pareció interesante lo que escuchaba, y el falangista se ofreció para mostrarle el pazo sobre el terreno. Tras un breve paseo desde el hotel de Cochón, los dos hombres penetraron en el pequeño bosque que protegía la edificación de las miradas del mundo curioso. Cuando Eneas volvió a salir de aquel bosque ya llevaba con él la convicción de que aquélla sería su casa, y la ciudad su nuevo espacio.

Eneas Dafonte compró la Casa Grande, y de inmediato encargó su reforma. Mientras el terreno iba recuperando su habitabilidad a marchas forzadas, el señor Dafonte permaneció instalado en la mejor *suite* del Hotel Universal, desde donde podía gozar de una vista privilegiada del puerto. Así fue, precisamente en la contemplación de esa imagen, como decidió también la nueva orientación de su próximo negocio.

La idea de Troia nació observando los cargueros que entraban y salían del puerto de Vigo. Eneas concibió la posibilidad de una empresa de transportes marítimos, con base en el puerto de la ciudad, que uniese de modo permanente el continente americano con el europeo, entrando América en Europa por Vigo mediante una serie de líneas regulares con origen y destino en su nueva ciudad. El empresario se informó bien sobre la historia de la villa de los mil olivos, y así pudo saber que el fructífero impulso que la ciudad llevaba cogiendo desde finales del siglo XIX se había visto violentamente truncado por la Guerra Civil. Comprendió que era el momento de volver a inyectar energía, de imprimir las fuerzas que reactivasen las ansias de crecimiento bruscamente frustradas unos años atrás. La ciudad, ansiosa de vida, no contaba todavía con ninguna empresa de la envergadura que el señor Dafonte se proponía, nuevas vías por las que explotar y expandir las capacidades que Vigo podía ofrecer. Las posibilidades estaban ahí, sólo había que saber tomarlas. Y Eneas tenía la formación necesaria, el dinero y los contactos pertinentes al otro lado de mar. Y sobre todo, el coraje, la inteligencia y la energía precisas para darle forma al proyecto.

El señor Dafonte Maristany no tardaría nada en hacer valer esos viejos contactos americanos, y menos todavía en conseguir los nuevos que necesitaba entre las fuerzas vivas de la ciudad a comienzos de la década de los cuarenta. El 1 de agosto de 1940, la Transoceánica Internacional del Atlántico hace su primer viaje de mercancías con rumbo a Argentina. Para 1941, Troia ya es una de las más importantes empresas de transporte marítimo con base en Vigo, uniendo con regularidad España y Argentina. En 1945, la empresa es la primera española de su sector, con líneas permanentes que conectan toda América del Sur y el Caribe con los principales puertos europeos, todos sus barcos con base o escala en el puerto de Vigo, y Eneas Dafonte es uno de los hombres mejor relacionados de la ciudad. Es en ese momento cuando el brillante empresario contrae matrimonio con doña Isabel Llobet, una hermosa muchacha, sobrina de los señores de Curbera, industriales catalanes relacionados con las conserveras de pescado asentadas en la playa de Canido.

Estar bien relacionado en el año 1945 es tener fuertes contactos en la vida social y política del momento, y esa vida no es otra que la que es. Eneas se deja ver en todo cuanto acto hay en la ciudad de solidaridad con el Movimiento Nacional. El dueño de

Troia es uno de los más fervientes colaboradores del régimen, con amistades consolidadas en el Gobierno Militar, en las cúpulas falangistas, en la administración local, en la Sección Femenina... En todas partes. Incluso, en los años posteriores, no es nada extraño contemplar a don Eneas Dafonte paseando al lado del propio Caudillo en cada una de las visitas del ferrolano a la ciudad, u ofreciéndole algún presente recién traído de ultramar a la señora del Generalísimo, o participando en banquetes de confraternización, o... Incluso llega a correr el rumor de que el nombre del señor Dafonte suena para ocupar algún cargo diplomático en Argentina, aunque se trate ésta de una empresa siempre rechazada por el propio Eneas, quien, según explica, se debe única e ineludiblemente a su puesto al frente de Troia.

Y fuese verdad el rumor o no, don Eneas Dafonte Maristany nunca abandonó la ciudad nada más que para sus obligados viajes de negocios, permaneciendo impasible en su puesto hasta su fallecimiento, en enero de 1976, víctima de un ataque al corazón, con apenas sesenta y ocho años, treinta y seis tras la llegada a la que él siempre llamaría «mi verdadera ciudad».



El tiempo había corrido al ritmo de los cafés que fueron pasando por nuestra mesa y los cigarrillos que colmaban el cenicero. Cuando mi conocimiento de la historia de don Eneas hubo llegado a este punto, la noche había pasado ya de ser promesa a hecho, y Mariña continuaba con su relato, una cadena donde sus recuerdos propios se confundían con aquellos otros heredados. Al final de su narración, la mujer se descubrió agotada, cansada por el esfuerzo de memoria hecho, pero también de una vida larga que no había sido la suya. Tal como había prometido, me había contado la vida de su padre, pero como si no hubiese sido la suya, sino aquella otra escuchada una y mil veces alrededor de un fuego sagrado. Y hoy, nuevamente, las palabras habían sido eslabones de magia con los que convocar a los viejos espíritus y ahora, tras el exorcismo, la hechicera se encontraba agotada. Y yo no acababa de comprender muy bien si aquella sensación de alejamiento era sólo una impresión mía, o si era algo más.

—¿Y qué pintas tú en toda esta historia? —me atreví a interrumpir.

Mariña suspiró con la mirada perdida contra el mármol de nuestra mesa.

—Pues eso mismo quise saber yo durante mucho tiempo —respondió con cierto aire de tristeza en su rostro—. Y mucho me temo que ahora sea ya demasiado tarde.

—¿A qué te refieres?

—Ése fue el problema con mi madre. Quiénes somos nosotros realmente.

Me sentí perdido ante este giro.

—Perdona, pero creo que no te entiendo.

—Mi padre murió cuando yo aún no tenía los ocho años cumplidos. No lo conocí. Yo pensaba que sí, pero lo cierto era que no. Yo recordaba a un hombre bueno, un

hombre tierno y cariñoso que me llevaba a pasear de la mano por la playa, que me contaba historias de mares feroces y de piratas terribles, y que los domingos por la tarde siempre me sentaba en su regazo para hacer los dos juntos el crucigrama del periódico. Se murió muy pronto, y cuando yo pude comenzar a tener consciencia de quien había sido verdaderamente mi padre en el tiempo que le tocó vivir, los datos que me iban llegando no se correspondían con la imagen que de aquel hombre yo había guardado en mi recuerdo. Mi padre ya no era el hombre dulce que yo había conocido, sino una especie de monstruo, un fascista colaborador de un dictador terrible, de un asesino que destruyó a un país entero. Y la gente, los viejos, las fotos en los periódicos, todos decían que él había sido uno de los espectadores de la debacle. Un adicto al régimen. No daba crédito, Simón, y cada vez que entraba corriendo en casa, pidiendo por favor que nuestra madre nos dijera quién había sido nuestro padre, cuál de las dos personas que yo conocía era realmente él, ella me respondía con evasivas, con justificaciones absurdas sobre las complejidades de los tiempos, sobre las diferentes realidades. Con el silencio, en definitiva. A mi hermano no parecía interesarle nada de todo aquello que para mí era un drama, y con el tiempo acabé encontrándome completamente sola en mi propia casa, a kilómetros de mi madre, una mujer hermética de silencios absurdos que nunca fui capaz de comprender. Al final, el espacio entre mi madre —con aquella extraña vergüenza en la que encerraba su recuerdo de mi padre— y yo acabó convirtiéndose en una distancia insalvable. Por entonces había acabado el bachillerato, y la inminente llegada de mis estudios universitarios me ofrecía una puerta de huida por la que no dudé ni un momento en escabullirme, en dejarme caer. A finales de 1985 me fui de la que hasta entonces había sido mi casa para estudiar historia del arte en Barcelona, y ya nunca más volví. Hasta hoy. ¿Comprendes mejor ahora?

«Sí, supongo que sí», pensé yo. No pude reprimir el recuerdo de mi propio padre, y por un instante, la sensación de tristeza, o quizá la nostalgia de pasados imperfectos, fue común.

Era tarde cuando por fin salimos del Nuevo Derby, y la principal ocupación de la ciudad ya era la de recogerse. Intercambiamos nuestros números de teléfono y nos despedimos en la misma acera, en la parada de autobuses que había justo delante del portal de Rovira y Asociados. Mariña echó a andar calle arriba, y yo me quedé sentado esperando un bus que me llevase hasta el paseo de Alfonso. No es que fuese demasiada distancia. Simplemente, no tenía ganas de caminar. O quizá, aún más simplemente, necesitaba una excusa para escapar sin posibilidad de contraorden de lo que en realidad me apetecía, nada que no fuese seguir en la compañía de Mariña. Contemplaba el tráfico que desfilaba frente a mí y sólo podía pensar en cuándo nos volveríamos a encontrar.

Y entonces, sin que la hubiese visto venir, ella volvió a aparecer. Se acercó a mí, y

me dio un beso en la mejilla.

—Gracias por escuchar.

Y volvió a desaparecer, de nuevo subiendo hacia la Gran Vía. Toda la tristeza que hubiese podido sentir hasta ese momento desapareció de golpe, y una gran sonrisa estúpida se instaló en mi rostro sin pedir antes ningún tipo de permiso. Me sentía bien, eufórico. Y de repente tuve la sensación de que todo el mundo me observaba. La mujer con las bolsas de la compra que aguardaba el bus a mi lado me observaba. La pareja de chavales que se besaban en la acera me observaba. Y los hombres que estaban dentro del coche negro parado al otro lado de la calle también me observaban.

## XI

Las sesiones de vigilancia son duras. Las famosas «imaginarias Rodés», ya las conocen así en comisaría. Las noches son frías y húmedas, y el tiempo corre lento por la calle, no termina de pasar. A estas horas ya todo el mundo está en sus casas, y el que todavía no ha llegado es porque va de camino. Pero no por aquí. Por esta calle no pasa nadie, a nadie le coge de camino a ninguna parte. Como si de la hermana pobre se tratase, en la calle Jacinto Benavente, paralela a la luminosa avenida de Beiramar, sólo hay viejísimos almacenes de sabe Dios qué mercancías o las inmensas naves frigoríficas de las empresas de congelados, con sus barcos amarrados justo al otro lado de la avenida. El mar está tan cerca, tan cerca, que parece querer meterse en nuestros propios cuerpos. Hasta los huesos... Se siente la humedad penetrante, el frío del mar que acecha en la oscuridad. Aquí no hay más que viejos almacenes, y la escombrera que dicen que algún día será el auditorio de la ciudad. A estas horas, las luces del Toys'r'us que está en Jacinto Benavente están apagadas, y la calle ya sólo es amiga de las putas que la van rondando, de sus chulos y de aquellos otros que a lo largo de la noche vengan a comprar un poco de amor exprés. Todos los trabajadores de los almacenes se han ido a sus hogares, las naves están cerradas, y únicamente queda luz en la ventana de la oficina de una de ellas, la que hace esquina con la calle de la Paz. Hay coches estacionados a los dos lados de la calle, pero sólo en uno de ellos, en uno que está aparcado casi enfrente de esa ventana por la que la luz se escapa, hay alguien en su interior. Se trata del viejo Opel Corsa del comisario Bruno Rodés. Un modelo tan viejo que Eladio Penedo, el detective que acompaña al comisario, siempre comenta que ése debió de ser el prototipo del que luego habrían de sacar todos los «corsitas», como él llama al coche. Desde su puesto de copiloto, Eladio, un tipo joven recién llegado de Gondomar, alto y fuerte, protesta por el frío, por lo incómodo del vehículo, por el mar y hasta por el nombre de la calle. «Manda carajo, —dice—, pero si estamos en la esquina con la calle de la Paz, ¿qué demonios va a pasar aquí, comisario?». Se revuelve en su asiento, no encuentra la postura. Va a decir algo más. No, se calla. Pero Bruno no presta apenas atención. El comisario Rodés mantiene sus ojos clavados en la única nave en la que todavía queda luz. Sabe que ahí dentro, en el interior de Aventino S. L., sigue todavía su propietario, Xulio Ascanio Dafonte. Bruno es consciente de que, si se mantiene firme en su vigilancia, tarde o temprano Ascanio cometerá un error, un despiste, algo que por fin le dé al comisario la oportunidad de echarle el guante encima, la oportunidad de acabar de una vez por todas con los negocios oscuros que se llevan a cabo tras las puertas de



Aventino. Xulio Ascanio no es quien él dice ser. Xulio Ascanio es un contrabandista. Un narcotraficante. Él se define a sí mismo como un humilde y respetable empresario de la ciudad, pero Bruno sabe que Ascanio tiene un secreto. Un secreto que toda la ciudad grita en voz baja. Todo el mundo lo sabe, pero nadie lo demuestra. Porque los que pueden no quieren, y los que quieren no pueden. Pero lo cierto es que Ascanio es un delincuente, uno de los más activos y peligrosos narcotraficantes de las Rías Baixas.

Hasta hace cosa de poco más de un año, Breixo Negreira era el gran capo del negocio de las drogas en las rías. Ése fue el primer caso importante del que Bruno se tuvo que hacer cargo nada más llegar a su nuevo puesto en la ciudad. En los entresijos de esa investigación fue donde el comisario comenzó a encontrarse cada vez con mayor frecuencia con el nombre de un tal Xulio Ascanio Dafonte, uno de los figurones que, de un modo u otro, siempre aparecía vinculado al mafioso en casi todas las operaciones. Ascanio tenía que ser uno de los hombres de confianza de Negreira. O por lo menos hasta que éste apareció flotando en medio de la ría de Vigo, su cuerpo amarrado a una batea justo debajo del puente de Rande. Alguien se había encargado de meterle un paquete de un kilo de coca entre los dientes, quizá para dejar bien claro que aquello no había sido un accidente de natación nocturna. Y, curiosamente, coincidiendo con la desaparición de quien se suponía había sido su mentor, las actividades de Xulio Dafonte comenzaron a dispararse, al igual que los comentarios sobre él en las peores barras de la ciudad. Su fama crecía por los callejones del inframundo por los que el comisario Bruno Rodés lo iba siguiendo de cerca. Y con ella también lo hacían sus señales de riqueza. Demasiado coche deportivo, demasiados Armanis y, sobre todo, demasiada beneficencia para quien no tenía declarado más que una pequeña empresa de efectos navales con sede en la calle Jacinto Benavente, además de poseer una parte en la sociedad de una discoteca, Ébano y Marfil, una vieja sala de fiestas donde viudas, divorciados y habituales de la planta geriátrica buscaban un poco de alivio invernal. Pero Xulio era un tipo listo. Nunca cometía un error, nunca tenía un despiste. Hasta ahora nunca se le había podido probar nada. Cuando no era en el Dadá Max era en el Tony's donde a Bruno le llegaba un soplo, donde alguien dejaba que se escuchase algún comentario sobre alguna próxima jugada de alguien que podría ser el Ascanio. Pero una y otra vez Xulio no estaba allí, él no era el hombre a la vista, no estaba en ese muelle. Y Bruno no desistía. Sabía que era cuestión de tiempo, de paciencia. Bruno sabía que Xulio no tenía las manos limpias, lo intuía. Pillarlo era cosa de tiempo y constancia. Y vigilancia.

El comisario Bruno Rodés está pensando en todo esto, y en aquello de estar en el lugar apropiado en el momento apropiado, cuando repara en un bulto que se acerca por la acera. Un poco antes de llegar adonde los policías tienen el coche aparcado, el individuo cruza la calle, directo a la puerta de Aventino. Al pasar por debajo de la farola que hay justo antes de la entrada a la nave, Bruno lo identifica con claridad.

—Eladio, atiende. Mira quien viene a cenar esta noche...

El detective, hasta ese momento entretenido mirando algo en su teléfono móvil, levanta la cabeza y se sorprende al reconocer él también al visitante. Se trata de un tipo de mediana estatura, más bien tirando a alto, bastante flaco y desgarbado, con el pelo corto y cubierto de canas.

—¡Mierda, comisario! —exclama Eladio—. Ese tipo es el mejor piloto de planeadoras del mundo.

—Sí, y uno de los mejores de las Rías Baixas —añade Bruno—. No creo que haya venido hasta aquí a estas horas para comprarles juguetes a sus sobrinos.

No es necesario tener un olfato de sabueso demasiado desarrollado para darse cuenta de que algo está pasando. A Bruno le cuesta disimular la emoción.

—Xulio ha mandado llamar a su mejor piloto. Atiende, Eladio, porque aquí están pasando cosas.

El recién llegado cierra tras de sí la puerta pequeña de la nave al pasar por debajo del luminoso de Aventino S. L.

—Blanco. Me alegro de verte.

—No tanto como yo de verte a ti, Xulio. Si me llamas de este modo y me haces venir tan de inmediato sólo puede ser porque debes de tener algo muy bueno que pagarme. ¿Me equivoco?

En el interior de su despacho, Ascanio sonrío al tiempo que le pasa una mano por encima del hombro a su piloto.

—Me complace observar que sigues siendo un hombre generoso y lleno de buenos sentimientos, Blanco. Mejor. Quizá necesites echar mano de todas esas virtudes cuando oigas lo que tengo que contarte.

El despacho de Xulio Ascanio está en la parte posterior del edificio, y su ventana queda de cara al mar. Blanco contempla en silencio el espectáculo de la noche sobre la ría mientras Xulio prepara dos *whiskys* con hielo en vasos grandes. Las luces del puerto responden a los centelleos que llegan desde el otro lado de la ría, y el agua en el mar parece mansa, como una pista de hielo recién puesta, virgen, a la espera de la llegada de su bailarina. Así es como a Blanco le gusta encontrarse con el mar. El piloto permanece inmóvil, sin decir nada, hasta que Xulio le acerca su vaso. Blanco puede ver a través del reflejo en el cristal como su jefe se le acerca. Gira sobre sí mismo para coger la bebida y, sin que nadie pronuncie una palabra, los dos hombres ocupan sus posiciones. Xulio se sienta en su sillón de piel, de espaldas a la ventana, y Blanco se deja caer sobre una de las sillas frente a la mesa de Ascanio.

—Como ya te dije por teléfono, hace un par de días recibí la llamada de un tipo, alguien extraño que se identificó simplemente como Lucano. «Mi nombre es Zé Lucano», dijo, como si yo tuviese que saber de quién cojones se tratase... Tenía un acento extranjero, portugués, o brasileño, tal vez, y decía hablar en nombre de alguien

a quien le habían llegado muy buenas referencias sobre mí, y que por eso le gustaría mucho que pudiésemos hacer negocios juntos. Negocios de suministros navales, por supuesto, pero de «aquellos otros suministros navales» que él y yo sabíamos. Dijo que apelaba a mi experiencia en desembarcos, y a punto estuve de mandarlo a la mierda. Lo habría hecho de no ser porque él mismo me pidió que antes de colgar el teléfono hiciese el favor de tener en consideración que él sólo me estaba hablando de un negocio más lucrativo que cualquiera de los que hubiésemos hecho hasta ahora. Pero yo no le entré al trapo. Le dije que, como comprendería, aquí no somos gente que se deje impresionar con ese tipo de promesas, y con la calma que todavía conservaba, le pregunté que por qué habríamos de seguir adelante con la conversación, si nuestros negocios estaban centrados en la importación y distribución de efectos navales, y que, si bien todo eso del lucro parecía un asunto fascinante, lo cierto era que su propuesta me cogía ahora un poco fuera de juego.

—¿Y él qué te dijo? —pregunta Blanco, quien hasta entonces ha permanecido en silencio, contemplando únicamente cómo el hielo se iba fundiendo con el *whisky*.

—Pues eso es lo bueno, Blanco. —Ascanio esboza una sonrisa sin levantar la vista de su escritorio—. Me comentó lo mucho que le sorprendía oírme decir esto, ya que cuando nos vio la semana pasada en la playa de Cova Balea, a mí y a mi piloto, no le pareció que lo que estuviésemos desembarcando fueran precisamente fardos de efectos navales.

Xulio vuelve a sonreír. Por un instante incluso parece como si le causase cierto divertimento el hecho de haberse visto descubierto en su propio juego por todavía no sabe quién. Pero al momento, como si se quisiese reprender a sí mismo, rectifica su expresión.

—No está para risas la cosa, Blanco. Este tipo, sea quien sea, sabe quiénes somos y a qué nos dedicamos.

Blanco arquea las cejas. Por fin parece afectado por algo de lo que escucha.

—¿Pero cómo que quiénes *somos*? ¿Acaso te habló también de mí?

—No, no directamente. Sólo habló de *mi piloto*. Pero es a ti y a mí a quienes se nos puede ver con toda claridad en las fotos.

—¿Fotos? —Ahora Blanco sí parece impresionado.

—Sí, amigo, sí. Fotos. Ese hijo de puta tiene fotos en las que tanto tú como yo salimos bien plantados.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. El muy cabrón llamó a este teléfono —Xulio señala con desdén el aparato que descansa a un lado de escritorio—, directamente al número de mi despacho. No me preguntes de dónde lo sacó, pero sabía exactamente dónde encontrarme. Y tan pronto como dijo lo de las fotos, el fax comenzó a recibir unos documentos.

Xulio abre uno de los cajones de su escritorio, y arroja encima de la mesa unos cuantos folios para que Blanco los coja. Son impresiones borrosas de imágenes

oscuras, pero, incluso así, en todas se puede ver con claridad tanto a Ascanio como a Blanco en distintos momentos en una playa de noche. Xulio sigue hablando:

—Sea quien sea el tal Lucano, el tipo tiene que estar muy bien relacionado. Tiene que estarlo para estar al tanto de lo de Cova Balea. Y tiene que estar muy bien preparado para habernos hecho este reportaje fotográfico. —Xulio hace una pausa—. Y sobre todo, Blanco, tiene que tener los cojones muy bien puestos para venirme a mí con esta mandanga.

—Pues muy bien. Pero ¿qué vamos hacer?

—Todavía no lo sé. No creo que tenga nada que ver con la policía. Ésos no llaman para felicitarte por lo guapo que has salido en la postal. Y si el Zé este hubiese querido hacer algún trato con la policía, simplemente ya los habría llamado a ellos, y no a nosotros. Además, a estas horas todavía nadie en comisaria me ha soplado nada sobre la película esta.

—¿Crees que se trata de un chantaje?

—Pues tampoco lo sé, pero en principio no. —Nueva pausa—. No, no lo creo. O por lo menos él tampoco dijo nada que apuntara en esa dirección. Simplemente dijo lo que te acabo de contar, que hablaba en nombre de alguien que quería hacer negocios con nosotros.

—¿Y entonces?

—De momento vamos a tirar para delante. No sé quién es Zé Lucano, pero quiero saberlo. En el mejor de los casos quizá sea cierto lo que el mameluco este nos está contando. Quién sabe, tal vez estemos delante de un buen negocio. Y, a las malas, por lo menos conoceré el rostro de quien se ha atrevido a hablarme de esta manera, para saber con certeza a quién vamos a dejar flotando en medio de la ría.

—Muy bien, muy diplomático por tu parte —responde Blanco con indiferencia—. ¿Y ahora qué?

—Hoy me he pasado toda la tarde con el abogado de mi familia, teníamos la lectura del testamento de la vieja. Nada más entrar de vuelta en el almacén, el teléfono de mi despacho comenzó a sonar. Era de nuevo él, para felicitarme por la herencia.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Estoy seguro de que me siguen. Supongo que me observan, pero todavía no sé ni cómo ni desde dónde. Ahí fuera sólo están los dos payasos de siempre, el Rodés ese y su caniche, que últimamente parecen mi sombra. Pero no creo que éstos tengan nada que ver en esta historia. No, esos dos desgraciados no tienen nada que ver. Este fulano del que te hablo es de otro modo. Tiene otro estilo, tiene... Tiene estilo.

—¿Y qué más te dijo?

—Poco más. Me preguntó si estaba interesado en lo que habíamos hablado en la conversación anterior. Yo le respondí que en lo que estaba interesado era en conocer un poco más de qué iría la cosa, y me citó para hablar mañana con más detalle sobre

toda esta historia.

—¿Dónde?

—En el Jonathan.

—¿En Samil? ¿Pero no acabas de decir que tiene estilo? ¿Y qué vas a hacer?

—Pues de momento voy a ir, a ver qué pasa, de qué va todo esto.

—Muy bien —sentencia Blanco—. Llámame mañana, y dime qué hacemos. Necesito saber qué traje mando a la tintorería, si el de marinero o el de ejecutor.

No dice más. El piloto se levanta y abandona el despacho. Xulio Ascanio gira sobre su propio sillón. Apura el *whisky* mientras ahora es él quien contempla la noche instalada sobre la ría de Vigo. Puta oscuridad. Zé Lucano... ¿Quién carajo se esconde bajo un nombre tan ridículo?

## XII

Tardé en llegar al estudio. Al bajarme del bus, en la parada del paseo de Alfonso XII, tuve la sensación de que todavía estaba demasiado emocionado como para encerrarme ya en casa. Supuse que a Suso todavía le debía de quedar algún pincho de tortilla a mi nombre y decidí hacer un alto en el Sireno antes de retirarme a mis aposentos. No tengo ni la más mínima idea de fútbol, y me reconozco parte de esa minoría silenciosa que no sabría explicar con claridad lo que viene siendo exactamente un fuera de juego. Pero en lo que sí soy todo un maestro es en el deporte de hablar horas y horas en el bar sin tener nada que decir. Así, tras un par de buenas horas discutiendo sobre lo increíble del juego del Celta —y todavía hoy no sé si hablábamos de lo increíble por lo bueno o por lo malo del juego de los celestes— y un resultado favorable de cuatro cañas apuntadas en mi marcador, Suso decidió que, por hoy, ya iba siendo hora de cerrar el negocio. Y el bar también. Suso siempre cierra, como muy tarde, a eso de la medianoche, así que supongo que debía ser medianoche y un minuto cuando yo traspasaba las puertas de mi castillo.

Y supongo también que debe quedar fatal por mi parte, pero yo ya casi ni me acordaba de mi súbita y recientemente adquirida herencia. No fue hasta quitarme la americana para dejarla en el perchero de la entrada del estudio cuando, al notar el contacto del sobre en el bolsillo interior, volví a recordar lo que acababa de recibir. Lo saqué de su refugio y me lo llevé conmigo. Me senté a la mesa de dibujo, encendí la luz y, con la misma mezcla de parsimonia e incertidumbre con la que un día abrí la carta que una admiradora secreta me había enviado en quinto curso de E. G. B. (y en realidad la única que he tenido en toda mi vida, triste balance), comencé la exhumación del misterioso documento.

El sobre contenía una serie de folios doblados por la mitad, numerados del 1 al 33, un poco mayores que los A4 que todos empleamos de forma habitual. Eran de color carne, parecido al del sobre, y estaban notablemente envejecidos a partes iguales por la humedad y el tiempo. Todas las hojas estaban escritas a mano, y se notaba con claridad un único trazo común a todo el documento. Una misma mano había redactado todo el escrito, pero a lo largo de distintos momentos en el tiempo, según se podía percibir por las diferencias en el tono de las tintas. Incluso los diferentes grosores hablaban de múltiples plumas empleadas. Insisto en estos detalles porque esos trazos fueron lo que mejor pude comprender de aquel primer encuentro con mi extraño legado, ya que, de lo que era el texto propiamente dicho poco en claro pude sacar. Las hojas contenían una especie de lista, una relación interminable de

asientos organizada bajo un sistema cuya comprensión huía a mi entendimiento. Se trataba de una lista de varios cientos de entradas agrupadas bajo veintiún epígrafes diferentes. Cada uno de esos epígrafes aparecía señalado por un único número. El primero era el 40, y los demás seguían correlativos hasta el último, que venía introducido por el número 60. Y, a continuación de cada número introductorio, siempre el mismo sistema. Una primera columna donde cada línea contenía una serie de tres o cuatro letras escritas en mayúscula, y una segunda columna, compuesta en cada línea por un nombre completo, con nombres y apellidos. Y nada más. La lista era enorme. En aquellos treinta y tres folios debía de haber cientos y cientos de entradas. Probablemente incluso más de mil. Y en todas la misma historia: series de letras y nombres completos.

La única variación en el sistema se encontraba tan sólo en el primer epígrafe. El primer bloque, que también era con diferencia el que menos entradas contenía, mantenía la primera columna, la de las letras. Pero a su lado no aparecía una segunda columna de nombres y apellidos. En su lugar, había otra columna también de letras, con combinaciones todas diferentes a las de la primera.

<i>DBR</i>	<i>EDM</i>
<i>HKB</i>	<i>JHN</i>
<i>LBA</i>	<i>ABR</i>
...	

Y así hasta siete entradas más. Las diez claves que había bajo el epígrafe 40. Las entradas del 41 eran ya más del triple de las que contenía el anterior, y más o menos del mismo modo seguían los restantes epígrafes. Infinidad de entradas, y ni una sola idea sobre qué podría significar todo aquello.

Comencé a recordar todo cuanto Mariña me había contado sobre la historia de su familia. Lo primero que me vino a la cabeza fue una posible lista de clientes de la vieja empresa familiar. O quizá un censo de negocios y proveedores de Troia. O tal vez las letras fuesen las abreviaturas de las empresas con las que trabajaba Troia, y los nombres los de sus personas de contacto. Podía ser. En ocasiones, algunas series de letras aparecían seguidas de modos muy semejantes, ICE y ACE, por ejemplo, por lo que quizá se tratase de entradas referentes a las mismas empresas, pero con sede en distintos países. No sé...

Pero no, todo eso no tenía sentido. ¿Por qué demonios me iban a mandar a mí una lista con los negocios de una empresa con la que yo no había tenido absolutamente nada que ver? Por lo que Ernest primero y Mariña después habían contado, cuando Troia cerró yo todavía ni siquiera había pisado el parvulario. Todo esto era absurdo. Y más todavía teniendo en cuenta que su dueño nunca tuvo ni la más remota relación conmigo.

Excepto su esposa...

Mi cabeza continuaba dándole vueltas a la historia de Mariña. Su madre. Intentaba recordar lo que ella me acababa de contar sobre el conflicto que la había alejado de su madre. ¿Por qué había sido? Por su padre. Mariña sólo quería saber quién había sido realmente su padre. Un hombre bondadoso. Un viejo fascista.

Un viejo fascista...

De repente una idea surgió como un relámpago en mi interior. Lo que descansaba sobre mi mesa de dibujo tenía que ser alguna especie de lista negra. Quizá aquello que las memorias de la ciudad decían sobre el respetable señor Dafonte fuese cierto. Tal vez el viejo Eneas fuese algo más que un entusiasta, más que un simple adicto al régimen. Quizá fuese un verdadero yonqui del Movimiento, como Mariña había dicho. Según su propio relato, los padres de Eneas habían muerto a manos de unos anarquistas. Rojos... Venganza. Quién sabe, quizá fuese una sed de venganza atroz lo que verdaderamente había impulsado al joven Dafonte, aquello que le había llevado a abandonar todo al otro lado del océano y, al fin, hubiese acabado por convertirse en un verdadero colaborador, un viejo fascista implicado en tantas desapariciones como entradas ahora yo tenía ante mis ojos. Asesinos.

De pronto todo comenzó a cobrar sentido. Lo entendí todo. Los viejos Dafonte-Llobet habían tenido las manos manchadas de sangre durante demasiados años, y era ahora, por fin muertos ya los dos, cuando, desde sus tumbas, pretendían limpiar sus vergüenzas. ¿Pero por qué yo? Estaba claro: porque yo no tenía nada que ver con la familia. Yo era ajeno a todo ese círculo, mi nombre estaba limpio de toda sospecha. Yo no era nadie, la persona perfecta para sacar a la luz su historia. Probablemente, lo que tenía delante era nada más y nada menos que los nombres y apellidos de aquellos que habían sido víctimas de los Dafonte y sus amigos.

Pero todavía faltaban las series de letras. ¿De qué se trataba? Algún tipo de iniciales, tal vez. Me fijé en el segundo grupo. EDM. El padre de Mariña se llamaba Eneas, Eneas Dafonte. ¿Iniciales, tal vez? O no. Quizá anagramas bajo los que se escondían los nombres de sus ejecutores... No, demasiados. Tal vez otro tipo de claves... Los emplazamientos de sus enterramientos. No, no. Esa gente no siempre les daba sepultura a sus víctimas. De hecho, y por lo que yo les había escuchado a los más viejos, las más de las veces simplemente los dejaban abandonados, tirados en las cunetas, en los campos, en cualquier parte. Como si fuesen animales. Que los viese la gente, que contemplasen los cuerpos de sus vecinos, de sus amigos, de su padre, de su hijo. Que viesen lo que les podía pasar a ellos. Miedo, mucho miedo. Como si fuesen animales.

Animales.

Volví a pensar en Mariña. Dios mío. Si ella descubre todo esto. Su padre no había sido el hombre bueno y generoso que ella recordaba. Tanto éxito en la vida de aquel hombre... Quién sabe, quizá todo ese éxito requería de favores, prestar ciertos favores. Quizá tanto éxito había sido fruto de haber pagado precios demasiado



elevados. O ni siquiera. Tal vez todo esto no fuese más que una cuestión de ideales. ¿Ideales? ¿Qué ideales pueden justificar el asesinato de un hombre? Qué barbaridad. Pobre Mariña, si ella llegase a descubrir todo esto. Una mujer tan hermosa, unos ojos tan profundos. Y de repente me encuentro convertido en juez y parte. No, no le contaría nada de mi hallazgo, de mis conclusiones. No sería yo quien destruyese lo que hubiera de bueno en los recuerdos que Mariña todavía conservaba de su padre. Aunque fuese realmente un monstruo. Decidí que ella parecía una mujer demasiado hermosa y ya con bastante sufrimiento en su interior como para ir yo ahora a cargarla con más dolor. No.

Me convencía más y más en mis argumentos mientras seguía pensando en ella, y entonces el teléfono sonó. No tenía ni idea de qué hora era, pero por fuerza tenía que ser tarde. ¿Quién podía llamarme a estas horas? Inconscientemente, mi padre me vino a la cabeza. Hace tanto que no hablamos, que de un tiempo a esta parte tengo miedo de que un día el teléfono suene para darme malas noticias. Vi la pantalla de mi móvil. No era él.

—¿Mariña?

—Simón, perdona que te llame a estas horas. ¿Dormías?

Su voz en el auricular de mi teléfono me pilló con el pie cambiado. Como tiempo atrás me había pasado con su madre, volví a tener la sensación de que tal vez desde la distancia ella hubiese sido capaz de leer mis pensamientos, y ahora llamaba para recriminarme por ellos. Intenté concentrarme en la conversación.

—No, no, mujer —respondí—. De hecho, ni siquiera tengo idea de qué horas son *estas horas*.

—Algo más de la una y media.

¿La una y media? Por lo visto llevaba ya más de una hora rompiéndome la cabeza con la historia de la lista, de Mariña, de su padre...

—Vaya. Pues sí que es tarde. Pero no, no te preocupes, que no dormía. ¿Y tú?

—Igual, no consigo pegar ojo. Llevo todo el tiempo pensando en todo esto, dándole vueltas a lo que te conté antes, mi padre, ahora mi madre... Todo.

«Pues si te cuento yo...».

—Verás —siguió—, estaba pensando en una cosa. No sé si te fijaste en ellas, pero hoy..., bueno, ayer ya, Ernest nos entregó a mi hermano y a mí una moneda de oro a cada uno.

—Sí, claro, sí que las vi.

—Claro... ¿Y pudiste ver cómo era el grabado que tenían por una de las caras?

¿Cómo? De repente me sentí bastante más desconcertado todavía con estas lecciones de numismática nocturna.

—Pues no sé... Un escudo, creo —respondí, rascándome con calma el cogote—. Imagino que el escudo de Castilla, o tal vez el de España, ¿no?

—Sí, sí, por una de sus caras sí. Pero yo me refiero a la otra. Por la que yo te digo aparecen dos columnas flanqueando un globo terráqueo abierto y, bajo éste, unas olas

que representan el mar.

Sí, ahora que lo decía, sí, algo así recordaba haber visto. Pero bueno, ¿adónde quería llegar Mariña con todo esto? Yo estaba intentando asimilar el terrible pasado de su padre, y ella me venía ahora con columnas, mapas y olas en el mar. No comprendía nada.

—Mariña, que no te parezca mal, pero... ¿qué tiene eso de especial ahora?

Tardó tiempo en responder. Yo ya estaba decidido a disculparme por la pregunta cuando ella comenzó su respuesta.

—Si es que no lo sé, Simón. A lo mejor no tiene nada que ver. Puede que sólo sea una coincidencia, o simplemente una estupidez. No podía dormir, jugaba con la moneda en las manos, intentaba acordarme de mi padre. Estaba observando cada uno de los detalles de la pieza cuando, al fijarme en esa representación del mar, recordé otro detalle al que hasta ese momento no le había prestado atención. Dime una cosa, ¿te fijaste en la caja?

—¿La caja?

—Sí, la caja. Me dijiste que la habías encontrado tú.

—Sí, fui yo. Pero tampoco le di demasiadas vueltas. Di por sentado que se trataba de algo perteneciente a tus padres, y no quise tocar nada.

—Ya, ya. Ya sé que no la abriste, y me parece algo muy digno por tu parte. Pero yo me refiero a si te fijaste en la caja por fuera. ¿Recuerdas la inscripción que tenía sobre la tapa?

Sí... Me parecía recordar que había algo grabado sobre la cubierta de la caja, aunque ahora no conseguía verlo con exactitud.

—Yo la vi hoy en el despacho, mientras Ernest acababa con la lectura. Pero no le presté atención, simplemente estaba jugando con la caja. La verdad es que ya no aguantaba más, y lo único que quería era salir de allí lo antes posible. Pero ahora, viendo las olas en la moneda, recordé las palabras en la caja, y me vino a la memoria algo que mi padre siempre me preguntaba cuando estábamos los dos sentados en el mirador de la Casa Grande.

—¿Qué?

—De niña sabía que, estando mi padre en casa, siempre podría encontrarlo sentado en ese mirador. Se pasaba allí horas y horas, con la mirada perdida en el mar. Cuando se daba cuenta de mi presencia, me cogía en su regazo y, después de contemplar el mar los dos juntos durante otro buen rato, siempre acababa haciéndome la misma pregunta.

—¿Cuál?

—De qué color es el mar.

Y entonces yo también recordé. La inscripción en la caja que nosotros habíamos sacado de la cueva bajo la fuente: «Para mis hijos, el color del mar». Ambos permanecemos en silencio por un instante. Yo no sabía cómo encajar todo esto en las conclusiones a las que acababa de llegar justo antes de recibir la llamada de Mariña, e

imagino que ella tampoco era capaz de ver con claridad si todo aquello tenía relación con la historia de las monedas. Al momento recordé lo que Mariña le dijo a su hermano en las escaleras de Rovira y Asociados, aquello de que lo de las monedas tenía que ser cosa de su padre.

—Curioso. ¿Y tú que le decías?

—Pues qué le iba a decir, Simón. No era más que una niña, así que para mí el mar era azul. Mi padre sonreía, me pedía que me fijase mejor, y yo probaba con otro color. «Verde». Pero tampoco acertaba. Al final mi padre me explicaba que el mar sólo era agua, y que como tal no tenía ningún color. Entonces yo siempre protestaba, diciéndole que el mar era clarísimamente de color azul, y él me explicaba que no, que el que era azul era el cielo, y que el mar lo único que hacía era limitarse a reflejar los colores de aquello que se le acercaba. «Como casi todo en la vida, Mariña, el color del mar depende de la perspectiva, de los ojos con que lo veamos», me decía. A continuación, siempre me abrazaba un poco más fuerte, y volvíamos a quedarnos en silencio, los dos contemplando aquel mar de todos y ningún color. Yo me esforzaba todos los días por no ver el color del mar, pero no era más que una niña, y poco entendía. Y ahora todo eso acaba de volver a mí. Simón, no dejo de pensar en las palabras de mi padre: estoy segura de que esas monedas son una invitación a observar las cosas desde otra perspectiva. Una nueva, diferente.

Intentaba seguir las palabras de Mariña, pero al igual que a ella le sucedía de niña con su padre, yo no conseguía comprender nada.

—¿Pero qué cosas, Mariña? ¿A qué crees que puede estar refiriéndose ahora tu padre?

Hubo un largo silencio del otro lado.

—Eso es lo que todavía no sé.

Me di cuenta del esfuerzo que Mariña tenía que estar haciendo. La pobre debía de estar devanándose los sesos buscando la manera de arrojar luz de algún modo sobre tanta oscuridad.

—Bueno —retomó de golpe la conversación—, que también puede ser que no tengan nada que ver una cosa con la otra... Si te soy sincera, ya no sé qué pensar de todo esto. Tanto da. —Parecía como si ahora fuese ella quien se sintiese avergonzada de sus propias cábalas, o tal vez de haberlas compartido conmigo, y anduviese a la búsqueda de un cambio de tercio en la conversación—. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Has descubierto ya por qué estabas allí? ¿Qué era lo que había en tu sobre?

Un escalofrío. «Bueno, pues casi nada, tan sólo indicios de que tu padre pudiese haber sido algo más que un fascista. A lo mejor el hombre era un asesino, pero aparte de eso nada más», pensé. Y mentí.

—Uff, no sé, Mariña. Un pequeño galimatías, una lista de asientos y nombres. Creo que se trata de algo relacionado con los viejos clientes de Troia.

—¿Troia? —Mariña se mostró sorprendida.

—Sí... O no, vaya. En realidad, no lo sé. —Me estaba liando—. Nada importante,

supongo. Mira, me imagino que, con lo repentino de la muerte de tu madre, el pobre Ernest debió de traspapelar algún documento sobre la reforma de la fuente en el que aparecía mi nombre, o mis datos, y los mezcló con cualquier otro papel del testamento de tu madre, ¡y *alehop*, yo aparezco en el bufete para reclamaros mi valiosísima herencia de papeles para reciclaje!

Me oía a mí mismo, y al punto me avergonzaba de lo patético de mi mentira. ¿Pero qué rayos estaba diciendo? ¿Los documentos de una chapuza cualquiera mezclados con los del testamento de doña Isabel? Sí, hombre. Si encima iba a ser que Ernest guardaba los documentos importantes de la señora Llobet con los recibos del Telepizza. Mis dotes para la mentira siempre habían dejado mucho que desear, pero es que en aquel momento no sabría decir si lo que pretendía era, al igual que antes ella, desviar de nuevo la conversación o, simplemente, hacerle reír. Fuese cual fuese mi opción, lo segundo funcionaba.

—Vaya, pues será. —Me la imaginé sonriendo al otro lado de la línea—. Si va a resultar que, al final, el pobre Ernest empieza a no ser tan infalible como pensábamos.

—Será. —Mi historieta había colado.

—De todos modos, a mí me gustaría aclarar el asunto de las monedas. No sé si tú también te habrás fijado en ese detalle, pero en la bolsita de terciopelo que la contenía venía impreso un nombre.

Pues no, lo cierto es que en eso sí que no me había fijado. Mariña siguió con su descripción.

—Según la inscripción de la bolsa, las monedas vienen de Jakob Neumann Antigüedades. No sé si te sonará, pero después de haber buscado un poco de información resulta que se trata de un vecino tuyo.

—¿Mío? —El nombre no me sonaba ni de lejos.

—Sí. En efecto, hay una tienda de antigüedades en la plaza de Compostela a nombre de un tal Jakob Neumann, en la esquina de Velázquez Moreno.

Volví a quedarme en silencio. La esquina de Velázquez Moreno con la Alameda, que es como en Vigo siempre le hemos llamado a la plaza de Compostela, me era un lugar conocido, pero no precisamente por ir a buscar antigüedades de ningún tipo.

—Estaba pensando en pasarme mañana por la mañana por la tienda, y me preguntaba si quizá te apetecería acompañarme. No sé, al fin y al cabo, llevo mucho tiempo fuera, y no es que tenga muchos amigos aquí. No sé, si tal vez tú...

—¡Sí!

Otra vez tuve la misma sensación que cuando ella reapareció en la calle, después de que ya nos hubiésemos despedido al salir del café. Otra vez esa sensación de estúpida felicidad. ¿Qué leches me estaba pasando?

—O sea, quiero decir, sí, vamos, que sí claro... ¡Mierda! No, perdona. —Parezco idiota, no consigo hablar—. Quiero decir que sí, que a mí también me apetece mucho ir contigo. —Si es que aún no había quedado suficientemente claro—. ¿A qué hora te va bien?

—Mira, podemos hacer una cosa: te invito a desayunar. ¿Conoces el Don Gregorio, en la Puerta del Sol?

—¿El café? Sí, lo conozco.

—Vale. ¿Qué te parece si quedamos allí? No sé, ¿a las diez?

—Me parece perfecto.

—Bien, pues así entonces. Hasta mañana, Simón.

—Claro. Hasta mañana.

Estaba a punto de colgar cuando volví a oír su voz llamándome al otro lado del aparato.

—¡Hey, hey, Simón!

—Aquí estoy, dime.

—Nada, que muchas gracias por escuchar, otra vez.

—No hay de qué, Mariña.

Cuando colgué el teléfono, el reloj sobre mi mesa de dibujo marcaba las dos y diez de la madrugada. Y habría bajado ya a la calle en ese mismo momento si eso hubiese hecho que el tiempo pasase más rápido.

## XIII

Las vueltas en mi cama dejaron en evidencia la longitud de una noche interminable. Hubo toda una batalla terrible entre mis pensamientos y mi sueño. Mis ideas luchaban todas entre ellas, Mariña, su padre, la lista..., y todas ellas al mismo tiempo juntas contra mi propio cansancio. Pero finalmente, y contra todo pronóstico, el día acabó llegando. No sé en qué momento me quedé dormido, pero recuerdo la sensación agradable de despertar con la luz del sol entrando en mi dormitorio.

Eran casi las nueve de la mañana. El tiempo justo para un café, una ducha rápida, otro café, y a la calle. Instintivamente pensé en tomar un café en el bar de Suso antes de bajar para el Don Gregorio, pero al momento me di cuenta de que ya estaba lo bastante nervioso. El plus de cafeína no era necesario, así que decidí seguir mi camino hasta la Puerta del Sol. Al entrar en la plaza descubrí dos cosas: que el sol ya había entrado por la puerta de la plaza para sorprendernos a todos con una cálida mañana otoñal vestida de exclusiva, y que Mariña ya había tomado posesión de su plaza particular en la terraza del café. Estaba sentada en una de las mesas, gozando del regalo que era el calor en el rostro de aquel sol extraño en una mañana de otoño. Me saludó con la mano al verme doblar la esquina de la calle Elduayen, al tiempo que la camarera le servía un café con leche y tostadas.

—Olvidé todo eso de la cortesía cuando me expulsaron del Club de Polo, así que como puedes comprobar no he esperado ni un minuto por ti para ir empezando —bromeó al acercarme yo a la mesa donde se encontraba.

—¿Te expulsaron de un club de polo?

—Sí —respondió con gesto indiferente—, del de mis padres. Llené de petardos el tubo de escape del cochazo del gerente. Desde luego, hay personas que no saben lo que es el sentido del humor —explicó, reforzando su actitud con un gesto de exagerada indiferencia mientras esparcía tranquilamente la mermelada sobre el pan.

—Pues si es por esa razón —respondí, fingiendo participar de la lógica de la situación—, bien hecho entonces. Buenos días, Mariña —la saludé mientras me sentaba a la mesa.

—Buenos días, Simón. —Y su gesto indiferente mudó en una amplia y sincera sonrisa que conquistó la totalidad de su rostro.

Almorzamos sin prisa, charlando con tranquilidad sobre asuntos sin importancia, como clubes de polo y cosas así. Tan sólo al concluir el banquete matinal retomamos la conversación de la noche anterior.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó ella—. Espero que al final no acabase

robándote el sueño...

—Lo cierto es que sí. He de reconocer que todo este asunto me llama muchísimo la atención. Y sobre todo después de tu llamada. —De nuevo volví a tener la sensación de mentir más que hablar. No era para nada cierto eso de que me llamase mucho la atención. La verdad, la terrible verdad, era que me tenía totalmente preocupado. Por una parte, cada vez comprendía menos mi papel dentro de la historia. Y por la otra, el desarrollo de mis sospechas sobre el pasado del señor Dafonte constituía una amenaza directa a los recuerdos de Mariña. Por eso lo dije así, «todo este asunto me llama muchísimo la atención», porque supuse que de este modo protegería a Mariña de saber nada acerca de mis verdaderas tribulaciones.

—Bueno, pues de momento qué menos iba a poder hacer yo sino recompensarte reponiendo tus fuerzas con este suculento almuerzo. Y ni se te ocurra contemplar la posibilidad de pagar tú ni un euro —atajó ella al detectar el movimiento de aproximación a la cartera por parte de mi mano—. Esta invitación es mía.

Dejó un billete prendido en la pinza plástica del platillo sobre el que descansaba nuestra cuenta, y nos perdimos calle abajo.

Bajamos por Policarpo Sanz esquivando como podíamos a los peatones que esquivaban como podían las obras en la calle. No sé qué pasa en Vigo, que siempre hay obras por algo. A veces pienso que el único objeto de finalizar una obra y dejar la calle bien bonita no es otro que hacerla más acogedora para que los trabajadores de la siguiente empresa la encuentren de su agrado cuando lleguen para levantar el asfalto. En esta ciudad vivimos en un círculo vicioso de obras, asfaltos como trincheras y nuevos aparcamientos carísimos que nadie utiliza pero siempre están hasta los topes. Eso sí, un círculo en obras. Pasamos el teatro García Barbón y continuamos hasta el cruce con Velázquez Moreno, donde giramos a la izquierda para bajar hacia la Alameda. Hasta Jakob Neumann Antigüedades. La tienda del anticuario era el último local antes de la esquina con la plaza de Compostela. Yo nunca me había fijado en ese establecimiento, pero sí en el edificio en el que se encontraba.

La tienda estaba en uno de los bajos del edificio Yáñez, otra de las joyas que el arquitecto Michel Pacewicz había dejado en la ciudad. Su galería principal, en la esquina que hacía el chaflán sobre la Alameda, era una de las piezas arquitectónicas más hermosas de la ciudad, un capricho gótico arrancado de un cuento de hadas. Y, a pesar de todo, no fui capaz de contarle nada de todo esto a Mariña. Pensé que en ese momento ya ella debía de tener bastantes cosas en la cabeza sin que yo le viniese con asuntos en los que ya nadie se fijaba. Ya habría tiempo en otra ocasión más apropiada. Ojalá.

La tienda estaba abierta, y entramos en ella sin que nadie saliese a recibirnos. Caminamos hasta el mostrador, y sólo al llegar a nuestro destino apareció un muchacho desde la trastienda.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarles en algo?

Se trataba de un chaval alto y flaco, de pelo corto, rubio. No debía de pasar de los veinte y muy pocos años. Llevaba puesta una bata de trabajo de color azul oscuro. Tenía toda la pinta de ser el mozo de la tienda, o quizá el ayudante en prácticas.

—¿El señor Jakob Neumann?

El tono de la pregunta hecha por Mariña flotó sin compromiso entre el «eres tú el...» y el «está el...».

—El señor Neumann todavía no ha venido hoy por la tienda. Supongo que lo hará más tarde. Yo soy su restaurador. Si les puedo ayudar...

De entrada, pensé que aquel chaval no tenía acento de apellidarse Neumann, pero al momento me arrepentí de mi torpeza mental. El chico bien podía ser el hijo del tal Jakob, o quien fuese. Mientras yo pululaba por la ascendencia del restaurador, Mariña parecía no tener muy claro si aceptar el ofrecimiento del muchacho o no. Se ve que finalmente ganó el sí...

—Verá —comenzó a hablar, sacando de su bolso el mismo cofre que unos días atrás yo había arrancado del interior de la cueva—, quisiera saber si me podrían dar algún tipo de información sobre esta pieza. Sé que es de oro, y creo que bastante antigua, pero no mucho más.

Sacó la moneda de la bolsa y la dejó sobre un pequeño tapete de terciopelo que había sobre el mostrador. Me llamó la atención algo que yo interpreté como la intención por parte de Mariña de no dejar a la vista la inscripción con el nombre del anticuario en la bolsa de la moneda.

—Si me permite.

El chaval se puso unos guantes recién sacados de un cajón en su lado del mostrador y, echando mano de una lupa que guardaba en uno de los bolsillos superiores de su bata, cogió la moneda y se dispuso para su estudio. La observó en silencio, con calma, durante poco más de un minuto. Por fin, después de haberle dado una vuelta, y otra, y todavía otra más, acabó devolviéndola al lugar en que Mariña la había dejado sobre el mostrador y nos ofreció su explicación.

—Bien, parece que se trata de una moneda española, un real de a ocho, probablemente acuñado en la segunda mitad del siglo xvii.

—¿Del xvii? —quiso confirmar Mariña.

—Sí. En la pieza que me traen, el año grabado ya no se puede apreciar con claridad. Tendría que confirmarlo con el catálogo. A lo largo de los años el trazo del grabado en las piezas de a ocho fue cambiando, pero yo diría que sí, que se trata de una pieza de la segunda mitad del xvii. Y teniendo en cuenta el oro, incluso me aventuraría a decir que se trata de una moneda acuñada en América.

—¿Por qué América? —volvió a preguntar ella.

—Pues porque, si nos fiamos de nuestros libros de historia, en esa época todavía era de América de donde venía la práctica totalidad del oro español. ¿Recuerdan aquello de que el sol no se ponía en nuestro imperio, y todo eso? La frase es del



emperador Carlos I de España, quien en 1519 hereda un imperio en el que, efectivamente, el sol no se pone. Pero en tiempos de Carlos II, algo menos de dos siglos más tarde, la frase todavía tenía validez, y una de las principales razones de ser, si no la única, de la América de entonces era la de proporcionar riquezas a la Corona española.

—¿Y qué tipo de moneda has dicho que era ésta? —interrumpí yo con toda la solemnidad de la que fui capaz, intentando disimular lo muy perdido que me encontraba en toda aquella conversación. Comenzaba a tener la sensación de ser el único no erudito en alguna materia presente en el local.

—Un real de a ocho —me respondió el chaval—. ¿Conoce usted algo sobre este tipo de moneda?

«¿Acaso conoces tú algo sobre Eisenman y la arquitectura estructuralista, mocoso?», tuve ganas de responderle al entendidillo aquel. Preferí no hacerlo. Por los pelos.

—No, no. Sobre ésta en concreto no...

—El real de a ocho fue una moneda puesta en circulación por los Reyes Católicos tras la reforma monetaria de 1497, y continuaría su evolución hasta bien entrado el siglo XIX. En principio, las piezas más conocidas son las de plata, pero esta moneda también se acuñó tanto en cobre como en oro, estas últimas especialmente en las cecas americanas.

—¿Cecas? —volví a interrumpir.

—Una casa de moneda —me respondió el pollo-pera aquel en un tono tan sospechosamente cordial que a punto estuve de gritarle «¡arquitectura estructuralista!»—. Se empleó de tal manera que incluso llegó a ser la primera divisa de uso mundial. Algo así como hoy el propio dólar. De hecho, no sé si lo sabréis —el chico seguía haciendo gala de sus conocimientos, emocionándose por momentos hasta el punto de dejar de lado el «ustedes»—, pero hay incluso quien defiende la teoría de que el símbolo de dólar, ese que hoy todos reconocemos, una «S» atravesada por dos barras, tiene su origen en esta misma moneda.

—¿Cómo? —preguntó Mariña, mostrando su sorpresa ante este último comentario.

—Sí, veréis. Fijaos aquí. —El restaurador volvió a coger la moneda—. ¿Veis estos pilares grabados a los lados del mapamundi? Son las Columnas de Hércules, sobre las que descansa el *Plus Ultra*.

—El lema de la Corona española —apostilló Mariña.

—Efectivamente. Bien, pues si cogéis la curva que hace la banda en la que se recoge el *Plus*, y el perfil de la columna que la soporta, ¿qué tenéis?

La verdad es que yo seguía como estaba antes de la explicación, sin ver nada de lo que allí se nos estaba contando, pero Mariña dejó escapar una sonrisa. Sí, ella lo había visto. De repente parecía la niña a la que el prestidigitador le descubre su truco.

—Una «S» atravesada por dos barras —respondió lentamente, al tiempo que su

sonrisa se iba haciendo mayor.

—Ahí está. —El muchacho también parecía satisfecho con su demostración; no sabría decir muy bien por qué, quizá no fuese más que mi propia envidia ante tanta erudición, pero había algo en aquel chaval que no me agradaba—. De todas formas, y volviendo con lo que ustedes me piden —recuperamos las formas—, ya les digo que tendría que consultar los catálogos para poder ofrecerles algo con la mayor seguridad posible, pero, por ahora, yo les diría que se trata de un real de a ocho de finales del siglo xvii, comienzos del xviii si no, y acuñado en América, probablemente en las cecas de Bogotá o Cartagena.

—Ya...

Mariña pronunció aquel «ya» con la mirada perdida en la pieza de oro que descansaba sobre el tapete de terciopelo, esforzándose por intentar asimilar no sólo toda la información que acababa de recibir, sino por cuadrarla con lo que sabía sobre su padre.

—De todos modos —el restaurador volvía a la conversación tras observar el silencio de mi amiga—, si les parece bien también le puedo sacar un par de fotos a la moneda. Así podríamos estudiar la pieza con un poco más de detalle, y ofrecerles después un informe mucho más pormenorizado que el que ahora les puedo dar. Aunque la verdadera autoridad en la materia es el señor Neumann.

Mariña se lo pensó durante unos segundos, sin que pareciese encontrar ninguna objeción, ya que casi al momento asintió.

—Claro, claro, no hay problema. Todo lo que me puedan decir me será de gran ayuda.

El restaurador desapareció en la trastienda para volver a aparecer rápidamente con una pequeña cámara digital. Cogió de nuevo la moneda para hacerle cuatro fotos, una de cada cara y otras dos de canto. Después de todo este proceso nos pidió un teléfono de contacto, y Mariña le ofreció su número. Quedó en llamar tan pronto como tuviese alguna noticia, y con las mismas nos tendió la mano. Mariña volvió a guardar la moneda en la bolsa, y después de habernos despedido una última vez del muchacho de la bata azul, salimos de la tienda de antigüedades.

Ya en la calle, apenas caminamos un par de pasos en dirección a la esquina con la Alameda. Mariña se detuvo con la confusión instalada en su rostro.

—Simón, no entiendo nada. ¿Una moneda española del siglo xvii traída de América? ¿Qué pretendían decirme mis padres, mi padre, con todo esto? No entiendo nada. —Y el rostro de la mujer se convirtió en la viva imagen de la desesperación.

Yo escuchaba a Mariña en silencio. La contemplaba, y a mis ojos parecía una niña pequeña, perdida. La escuchaba en silencio, porque en realidad tampoco era yo capaz de añadir nada que arrojase ninguna luz sobre todas aquellas dudas. Busqué en otra dirección, como si la respuesta fuese a bajar caminando por la calle. Y entonces los vi.

Había un coche parado, aparcado en la acera de enfrente, justo delante de la

cafetería Alameda. Yo conocía aquel vehículo, pero no lo sabía todavía. Y al hombre que ocupaba el asiento del copiloto. A él también lo conocía. Una décima de segundo, y lo supe. Aquél era el tipo del paraguas, el que sujetaba el paraguas en el cementerio el día del entierro de doña Isabel. Y, como si por fin alguna puerta hasta entonces cerrada se hubiese abierto, continué sabiendo. Ese tipo era también uno de los que la noche anterior, apenas doce horas atrás, me observaban en la calle mientras yo aguardaba en la parada de bus urbano después de que Mariña volviese para besarme. Y el coche, claro, el coche. Un Mercedes negro, antiguo. Ése era el mismo coche desde el que la pasada noche me observaban. El coche aparcado en el cementerio. Una décima de segundo, y todo estaba ahí. Eran ellos.

—Mariña...

Mientras pronunciaba su nombre no dejaba de contemplar al tipo en el asiento de copiloto. Y comprendí que él también me estaba observando a mí. Y que él también se acababa de percatar de mi descubrimiento.

—¡Corre!

Cogí a Mariña de la mano y eché a correr, arrastrándola tras de mí sin tiempo para ninguna explicación.

—¡Qué pasa, Simón, me haces daño!

Pero yo no podía hablar. Instintivamente, eché a correr calle arriba por Velázquez Moreno. Pensé que el sentido único de bajada para los vehículos les impediría seguirnos con su coche, pero todavía pude ver de reojo que tanto el copiloto, aquel tipo alto y fuerte del cementerio, como otro más bajo y corpulento que el anterior, el conductor del Mercedes, abrían las puertas para echarse a correr detrás de nosotros. Al llegar al primer cruce giramos a la derecha, de nuevo buscando el tráfico en sentido contrario de Marqués de Valladares. Mi endeble estrategia ya no servía de mucho, nuestros perseguidores corrían también con paso bien ligero apenas unos pocos metros por detrás de nosotros. Mariña no paraba de preguntar qué era lo que estaba pasando. Cogimos por detrás del teatro García Barbón, y doblamos ahora a la izquierda, subiendo por Darío Álvarez Blázquez. Tal vez mi propósito, siguiendo un impulso intuitivo, fuese intentar llegar hasta la calle Policarpo Sanz, la gran arteria de la ciudad, para protegernos entre el jaleo de los coches, los transeúntes y los obreros de la calle. No era mala idea. Pero, como siempre, lo eché todo a perder.

Justo antes de llegar a Policarpo Sanz, apenas a unos metros, decidí girar bruscamente a la derecha, y tiré de Mariña por el callejón de los Caños. Quizá pensase que metiéndonos por allí despistaríamos a nuestros perseguidores, pero ellos no lo vieron como nosotros y no se dieron por despistados. Doblamos la esquina al final del callejón para descubrir que, como todas las calles ciegas, ésta tampoco tenía salida. Tan sólo un muro y unas viejas escaleras metálicas, oxidadas, de acceso al antiguo edificio del Gran Hotel. Estábamos justo debajo de la Puerta del Sol. Cuando quisimos dar la vuelta, yo ya tenía al copiloto agarrándome por las solapas de la chaqueta. El tipo gordo, el conductor, sujetaba a Mariña.

—¡No le pongas la mano encima, hijo de puta!

Y aquella fanfarronada por mi parte me valió el primer puñetazo. El tipo alto me lanzó al suelo con tanta fuerza que del golpe no perdí la consciencia de puro milagro.

—Estate calladito, campeón, que aquí el que habla soy yo.

Conmigo anulado —ya he dicho que no es que me caracterice precisamente por lo atlético de mi complexión— se dirigió a Mariña. Sin el más mínimo miramiento, le arrancó el bolso de las manos y comenzó a revolver en él. No tardó en encontrar la caja de madera. En los ojos de Mariña había una mezcla de susto y rabia. El hombre alto abrió la caja y, con la seguridad de quien sabe exactamente con qué se va a encontrar en la siguiente viñeta, cogió la bolsa de terciopelo y, sin comprobar su contenido, la guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta negra. Con la arrogancia en el rostro del que acaba de resolver sin dificultad su trabajo, nos habló.

—A veces vienen a nosotros regalos inesperados. A veces, como en mi caso, es mejor aceptarlos. —Sonreía, dando un par de palmadas sobre el bolsillo en el que acababa de guardar la pieza de oro—. Pero a veces, como en vuestro caso, lo mejor es dejarlo correr. ¿O acaso es que no sabéis lo que les sucedió a los troyanos con el caballo aquel? Sed inteligentes, dejad las cosas tal y como están, y no os busquéis más problemas, si no queréis que ellos os encuentren a vosotros. Ah, y por supuesto, de esta... llamémosle *conversación*, ni una palabra a nadie, no vaya a ser que todavía tengáis algún disgusto de verdad, vosotros ya me entendéis, *garotos*.

Y, con las mismas, como quien acaba de hablar con el aire, como si en aquel callejón nunca hubiese habido nadie más, dio media vuelta y deshizo con tranquilidad el camino por el que había venido, andando sin prisa, como quien viene de coger margaritas por el prado. Su compañero, el tipo gordo con pinta de luchador de sumo embutido en Armani, aún se quedó allí, mirando para nosotros un buen rato. Finalmente se decidió a seguir el camino de su colega, no sin antes acercarse hasta mi altura, todavía en el suelo, para regalarme un segundo sopapo. «Ya me había quedado claro con el primero, mamonazo». Decirlo en voz alta ya iba a ser mucho para una diferencia de músculos tan abultada, así que me di por satisfecho sólo con pensarlo. Al desaparecer los dos orangutanes, Mariña, que hasta entonces había permanecido agarrada a la escalera de hierro, dejó su refugio para acercarse a mí y echarme una mano.

—¿Estás bien?

—No sé por qué lo preguntas —respondí yo, haciéndome el duro y llevándome una mano a la mejilla en la que los dos animales habían coincidido en dejarme sus arrumacos—. ¿Y tú, estás bien?

—Sería bueno que te echase un ojo un médico —dio ella por respuesta—. Estás sangrando un poco.

—No, no. No es necesario, esto no es más que un arañazo, casi ni lo siento. — Mentira: me dolía la cara como si acabara de pasarme una apisonadora por encima.

—Ya... Pues deja que, por lo menos, te acompañe a tu casa y te eche una mano

limpiando esa herida. ¿Tienes café en tu piso? —No esperó mi respuesta—. Nos vendrá bien meternos algo caliente para ayudar a sacarnos el susto del cuerpo.

Todavía con dolor, no pude dejar de pensar en lo agradable de la imagen de Mariña en mi casa. Me pareció una idea inmejorable.

Salimos por fin a la calle, y a mí me dio la sensación de que todo el mundo se fijaba en mi cara machacada. Con toda la discreción que el susto y los golpes nos dejaban, nos dirigimos al paseo de Alfonso XII, número 2.

Cuando entramos en mi apartamento, el pensamiento que me había ido dando vueltas en la cabeza a lo largo de todo el trayecto ya no aguantaba más en su silencio. Pasamos la puerta y, mientras ella colgaba su abrigo en el perchero del recibidor, yo comencé con mi confesión.

—Mariña, tengo que decirte algo. Hay una cosa que me preocupa sobre la lista de tu padre.

—¿Los papeles de Troia? —preguntó.

—Sí. Bueno, quizá no. —No había hecho otra cosa que pensar en ello desde que salimos del callejón, pero todavía no sabía cómo contárselo—. Lo cierto es que ayer no te dije toda la verdad, y ahora espero que me perdones, pero creo que no se trata de papeles de la empresa de tu padre. O, por lo menos, no de *esa* empresa.

Mariña todavía no se había movido de su sitio, quieta al lado del perchero, y me observaba fijamente, inmóvil, de espaldas a la entrada del estudio, con el desconcierto y la preocupación instalados en su mirada.

—Creo que no entiendo lo que me dices, Simón. ¿Cómo que *no de esa empresa*? Si no había otra...

—Ya...

De repente tuve la sensación de que era ahora, ya en casa, en la protección de mi hogar, cuando había comenzado a sentirme asustado. Justo ahora. Las cavilaciones de la noche anterior, la carrera de hoy, los golpes, todo comenzaba a pasar una factura con la que en ningún momento había contado.

—Verás —me decidí—, creo que se trata de una lista negra.

Al desconcierto y la preocupación anteriores vino a sumárseles ahora el asombro en el rostro de Mariña.

—¿Cómo?

—Vale, vayamos a por esos cafés.

Nos sentamos en el sofá azul de mi estudio, y allí, tomando café ante los viejos papeles de su padre, le expliqué a Mariña paso a paso las conclusiones a las que había llegado. Nuevamente, las emociones volvieron a desfilar por su cara, pero esta vez con orden, no todas a un tiempo. Se mostró desorientada al principio, y llena de

asombro después ante el inesperado giro de mis razonamientos. Sus ojos dejaron entrever algo parecido a la tristeza cuando se asomaron a la posibilidad de que su padre fuese un fascista, pero ante lo que se cerraron de lleno fue ante la posibilidad de que aquel hombre pudiese ser un asesino.

—No, Simón —atajó mi exposición—, eso es imposible. Puede que yo no conozca la historia completa de mi padre. Puede que fuese un fascista, e incluso puede que fuese el mejor amigo de Franco. Pero de ahí a aceptar que fuese un asesino hay un mundo. No. Yo pasé muchas horas sentada en su regazo, y, si me esfuerzo, creo que todavía podría sentir el tacto de sus caricias en mi cara. Aquellas manos no eran las de un asesino. No, de ninguna manera.

Mariña hablaba con rotundidad. ¿Pero cuánto de certeza objetiva y cuánto de devoción filial había en sus palabras? En cualquier caso, tampoco yo quise forzar más la situación. Si ya para mí había sido duro contarle, no alcanzaba a imaginar lo que estaría suponiendo para ella. Y no tanto oírlo, sino, sobre todo, intentar encajar algo como aquello. Ya era suficiente. Para los dos.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Uno muy incómodo.

—Simón —resolvió—, revisa bien esos papeles, porque lo que me estás diciendo no puede ser verdad. No sufras tanto, yo no tengo dudas sobre tus buenos propósitos, pero tus conclusiones tienen que ser erróneas.

De repente sentí sobre mí el peso inmenso de mis propias conclusiones. Hasta ese momento no había reparado en ello, pero el punto al que habían llegado mis reflexiones implicaba también una gran responsabilidad, la de demostrarlas. Volví a sentirme atrapado en un nuevo callejón sin salida. Dos veces en un mismo día.

—Pero, Mariña, ¿qué puedo hacer? Si ni siquiera soy capaz de comprender todavía qué demonios pinta un don nadie como yo en medio de todo este asunto. Todo esto tiene que ser un error descomunal.

—No, no hay tal error. No sé si lo poco que pudiste tratar con ella fue suficiente para que lo vieras, pero mi madre era una de las personas más racionales que he conocido jamás. Su obsesión por el control de las situaciones llegaba a extremos casi enfermizos. Nunca dejaba nada al azar, y todo cuanto emprendía lo hacía siempre por alguna razón. Nada era aleatorio entonces, y no puede, por lo tanto, serlo ahora. Busca, Simón, porque no puede ser casualidad que ese sobre haya llegado a ti. Tiene que haber una razón, por pequeña o absurda que te pueda parecer. Y, además —añadió, tras haber reflexionado sobre algo apenas unos segundos—, si no hay lógica en todo esto, ¿a qué viene la advertencia del neandertal en el callejón?

—¿Cómo? —Mariña me cogía fuera de juego. Francamente, lo único que yo recordaba ahora mismo de aquel callejón era la paliza que me había llevado. Todavía sentía el fuego en mi mejilla golpeada.

—«O acaso es que no sabéis lo que les ocurrió a los troyanos con el caballo aquel», dijo. Hablaba del caballo de Troya. La Antigüedad está llena de historias como para que ese animal, que tenía pinta de cualquier cosa menos de profesor de

literatura clásica, nos fuese a meter una parábola precisamente sobre la Guerra de Troya, Simón. Hay muchas cosas que nosotros no sabemos sobre los negocios de mi padre. Tiene que haberlas, de acuerdo. Pero lo que no puedo aceptar es nada de lo que tú sugieres.

Me quedé en silencio sin saber por dónde comenzar una posible respuesta a aquel aluvión de seguridad por parte de Mariña, de modo que fue ella, una vez más, quien se decidió a resolver la situación.

—Me voy. Todavía queda medio día por delante y, teniendo en cuenta cómo ha ido la primera mitad del partido, creo que voy a necesitar fuerzas para lo que pueda venir.

Se levantó y volvió a acercarse a mí para darme un nuevo beso en mi mejilla mazada.

—No te levantes, yo sola encontraré la salida.

Lo dijo como si yo viviese en un palacio inmenso. Dio media vuelta, y desde mi sofá vi como, tras apenas cuatro pasos, ella recuperaba su abrigo y su bolso. Abrió la puerta y, efectivamente, se fue. En el interior del estudio sólo quedábamos yo, los papeles del sobre, y un montón de dudas.

Y todo un día por delante.

## XIV

—Todavía está dentro, *senhor* Wessler.

Una berlina antigua, un viejo Mercedes de color negro, se detiene delante del edificio Yáñez, en la esquina de la calle Velázquez Moreno con la plaza de Compostela, la Alameda. Un hombre alto y fuerte, de traje negro, sale del lugar del copiloto y abre, atento a cada rincón de la plaza que le queda a la vista, la puerta trasera que da a la acera. Del interior del habitáculo surge otro hombre. Mayor, ligeramente más bajo que el primero. Viste de manera impecable. Su abrigo de paño negro se abre lo justo para que se vea un exquisito traje de seda azul marino cortado a medida. Chaqueta cruzada, camisa blanca y pañuelo, también de seda, alrededor del cuello. El hombre camina apoyado en un bastón, pero su paso firme deja bien claro que el cayado no es más que otra pieza, otro complemento de su atrezo. Lleva el pelo del color de la nieve, peinadísimo hacia atrás. Podría tener cualquier edad entre los setenta y los ochenta años, aunque su aspecto habla de fortalezas conservadas. Tiene la piel bronceada, se le nota que es cosa de tiempo, nada de solárium. Sus ojos son de un azul tan claro que no parecen de este mundo. Se detiene ante la puerta del local frente al que acaban de aparcar el Mercedes, y comprueba que el comentario de su secretario es correcto. En la puerta se pueden leer, finamente grabadas en su cristal, tres palabras. Jakob Neumann Antigüedades.

No son pocos los minutos que ya pasan de la hora de cierre, pero el anticuario, también anciano aunque de aspecto bastante menos sobrio, sigue todavía en el interior de la tienda ocupándose de alguna tarea de última hora. El visitante lo observa y se fija en que está limpiando con mimo algún objeto, algo semejante a una vieja copa de plata. El anticuario es ya un hombre mayor, de mucha más edad que el visitante. O quizá no tanto. Tal vez simplemente sea cuestión de un porte menos elegante, con peor vida encima. El recién llegado entra en el local, haciendo sonar al abrir la puerta unas campanillas japonesas que cuelgan sobre el marco. Su tintinear atrae la atención del anticuario.

—Discúlpeme, pero ya hemos cerrado —apunta, sin dejar de frotar la copa, observando al hombre con un sutil movimiento de ojos por encima de unas gafas de pasta que le resbalan por la nariz.

El aviso no parecer tener efecto sobre el visitante. El hombre de traje y bastón avanza desfilando tranquilamente por la tienda, examinando las mercancías a uno y otro lado, como el jefe de estado que, satisfecho con lo que ve, pasa revista a sus tropas. Avanza, pero con rumbo fijo. Cuando por fin llega a su destino, posa ambas



manos sobre el mostrador y, como si hablase para sí mismo, comienza su monólogo con aparente indiferencia, sin tan siquiera fijar la vista en su único interlocutor posible.

—Creo que alguien debería de una vez por todas hablar alto y claro sobre el gran valor que las tiendas de antigüedades tienen en nuestra sociedad, ¿no es así? Mantener abierto un negocio de antiguo en estos días atroces en que nos toca vivir, en estos tiempos afinados al son de un consumismo inmediato, feroz, en una cultura de usar y tirar, donde todo es apariencia y falsa calidad traída de China, es desde luego no sólo una tarea terriblemente admirable, sino incluso un gesto de altruismo, de generosidad para con nuestra memoria digna de los más altos elogios. Personalmente, opino que las buenas tiendas de antigüedades como ésta, incluso las almonedas de toda la vida, son las más valiosas cruzadas contra el olvido que sin piedad nos devora. ¿No le parece, señor Neumann?

Ahora, por fin, el que acaba de llegar posa sus ojos azules sobre los del anticuario. Éste, efectivamente, se llama Neumann, Jakob Neumann, y no deja de contemplar con incertidumbre esos ojos de otro planeta que con tanta elocuencia le hablan.

—Sí, supongo que en cierto modo así es —responde, tan abrumado como desorientado por el panegírico que acaba de recibir—. De alguna manera, a mí me gusta pensar que nosotros somos algo así como el viejo álbum de fotos familiares que todos tenemos en nuestra casa, ese rincón al que todos volvemos de vez en cuando para recordar de dónde venimos. Pero tampoco me atrevería a jurar mucho más allá. Sin embargo, señor, no creo que haya usted venido a estas horas por aquí para que hablemos de todo esto... ¿Está usted interesado en alguna antigüedad en particular?

El visitante deja escapar una sonrisa como señal de aceptación de este cambio de tercio en la conversación.

—Pues sí, la verdad es que sí. Déjeme que le explique. Soy yo el que tiene que disculparse por entrar en su negocio de este modo y a estas horas, pero acabo de llegar. Yo vengo del otro lado del mar, de su Nuevo Mundo, a la búsqueda de una vieja leyenda de la que siempre me hablaba mi padre.

—Vaya, pues sí que viene usted de lejos —apunta Jakob en un tono un tanto más relajado—. Confío en poder ayudar a hacer meritorio tanto esfuerzo.

—Estoy seguro de que podrá, señor Neumann. Su fama no cabe dentro de su establecimiento. No imaginaría usted lo lejos que su nombre ha llegado.

—Caramba, me abruma usted. —El halago recibido relaja levemente la conversación del anticuario—. ¿Y de qué trata esa leyenda de su padre? Si es que tiene a bien compartirla conmigo, claro está.

—Por supuesto, amigo Neumann. Según he podido averiguar, parece que ya lleva usted establecido en esta ciudad unos cuantos años, ¿no es así?

—Más de sesenta son ya, sí.

—Más que suficientes para conocer la historia del lugar, desde luego...

—Bueno, todos nunca son suficientes, en realidad. Pero dígame, ¿de qué se trata?

—¿Ha oído hablar del tesoro de los galeones de Rande, señor Neumann?

Un pequeño gesto de algo semejante a la curiosidad se asoma al rostro del anticuario.

—¿Los galeones de Rande?

—El oro de los galeones de Rande, señor Neumann. No me diga que no sabe de qué le hablo...

De repente, Jakob Neumann parece no encontrarse a gusto con el nuevo rumbo que la conversación acaba de tomar. La escasa relajación con que había aceptado la charla con su tardío visitante desaparece por momentos. Incluso la postura que había ido adoptando a lo largo del diálogo, los codos sobre el mostrador, le resulta ahora incómoda. Poco a poco, su cuerpo va dando muestras de que el tema propuesto no es de su interés.

—Verá, si ése es el motivo de su viaje, creo que no voy a poder ofrecerle muy buenas noticias. Efectivamente, aquí hubo una batalla terrible a principios del siglo XVIII, y por la misma es cierto que en el fondo de la ría descansan los pecios de decenas de viejos galeones españoles, franceses y tal vez alguno inglés. Sí, es cierto, eso es historia. Como cierto es que de esos galeones poco más queda bajo el lodo que cubre el fondo de la ría que sus cuadernas y algún ancla olvidada, como las que mañana podrá visitar en el monumento a los galeones que hace años el ayuntamiento levantó en el parque del Castro. Pero lo demás es, como le decía su padre, pura leyenda. No hay tal oro. Y permítame que le apunte que no fue por no buscarlo. —El extranjero permanece en silencio, si bien su actitud se parece más a la de quien deja hablar que a la de quien realmente escucha; sea como sea, en ningún momento interrumpe la explicación del viejo Neumann—. Casi desde el día siguiente a los hundimientos hubo quien fue a la búsqueda de ese oro. Y las expediciones de busca llegan incluso hasta nuestros días, pero lo cierto es que nunca nadie encontró nada. Porque, como ya le he dicho, el oro nunca estuvo ahí, en el fondo del mar. Cuando la batalla comenzó, ya habían tenido la precaución de evacuar los cargamentos.

Neumann intenta concluir la conversación aclarándole a su visitante de ultramar que, lamentablemente para el negocio, esa parte de la historia tiene mucho de leyenda, pero muy poco de práctico para la venta de antigüedades.

—Siento comunicarle, señor, que se trata de un episodio en la historia de la ciudad con mucho de imaginario popular, y poco de realidad que vender en una tienda sería.

El visitante asume que es su turno. Asiente, dice que conoce y está de acuerdo en casi todo lo que acaba de escuchar, pero añade que en este caso la leyenda tiene mucho de historia, e incluso algo de materialidad. Habiendo dicho esto, posa algo, un objeto envuelto en un paño de terciopelo rojo sobre el mostrador y, empujándolo, lo aproxima hasta dejarlo entre las manos de Jakob. El anticuario, después de contemplar con recelo el bulto que acaban de dejar frente a él, finalmente acaba

cogiéndolo y, con lentitud, comienza a desdoblarse el paño. Observa su contenido con cierta mezcla de seriedad y asombro.

—Lo que usted sostiene ahora entre sus manos, amigo Jakob, es, como imagino que ya sabrá, un real de a ocho, una pieza de oro de las muchas que hace poco más de tres siglos llegaron aquí para financiar las luchas de Felipe V contra la alianza europea que no veía con buenos ojos la idea de que el trono del imperio español quedase bajo el mando de los Borbones. Una pieza, en definitiva, como aquellas otras que, misteriosamente, desaparecieron tras la batalla de Rande, el 22 de octubre de 1702.

—Bueno, señor, como ya le he dicho, usted sabrá que en todo eso hay muchísimo más de leyenda que de historia. De hecho, las crónicas oficiales hablan de un desembarco masivo de oro y plata rumbo a Compostela, Lugo y Castilla antes de la previsible llegada de la flota anglo-holandesa enviada por la alianza. Incluso, si busca con atención, podrá encontrar los datos más precisos sobre cuántas carretas se trajeron desde Tui para transportarlo, según se recoge en el archivo del propio ayuntamiento. —Neumann habla ahora como quien sienta cátedra—. Disculpe usted mi insistencia, pero todas esas historias de fastuosos tesoros hundidos en el fondo de la ría no son, lamentablemente, más que eso: historias y cuentos de viejas.

—Sí, así es según esas crónicas de las que usted me habla y que también yo he leído. Pero también sabrá usted, amigo Jakob, que, si en lugar de prestarles atención sólo a esas orgullosas y arrogantes crónicas españolas, o incluso a esas otras de origen francés, llenas de chovinismo y autobombo, en las que se dan hasta los más ridículos detalles para garantizar que del cargamento no se perdieron más que unos cuantos sacos de canela en rama, nos fijamos también en esas otras más próximas a las perspectivas de historiadores ingleses, quizá esas *historias*, como usted dice, puedan ser consideradas un poco más *historia*, ¿no le parece?

Tanta insistencia comienza a desbordar al anticuario.

—Vaya, muestra usted tanta convicción que ya no sé muy bien qué más decirle, señor...

—¡Oh! Todavía no me he presentado, ¿verdad? Tendrá que disculpar usted mi torpeza. Mi nombre es Otto, Otto Wessler.

*Wessler*. Un escalofrío atraviesa la espalda del anticuario, que observa con ojos llenos de recelo a su interlocutor. *Wessler*. No puede ser...

—¿*Wessler*, dice? Pues es verdad que puede ser como usted sugiere, señor... señor *Wessler*. Pero lo cierto es que, como usted mismo ha dicho al principio de nuestra conversación, cuando se refería usted a su...

Neumann se queda en silencio, la mirada perdida en la moneda.

—¿A mi padre?

—Sí, sí, a su padre, todo eso tiene mucho de antigua leyenda marinera. Una leyenda hoy ya tan olvidada en los viejos lodos de la ría que ya casi nadie presta atención aquí a esas historias.

El señor Neumann parece ahora tener cierta prisa por ir acabando la conversación.

—Permítame que le cuente que, en cierta ocasión, mi padre sí se la prestó, señor Neumann, y convirtió la leyenda en esta pieza de oro que ahora yo le muestro.

—¿Su padre, dice usted?

—Sí, mi padre, digo yo. Su nombre era Fausto, Fausto Wessler. ¿Oiría usted hablar de él, por un casual, señor Neumann?

Jackob se queda en silencio por segunda vez, con sus ojos fijos en los de su visitante y la cabeza muy lejos de la tienda.

—No, no —responde al fin—. La verdad es que no. —Jackob tiene que hacer un esfuerzo por no poner en evidencia su incomodidad—. Pero de todas formas, señor Wessler, no se me ocurre cómo le podría ayudar yo en toda esta historia...

—¿Ah, no? Vaya, pues yo creo que es evidente, amigo Neumann. —El tal señor Wessler deja escapar una sonrisa antes de proseguir; una sonrisa como la del zorro que, sigiloso, entra en el gallinero—. Me consta que es usted el mejor y más serio anticuario de la ciudad, y yo he dado por sentado que desde luego no habría persona más indicada que usted para orientarme en la busca de más piezas como ésta. ¿Me equivoco, tal vez?

—Le agradezco el cumplido, *herr* Wessler. —Jackob recalca especialmente el *herr*—. Pero como le he dicho ya varias veces, por aquí todo eso no es más que una leyenda sobre la que yo no tengo mayor conocimiento que la consciencia de su existencia como tal. Una leyenda, nada más.

—Vaya, lamento oírle decir esto. —Otto hace un gesto con las manos en el aire, como si ahora, de repente, sí aceptase lo que escucha, aparentando abandonar su aplastante seguridad en lo que dice—. A pesar de todo, permítame que insista una vez más en mi altísimo interés por todo este asunto. Yo sólo tengo una moneda como ésta, pero me agradecería enormemente poder hacerme con unas cuantas más. No sabe lo mucho que se lo agradecería si usted se pusiese en contacto conmigo en el caso de tener alguna información que pudiese resultarme de interés. Por favor, le ruego que a tal efecto se quede con mi tarjeta.

Otto Wessler saca una tarjeta de visita del bolsillo interior de su abrigo, una de color crudo, y la deja boca abajo sobre el mostrador del anticuario. En silencio, con apenas una ligera inclinación de cabeza, da al mismo tiempo por concluido y despedido el encuentro. Mientras el visitante de allende el mar camina con tranquilidad hacia la salida, el anticuario Jakob Neumann recoge la tarjeta del mostrador. Cuando las campanas de la puerta repiquetean anunciando la marcha del señor Wessler, Jakob no descubre nada más que un único nombre impreso en la tarjeta: Hugo Brauner.

## XV

Me pasé toda la tarde en el estudio, sin ganas de salir para nada a la calle después de que Mariña me dejase allí plantado, y ahora ya me había atrapado la noche. El dolor en la mejilla izquierda se había ido convirtiendo, poco a poco, en escozor, tanto en la cara como en el orgullo. Mi vida siempre ha tenido un mucho de desastre a las espaldas, pero por lo menos nadie me había puesto nunca la mano encima. Hasta hoy. Tremendo par de guantazos. ¿Y a qué había venido toda esa brutalidad? ¿En qué nos estábamos metiendo? Desde luego, lo que sí estaba claro era que, fuese lo que fuese, aquel tipo ya estaba involucrado desde el principio. No tenía ninguna duda. Era el fulano del cementerio, y el de la parada de bus del día anterior. Y no estaba solo. Había alguien más, aparte del mandril que le acompañaba en la carrera. Había alguien más. El día del entierro era él quien resguardaba de la lluvia a otro hombre. Y tenía que tratarse de alguien más importante que él a juzgar por cómo le sujetaba el paraguas. Probablemente ésa fuese la persona para la que mi contrincante pugilístico trabajaba. Pero en qué. ¿Cuál era ese trabajo que les obligaba a seguirnos por toda la ciudad? Y el asunto de Troia. ¿Acaso guardaba todo esto alguna relación con la lista que tenía sobre mi mesa de dibujo? La lista... Escuchaba una y otra vez las palabras de Mariña repitiéndose en mi cabeza. «Busca, Simón, busca, —había dicho ella—, porque tiene que haber alguna razón». Sí, una razón. Pero cuál. Yo no le encontraba lógica por ninguna parte.

Decidí levantarme por fin del sofá azul, donde había permanecido todo este tiempo dándole vueltas a todo con las manos vacías. Me acerqué hasta la mesa de dibujo y, de nuevo, volví a sacar los folios del sobre, a la búsqueda de algo, tal vez un detalle al que la madrugada anterior no le hubiese prestado la atención debida. Pero allí no había nada nuevo. No sé, quizá mi actitud no fuese la mejor, a lo mejor estaba demasiado obcecado en el «no». Tal vez pretendiese sacar las hojas y encontrarme con un anuncio luminoso que me indicase la clave. Un «*your attention, please*», o un «mira aquí, chaval», o algo por el estilo. Pero allí no había nada. Las letras no se habían recolocado mágicamente durante la noche para formar ningún mensaje secreto, y todo seguía exactamente igual. Una lista interminable de letras y nombres, desde el epígrafe 40 hasta el 60. ¿Qué era entonces, qué era lo que debía ver?

Quizá mi relación con la historia estuviese en alguno de esos nombres. Hice acopio de paciencia y decidí leerlos todos. Desde el primero, Tomás Hermida Comesaña (que aparecía en el epígrafe 41, ya que en el 40 no había ningún nombre) hasta el último, Luis Soto Dávila, al final del epígrafe 60. Todos. Y ninguno. Ninguno

de aquellos más de mil nombres me decía absolutamente nada. Ninguno traía a mi pensamiento ningún recuerdo, ningún vínculo, ninguna conexión, ni conmigo ni con nada que me fuese familiar.

Conseguí reunir aliento, y todavía le volví a dar una segunda lectura, en esta ocasión desde atrás hacia delante, del 60 al 40. Pensé que tal vez el cansancio, por no decir el aburrimiento, me hubiese hecho perder la concentración necesaria en los detalles tras los primeros cientos de nombres. Del final hasta el principio, y el éxito fue el mismo. Allí no había nada, por mucho que Mariña dijese que sí. Yo no tenía nada que ver con todos aquellos fantasmas. Ni siquiera tenía la más mínima idea de quién era toda esa gente, todos nombres sin hombres, sin un solo rostro que colocarles en mi cabeza.

Y no obstante, ella había dicho que sí.

Según la propia Mariña, su madre jamás había sido mujer de hacer por hacer. Para su hija, con doña Isabel siempre había una razón para todo. Levanté la cabeza de los papeles en los que sin darme cuenta la había ido enterrando para comprobar que la noche ya era dueña del mundo. La oscuridad de la que progresivamente se había ido llenando el estudio hablaba del tiempo que llevaba sentado a mi mesa, buscando una respuesta para aquel jeroglífico. La seguridad con la que había hablado Mariña me obligaba ahora a echar mano de nuevos alientos para intentarlo una vez más. Me froté la cara con las manos, respiré hondo y atacé de nuevo. Pero esta vez desde el verdadero comienzo. El epígrafe 40.

En las dos ocasiones anteriores lo había hecho desde o hasta el 41, ya que, frente a las combinaciones de letras, los nombres completos eran lo único que, de entrada, era capaz de leer, de comprender, bajo cierta lógica. Pero el epígrafe 40 no contenía ningún nombre. Tan sólo aquellas combinaciones. Desde el principio no le había encontrado sentido aparente como para prestarle atención, y no reparé en que quizá ésa fuese la pieza que yo realmente necesitaba.

Comencé a repasar las series de letras una a una, pero con el mismo éxito. Ya no sabía qué más hacer. Estaba empezando a sentirme agobiado, atrapado con poco aire en un viejo panteón de trazos antiguos, restos de tinta secos desde hacía demasiados años como para que yo los sintiese frescos. Volví a frotarme la cara. Con fuerza, como si quisiese arrancarme lo que quiera que fuese que no me dejaba ver, y decidí hacerlos míos. Llevar esas anotaciones a mi terreno, a mi mano.

Cogí un folio limpio de mi cajón de papelería y un rotulador permanente, y copié en él las series una a una con letras bien grandes. Cuando tuve la secuencia completa clavé la hoja en un tablero colgado en una de las paredes del estudio, entre planos, bocetos y otros dibujos pertenecientes a mi vida de arquitecto. Una vida que, en los últimos días, había olvidado que era la mía. Tras haber puesto el folio en el tablero, di dos pasos atrás, con la esperanza de que, vistas desde cierta distancia, aquellas letras por fin me dijese algo.

40.

<i>DBR</i>	<i>EDM</i>
<i>HKB</i>	<i>JHN</i>
<i>LBA</i>	<i>ABR</i>
<i>PMFB</i>	<i>MMRM</i>
<i>ERS</i>	<i>PGM</i>
<i>BBT</i>	<i>ALG</i>
<i>LMT</i>	<i>OBH</i>
<i>FRJ</i>	<i>DFU</i>
<i>FJRA</i>	<i>TBR</i>
<i>NCSB</i>	<i>ARA</i>

Pero no.

Tampoco así encontré luz por ningún sitio. No se oía ninguna voz que sirviese de guía en la oscuridad. Una vez más estaba a punto de dejarlo. Y entonces se me ocurrió algo.

Volví a acercarme al folio. Aún tenía en la mano el rotulador que había empleado para escribir las letras. Una vieja idea, una que ya había venido a rondarme la noche anterior, volvió a mi cabeza. Utilicé nuevamente el rotulador para colocar puntos a la derecha de cada una de ellas. Estaba convirtiendo las secuencias en grupos de iniciales. Y algo acudió a mi recuerdo.

Si al fin todas aquellas letras no eran más que iniciales, y EDM podía ser Eneas Dafonte Maristany, entonces yo tenía otro nombre que darle a uno de esos grupos. ABR. A. B. R. podrían ser, por ejemplo, las iniciales de Antón Berasategui Rodríguez.

Sabía que si le daba un par de vueltas más en la cabeza, mi sentido de la lógica no tardaría ni un suspiro en desechar tremendo disparate, así que, casi al tiempo que me aferraba a esa posibilidad, cogí el teléfono y marqué de nuevo la última llamada entrante.

—Mariña, creo que tengo algo. No sé, quizá fuese buena idea que nos volviéramos a ver... —Ni siquiera la había saludado. Y le hablé a toda velocidad, supongo que para no darme tiempo a mí mismo para pensar en lo que estaba diciendo. Continué—: Ahora soy yo el que igual no tiene más que una coincidencia sin importancia, puede que una estupidez, como tú misma me dijiste ayer, pero es que ya no sé qué pensar. Tal vez si tú le echases un ojo, no sé. ¿Te va bien mañana?

Silencio. Probablemente ella estuviese pensando que soy imbécil. O quizá se hubiese cortado la línea. ¿Me habría equivocado de número?

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí, Simón. Sólo es que no contaba ahora con esta llamada...

Pude oír con claridad como paraba para tomar aire con fuerza. Estaba llorando, Mariña lloraba cuando yo la llamé.

—Hey... Discúlpame si te he molestado. Llevo todo el día aquí metido a vueltas con esto, y no he pensado para nada en el mundo exterior. Oye, ¿estás bien? Si no es un buen momento, puedo llamar en cualquier otro...

—No, no te preocupes, no tiene nada que ver contigo. Sí, creo que estaría bien que nos viésemos. Pero si crees que es importante, tal vez no deberíamos esperar a mañana. ¿Qué te parece si nos vemos ahora?

Con eso sí que no contaba yo.

—¿Ahora? —«¿Ahora?», parezco estúpido.

—Sí. Bueno, si no tienes planes, claro.

—No, no, qué voy a tener. —Lo más parecido a un plan que había tenido últimamente fue una extraña proposición de una rica anciana, y, para colmo, ahora ya estaba muerta—. Si a ti te va bien...

De nuevo un pequeño silencio.

—Me va bien tu compañía, Simón. Yo tampoco sé muy bien por dónde tirar con todo esto.

Me sentí como si por fin hubiera acabado de encenderse esa luz que andaba buscando.

—Dime dónde estás y en cinco minutos estoy ahí.

—En Barcelona.

Un frío de hielo me subió por la espalda. ¿Cómo? ¿Al final resulta que se había marchado?

No me lo podía creer.

—Que no, que es broma... Es que me ha hecho gracia eso de los cinco minutos. Perdona. —«Qué simpática la niña», pensé. Bueno, por lo menos estaba bien ver que las lágrimas dejaban paso al humor—. Estoy en el piso de mis padres, ¿lo conoces?

—No.

—Gran Vía número 2, octavo A. Mira, son las nueve. ¿Por qué no te pasas sobre las diez? Te invito a cenar.

—Venga, pues sesenta minutos entonces, y estoy ahí.

—Hasta luego, Simón.

—Hasta ahora.

El número 2 de Gran Vía era el edificio Albo, en su momento uno de los más altos de la ciudad, una torre de diez plantas inaugurada en el año 1949 como espacio para importantes despachos y hogar de familias *bien*. En la esquina de las calles Gran Vía y Urzaiz, su cima la coronaba una imponente reproducción de la Victoria de Samotracia que, todavía hoy, les da majestuosa la bienvenida a los viajeros que llegan



desde la estación de tren por la calle Lepanto. A las diez en punto yo pulsaba el timbre del octavo A. Mariña abrió la puerta y me invitó a pasar. La puerta del apartamento daba directamente a un saloncito, pequeño pero muy acogedor, desde donde se contemplaba una vista espectacular de la ría bajo la noche.

—Te pregunté antes si ya conocías el piso porque no sabía si mi madre te había citado aquí en algún momento.

—Ah, ya. Pues no. Siempre hablamos en Canido, en la Casa Grande. Así que este piso también es de tus padres...

—Sí. Bueno... Aunque me imagino que ya no... Ahora supongo que tengo que decir que es mío. —Se le notaba una buena carga de tristeza en ese comentario—. Éste era el piso que tenía mi padre en la ciudad. Lo empleaba como segunda residencia, quizá fuese su refugio. O qué sé yo. —Mariña calló por unos segundos—. Parece que mi padre comienza a tener una cuenta considerable de *quizá*... Bueno, el caso es que aquí también fue donde yo me refugié cuando mi madre y yo comenzamos a distanciarnos. Mi hermano ya no vivía con nosotras, y la Casa Grande era un lugar demasiado pequeño para las dos. Me instalé aquí hasta que me fui a estudiar a Barcelona. Y después ya me quedé allí. Pero siempre que volvía a la ciudad era aquí donde me quedaba.

—Pero hoy la Casa Grande también es tuya, ¿no?

—Sí, también es mía... Pero, bueno, supongo que después de tanto tiempo, ya tengo mi hogar mucho más identificado con este apartamento que con la Casa Grande.

Mariña me explicaba todo esto al tiempo que en el horno se iban haciendo un par de *pizzas* precocinadas. Cuando estuvieron sobre la mesita del salón, un pequeño mueble de madera y cristal frente al sofá, comencé con mi turno de explicaciones. Le hablé de mi atasco, de mis cavilaciones, hasta llegar al asunto de las iniciales A. B. R.

—Verás, mi abuela, la madre de mi madre, mantuvo durante casi toda su vida correspondencia con un hombre llamado Antón Berasategui Rodríguez, A. B. R. Rara era la semana que en casa no se recibía una carta del señor Berasategui a nombre de la abuela. Todas llegaban igual, con la misma regularidad, y todas con el mismo remite, Dunboyne Road 3, Camden Town, London NW3; tantos sobres a lo largo de tantos años, que la dirección acabó por quedárase grabada en la memoria. Desde que he hablado contigo llevo todo el tiempo intentado recordar algo más sobre el compañero epistolar de mi abuela, algo que le diese un poco de sentido a su presencia en el listado de tus padres, pero no me ha venido nada mejor al pensamiento. Le he dado vueltas, Mariña, le he dado un millón de vueltas, y con todas acabo llegando siempre a la conclusión de que esto no tiene ni pies ni cabeza, pues el señor Berasategui, o el tío Antón, que así era como mi abuela se refería a él cuando yo le preguntaba quién era esa persona que escribía desde tan lejos, no tenía ninguna relación con tu padre, y mucho menos con tu madre, ya que poco antes de morir mi abuela sus cartas dejaron de llegar. Pero es que, si te digo la verdad, ya no sé qué más

pensar...

—¿Y quién era entonces el señor Berasategui?

—Pues no te podría decir mucho sobre él. Apenas recuerdo dos o tres conversaciones con mi abuela sobre su identidad. Por lo poco que recuerdo, según ella misma me dijo, el tío Antón no era más que un pariente lejano, uno que como tantos otros había emigrado en busca de mejores aires que los que por aquí corrían. Unos se iban a América, otros a Alemania o a *la Suiza*, como ellos mismos decían, y el tío Antón tiró hacia la Gran Bretaña.

—¿Y se carteaba todas las semanas con tu abuela? Un poco raro, ¿no te parece?

—Bueno, como ella contaba, creo que era porque no tenía más familia que mi abuela, o algo así. Yo qué sé, Mariña. Yo me oigo hablar y a mí también me parece rarísimo. Pero ya te digo que es lo único semejante a una relación que he sido capaz de encontrar.

Apenas probé mi *pizza*. Hablaba a todo correr, y estoy seguro de que por momentos la emoción se hizo más evidente que la certeza en mi discurso. Pero lo cierto era que, a esas alturas, aquel pequeño agujero, por pequeño o absurdo que tal como me había advertido Mariña me pudiese parecer, constituía la única grieta por la que un muerto de hambre como yo podía entrar en un armazón como aquél. No era mucho, pero, con todo, era lo único que tenía.

—¿Y estás seguro de que no había relación entre ellos?

—¿Entre Berasategui y tus padres?

—Sí. O entre cualquiera de ellos.

—A estas alturas ya no estoy seguro de nada. Pero no, creo que no. Yo no leí ninguna de aquellas cartas, pero desde luego el nombre de tu padre nunca sonó en nuestra casa. O, cuando menos, no delante de mí.

—Podría ser una buena pista, Simón. Quizá por ahí haya alguna relación que nosotros no conozcamos. ¿Y no podríamos echarle un ojo a las cartas? Puede que a la luz de hoy descubramos algo que nos aclare un poco la situación.

El viejo problema volvía a mí.

—Creo que eso no va a ser posible. Mi abuela murió siendo yo apenas un chaval, y sus cosas quedaron todas metidas dentro de un baúl en el trastero de la casa de mis padres. Años después, cuando yo ya estaba estudiando fuera, mi madre también murió, y mi padre decidió de repente vender la casa. Fue algo fulminante, todo muy rápido. Malvendió la casa con todo lo que tenía dentro por cuatro perras, y se fue.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Ya han pasado más de diez años, y todavía hoy no consigo entender por qué lo hizo. —Intenté imponer un poco de orden en los recuerdos que se precipitaban sobre mí—. Sólo sé que ya van más de diez años desde que mi padre y yo no nos hablamos.

Mariña dejó su trozo de *pizza* sobre el plato, y posó su mano sobre la mía.

—Vaya, lo siento mucho.

Y yo también. Llevo sintiéndolo mucho cada día desde aquella mañana en la que nos dijimos tantas barbaridades. Llevo extrañándolo muchísimo ya no sé cuánto tiempo, sin que nada haya cambiado desde entonces.

—No te preocupes, ya casi ni me acuerdo de aquello —mentí—. Lo malo es que las cartas de mi abuela, como todo lo demás, se quedaron allí dentro, para ir a parar Dios sabe dónde. Por eso no podemos verlas.

Mariña me observaba en silencio. Apretó mi mano entre las suyas.

—Lo siento mucho.

No podría jurarlo, pero tuve la sensación de que lo que Mariña sentía mucho no tenía nada que ver con las cartas. Nos quedamos otro buen rato sin decir nada, hasta que de nuevo el sonido quebró el silencio. Alguien llamaba a la puerta.

—Parece que tienes más visitas —comenté, retirando la mano.

—Qué raro. Yo no espero a nadie, y menos tan tarde. ¿Qué hora es ya?

—Casi medianoche...

Mariña se levantó del sofá en el que nos habíamos instalado para cenar y fue hasta la puerta. Abrió sin preguntar quién era el que llamaba, y por un momento el recuerdo de los dos gorilas de la mañana volvió a mí.

Pero no eran ellos. En la penumbra del descansillo un hombre mayor, un hombre muy mayor de sombrero y traje viejos, apoyaba su curvatura sobre un bastón y ofrecía su rostro amable por saludo.

—Buenas noches, Mariña. ¿Puedo pasar?

Mariña observaba al hombre con desconcierto, no comprendía la situación. Y eso pareció divertir al visitante.

—Oh, claro —asintió él—, tú ya no me conoces. Soy un viejo estúpido. Por favor, permite que me presente.

Se quitó el sombrero para dejar al descubierto sus cabellos blancos, peinados hacia atrás, y una amplia sonrisa.

—Soy Jakob Neumann.

## XVI

Mariña se quedó en silencio, observando desconcertada a aquel hombre como si de su rostro fuese a surgir la explicación a sus palabras. Él interpretó ese silencio como una invitación a entrar en el apartamento, y, con paso corto y alegre, avanzó por el salón hasta detenerse frente a un sillón junto a nuestro sofá. Con un sutil gesto de la mano con la que sujetaba el sombrero pidió permiso para sentarse. Mariña, que se había quedado de pie a un lado de la entrada, accedió. Finalmente, al tiempo que el anciano tomaba asiento, ella cerró la puerta y volvió a ocupar su lugar en el sofá, a mi lado.

—Tendrá que disculparme, pero creo que no comprendo. ¿Dice que es usted el señor Neumann?

—Sí, eso digo —respondió el visitante, sin dejar de acomodarse en el sillón—. Y vosotros sois la pareja que esta mañana ha estado en mi tienda buscando información sobre una moneda antigua, ¿verdad?

El viejo nos hablaba con una sonrisa amable, desde la más inocente de las apariencias.

—Pues sí, somos nosotros. Los mismos que no le hemos dejado ninguna dirección de contacto a su ayudante. ¿Cómo ha dado usted con nosotros?

—Oh. —El viejo sonrió e hizo un gesto con las manos como quitando importancia al asunto—. Eso ahora es lo de menos. Pero decidme —hizo una pausa mientras buscaba algo palpando su chaqueta de *tweed*—, esa moneda vuestra... ¿Es como ésta?

El señor Neumann, según él mismo se había presentado, sacó de uno de sus bolsillos una pequeña saca de terciopelo rojo con una inscripción en uno de los laterales que ya nos era conocida. Sujetó la bolsa por el fondo y, dándole la vuelta, dejó caer sobre la palma de la mano una moneda de oro. Si no la misma, era muy semejante a la que apenas doce horas atrás nos habían robado en el callejón. Muy semejante... Yo no conseguía comprender lo que veía. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Había sido el viejo el responsable del robo y ahora, movido por unos terribles remordimientos de conciencia, venía a devolverle a Mariña su moneda? Aquello sí que no tenía ningún sentido. Como nada en todo este follón. Me sentí todavía más intranquilo de lo que ya me encontraba desde que el viejo había entrado en el apartamento. Y Mariña debía de sentirse igual que yo, porque nada más ver la moneda sus ojos se abrieron como platos.

—¡Ésa es mi moneda! —Mariña clavó su mirada en los ojos del viejo—. No sé quién es usted ni qué busca viniendo a mi casa, pero si lo que pretende es asustarnos,

sepa que no le tenemos ningún miedo.

A punto estuve de decirle que yo, que todavía recordaba el escozor de las heridas en la mejilla, un poquito de miedo sí que tenía, pero aguanté el órdago de mi amiga. La dureza de sus palabras hizo que la sonrisa desapareciese del rostro del anciano.

—Vaya, Mariña. Vas a tener que perdonarme, pero creo que no entiendo de qué me hablas.

—¿Cree que no entiende, dice? —Mariña se alteró todavía más—. Nosotros estuvimos esta mañana en su tienda, sí. Y después de que saliésemos, su ayudante, o usted, o quienquiera que haya sido, envió a dos matones detrás de nosotros con el único fin de robarnos la moneda y amenazarnos para meternos el miedo en el cuerpo. ¿Y ahora se presenta con la moneda de mi padre en mi casa? —Los nervios de Mariña ya eran más que evidentes en su tono de voz—. ¿Quién rayos es usted, qué es lo que quiere de nosotros?

Pero Mariña se equivocaba, porque no conocía la historia desde la misma perspectiva que yo. Ella no había podido ver a los hombres saliendo del coche. Pero yo sí. Yo sabía que los gorilas ya estaban fuera esperándonos antes de que saliésemos de la tienda. Del mismo modo, también comprendí que incluso nos habían estado rondando ya antes de hoy. Pero todo eso era algo que hasta entonces sólo sabía yo. Mariña no conocía todos estos aspectos. A pesar de todo, lo cierto era que yo tampoco habría podido ofrecer ninguna explicación mejor a la visita de aquel hombre a su apartamento. Neumann seguía observando a la mujer con cara de preocupación. O era un actor muy bueno, o aquel pobre viejo tampoco estaba comprendiendo nada de lo que Mariña le decía. O, mejor dicho, le gritaba.

—A ver, Mariña, tranquilízate. Como ya te he dicho, sé que efectivamente esta mañana habéis estado en mi tienda, según Damián, mi restaurador, el chaval que os atendió, me ha contado. He de reconocer que ya hace días que te esperaba. Pero de todo eso que tú me dices a mayores yo no sé nada. Nada. No sé quién os ha quitado vuestra moneda, aunque, teniendo en cuenta cierta visita que acabo de recibir, puedo hacerme una idea. Pero esta moneda, Mariña, esta moneda es mía.

Ella observaba al viejo con desconfianza. La suya parecía la voz de un hombre sincero, pero después de todo lo que llevábamos vivido en los últimos días lo normal era no confiar demasiado en nadie.

—¿Y cómo sé yo que esa moneda es suya? ¿Cómo sé que no me está engañando?

El viejo contempló con cariño a la mujer.

—Porque yo no te engañaría jamás, mi niña. Y porque esta moneda lleva conmigo más de media vida. Más de cuarenta años van allá desde que tu padre me la regaló.

De repente, como si alguien acabase de pronunciar algún viejo conjuro para convocar al silencio, todos nos callamos. Los dos, Mariña y yo, nos quedamos inmóviles, sin decir nada, hasta que por fin, con verbo lento, como si un mundo entero le pesase en los labios, Mariña preguntó:

—¿Usted conoció a mi padre?

Hizo la pregunta con parsimonia, muy lentamente, como si tuviese miedo de la respuesta que pudiese recibir.

—Lo conocí, sí. Conocí a tu padre y a tu madre, que en la gloria de Dios estén... —Otro silencio—. Los conocí a los dos, y no sólo eso. Hubo un tiempo en que tu padre y yo estuvimos muy unidos. Como si fuésemos una sola persona. Juntos hicimos lo que nunca se hizo. Lo que nunca sucedió.

El anciano giró despacio la cabeza y se quedó en silencio, su mirada perdida en la contemplación de la ría. La noche era ya un espectáculo hermosísimo sobre la bahía de Vigo. El mar se había convertido en un lienzo negro salpicado por el marfil de la luna, que se reflejaba como una estela despedazada en el agua a los pies del monte de la Guía, dejando que la oscuridad corriese en dirección al estrecho, donde sólo las luces rojas en lo alto de sus pilares descubrían la presencia del puente de Rande. Mariña permaneció sin quitarle el ojo de encima al viejo. Lo observaba sin pronunciar palabra, intentando comprender lo que acababa de escuchar. Finalmente, el señor Neumann volvió con nosotros y, como si no hubiese dicho nada antes, habló.

—Siento mucho que os hayan robado vuestra moneda. Esas marcas en tu cara —dijo, señalando mis mejillas todavía coloradas— significan que no debió de ser un momento agradable. Pero no sufráis por eso. Las monedas han salido ahora a la luz porque, tal como tu madre me advirtió unos días atrás, por fin había llegado el momento de que lo hiciesen. Al fin y al cabo, Mariña, ésa no era más que una moneda, y una moneda sola no hace un tesoro. Si la quieres, aquí tienes ahora la mía.

Jackob posó con suavidad la moneda, que durante todo aquel tiempo había mantenido en su mano, sobre la mesita baja que había frente al sofá, al lado de los restos de nuestra cena. Yo observaba el cuadro y no pude evitar dejar escapar una pequeña sonrisa ante lo singular de la composición. Restos de *pizza* y una moneda de oro del siglo XVII. Curioso bodegón. Mariña hizo un gesto con la mano para desestimar la oferta del anticuario. Todavía mantenía cierta desconfianza en su rostro, pero ya se la veía un poco más relajada.

—¿Dice que mi madre habló con usted hace unos días?

—En efecto. Me llamó por teléfono. Supe que había llegado el momento.

«El momento», pensé. Recordé que Rovira también se había referido a algo semejante cuando le entregamos la caja que habíamos encontrado bajo la fuente. A mi lado, Mariña intentaba encajar todos los datos que estaba recibiendo.

—No puedo aceptarla, señor Neumann. Si es cierto lo que usted cuenta, mi padre le dio a usted esa moneda. Es suya. Si él se la entregó, sería para que usted la tuviese, no yo.

—Oh, no, no, *mein lieber*, no te preocupes por eso. Como te acabo de decir, una moneda no es más que eso, una moneda. Y además, si algún día tuvo una misión, nunca podría haber sido otra más apropiada que ésta. Y ahora está completa.

A todo esto, yo seguía sin comprender ni una sola palabra de lo que el viejo

estaba diciendo. Observé de reojo a Mariña, y tuve la sensación de que a ella le sucedía tres cuartos de lo mismo. Pero el señor Neumann no pareció percatarse de nuestro desconcierto. O hacía como si no se percatase.

—De todos modos, amigos, decidme algo. Vosotros acudisteis a mí buscando información sobre estas monedas. ¿Habéis conseguido descubrir algo más?

Ahora era el viejo quien nos observaba a nosotros con una expresión divertida en su cara, como si nos estuviese haciendo una pregunta de la que él ya conociese la respuesta. Tuve la sensación de que nos estaba poniendo a prueba.

—Pues como ya le ha adelantado Mariña, los dos animales que tan amablemente nos han perseguido, empujado, golpeado y atracado esta mañana no nos han dado tiempo para hacer muchas más indagaciones, así que sólo sabemos lo que tan diligentemente nos ha contado su amigo Damián: que se trata de un real de a ocho traído de América.

Jackob echó la cabeza atrás e hizo un gesto como de saber de qué le estaba hablando.

—Ay, sí. Damián, ese pequeño monstruo resabidillo, todo cerebro... ¡Estos jóvenes de hoy en día se piensan que ya lo saben todo! —respondió, intentando quitarle mérito a los comentarios de su ayudante, aún sin dejar de sonreír—. Aunque vaya, lo que os ha dicho es cierto: se trata de un real español de a ocho acuñado a finales del siglo XVII. Pero decidme, ¿sabéis ya cómo acabó llegando aquí? —El señor Neumann inclinó su cuerpo hacia delante, hacia nosotros—. ¿No os preguntáis cómo es que una pieza de oro recogida en América, en los mares del Caribe, viene a parar aquí, a este mar de Vigo?

Mariña se activó como si acabara de escuchar la pregunta del millón.

—Llevo todo el día preguntándome eso mismo —respondió sin prisa.

El viejo se dejó caer nuevamente sobre el respaldo del sillón y volvió a sonreír. Fuera se oía el repicar contra los cristales del ventanal de las primeras gotas de una noche de lluvia.

—Ésta será una de esas veces en que la realidad supere a la ficción. ¿Alguna vez habéis oído hablar de los galeones de Rande?

## XVII

Por lo que yo sabía, los galeones de Rande eran unos barcos hundidos en la ría hacía cosa de, aproximadamente, mucho tiempo atrás, y habían servido para que muchos años más tarde alguien recuperase sus anclas, para que alguien diferente a ese *alguien* anterior hiciese todavía más tarde un bonito monumento con ellas en el parque del Castro, para que muchos *álguienes* distintos mucho tiempo después pudiesen hacerse, apoyados en ese monumento, sus fotos de bautizo, boda o comunión, desde entonces hasta hoy. Así, a grandes rasgos. Lo poco que tengo de atrevido me viene por lo mucho que tengo de ignorante, así que preferí no compartir mi pobre perspectiva histórica ni con Mariña ni mucho menos con el señor Neumann, ya que, por lo que acababa de decir, estaba claro que los famosos galeones de Rande tenían que ser algo más que un hermoso fondo para recordatorios de sociedad. De todas formas, lo cierto era que, frente a mi silencio, Mariña tampoco ofrecía ninguna otra alternativa, de modo que al señor Neumann le quedó el camino despejado para ofrecernos su explicación.

—Veréis, esta moneda está hoy aquí, en vuestro apartamento, porque en el año 1700 Carlos II murió sin dejar descendencia que ocupase su trono —nos respondió con una nueva sonrisa.

—¿Perdón?

El asombro y el desconcierto ante semejante relación causa-efecto eran los que hablaban ahora por mi boca. Yo habré hecho muchas cosas mal en mi vida, pero, que yo sepa, ninguna de ellas tuvo nada que ver con la ausencia de prole por parte del último de los Austrias españoles.

—Calma, calma. No sé cómo andaréis de historia. Sé que tú, Mariña, tienes que tener buen fondo, por tu formación como licenciada en historia del arte. —El viejo anticuario hablaba de Mariña como si la conociese de toda la vida. Que sabía la dirección de su domicilio era obvio, y ahora también estaba enterado de su formación. El entrecejo arrugado de Mariña dejaba bien claro que a ella también le sorprendían los conocimientos del viejo sobre su vida. Y era imposible que su padre le hubiese contado ese último detalle—. Pero desconozco cuánto de historia tiene que saber un arquitecto, Simón.

Vale, eso ya era demasiado.

—Disculpe, pero yo no recuerdo haberle hablado de mi profesión. Es más —observé en ese momento, estúpido de mí—, ¿cómo sabe usted mi nombre?

El viejo sonrió con tranquilidad.



—Yo sé muchas cosas de ti, de vosotros. Pero aún no es momento de hablar de ello. Todavía no. Ahora es el momento de que conozcáis la historia. Y de nuestras cosas ya hablaremos luego...

Jackob Neumann, fuese *Jackob Neumann* quien fuese, hablaba con seguridad, pero también con una mezcla de calma y familiaridad que, pese a todo, provocaba en nosotros una sensación de algo difusamente parecido a la tranquilidad. Quizá incluso semejante a la confianza. Y esa sensación, después del día que habíamos pasado, podía considerarse un lujo que nosotros no estábamos dispuestos a desaprovechar.

—La muerte sin descendencia de Carlos II dejó abiertas las puertas de Madrid a las pretensiones europeas. El pujador mejor posicionado fue Luis XIV, el famoso Rey Sol francés, quien, tras reclamar sus derechos como heredero al trono por ser hijo y esposo de infantas españolas, consigue colocar en la regia silla a su nieto, el adolescente Felipe de Anjou, quien de ahora en adelante pasará a ser Felipe V, iniciando así en España una línea real, la de los Borbones, que, con breves paréntesis históricos de todos conocidos, es la que llega hasta nuestros días.

»Pero nada más llegar al trono comenzaron los problemas para el nuevo y joven rey. La alianza europea formada por Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia, Portugal y Saboya no ve en absoluto con buenos ojos este cambio en la Corona española, ya que, tal como la alianza lo entiende, el ya decadente pero todavía gran imperio español quedará de este modo sometido a la influencia francesa. La tensión causada por esta alteración en el siempre frágil equilibrio europeo desembocaría en lo que se conoció como la Guerra de Sucesión. En Madrid saben que éste va a ser un conflicto largo —no en vano la guerra no acabará hasta el año 1713, con la firma del Tratado de Utrecht—, por lo que la Corona procede a reforzar sus medios, comenzando por incrementar al máximo posible sus capacidades económicas. Cuanto mayores sean los ingresos, mayores serán los recursos financieros para la guerra. El joven Felipe conocía perfectamente los canales de entrada de la riqueza americana, ya que desde la muerte del emperador Carlos I de España cada año se hacían a la mar dos flotas, la de Nueva España, que recorría el Caribe hasta llegar a México, y la de Tierra Firme, con rumbo a América del Sur y a las Antillas. El monarca español sabía que ése era el modo más rápido y efectivo de conseguir la liquidez económica que su guerra necesitaba, por lo que a finales del año 1700 dio la orden de regreso para la primera de las flotas que había salido desde Cádiz ya en 1699, y que en ese momento se encontraba fondeada en La Habana.

»Sucedió, no obstante, que cuando la Corona solicitó el regreso parece ser que las mareas no eran las propicias para iniciar el viaje. Se ve que en aquella época los marineros ya le tenían respeto al posteriormente tan mediático Triángulo de las Bermudas. O, quizá más bien, a la cantidad de piratas que rondaban la zona. Fuese por lo que fuera, el inicio del viaje de retorno tuvo que ser aplazado. De tanto esperar, la primera de las flotas acabó juntándose con la segunda, que había llegado desde Veracruz. La carga acumulada entre las dos flotas constituía la mayor riqueza traída

nunca de una sola vez desde el Nuevo Mundo. Mientras tanto, en Madrid el tiempo seguía corriendo, y en la corte se impacientaban ante la tardanza en la llegada del oro, por lo que aumentaron la presión sobre don Manuel de Velasco, almirante al cargo de la nueva flota única, la llamada Flota del Oro, para que no demorase más su partida rumbo a España.

»Corre el año 1701, y en América son conocidas ya las noticias sobre la guerra. Por eso, ante lo previsible de un ataque a la flota mercante española por parte de los piratas con patente de corso que infestaban el Caribe, Velasco envía una nave a Cádiz explicando los motivos del retraso y solicitando la ayuda de una nueva flota que amparase a la expedición española. Como respuesta a esta demanda, remitida desde España a Versalles, Luis XIV decide enviar una escuadra francesa que proteja los intereses de su nietecito querido. Al frente de esta dotación va el mariscal François Louis Rousseland, conde de Château-Renault y vicealmirante de la Armada francesa. Finalmente, después de tres años desde su partida, y de dos de retraso, el 11 de junio de 1702 la Flota del Oro zarpa desde el puerto de La Habana con rumbo a España. El convoy está compuesto por veinte navíos españoles y otros tantos franceses, y transporta un cargamento de más de ciento veinte millones de piezas de a ocho de oro y de plata.

—Pero hay algo que no entiendo —interrumpió Mariña—. Intuyo que esos barcos son los mismos a los que usted se refiere cuando nos habla de los galeones de Rande, ¿sí o no?

—Pues sí.

—Pero usted ha dicho que habían partido desde Cádiz.

—Eso dije, sí.

—Entonces me imagino que es ahí a donde tendrían orden de regresar. Así pues, ¿cómo es que acabaron aquí, a más de setecientas millas náuticas de donde se suponía que tenían que haber llegado?

El viejo anticuario dejó escapar una nueva sonrisa. Supuse que se debía sentir satisfecho ante la atención que su relato estaba captando en el auditorio presente.

—Pues por la propia guerra, Mariña. La guerra *de facto* había empezado en Italia, pero pronto pasaría a España. Y fue precisamente en Cádiz donde tuvo lugar el primer enfrentamiento. La flota anglo-holandesa, capitaneada por el almirante *sir* George Rooke, asaltó los puertos de Cádiz y El Puerto de Santa María, donde permanecerían a la espera de la llegada de la Flota del Oro, sabedores de que era a Cádiz adonde ésta se dirigía.

»Pero sucedió que la flota, todavía en alta mar pero ya a poco de llegar a aguas españolas, tuvo conocimiento de esta amenaza, por lo que decidieron variar su destino, poniendo ahora rumbo norte. La idea del conde de Château-Renault no era otra que la de buscar un puerto seguro lejos de los enemigos, donde poder atracar y deshacerse del cargamento lo antes posible, y hacer así que el oro acabase de llegar a su destino por tierra al tiempo que ellos, Château-Renault y Velasco, se quitaban de

encima semejante responsabilidad. A bordo del convoy viajaba también don José Sarmiento de Valladares y Meira, conde de Moctezuma, virrey de México, y natural de la parroquia redondelana de Saxamonde, lo que inevitablemente lo convertía en buen conocedor de la ría de Vigo. Venía en compañía de su propia fortuna personal, así que, intuyendo la proximidad del lobo, es probable que fuera él mismo quien sugiriese aquel destino como el refugio idóneo no sólo para llevar a cabo el plan de Rousseland y Velasco, sino incluso para desembarcar sus riquezas bien cerquita de casa. Ésa es la razón por la que el 22 de septiembre de 1702, poco más de tres meses después de iniciado el viaje, la Flota del Oro entró en la bahía de Vigo. El mariscal Rousseland decidió que sería buena idea aprovechar el viento que soplabla del océano, y dio orden de que todo el convoy penetrase hasta el fondo de la ría. La flota española fondeó en el arenal de San Simón, mientras que la francesa hizo lo propio pasado el estrecho de Rande, formando la segunda línea de defensa. Como primera línea se mandaría construir una barrera de troncos, estacas, piezas de madera y pequeñas embarcaciones amarradas por cadenas que bloqueasen el paso por el estrecho. Justo ahí por donde hoy cruzáis sobre vuestro orgulloso puente colgante.

Yo intentaba componer en mi cabeza la imagen que Neumann iba describiendo para nosotros. Estaba acostumbrado a pasar por el puente de Rande, y siempre me gustaba echarle un ojo a la ría desde aquella altura, tranquila allá abajo. Pero imaginar todos esos galeones allí fondeados en lugar de las bateas que hoy hay, era algo con lo que no hubiera contado nunca.

—Pero claro —continuó el anciano—, ya se sabe cómo van las cosas de palacio. A los funcionarios de la Casa de Contratación de Sevilla, el organismo que llevaba todo cuanto tuviese que ver con las Américas, especialmente con el transporte de sus riquezas, no les hacía ninguna gracia que la descarga de semejante fortuna, la más grande traída nunca desde el continente allende el mar, se hiciese en un puerto que no era el habitual. Uno en el que no se había hecho nunca antes nada semejante, muy lejos de su control y, encima, a manos de las gentes de una tierra que, por aquel entonces, ya tenían fama de no ser de confianza. El recelo de los funcionarios se convirtió en un largo retraso en la realización de la descarga.

»Pero lo que desde luego no se demoró ni un instante fue el buen hacer en el trabajo del espionaje inglés. Rooke supo pronto que los barcos que tanto tiempo llevaba esperando ya habían llegado, si bien un poco más al norte. Mientras la Casa de Contratación seguía con sus desconfianzas, el almirante inglés ponía rumbo a Vigo.

»Y a partir de aquí depende de a qué historiadores leáis. Hay quien dice que entretanto la Flota del Oro consiguió vaciar todas sus bodegas, y hay quien dice que no fue así, que españoles y franceses no llegaron a ponerse de acuerdo. Sea como fuese, lo que sí es cierto es que el 22 de octubre de 1702 la flota anglo-holandesa, con el *Royal Sovereign* capitaneado por *sir* George Rooke al frente, y compuesta por más de ciento cincuenta navíos, entró en la ría de Vigo. Lo hizo bien arrimada al margen

norte de la ría, el de la península del Morrazo, por cosa de evitar así el fuego procedente de los fuertes vigueses del Castro y de San Sebastián. Ría adentro, Rooke dio orden de desembarco para un contingente de cuatro mil hombres en la ensenada de Teis, con el fin de anular todas las baterías de tierra. Ahora, con el fuego de los fuertes de Rande en el sur y de Corbeiro en el norte neutralizados, el paso para la escuadra aliada quedaba despejado. Al acabar el día 22, y al amparo de las nieblas que cubrían la ría, la flota enemiga se fue situando para el combate. Con la llegada de las luces del nuevo día comenzó el ataque inglés. Fue una lucha totalmente desproporcionada, más de ciento cincuenta buques de combate entre los ingleses y los holandeses, contra veinte barcos de guerra franceses y otros tantos mercantes españoles, de modo que para el día 24 ya estaba todo liquidado. A la escuadra anglo-holandesa apenas le costó esfuerzo acabar por completo con la famosa Flota del Oro.

—¿Consiguieron hundir todas las naves españolas? —preguntó Mariña.

—No. No todas las que se fueron a pique lo hicieron por causa del fuego enemigo. Fue el propio Manuel de Velasco quien, viendo que la batalla estaba perdida, a gritos dio la orden de hundir las naves propias para evitar así que ni los barcos, ni sobre todo sus cargamentos, cayesen en manos de los enemigos.

—¿Y lo consiguieron? Quiero decir, ¿consiguieron los ingleses hacerse con alguna de estas embarcaciones? —pregunté yo, convertido ya en el niño curioso al que le cuentan un cuento antes de irse a dormir.

Por un instante, Jakob volvió a dirigir su mirada hacia la ventana, como si esperase que la ría, presentida en silencio a lo lejos, le fuese a lanzar algún gesto cómplice desde el otro lado del cristal.

—Lo cierto fue que sí, lograron hacerse con tres. Pero sólo uno es importante para nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Mariña. Jakob no ofreció más respuesta que un suave gesto de sus manos señalando la moneda sobre la mesa del salón.

—Los españoles todavía hoy dicen que allí no se perdió nada de toda aquella riqueza. Pero eso no es cierto. ¿Por qué si no la orden dada por Velasco? No eran los navíos españoles lo que el comandante español pretendía proteger de caer en manos inglesas, sino sus cargas. No se había realizado tal desembarco, o desde luego no en su totalidad. Todos se hicieron con su parte del botín. Españoles y franceses incluidos. Se sabe que incluso el conde de Château-Renault moriría años después, en 1716, sospechosamente rico. Y los ingleses, desde luego, no iban a ser menos. Se apoderaron de varios buques, pero emplearon uno nada más para cargar y transportar en él lo más valioso del tesoro robado. Todo el oro que consiguieron capturar fue subido a bordo de uno de esos galeones que los españoles no lograron hundir. El *Santo Cristo de Maracaibo*, uno de los buques más importantes de la Flota del Oro. Armado con más de cuarenta cañones de bronce, se trataba de una fortaleza flotante ahora repleta de oro. Cuatro días después de la victoria inglesa en el combate, una nueva flota formada por veinte embarcaciones al mando de *sir* Cloudesley Shovell

llegaba a la ría para sustituir a George Rooke, quien, victorioso, abandonaba el lugar de la batalla para tomar de nuevo rumbo sur.

»Shovell tenía orden de asumir todos los trabajos de “recogida” entre tanta debacle, y fue él quien dispuso amarrar el *Santo Cristo de Maracaibo* para que fuese remolcado por el *Montmouth*, un barco de tercera categoría, de dos puentes y sesenta y seis cañones, al mando del capitán John Baker. Hasta ahí, todo parecía sencillo. Lo malo, amigos, es que, por lo general, aquello que parece sencillo siempre acaba siendo cualquier cosa menos eso.

»Así, una de las tareas que quedaron a cargo de *sir* Cloudesley Shovell fue la negociación del intercambio de prisioneros capturados por ambos bandos durante la batalla. Con ese fin se organizó un encuentro en Baiona, ya cerca de la salida de la ría, adonde Shovell se dirigió el día 5 de noviembre. Acudió al encuentro con toda su flota, ya que en el interior de la ría, una vez saqueadas la villa de Redondela y la isla de San Simón, ya no quedaba mucho que hacer. De camino, los ingleses también intentaron entrar en Vigo, pero tanto las murallas de la ciudad como, sobre todo, la brava resistencia ofrecida por sus habitantes les hicieron cambiar de opinión.

»Una vez realizado el trueque, de Baiona salieron los ingleses con rumbo norte, de regreso a sus hogares. Justo a tiempo para que todo se torciese.

—¿Cómo que todo se torciese? —pregunté yo—. Si ya todo estaba perdido por la parte española, con los prisioneros entregados, sin el oro y con los ingleses regresando a Gran Bretaña. ¿Qué más se podía perder?

Jackob me observaba, y a mí me pareció ver cierto centelleo de curiosidad en su mirada. Supuse que estaría calibrando hasta dónde podría llegar mi ignorancia. Al final, debió de decidir no tener en cuenta sus propias conclusiones al respecto.

—No sé si sabréis algo de navegación, pero esta ría tiene dos rutas de acceso y salida, según la boca que se utilice. Las bocas, así es como se les llama a los espacios que hay a los extremos de las islas Cíes. La boca norte, o la Puerta Grande, como también le llaman aquí los marineros, es el corredor que queda entre la isla de Monteagudo y el cabo Home, en el extremo occidental de la península del Morrazo, un estrecho de fortísimas corrientes, sólo menos peligroso que la Puerta Pequeña, el paso que hay en las Cíes entre la isla del Faro y la de San Martiño. La boca sur es el espacio comprendido entre la isla de San Martiño y el cabo Silleiro, al suroeste de Baiona. La ruta natural para los ingleses, evidentemente, era la de la boca norte, y hacia ella se dirigían.

»Pero sucedió que el 5 de noviembre, cuando ya el convoy tenía iniciada toda su maniobra de salida, una fuerte tormenta se desató sobre la ría. La boca norte es mucho más pequeña que la sur, formando en sí misma otro estrecho. Así pues, ese día las fuertes corrientes hacían imposible el viaje por esa ruta. En lugar de aguardar por un tiempo más favorable, los impacientes ingleses dieron la vuelta y reorganizaron la maniobra, con la intención esta vez de salir por el corredor más meridional. Por la ruta que menos conocían. Entre esas cosas que los ingleses desconocían de la boca

sur estaba la existencia de una cadena de arrecifes al sur de la isla de San Martiño. A pesar de todo, consiguieron pasar con todos sus buques sin problemas. Con todos excepto uno. El destino quiso que el *Santo Cristo de Maracaibo* tocara en uno de los arrecifes, en el conocido como el de Carrumeiros. El contacto habría de ser letal para el galeón español, que pocas horas después de la colisión, y sin que nadie, ni desde el *Montmouth* ni desde ninguna otra embarcación inglesa, pudiese hacer nada por impedirlo, se hundiría para siempre en las aguas del Atlántico, llevándose consigo todo cuanto oro y plata cargaba en su interior.

Neumann hizo una nueva pausa. Una más larga que las anteriores. Tal vez sólo fuese para tomar aliento. O tal vez incluso para darnos tiempo a nosotros dos para asimilar todo cuanto acabábamos de escuchar. Yo contemplaba al viejo con la boca entreabierta, y Mariña hacía lo mismo, acurrucada sobre uno de los brazos del sofá, con una expresión de concentración absoluta en su mirada. El anticuario concluyó su relato.

—Todo esto que os cuento ya es parte de la historia. La misma historia que dice que, ahí fuera, en algún lugar desconocido entre las islas Cíes y el cabo Finisterre, hay hundido un viejo galeón español de finales del siglo XVII, con un tesoro en su interior valorado por los ingleses en sólo Dios sabe cuántos cientos de millones de libras.

—¿Cientos de millones de libras? —A mí eso me sonaba a muchísimo dinero de nuestro Señor—. Pero eso es una barbaridad, ya no sólo para la época, sino incluso para hoy.

—Ya os he dicho que se trataba del mayor cargamento de oro y plata jamás traído desde América y, aunque al fin y al cabo lo cargado en el *Santo Cristo de Maracaibo* no podía ser más que una pequeña parte de aquella fortuna, por fuerza tenía que constituir una suma más que importante...

—Pero hay otra cosa que tampoco entiendo —intervino ella—. ¿Por qué dice usted en algún lugar entre las Cíes y Finisterre? Si el arrecife contra el que colisionó se encuentra al sur de las islas Cíes, lo normal es que sea ahí donde el barco esté, ¿no?

Neumann volvió a sonreír.

—Pues sí, eso fue lo que se dio por sentado durante mucho tiempo y por no pocas expediciones posteriores en la busca de semejantes riquezas. Pero hoy se sabe que no, que no tiene por qué serlo. Debemos tener en cuenta que estamos hablando de un barco de un tamaño más que considerable, incluso para nuestros días. Se trataba de una embarcación de más de cuarenta metros de eslora, diez de manga y un calado de cinco metros y medio, quizá seis, teniendo en cuenta lo cargado que tenía que ir. Dije que la herida abierta por el arrecife fue letal, pero no que le provocase un hundimiento inmediato. Una nave como ésa, aunque abocada al hundimiento, todavía podría no sólo mantenerse a flote, sino incluso haber continuado su travesía durante unas pocas horas más tras su contacto con el arrecife.

Yo no entiendo nada de náutica, así que para mí seguía siendo chino todo cuanto Jakob decía. Pero por la atención con la que Mariña seguía la conversación pensé que ella sí debía de estar entendiendo algo. Posteriormente me confirmaría mis sospechas contándome que a bordo de los pequeños barcos *optimists* del Club Náutico había tenido ocasión de aprender que la eslora era la longitud desde la proa hasta la popa del barco, que la manga era la distancia entre los lados en el punto más ancho de la cubierta, y que el calado era la parte del barco que quedaba sumergida. O algo así.

—Entonces... —Mariña comenzó a hablar muy lentamente—, lo que usted sugiere es que tanto esta moneda como la nuestra —me gustaba eso de referirse como *la nuestra* a aquella moneda que nos habían robado y que, en realidad, era suya nada más— y la que se le entregó a mi hermano son parte de aquel tesoro hundido en 1702.

El anticuario sonrió sin decir nada. Se limitó a asentir tranquilamente con la cabeza.

—Pero eso es imposible —replicó Mariña—. Usted mismo acaba de decirnos que todo aquello que no había sido descargado antes de la batalla fue apresado más tarde por los ingleses y cargado en un barco para hundirse luego en algún punto que nadie conoce. ¿Cómo es posible entonces que esta moneda esté sobre mi mesa? Si tengo que creer lo que usted nos ha contado, esta moneda está ahora mismo en algún lugar bajo el Atlántico.

El señor Neumann escuchaba con calma a Mariña. Cuando mi amiga acabó de hablar, Jakob volvió a sonreír.

—No, *mein lieber*, yo nunca he dicho eso, sino que es la historia la que cuenta que estas monedas duermen el sueño de los justos en el fondo del mar. La historia —remarcó—, no yo.

Y entonces comprendí el juego del anticuario. Había algo más en todo esto que todavía no nos había sido revelado. Algo que nosotros no sabíamos y el señor Neumann sí. Ésa era la verdadera razón por la que aquel hombre había venido a vernos. Tenía que serlo.

—De acuerdo, señor Neumann, eso es lo que la historia dice. Ahora, la pregunta es: ¿qué es lo que dice usted? ¿Cuál es su historia, señor Neumann?

El viejo anticuario clavó sus ojos azules en los míos, y ambos compartimos una sonrisa en silencio.

—La mía, hijo, la mía es otra historia.

Sé que es tarde ya. Estáis cansados, bien se os ve en los ojos. Ha sido un día difícil. Un día largo y difícil, y ya va siendo hora de que por fin se acabe. Pero yo apenas tengo tiempo. Quizá mañana sea ya demasiado tarde, y yo tengo una historia que contaros. Ya lo sé, estáis cansados. Pero necesito abusar un poco más de vuestra hospitalidad. Es la maldición que arrastramos los viejos, tenemos mucho que contar y muy poco tiempo para hacerlo. Escuchad mi historia, porque aquellos años fueron los más salvajes de todos. La propia vida, seguir vivo, se había convertido en un lujo, y la única elección estaba entre morir o luchar por seguir adelante. Nosotros escogimos la segunda opción. Escuchad.



# **TERCER ACTO**

**DANIEL**

## XVIII

Daniel tenía un brillo especial en los ojos. Llamaba la atención, no era lo habitual. Allá por donde nosotros íbamos pasando, en ningún sitio encontrábamos esa luz en nadie. No, no era lo normal. Aquel chaval desprendía una luz diferente a la de cualquier otra persona. O quizá fuese, simplemente, que él sí irradiaba luz. Al principio de la primavera de 1939, el fin de la guerra era ya algo inminente, y la vida una ruina pendiente de reconstrucción. Hoy veo las fotos en blanco y negro de aquellos años, y todavía tengo que hacer un esfuerzo para recordar que el mundo no era realmente así, en blanco y negro. Tengo que hacer un esfuerzo para recordar los colores de la vida. Allá por donde pasábamos lo único que encontrábamos eran edificios grises a medio caer. El rojo había desaparecido de los labios de las mujeres, y en los ojos de la gente no había color de ningún tipo. Ojos sin vida en cuerpos demasiado expuestos a la proximidad de la muerte. Excepto en los de Daniel. Aquel chaval tenía los ojos del color de la miel, y cuando te los clavaba no eras capaz de soportar tanta ansia como había en aquel mirar. Aquella luz era vida en estado puro luchando por salir adelante, por no dejarse enterrar bajo aquella paleta de grises que lo cubría todo. Pienso en aquellos días y sólo recuerdo el color de dos cosas. Una eran los ojos de Daniel, del color de la miel a la luz de sol. La otra era la propia ría, tan azul como si toda la primavera, justo recién llegada, estuviese presa en sí misma. Una primavera esperada, después de tres años de largo invierno.

—*Herr* Wessler, está aquí el muchacho del que le hablé.

—¿Quién?

—Daniel, señor, el joven del puerto.

—¡Ah, sí!, el tal Daniel. Dile que pase, Hugo.

La luz de la mañana entraba en el salón a través de las ventanas abiertas al puerto. Los alemanes habíamos ocupado una planta entera del Hotel Universal, y Daniel, un chaval alto y flaco, quizá demasiado flaco, aguardaba en el pasillo a la entrada de la mejor *suite* del hotel. Se abrió la puerta, y Hugo, el secretario del señor Wessler, le hizo un gesto con la mano para que pasase al interior. Hugo se situó a la vera de un escritorio tras el que permanecía sentado otro hombre, uno mayor. El señor Wessler. Fue él quien se encargó de recibir a Daniel con una amplia sonrisa.

Wessler andaba ya cerca de los sesenta, aunque su complexión no dejaba entrever ni la más remota señal de vejez. Más bien todo lo contrario. Aquel hombre estaba en forma. Vestía un traje negro de chaqueta cruzada, en cuya solapa lucía una insignia de oro. Fue él quien le ofreció asiento al chaval.

—Pasa, hijo, pasa. Deja que me presente. Mi nombre es Fausto Wessler, y soy el director del Instituto Alemán de Estudios Arqueológicos. Y según me han dicho, tú debes ser ese muchacho tan importante para nuestra expedición, ¿me equivoco?

—Bueno, yo no diría tanto, señor. Para mí, importantes son otras cosas. Pero sí, creo que tengo algo que les puede ser de mucha ayuda. Quizá incluso de toda la ayuda necesaria para poder alcanzar el propósito que los ha traído hasta aquí.

—Vaya. ¿Y cuál te parece a ti que es ese propósito nuestro, jovencito?

Daniel se quedó mirando a los dos hombres en silencio durante unos pocos segundos. Sonrió y respondió:

—Es evidente, ustedes están aquí por el oro de los galeones.

La seguridad con la que habló el chico hizo que el señor Wessler y su secretario cruzasen al momento sus miradas. El hombre del traje negro parecía buscar una explicación a la seguridad del chaval en los ojos de su secretario, pero éste se limitó a encogerse de hombros, dejando claro que él no había tenido nada que ver en eso. Wessler volvió a centrarse en Daniel.

—Verás, hijo. Sucede que el objeto de nuestro viaje no es lo que se dice de dominio público, precisamente. Si alguien me preguntase, no obstante, yo habría de responderle que nuestro trabajo aquí se centra en la búsqueda y recogida de ciertas piezas de valor histórico con las que ampliar los fondos del Museo Alemán de las Expediciones. Así pues, ¿de dónde sacas tus conclusiones, muchacho?

—De mis ojos, señor. Yo, mis amigos en el puerto, cualquiera que se fije un poco comprenderá cuál es la razón de que ustedes estén aquí. Esta ciudad es muy pequeña como para no reparar en un grupo de extranjeros tan numeroso como el suyo, que se hospedan en las mejores habitaciones del Universal. Demasiado altos, demasiado rubios y de ojos demasiado azules como para no llamar la atención por estas tierras, si me permite que se lo mencione, señor. Desde que llegaron aquí, sus hombres no han dejado de encargarse un día sí y otro también todo tipo de equipos de buceo y submarinismo en los Efectos Navales del Berbés, mientras que su secretario —Daniel hizo ahora una pequeña indicación con la mano hacia el hombre que seguía de pie al lado del escritorio—, paseador incansable arriba y abajo por los muelles, pantalanes y tinglados del puerto, tampoco deja de hacerles preguntas a los marineros más viejos, por si alguien conoce algo sobre algún hundimiento famoso en la ría. ¿Algo sobre algún hundimiento? No hay que ser muy listo, señor, para saber que lo que a ustedes les interesa es el único hundimiento verdaderamente interesante que se produjo en la ría. El *único* para cualquiera que no sea marinero, claro.

—Ya veo... Comprendo, entonces, que no hemos sido tan discretos como debiéramos.

*Herr* Wessler comenzó su respuesta mientras contemplaba la ría a través de la ventana que tenía a su lado, y la finalizó clavando los ojos en los de su secretario, dándole a entender sin lugar a dudas que aquello no se trataba de una reflexión, sino más bien de una reprimenda. Daniel observaba en silencio, complacido ante el efecto

que su discurso estaba provocando en su interlocutor, hasta que volvió a hablar.

—Eso, y que ustedes no son los primeros.

Wessler recuperó la sonrisa al tiempo que se dirigía nuevamente a Daniel.

—¿Debo entender por lo que dices que aquí ya estáis acostumbrados a este tipo de expediciones? —Sus palabras venían cargadas de no disimulada ironía.

—Según los viejos cuentan, como imagino que ya estarán ustedes informados —el chaval había sintonizado con la ironía del alemán, y aceptaba participar de ese juego—, parece que ya son varias las expediciones que, como ahora la suya, han ido llegando a la ciudad. Por lo que yo les he oído contar tantas veces a los mismos viejos con los que su secretario ha estado hablando sin descanso, ese oro se busca ya desde el primer día después de la propia batalla. Así que sí, ya estamos acostumbrados a ver llegar a gente con la misma empresa que les trae a ustedes por aquí. —Hizo una pequeña pausa, para añadir al momento—: Y, la verdad, también estamos acostumbrados a verlos marchar a todos con logros semejantes entre las manos.

—Que imagino que será ninguno, ¿no es así?

—Justo eso mismo. O de lo contrario ya no estarían ustedes ahora aquí, ¿no le parece?

Wessler volvió a sonreír.

—Por supuesto... Y supongo que ahí es donde entras tú, ¿me equivoco?

Daniel sonrió, apoyando ahora las manos sobre sus piernas, como el niño satisfecho que, orgulloso de sí mismo, acabase de responder con acierto a las preguntas del maestro.

—Si todo el mundo se ha ido siempre con las manos vacías es porque nadie ha sabido realmente dónde buscar el famoso tesoro. Todos vienen con la misma historia aprendida, como ustedes, y todos acaban buscando en el mismo sitio.

—¿Y cuál es ese sitio, hijo?

—Por favor, no tiene ni por qué preguntarlo, señor, usted ya sabe la respuesta. Todos buscan al sur de la isla de San Martiño, porque creen que allí fue donde se hundió el barco que cargaba el tesoro.

—El *Santo Cristo de Maracaibo*.

—Ese mismo. Pero el oro no está ahí.

Wessler inclinó despacio su cuerpo sobre el escritorio, acercándose más a Daniel.

—Según me ha comentado Hugo, mi secretario aquí presente —hizo tranquilamente un gesto con la mano izquierda señalando al hombre que permanecía inmóvil al lado de la mesa—, parece ser que tú le habías dicho que tenías algo que contarnos, algo tan importante como para evitar que nuestra misión no fuese otro fracaso. Tengo que confesar que, de buenas a primeras, no te concedí mucho crédito. Me imaginé que no serías más que otro raterillo buscavidas a la caza de sus cuatro monedas. —Wessler hizo una pequeña pausa, la mirada perdida en los papeles sobre su mesa—. Pero si lo que me estás diciendo es que tú sabes dónde está verdaderamente el oro hundido, no me va a quedar otro remedio que reconocer mi

error al juzgarte. Así que, por favor, te ruego que me saques de dudas: dime, muchacho, ¿me he equivocado contigo?

Daniel volvió a sonreír al tiempo que contemplaba el suelo bajo sus pies.

—Pues sí, no, sí, no, y depende.

Wessler se quedó observando al joven, desconcertado ante tan extraña respuesta.

—Perdona, pero creo que no te entiendo...

Daniel volvió a levantar los ojos.

—Sí, se equivocó usted al juzgarme. No, yo no soy ningún buscavidas, soy marinero, vivo de ir a la sardina cada día, que no me hace rico, pero por lo menos no engaño a nadie. Sí, puedo decirle algo acerca de donde creo que está el oro. No, el oro no está hundido. O por lo menos no como usted piensa. Y sobre si está equivocado o no, eso depende, depende de la idea que usted se haya hecho de mí. Pero en todo caso, señor, eso no es de ningún modo responsabilidad mía.

Wessler no había contado con ninguna de las partes de aquella respuesta múltiple, pero desde luego la seguridad con la que había vuelto a hablar Daniel mostraba bien a las claras lo evidente en la respuesta a la última pregunta: el hombre de la insignia se había equivocado al juzgar al muchacho. Esa seguridad con la que el chico acababa de responder era la misma que sólo la honestidad le da a aquel que habla. Y para más, lo que Daniel había dejado colgado casi al final de su respuesta era algo que, desde luego, Wessler no había oído nunca. ¿Cómo que el oro no estaba hundido como él pensaba? Decidió tirar un poco más.

—¿Qué significa eso de que el oro no está hundido como yo pienso? ¿A qué te refieres con eso, Daniel?

—Me refiero a que el oro no siempre está hundido. —Ahora era Daniel el que miraba por la ventana. Observaba las piedras del muelle de A Laxe, todavía nuevas por arriba, del color de las recién sacadas de la cantera, pero ya oscurecidas por el mar las más próximas al agua—. De hecho, ahora mismo no lo está.

—Tendrás que disculparme, hijo, pero creo que sigo sin poder entenderte.

—Ya... Usted creció en una ciudad sin mar, ¿verdad?

El secretario comenzaba a parecer nervioso. Las diferencias aparentes entre ambos, entre el secretario y el marinero, eran muchas. De acuerdo con la descripción que del grupo había hecho Daniel, el secretario era alto, rubio, de ojos azules, perfectamente peinados sus cabellos y mejor vestido todavía por su traje. Daniel también era alto, pero no tanto. Su pelo ondulado, oscuro, estaba peinado por el viento del mar, y sus ropas, ajadas, olían a pescado, a salitre y sudor. Parecían tan diferentes que casi ni se notaba que en realidad eran prácticamente de la misma edad, los dos alrededor de la veintena. Y al secretario no se le habría ocurrido jamás hablarle a su jefe del modo en que ahora lo estaba haciendo aquel desconocido. Se estaba poniendo nervioso, fue él quien le había recomendado a su jefe que escuchase a este muchacho que ahora pretendía dejarlo en evidencia. ¿Que si había mar en la ciudad del señor Wessler? ¿Qué significaba todo aquello?

Pero aun así, *herr* Wessler no pareció molestarse. Al contrario, daba la sensación de que le placiese entrar en el juego. Sonrió con desconcierto, y respondió.

—Pues no, no hay mar en Berlín. Pero sigo sin ver qué relación tiene eso con lo que tú me dices sobre lo de no estar siempre hundido.

Daniel le devolvió la sonrisa.

—Sí tiene que ver, señor, y mucho. Por lo que yo sé, el oro no está en el fondo del mar, pero sí es el mar quien lo guarda.

El señor Wessler, el hombre fuerte del traje cruzado con una insignia de oro en la solapa, sonrió como el contrincante que finalmente reconoce la superioridad de su rival al aceptar su derrota. Posadas sobre el escritorio, el berlinés abrió las manos mostrándole a Daniel las palmas en señal de rendición, y se echó hacia atrás, de nuevo dejándose caer contra el respaldo de su asiento.

—De acuerdo, Daniel. Tú ganas, tienes toda mi atención. Cuéntame lo que sepas.

## XIX

—Ustedes vienen a por el oro hundido. Y van a ir a buscarlo al sur de la isla de San Martiño, a los arrecifes, porque ahí fue donde el *Santo Cristo de Maracaibo* se encontró con las escolleras. Ustedes creen que es ahí donde está el oro, porque si no fue ahí donde se hundió, poco más al norte pudo haber sido. Ahí es donde tiene que estar. Pero, si el oro está ahí, ¿cómo es que ninguna de las expediciones anteriores ha conseguido encontrarlo nunca? Quizá también tengan respuesta para esto. A lo mejor es porque antes eran otros tiempos, la gente no estaba tan bien preparada, y ustedes cuentan con mejores medios. Con los mejores, probablemente. Pero no es así. Ustedes tampoco encontrarán el oro. Porque el oro no está ahí. «¿Pero cómo es posible?, —pensarán ustedes—, si según nuestros cálculos...». Y para cuando revisen sus cálculos, comprobarán con asombro y desesperación que sus resultados son correctos. Tan correctos como los de aquellos que los hicieron antes que ustedes. Se lo he dicho, aquí estamos acostumbrados a ver llegar de cuando en cuando expediciones como la suya. Pero nadie encuentra nada. Y si ustedes, con sus medios, con su preparación y sus cálculos reajustados encuentran algo nuevo, no será más que los restos de un viejo galeón hundido hace más de dos siglos, con sus bodegas completamente vacías. Y volverán a preguntarse «pero cómo, si nosotros pensamos...». No. Ustedes sólo pensaron lo mismo que otros antes que ustedes. Lo mismo que un grupo de hombres, muchos años atrás, ya más de dos siglos allá, quisieron que todo el mundo pensase. Justo antes de que se vieran atrapados en la tormenta.

»Fue una noche horrible. Dicen que aquella tormenta había sido enviada directamente desde el mismísimo infierno para remover todo el agua y toda la piedra de la Costa da Morte. Nadie en la aldea recordaba otra igual en todo cuanto tiempo llevaban vivido. Ni tan siquiera desde los tiempos de los padres de sus padres. Era el mismo diablo el que maldecía en la voz de cada uno de aquellos truenos, y el capellán de la aldea tuvo que pasar la noche entera exorcizando cada uno de los relámpagos que alumbraban los tejados del pueblo. Cuando por fin llegó la mañana, y los primeros vecinos salieron de sus casas para comprobar si el mundo seguía en su sitio, encontraron un cuerpo tendido sobre la arena de la playa. Arou se arrojaba al mar abierto, en pleno corazón de la Costa da Morte. Todos los marineros sabemos que el mar es un animal salvaje, una bestia terrible que, de igual modo que nos da alimento, también a veces se cobra sus rentas. El mar es un monstruo que ofrece vida a cambio de vida, así que encontrarse con los restos de una cobranza sobre la arena no era cosa

nueva. No, lo extraño era el momento. ¿Qué marinero de la zona habría sido tan insensato como para haberse hecho a la mar en una noche como aquélla? Todos en aquel recoveco del mundo sabían que había que estar muy loco de Nuestro Señor para hacer semejante cosa. Uno de los vecinos se acercó al cuerpo. Tendido boca abajo, no se le podía ver el rostro. Se acercaron unos cuantos más, y entre varios le dieron la vuelta para intentar reconocer al marinero ahogado. Pero no, nadie lo conocía. Aquel hombre no era del pueblo. Ni de la comarca. Allí todo el mundo se conocía, y aquel hombre no era de por allí. Alguien más se aproximó a él, quiso rebuscar en los bolsillos de su casaca. Puede que hubiese algo de valor. Y entonces el cadáver tosió. Pero los muertos no tosen. “Este hombre está vivo”, gritó uno. “Sí, está vivo”. El ahogado volvió a toser, intentaba decir algo. Nadie le entendió. Hablaba con gran debilidad. Quizá lo hiciese en otra lengua. O quizá no dijese nada. Alguien entendió la palabra *Cristo*. “Está pidiendo confesión”, explicó otro. Decidieron cogerlo, y entre cuatro se lo llevaron a la iglesia. Cuando el viejo sacerdote, todavía no bien recuperado de la noche del Juicio Final, vio entrar aquella extraña procesión de gritos y golpes en su pequeña capilla comprendió que el hombre al que portaban necesitaba ayuda urgente. “*Ecce homo*”, exclamó. Les ordenó pasar directamente por la sacristía hasta la rectoral. Lo condujeron a la única alcoba de la casa, y allí lo tumbaron sobre la cama. El sacerdote intentó comunicarse con el hombre, pero éste había vuelto a caer en la inconsciencia. El cura dio orden de quitarle todas aquellas ropas empapadas, con la intención de aliviarle el frío. Al desnudarlo, los cuatro hombres de la aldea que lo habían traído descubrieron el pecho del náufrago hundido sobre sí mismo. Había recibido un golpe terrible en el torso, tenía las costillas deshechas, y ahora la sangre bullía derramándose bajo la piel de aquel cuerpo mazado, formando una mancha negruzca que le cubría todo el pecho. Aquel hombre estaba perdido, era cuestión de horas. Quizá ni eso. El sacerdote llamó a su sacristán, les pidió a los hombres que los dejaran solos, y se dispuso para atender al marinero en sus horas últimas.

»Los hombres obedecieron, y sin que nadie dijese nada, todos acordaron esperar en el atrio de la iglesia. Estaban en silencio cuando alguien llegó contando que en la noche, entre los relámpagos y los truenos había podido escuchar un gran estruendo en el mar. Contó como al abrir la ventana pudo ver las luces de un barco grande, quizá un galeón, por las rocas del Baixo do Negro, un poco más al norte del cabo Vilán. Había oído el ruido del barco hundiéndose en el cabo. Después, bajo el bullicio de la lluvia que lo inundaba todo, los gritos desesperados de la gente. La tripulación se ahogaba sin remedio. Gritos y lluvia.

»Y después, nada.

»Los hombres hablaban en el atrio, explicándose a sí mismos cómo las corrientes de la noche habrían arrastrado al náufrago desde las rocas del Negro hasta la playa de Arou, cuando el clérigo volvió a abrir las puertas del templo. El náufrago acababa de morir en la paz de Dios. Uno de los vecinos se atrevió y le preguntó al párroco si el



desgraciado había dicho alguna cosa antes de morir. El sacerdote se quedó pensando algo durante unos segundos, y al fin respondió que no. “No, nada. Tan sólo pidió confesión, y murió en paz”. Pero el sacristán, que había salido justo detrás del párroco, no era tan hombre de Dios como el sacerdote. El único dios ante el cual el viejo sacristán caía de verdad no era otro sino el vino. Y eso era algo que todos en la aldea sabían. Todos los hombres del pueblo se fueron de la iglesia para la fonda, llevándose al sacristán con ellos. Y allí, ante una larga procesión de jarras de vino tinto, el sacristán, que nunca había creído demasiado en la cosa del secreto de confesión, le contó a la parroquia toda aquello que el ahogado había confesado antes de morir.

»La avaricia había sido su pecado capital. El suyo y el de toda la tripulación del *Montmouth*. Y por eso Dios los mandó al fondo del mar. El ahogado habló, y contó que, aunque sus ropas eran las de la Armada inglesa, él y sus compañeros no eran más que piratas sirviendo ahora a la Corona de Inglaterra. Corsarios reclutados en el Caribe. Su barco había recibido la orden de unirse a la flota del almirante Cloudesley Shovell y entrar en un puerto al norte de España para recoger el botín de la batalla que el almirante Rooke acababa de vencer. Al llegar a su destino, se encontraron con que ese botín era la mayor cantidad de oro de la que jamás nadie hubiese tenido noticia. El almirante Shovell le pasó la orden a su capitán, el viejo John Baker, de amarrar el galeón en el que se transportaría el grueso del botín a su barco, el *Montmouth*, para su remolque hasta puerto inglés. Baker se debía ahora a la Corona de Inglaterra. Un súbdito fiel de la reina Ana, quien no sólo le había conmutado sus delitos, sino que incluso le había otorgado ahora patente de corso. Baker se debía a la Corona.

»Pero en el fondo era un pirata.

»Siempre lo había sido. El día en que por fin partieron de vuelta a Inglaterra, una fuerte tormenta se desató sobre la ría. Los veinte barcos ingleses que componían la flota más los tres galeones españoles apresados intentaron una maniobra de salida que finalmente no se pudo llevar a cabo. El mal tiempo imposibilitaba la ruta escogida. La vanguardia de la flota tuvo que dar la vuelta, cruzándose en su viraje con la parte de la flota que venía detrás, todo bajo una fuerte tormenta. Las órdenes y las contraórdenes iban y venían con rapidez de un barco a otro, y bajo la lluvia todo era confusión. Al comprender la orden definitiva, a John Baker, todavía preso en sus tribulaciones, se le ocurrió una idea. Todo cuadraba, el tiempo, el lugar, la tormenta, la marea. En medio del caos, mandó reunir a toda su tripulación, más de trescientos hombres, sobre la cubierta del *Montmouth*. Y bajo el mar de agua que sin piedad ninguna estaba cayendo del cielo les habló. “Nosotros no le debemos nada a la Corona de Inglaterra, —les dijo—. Ésta es la guerra de la reina Ana, no la nuestra. Nosotros no somos corsarios, ¡somos piratas! ¿¡Quién está conmigo!?” La tripulación gritó como una sola garganta, y Baker puso su plan en marcha. Bajo el temporal, y con las tripulaciones de los otros barcos más preocupadas por salir sin

problemas de una ría embravecida a través de una ruta alternativa que no les era conocida, nadie le presto demasiada atención al pequeño grupo de hombres que pasaba en un bote auxiliar desde el *Montmouth* al *Santo Cristo de Maracaibo*. Entretanto, el capitán John Baker, en la cola del convoy, dirigía su barco por la ruta marcada desde el navío del almirante Shovell, pero acercándose más que los otros barcos a los arrecifes al sur de San Martiño. Cuando llegó el momento, dio la orden de avisar al barco que iba por delante de ellos de que el *Santo Cristo* había tocado contra una de las agujas submarinas, abriendo una vía de agua en la barriga del galeón. Sabedor de que el aviso todavía tardaría en llegar al almirante Shovell, Baker informó de que el agua que entraba en el barco lo iría hundiendo poco a poco, ralentizando tanto su travesía como la del propio *Montmouth*, el barco remolcador. Así, mientras la flota inglesa luchaba más preocupada por salir adelante bajo la tormenta que por transmitir cualquier informe, el *Montmouth* se fue quedando atrás, demarrando poco a poco, derrotando su rumbo. A la altura de las islas Ons, el barco inglés ya estaba lo suficientemente alejado de los demás como para poder realizar una parada sin que el resto de la flota llegase tan siquiera a percibirlo. El temporal seguía haciendo complicada la navegación para todos. John Baker echó el ancla del *Montmouth* al suroeste de la isla de Ons, en la boca ya de la ría de Pontevedra, alineando el *Santo Cristo de Maracaibo* con la vía de entrada a una de las grutas que abundaban en la cara exterior de la isla. “Eso que tenéis ahí es el Buraco do Inferno, —les gritó el capitán a sus hombres—. Cargadlo todo en los botes y seguidme”. Aprovechando la bajamar, los hombres del pirata Baker fueron entrando todo lo rápidamente que lo complicado de la maniobra les permitía por el mar hasta el interior de la gruta. Una vez dentro, avanzaron por una de las galerías de la cueva para, tras varios viajes rápidos como el primero, dejar todo el oro español al recaudo de las mareas que protegían con fiereza la entrada al Buraco do Inferno. De vuelta al fin en los dos barcos, el pequeño grupo que se había dirigido al *Santo Cristo* abrió, ahora sí de verdad, una brecha en la carena del inmenso galeón, y volvió al *Montmouth* para continuar con el arrastre del navío español. Volvieron a salir a la línea de navegación marcada por la flota inglesa para que si alguno de los vigías los echaba en falta todavía los pudiese ver en la distancia, atareados en remolcar a aquel mastodonte herido de muerte.

»Los hombres de la aldea, reunidos en la taberna alrededor de la mesa del sacristán, se encargaban de ir engrasando la lengua del viejo borracho con una jarra de vino tras otra, asegurándose de que la maquinaria no se detuviese, y poder así acabar de conocer los secretos revelados por el difunto.

»El plan era arrastrar el barco hasta que todos pudiesen contemplar lo inevitable de su hundimiento, sin que nada se pudiese hacer por impedirlo. John Baker volvería a Inglaterra para dar explicaciones por lo ocurrido ante el consejo de guerra que previsiblemente se le formaría. Él intentaría desviar las acusaciones, descargándolas sobre lo arriesgado de la maniobra impuesta en el último momento y de cualquier

manera por el almirante *sir* Cloudesley Shovell, obligando a toda la flota a atravesar una ruta por todos desconocida. Por todos, sí. Porque nadie en Inglaterra tenía por qué saber que el capitán John Baker había sido grumete en sus años de juventud en un bergantín mercante de pabellón holandés con el que ya había navegado por esas mismas rutas muchos años atrás. El capitán John Baker conocía a la perfección los arrecifes al sur de San Martiño, las agujas de Castros, de Carrumeiros, las formas de la ría de Vigo, todo. Pero ¿quién iba a tener conocimiento de ello? En Inglaterra, desde luego, nadie. Baker era consciente de que, por mucho que explicase, el consejo acabaría por expulsarlo de la Armada. Pero nada más. Ni siquiera habría prisión, era mucho lo que John Baker había hecho en nombre de Inglaterra, mucho lo entregado a la Corona, y aún mucho más lo guardado bajo secreto.

»No, Inglaterra nunca presionaría tanto al viejo Baker. Le retirarían su patente de corso, sí, pero y qué. Él era un pirata, no un perro de presa para unos señores que ni siquiera estaban allí para saber lo que era realmente el fuego enemigo. La idea era sencilla, retornar después a las islas para, con todas las aguas ya más calmadas, recuperar el botín. Pero John Baker nunca volvería a las islas. Ni él, ni ninguno de sus hombres.

»Como era de esperar, el *Santo Cristo de Maracaibo* acabó hundiéndose. Lo hizo frente al arenal de Carnota. Pero lo que no llegó fue la mejoría del tiempo. Al contrario. Una vez pasado el cabo Finisterre, el temporal arreció y la tormenta se hizo todavía más fuerte. Contra todo pronóstico por parte de Baker, al llegar la noche del día 6, el *Montmouth*, ya inevitable y definitivamente alejado del convoy formado por la flota de Shovell, quedó a la merced del viento y del mar frente a la Costa da Morte, de donde nunca habría de salir.

»El sacristán les contó a sus vecinos cómo el viejo náufrago había entendido en el momento de morir que aquella terrible tormenta había sido el justo castigo de Dios a la codicia de los piratas del capitán John Baker. Cuando los hombres de la aldea escucharon cómo la narración llegaba a su fin, comenzaron a cruzar miradas cómplices. Todos confirmaron, sin decir nada entre ellos, que nadie daba crédito a las fantasías del viejo borrachón. Además, alguien recordó por lo bajo que el propio párroco había afirmado que el náufrago apenas había dicho nada, sólo en la confesión, y todo lo que el sacristán acababa de contar distaba mucho de la “nada” de la que había hablado el cura. En realidad, nadie creía ya en los cuentos que contaba el viejo, y su voz nada más servía para pasar el rato. La vida que daba el mar ya era lo bastante dura como para dar crédito ahora a historias de oros perdidos, escondidos sabe Dios dónde. Nadie llegó nunca a creer realmente nada de lo que aquel día se oyó contar en la taberna, pero, sin embargo, la historia quedaría en la memoria de la aldea para siempre. Un cuento de piratas que las viejas relatarían por las noches a sus nietos, años y años a través del tiempo...

»Mi hermano llegó a la ciudad siendo muy niño. La tuberculosis ya se había llevado por delante a su familia de sangre cuando el pequeño León se coló en un atunero cántabro que hacía escala en el puerto de Muros, al sur de Finisterre. Llegado el barco a Vigo, León apareció en el Berbés sin saber muy bien adónde ir. Mi padre, que en gloria esté, sintió lástima del chiquillo y se lo trajo con nosotros. Es como un hermano para mí, y fue él quien me contó esa historia que ya era leyenda en la tierra que él había dejado atrás. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que el tesoro del que habla la historia no puede ser otro que el oro de Rande. León y yo vivimos en el barrio de Pobladores, en un sótano en el número 3 de la Bajada al Fuerte. Todos los días, cuando regresamos a puerto, paramos un momento en el Lobo do Mar, el bar de la señora Olga. Ayer alguien estaba hablando de unos extranjeros que desde que llegaron no habían hecho más que preguntar sobre los naufragios de la ría. León y yo comprendimos que no podían ir buscando otra cosa. Por la tarde yo volví al puerto, y me encontré con su secretario ahí mismo, en el muelle de A Laxe. No se preocupe, fui yo quien se dirigió a él. Estos tiempos son muy duros, señor, y ya sabrá usted que por aquí no lo estamos pasando precisamente bien. La sardina no es lo único que falta estos días. Apenas tenemos para comer. Ahora ustedes ya conocen la historia. Yo puedo ayudarles a conseguir lo que buscan, y ustedes pueden ayudarnos a nosotros.

—Pero hay algo que no entiendo, Daniel. Si como tú dices, por aquí todo el mundo sabe dónde está el oro, ¿cómo es que nadie ha ido antes en su busca?

—Pues porque por aquí el mundo está lleno de oro, mi señor.

—Me vas a tener que perdonar, hijo, pero creo que eso lo entiendo todavía menos.

—Verá. Aquí casi todas las aldeas tienen su propio tesoro perdido, su gruta bajo tierra repleta de oro y joyas, todas siempre guardadas por alguna terrible bestia, o por una hermosa mora que las custodia mientras peina sus cabellos con un peine de oro y piedras preciosas. Aquí todos hemos oído cientos de cuentos sobre el oro perdido de los moros, de los celtas e incluso del mago Merlín. Pero hoy nos toca vivir tiempos salvajes, señor, y ya bastante tenemos con encontrar algo que llevar a la boca como para ponernos a buscar todos los tesoros de los que hablan los cuentos de las viejas.

—Y qué me dices de ti, amigo Daniel, ¿tú crees en lo que nos cuentas?

—Bueno, tengo que confesarle que yo tampoco le di mucho crédito a la historia. Nunca. Hasta que me hablaron de ustedes. Cuando oí lo que la gente cuenta sobre todo el material que ustedes traen, sobre su barco y sobre lo que están comprando aquí... Además, dicen por ahí abajo que incluso ofrecen dinero por cualquier información que se les dé sobre dónde está hundido el galeón de las maravillas, ¿no es así?

—Tal vez.

—Pues eso fue lo que me hizo pensar.

—¡Acabáramos! ¿De eso se trataba? ¿Has venido hasta aquí inventándote toda esta historia sólo por el dinero? Porque, si es así, tengo que confesar que había llegado a sentirme interesado en tu relato...

—No, no, señor. No se trata de eso. En absoluto. Lo que quiero decir es que, cuando alguien viene decidido a hacer una inversión tan grande como la que ustedes están haciendo es porque quizá en las viejas historias haya algo de verdad al lado de la leyenda. Y no, señor, permítame que le diga que no me he inventado nada, ni una sola palabra, si es eso lo que a usted le preocupa. Porque no quiero que me dé su dinero a cambio de mis cuentos. Lo que yo quiero es que me dé trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí, trabajo. Porque ahora tiene usted dos opciones. Creer en lo que acabo de contarle, o no creer. Si se decide por esto último, puede gastar usted todo el esfuerzo y el dinero que le dé la gana en sumergirse al sur de San Martiño. Tarde o temprano, como tantos otros antes, descubrirá que allí abajo no hay nada, y tendrá que volver para casa con un fracaso en sus bodegas. Pero si, por el contrario, decide creerme, entonces tendrá que encontrar a alguien tan loco de remate como para atreverse a meter el cuerpo por el Buraco do Inferno adentro.

—¿Y por qué tiene que ser alguien tan loco como tú dices, Daniel? ¿Qué tiene ese lugar, aparte de un nombre tan estremecedor?

—El Buraco, señor, es una gruta abocada a mar abierto. Fue el propio océano quien la fue abriendo en la tierra a fuerza de las más violentas embestidas. La verdad, no le puedo decir cómo se las arreglarían los hombres del pirata Baker dos siglos atrás, porque no lo sé. Pero lo que sí sé es que hoy las olas del mar que golpean contra él destrozarían a un hombre contra las rocas que protegen su entrada como si no fuese más que otro pobre pececillo de la ría. La marea alta ahoga su nave central, donde las corrientes hacen imposible cualquier tentativa de nado o buceo, por lo que sólo se puede nadar hasta su interior aprovechando la bajamar. Y todavía así, una vez dentro, dicen que la gruta es un laberinto de galerías que corren hacia el interior de la isla, por las que lo más sencillo es perderse, caer por algún pozo o no encontrar la salida antes de que la marea vuelva a subir.

—¿Y cómo es que conoces tú todos esos datos?

—Bueno, ya sabe, los viejos hablan, yo escucho...

—¿Los viejos, Daniel? ¿Me estás pidiendo que arriesgue mi expedición, que la meta en la boca de un lobo que sólo conocemos por los cuentos de viejos marineros?

—No, señor.

—Entonces te lo pregunto otra vez. ¿Cómo es que sabes tú, entonces, todo eso sobre el Buraco do Inferno, Daniel?

—De acuerdo... Hace unos meses me caí al mar. Habían dado alerta de temporal y se prohibió que saliese ningún barco de puerto. Pero la necesidad es mucha, señor, así que León y yo decidimos salir igualmente. Al sur de Ons nos sorprendió un golpe de mar, y yo me caí al agua. La corriente me arrastró contra una de las grutas, una

grieta inmensa en uno de los acantilados de la isla, una boca negra en forma de columna abierta en la roca viva. Las olas me arrastraron hasta el interior de su garganta. Y me habría engullido de no ser por la marea. La baja dejaba a la vista un conjunto de rocas a las que me pude agarrar. Allí, aferrado a ellas, esperé hasta que el temporal amainó, y pude salir a nado hasta donde León me aguardaba. Fueron casi dos horas las que estuve esperando a que el momento fuese el propicio para salir de mi refugio, y durante todo ese tiempo pude estudiar el movimiento del agua entrando y saliendo de la gruta. Así fue como aprendí lo que sé sobre el Buraco do Inferno.

—Ya entiendo. ¿Y estarías dispuesto entonces a volver a meterte en esa boca tan oscura?

—Bueno, por lo que yo pude ver, más parecería cosa de locos, señor.

—Y tú, Daniel, ¿tú estás loco?

—Señor, yo estoy loco por vivir.

## XX

El señor Wessler permaneció observando al joven marinero durante un buen rato. En silencio, sopesando alguna decisión aún por tomar. Al fin, como si por fin hubiese llegado a alguna conclusión, comenzó a asentir lentamente para sí. Despachó en alemán con Hugo una serie de órdenes ante las que el secretario se limitó a asentir, y finalmente volvió a dirigirse a Daniel para confirmarle que a partir del día siguiente pasaría a formar parte de la expedición en calidad de guía.

—Bienvenido a bordo, muchacho.

Con la convicción de quien da por resuelto el encuentro, Fausto Wessler se levantó de su asiento y se acercó a Daniel. Satisfecho con la decisión que acababa de tomar, posó su mano sobre el hombro del chaval a modo de saludo, y volvió a dirigirse a su secretario.

—Hugo, que todo esté listo para mañana.

Y con las mismas dio media vuelta y desapareció por una de las puertas de la *suite*, dejando a Hugo y a Daniel solos en el despacho.

—Bien, pues como ha dicho el doctor Wessler, bienvenido a bordo. —El secretario le ofreció la mano—. Mi nombre es Hugo, Hugo Konrad Brauner.

—Yo soy Daniel, Daniel Beiroa Rodríguez, para servirte. Oye, perdona, ¿has dicho *doctor*?

—Sí. *Herr* Wessler es doctor en historia contemporánea por la Universidad de Freiburg, además de haber sido recientemente nombrado nuevo director del Instituto de Estudios Arqueológicos de Berlín.

—Vaya... Pues yo soy Daniel, doctor en supervivencia por la universidad de la vida, ¿qué te parece?

Y los dos muchachos volvieron a sacudirse las manos, divertidos con la situación.

Al día siguiente, cuando llegamos al muelle a primera hora de la mañana, Daniel ya estaba al lado de la rampa del *Meeresadler*, nuestro barco. Aunque no dijo nada al respecto, estoy totalmente seguro de que él ya estaba allí desde antes de que el sol saliese. Y pese a todo, su aspecto era el de un chaval fresco, lozano, recién levantado tras un cómodo y placentero sueño reparador.

Sonreía, y sus ojos eran puros vórtices de energía. No tardamos en levar anclas, poco más de las nueve de la mañana debían de ser cuando salimos de puerto y, a pesar de que Wessler impuso su deseo de comenzar nuestra ruta acercándonos a la

boca sur de la ría, como estaba planeado en un principio y no teniendo en cuenta todavía lo referido por Daniel, a éste no pareció importarle ni lo más mínimo. Bien al contrario, todavía le sobró buen ánimo para expresar su acuerdo con el doctor, añadiendo que a todos nos sentaría bien comenzar el día gozando de un relajante paseo en barco por la ría.

Durante toda la travesía permaneció Daniel firme en el vértice de proa, apoyado en la baranda sobre el pañol del buque. Por momentos cerraba los ojos sin dejar de sonreír, sintiendo cómo el viento le acariciaba los cabellos y se los llevaba hacia atrás. Yo lo observaba desde el puente de mando y me maravillaba ante la energía que el chaval irradiaba. Daniel era la viva imagen de un hombre feliz, seguro de sí mismo. Por aquel entonces yo todavía era un inexperto estudiante de historia del arte, uno más en la expedición, otro de los becarios del Instituto de Estudios Arqueológicos viajando en calidad de ayudante. Aún sentía en mí el corsé de la rigidez académica berlinesa. Todo era rectitud, precisión, meticulosidad, no conocía otro modo de ser. Frente a esto, la fuerza desprendida por Daniel produjo un efecto magnético instantáneo sobre mí. A todos nos fascinaba el aura de aquel muchacho, y a él le ocurría algo semejante. Sabía que ésa era su oportunidad para conseguir algo más.

En aquella época cualquier cosa podía convertirse en más. Más que la miseria, más que la ferocidad que gobernaba cada nuevo día. No había qué comer, y el principal objetivo cotidiano era conseguir algo que llevarse a la boca, una manta para protegerse del frío y un techo bajo el que intentar llegar con vida al día siguiente. Y no morir por el camino. Cualquier opción de poder alejarse de aquella vida se convertía al momento en el mejor plan del mundo, y eso era algo que Daniel sabía a la perfección. Apenas cinco minutos de charla con él bastaban para percibir las ganas de vivir que había en el corazón de aquel muchacho. De sus ansias de vida sacaba aquel pequeño hombre las fuerzas para enfrentarse a lo imposible si fuese necesario con tal de salir adelante. Y con ese objetivo estaba allí, en la proa de nuestro barco, muy por delante de todos nosotros...



—Pero disculpe un momento, señor Neumann. Por favor, que no le parezca mal lo que le voy a decir, pero... ¿Qué demonios tiene que ver este muchacho con nosotros, señor?

Las palabras de Mariña me devolvieron a la realidad. Me había quedado cómodamente hundido en mi rincón del sofá escuchando las palabras del anticuario, olvidando relajado que ese mismo día me habían golpeado dos gorilas en un callejón del centro; olvidando que estaba envuelto en una extraña historia sin apenas saber por qué; olvidando que ahí fuera, bajo la lluvia que no dejaba de caer, la noche fría ya llevaba tiempo cerrada sobre nosotros.



—Quiero decir, es tarde ya, han pasado horas desde que usted entró en mi casa. Ya nos ha contado siglos y siglos de historia, pero yo sigo sin comprender adónde pretende llegar. Y, sinceramente, comienzo a sentirme agotada, señor Neumann.

El viejo anticuario se quedó mirando a Mariña. El cansancio también era evidente en su rostro, se notaba el esfuerzo que el anciano estaba haciendo por seguir hablándonos. Un pequeño gesto de desesperación asomó a su rostro justo antes de dar una respuesta.

—Mariña, es muy necesario que conozcas bien la historia de Daniel.

—¿Pero por qué? Usted habla y habla y habla, ¡pero yo no consigo entender nada!

El viejo respiró profundamente, comprendiendo que el momento había llegado.

—Porque, Mariña, Daniel era tu padre.

No sé si fue ella la que tardó demasiado en reaccionar, o si, por el contrario, congelado en el tiempo ante esta última respuesta, fui yo quien se retrasó a la hora de buscar la expresión correspondiente en el rostro de Mariña. Lo cierto es que el primer recuerdo que tengo tras haber escuchado tamaña revelación por parte del anticuario es el de ella moviendo con lentitud su cabeza, llevándola de un lado a otro, como quien niega lo que oye. O quizá simplemente estuviese intentando asegurarse de que había oído bien.

—Perdón, ¿cómo dice usted?

—Mariña, tienes que creerme. Entiendo que esto te resulte complicado ahora mismo, pero tienes que confiar en lo que te estoy diciendo: Daniel era tu padre.

—¿Pero qué diablos está diciendo? ¿Cree usted que soy estúpida? Mi padre se llamaba Eneas, Eneas Dafonte Maristany.

Se podía palpar la violencia en las palabras de la mujer.

—No, hija. Todavía no.

Mariña confirmó con un movimiento de cabeza su rechazo ante lo que estaba escuchando. Ya antes no comprendía nada, y ahora esto. Demasiado para las horas que ya eran de la madrugada.

—Mire, no tengo ni idea de qué es lo que quiere usted decir con eso. Es más, simplemente no tengo ni idea de qué demonios quiere usted. Por favor, le pido que salga de mi casa ahora mismo.

—Pero Mariña, yo...

—¡No! —atajó ella—. Esto ya es demasiado, señor Neumann, ha ido usted demasiado lejos. Por favor, le ruego que se vaya. Déjeme, déjenos en paz.

La preocupación en el rostro del anciano ante el arranque de Mariña era evidente, pero todavía reaccionó con comprensión.

—De acuerdo, Mariña, de acuerdo. Entiendo que esto que te acabo de decir no es de digestión fácil, y mucho menos rápida. Comprendo tu malestar, y ya me voy. Vuestro esfuerzo ha sido grande, y para mí más que demasiado —dijo, apoyándose con dificultad en los dos brazos para levantarse del sillón—. Pero, por favor, te ruego

que pienses sobre lo que te he dicho. Es necesario que me prestes atención. Que me escuches y que creas en lo que te digo. Porque todavía es mucho más lo que tienes que saber, y es imprescindible que confíes en mí. Los viejos siempre tenemos mucho que contar, pero nunca demasiado tiempo para hacerlo. Tienes que confiar en mí, Mariña.

—De acuerdo, muy bien. Pero, por favor, ahora...

—No te preocupes. Sé bien dónde queda la salida, no es necesario que te levantes. Buenas noches, hija; buenas noches, Simón.

Neumann volvió a ponerse el sombrero y, sin esperar más despedidas, salió del apartamento.

Mariña permaneció sentada a mi lado, con su cuerpo echado hacia delante. El entrecejo fruncido y la mirada perdida en algún punto más allá de la ventana. Seguía lloviendo con fuerza, y la mujer parecía buscar alguna explicación para lo que acababa de escuchar entre el laberinto de agua que las gotas de lluvia formaban al estrellarse contra el cristal.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Tardó en responder.

—Me encuentro perdida, Simón. Ya no sé qué pensar, o a quién creer. ¿Qué voy a hacer? Me he pasado media vida intentando descubrir quién era realmente mi padre, y otra media intentando encajar las dos opciones posibles, conciliándolas. Y ahora aparece en mi casa un completo desconocido, que habla de mí como si me conociese de toda la vida y me pide que confíe en que mi padre no sólo no es ninguna de las dos opciones posibles, sino una tercera, la de una persona totalmente diferente. Si ni tan siquiera mi propio padre existió realmente, ¿entonces qué voy a hacer yo, Simón? ¿Qué puedo hacer?

Hablaba y luchaba al mismo tiempo por no llorar. Cuando pronunció la última palabra ya había perdido la batalla, y las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas. Me dolía verla así, no quería que se sintiese sola. Pasé un brazo por detrás de ella y la abracé contra mí.

—Venga, Mariña, no te preocupes, mujer... Escucha, ya es tarde. ¿Por qué no te acuestas y descansas? Intenta dormir, que ya verás como mañana lo vemos todo de otro modo. Además, es una noche horrible como para encima pasarla llorando. ¡Ya está bien de agua, amiga!

Mis payasadas volvieron a surtir efecto y a Mariña se le escapó una sonrisa furtiva. Le di un beso en la mejilla, y todavía nos quedamos un instante en silencio. Con toda la que estaba cayendo, fuera y dentro del apartamento, aquel sofá se había convertido en el refugio perfecto. Permanecimos por un buen rato en silencio, los dos abrazados viendo la lluvia caer sobre la ciudad. Mariña estaba tranquila, y yo feliz. Ojalá la vida entera se hubiese podido vivir en aquel sofá. Pero no, y había que

seguirla. Dejé a Mariña en su apartamento, con una promesa en firme de descanso por su parte y un compromiso mutuo de hablar al día siguiente.

Salí del ascensor, caminé lentamente hasta el portal, y aún me quedé unos segundos a su amparo. El agua golpeaba con fuerza al mundo. Hacía frío. Cómo me gustaría no haber salido a la calle esa noche.

## XXI

Miércoles. Me desperté con el sonido del teléfono. En mi cama, solo. Me había pasado la noche extrañando algo en la oscuridad de mi cuarto, pero sin saber demasiado bien el qué. Qué difícil es echar de menos cuando no sabes con exactitud si lo que te falta es lo que ya ha pasado o lo que todavía no ha sido... Me desperté asfixiado por mis propios sueños, y el teléfono ya llevaba un buen rato sonando. Vi el despertador, las diez de la mañana. Todavía con la angustia que una mala pesadilla te deja en el cuerpo, cogí el móvil de la mesita de noche y respondí sin mirar.

—¿Diga?

—Hola, Simón, buenos días. Hoy sí que te he despertado, ¿eh?

—Mmm. —Un momento para localizar las babas entre mis labios—. Hola, Mariña. Sí, me has despertado. Pero no te preocupes, que no fue de un buen sueño del que me sacaste.

—Vaya, bien que lo siento. ¿Y con qué soñabas, entonces?

«Soñaba con que todas las noches soñaba contigo...».

—Pues estaba soñando que era un pirata parado en la tormenta, luchando contra las olas de un mar con muy malas ideas, ya ves. Supongo que mi cabeza todavía sigue intentando digerir todo lo que nos contó el señor Neumann. ¿Y tú qué tal, en qué andas? No me digas que tampoco has pegado ojo esta vez...

—No, no. Esta vez sí que he dormido. De hecho, seguro que tú todavía no habías llegado a la calle y yo ya estaba roncando como un búfalo.

—Vaya, nunca hubiera imaginado que las señoritas del Club de Polo roncasen. Mucho menos como búfalos.

—Pues esta que te habla sí, ya ves.

Me agradaba sentir que Mariña recuperaba su buen humor.

—Lo cierto es que ya era bastante tarde cuando me fui.

—Sí, lo sé, y no creas que no me di cuenta. La verdad es que todavía me dio tiempo para sentir un poco de cargo de conciencia. Yo durmiendo calentita y tú fuera, bajo el chaparrón.

—Ya sabes, los héroes somos así...

—¿Ah, sí? —rio ella.

—Sí.

—Bueno, pues oye, entonces nada.

—¿*Nada* qué?

—Nada. Yo te iba a decir que la próxima vez te quedases aquí. Aunque fuese en

el sofá. Pero vaya, que si tu código de superhéroe te dice lo contrario, pues oye...

«Si yo te contara...».

—Vale, la próxima vez lo discutimos. Pero dime, que tú no me llamas para limpiar tu conciencia, ¿a que no?

—Veo que ya me vas conociendo, me gusta... Por una parte sí, pero no del todo.

—Mariña adoptó ahora un tono un poco más serio—. Es que yo también le estoy dando vueltas a todo lo que nos ha contado el viejo Neumann.

—Bueno, tampoco es para menos.

—Ya, pero es que me cuesta mucho creerme nada de lo que nos ha dicho. Me siento como si también yo acabase de despertarme de un sueño, de uno de esos que tienes después de que te cuenten un cuento, y al despertar no sabes muy bien cuánto es real y cuánto es sueño, no sé si me explico.

—Perfectamente. Toda esa historia suya parece sacada de una «peli» de piratas, todo demasiado lejano, irreal.

—Justo, eso es. Todo parece sacado de otro mundo. Si por lo menos pudiésemos tocar algo de lo que nos dijo. Porque por no tener, ya no tenemos ni nuestra moneda, que mucho ofrecer, pero bien que la cogió antes de marchar.

Yo ni había caído en la cuenta de eso, pero volver a oír hablar de aquella moneda como «nuestra» me espoleó el ánimo. Y claro, como ya empezaba a ser habitual, mi ánimo decidió tomar la iniciativa y salir por donde yo ni tan siquiera hubiera sospechado.

—Ahora que lo pienso, no todo es tan intangible, ¿no?

—¿A qué te refieres?

Había cogido a Mariña por sorpresa. Y creo que ni yo mismo hubiese podido jurar qué era lo que estaba a punto de salir por mi boca.

—Según nos ha contado Jakob, Daniel les dijo a los alemanes que los piratas habían escondido el tesoro en algún rincón de la isla de Ons, ¿no?

—En el Buraco do Inferno, sí.

—Eso, eso es. Bueno, pues exista o no el tal Daniel, los que sí existen son Ons y su Buraco. ¿Qué te parece si nos acercamos hasta allí?

—¿A Ons? —preguntó Mariña con la misma entonación con la que en su momento San José debió de dirigirse a la Virgen María: «¿Embarazada, has dicho?».

—¿Y por qué no? ¿Acaso tienes algún plan mejor para hoy?

—Bueno —respondió ella tras un breve silencio—, lo cierto es que no.

—Pues ya está, no se hable más —sentencié yo con esa seguridad que sólo el insensato conoce y gasta—. Pero Mariña, por favor, si en realidad sabes que tú me has llamado para que yo te proponga una locura como ésta, no me dirás que no...

La sonrisa de Mariña se dejó descubrir al otro lado de la línea.

—Vaya, pues sí, supongo que sí.

—Pues venga, ya está, y no hay más que hablar. Ve vistiéndote de marinera, que en media hora paso a recogerte.

Colgué el teléfono y me reí con la chorrada que yo mismo acababa de soltar. «Mariña marinera», seré bobo...

Apuré para llegar lo más rápido posible a su edificio, pero ella ya me aguardaba en el portal. Se subió a mi coche, y con ella todo el habitáculo se llenó de primavera. Doblamos la esquina, tiramos por Lepanto y cogimos la entrada a la autopista que hay al final de la calle.

En los veranos de mis años más jóvenes, como casi todos los chavales de Vigo, yo había sido más de acampar en las islas Cíes que en las Ons, así que estaba acostumbrado a coger los barcos de la empresa Vapores de Pasaje en la antigua estación marítima de la ría, al amparo de la vieja piscina del Club Náutico. Pero me sonaba algo sobre que el barco de Ons se cogía en Bueu, en plena ría de Pontevedra, así que para allí tiramos nosotros. Apenas media hora más tarde, mi deportivo detenía su marcha en el puerto de Bueu.

El despacho de billetes de la naviera con la que pensábamos que iríamos a las islas estaba al comienzo del muelle desde el que salían sus barcos, pero nos lo encontramos cerrado y sin ninguna tabla de horarios a la vista. No teníamos información, y por el muelle no se veía a nadie a quien preguntar. Al otro lado de la calle que atravesaba el puerto vimos un bar, el Gran Sol, y decidimos dirigirnos a él. Entramos para que, al tiempo que nos servían dos cafés con leche calientes, el camarero nos informase de que los pasajes regulares a Ons sólo funcionaban durante el verano. «Hasta el mes de mayo nada, compañeros», sentenció el dueño del bar, un hombre gordo y calvo de mostacho tupido, desde el otro lado de la barra.

—Pero entonces, ¿cómo hace la gente que vive regularmente en la isla?

—Oh, éstos tienen todos sus propios medios, y entre ellos se van poniendo de acuerdo para moverse, ¿no es así, Yago Ray?

La pregunta retórica formulada por el bigotudo hostelero buscaba su correspondiente confirmación en otro tipo en el que yo ya me había fijado nada más entrar en el local, por lo peculiar de su aspecto. Estábamos en noviembre, fuera hacía frío, y, no obstante, aquel individuo iba en bermudas y camisa hawaiana. Era alto, flaco, de melena rubia, muy revuelta. Su piel era morena, cuarteada por el sol y el mar, y sobre ella, alrededor del cuello, brillaba un collar de conchas. A pesar de que estábamos dentro del bar en una mañana plena de grises otoñales, el tipo llevaba puestas las gafas de sol, unas lentes de espejo enormes, como aquellas de aviador tan de moda en los ochenta. Cualquiera hubiese pensado que estaba leyendo con toda tranquilidad el libro que sujetaba con las dos manos, una edición inglesa de *El principito*, totalmente derramado sobre su silla, con las piernas estiradas y los pies cruzados sobre la silla de enfrente. Cualquiera hubiese podido pensar que leía, de no ser porque el libro estaba del revés, con las letras para arriba.

—¡Yago! —gritó con más fuerza todavía el dueño del bar—. ¡Que estamos

hablando contigo!

En lugar de sobresaltarse con el grito, el amigo Yago no hizo más que llevarse poco a poco las manos a la cara, ajustándose un poco más las gafas sobre la nariz.

—Carajo, Bernardo... ¿No ves que estoy reflexionando?

—Reflexionando, dice el muy sinvergüenza... Pero si hace un momento llamaron los del otro lado de la ría a ver si había tormenta por el sur, de tanto que roncabas.

—Bueno, si empezamos con indirectas... Ya será menos, Bernardo.

Yago se levantó y, con gran parsimonia, caminó hasta la barra. Se trataba definitivamente de un tipo alto. Al llegar a nuestro lado se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo de la camisa. Tenía los ojos azules, tan claros como las aguas de ese Caribe del que la noche anterior nos había hablado el señor Neumann, y debía de andar por los cincuenta. Aquel tipo era la viva imagen de un viejo surfista recién caído de una postal enviada desde Maui.

—A ver, mesonero, qué es lo que se te ofrece ahora...

—Pues nada, *vuesa mercé*. Que aquí estos amigos y yo estábamos hablando de cómo os organizáis los isleños para desplazaros cuando os decidís a honrarnos con vuestra presencia por las tierras firmes.

—Ah, eso... —Yago hablaba con mucha calma, como si aquello que le decía Bernardo no mereciese ni la más mínima atención por su parte—. No le hagáis mucho caso a este desgraciado. Yo llevo ya no sé ni cuántos años viniendo a desayunar cada día desde la isla hasta esta parte de la tierra. Soy el cliente más fiel que tiene este bucanero, y todavía no parece que esté satisfecho.

—¡Y aún me llama desgraciado, el tipo! —protestó el tal Bernardo—. ¿Pero cómo voy a estar satisfecho de nada, sanguijuela, si nunca pagas lo que consumes ni por despiste?

—Bah. —Yago rechazó el comentario hecho por el hombre del bar con un gesto de indiferencia en su mano—. Los hay que nunca están contentos. Pero decidme, ¿qué es lo que se os ofrece, alegre pareja?

Un surfista perdido en Bueu en pleno mes de noviembre. A mí me parecía un tipo de lo más curioso...

—Pues nada, hombre, que queríamos ir a visitar la isla.

—¿Mi isla?

Mariña se sorprendió con el matiz introducido por Yago.

—¿Es suya?

—¿Ons? Por supuesto —sentenció—. Toda ella.

—Vaya. —Me sorprendí ahora yo—. Es la primera vez que conozco al propietario de una isla... El caso es que contábamos con coger el barco aquí, pero resulta que no hay. O, mejor dicho, que *todavía* no lo hay, según nos acaba de aclarar aquí su amigo Bernardo.

—Ya, esos malditos mercaderes de turistas...

Yago se refería a los de la naviera aparentando una afectación a todas luces falsa.

—Pues sí —continuó—, esos mismos. Así que parece que vamos a tener que quedarnos en tierra.

—¡Pero cómo! —exclamó súbitamente nuestro interlocutor—. ¿Me estáis diciendo que vosotros dos, pececillos, queréis ir a mi isla y todavía no sabéis quién os va a llevar? ¿Pero con quién os pensáis vosotros que estáis hablando? ¡Faltaría más! Mi nave es vuestra nave —concluyó el surfista con gran solemnidad.

—¿Tienes un barco? —preguntó Mariña.

—Una chalana, más bien —rezongó con sorna Bernardo, sin levantar los ojos del fregadero donde lavaba los platos de los desayunos.

—¡Cállate tú, envidioso!, a ver si te vas a morder la lengua y aún tenemos que llevarte al puesto de la Cruz Roja por envenenamiento masivo. No le hagáis caso a este pobre infiel. Llegó hace muchos años desde los desiertos de Zamora, y todavía hoy no sabe bien lo que es el mar. ¡Pues claro que tengo un barco, princesa! El más hermoso bergantín a esta parte de los siete mares de las Galicias. Yo —pronunció con gran solemnidad— soy su capitán, y vosotros mis convidados.

Y con las mismas, tomó la mano de Mariña y le plantó un más que sonoro beso a tal velocidad que ninguno de los dos tuvimos tiempo de reaccionar más que con una sonrisa.

—Si vosotros queréis ir a mi isla, yo soy vuestro hombre. Y hala, no se hable más. Vamos allá, que luego es tarde.

—Pero escucha —atajé yo—, que todavía no nos has dicho cuánto nos vas a cobrar por el viaje.

De un tipo con aquellas pintas, al que el camarero acababa de recriminarle el hecho de que nunca pagase nada de lo consumido, supuse que lo más natural era desconfiar. A saber cuánto dinero pretendía sacarnos por sus servicios. «Mejor preguntar antes», pensé. Y, otra vez, nuevo error. Yago se quedó observándome fijamente, como alucinado ante lo disparatado de mi comentario.

—Pero, por favor, insisto: ¿con quién os pensáis que estáis hablando? —respondió, llevándose la mano derecha al pecho con aún más afectación—. Escucha, licenciado —dijo, dirigiéndose a mí—: Quizá a ti te cobrase un virreinato, amigo. Pero a usted —miró a Mariña—, hermosísima señora... Incluso sería yo quien pagaría por engalanar mi navío con tal de hacerlo un poco más digno de acogeros a bordo. ¡Mástiles trenzados de rosales en flor y velas perfumadas de azahar para saludar vuestra presencia, mi señora! —La sonrisa de Mariña desbordaba por completo los límites naturales de su rostro—. ¿Qué? ¿Nos vamos de una vez, entonces?

Dicho esto, Yago tomó con tanta decisión el rumbo de la puerta que nosotros no pudimos hacer otra cosa que seguirlo tras haber dejado yo a las carreras una moneda de dos euros bailando sobre la barra del bar.

—¡Eh, tú, berberecho! —gritó Bernardo—, ¡y tu desayuno qué!

—Pardiez, Bernardo —respondió Yago, fingiendo no comprender la pregunta—,



¿acaso no ves que ya me lo he tomado?

—Pues claro que lo veo. ¡Lo que te estoy preguntando es que quién me lo va a pagar a mí!

—¡Apúntalo en mi cuenta, grumete! —replicó Yago, ya más desfilando que saliendo por la puerta del bar.

Después de ver cómo nuestra procesión salía a toda prisa de su establecimiento, Bernardo siguió fregando las tazas de café. Sonrió, y no apuntó nada en ninguna cuenta.

El barco de nuestro capitán no era exactamente el bergantín del que nos había hablado. Se trataba de una planeadora con motor fueraborda de unos ocho metros de eslora, y estaba atracada en el mismo muelle por el que media hora atrás habíamos comenzado nuestras pesquisas. Yo no entiendo mucho de náutica (como me imagino que ya habrá quedado más que claro), pero el tamaño de aquel motor me pareció descomunal. En uno de los costados se podía leer Yamaha 50CV. Supuse que debía de ser una pieza bien potente con la que empujar a aquel barquito a toda velocidad por la ría de Pontevedra, y no pude evitar sentir curiosidad sobre cuál sería la ocupación de aquel isleño tan extraño. Todavía seguía yo contemplando con asombro su motor, impresionado por su tamaño, cuando Yago se percató de mi curiosidad.

—¡No se deje usted engañar por los adhesivos, rapaz: ahí abajo se esconde un motor cuatro tiempos de cien caballos! —me gritó justo antes de prorrumpir en una sonorosísima carcajada.

De entrada recordé las palabras de Bernardo desde detrás de la barra, y tuve que confesarme a mí mismo que sí, que de estar más próxima a alguna de las descripciones dadas, el barco de Yago Ray se parecía más a la chalana de la que había hablado el hostelero que al bergantín del que su propio dueño presumía. A no ser por aquel motor. ¿Y para qué demonios era aquello de ocultar un motor tan potente bajo los adhesivos de otro con la mitad de potencia? Como no fuese para engañar a alguien... Tuve la sensación de que él había detectado mis dudas, porque tan pronto como nuestra embarcación salió de puerto el patrón hizo rugir con orgullo todos y cada uno de los caballos que guardaba en aquel motor tan grande, borrando de un solo golpe cualquier duda sobre el poderío de su embarcación.

—¡Agarraos! —nos gritó, espoleando todavía más a la manada.

Mariña, según me había descubierto la noche anterior, ya estaba acostumbrada a esto de la navegación desde pequeña, por lo que no sólo no le importó la bravuconada del piloto, sino que incluso parecía estar disfrutando de la travesía. Justo al contrario que yo. Lo que tuve que agarrar fueron mis tripas, por aquello de no hacer un estropicio en el bote.

Navegábamos a toda velocidad sobre las olas de la ría de Pontevedra, entregados a las manos de un extraño personaje del que apenas sabíamos nada. Quizá él también

se diese cuenta de lo indefenso de nuestra posición, y para nivelar un poco más la contienda decidió presentarse contándonos su historia.

—¡Espero que no os asuste la velocidad! —gritó—. ¡Hoy hay un poco de mar, pero no os preocupéis, está todo controlado! ¡Yo ya estoy más que acostumbrado a este recorrido, llevo tantos años haciéndolo que creo que incluso podría atravesar la ría de punta a punta con los ojos cerrados!

—Y entonces, ¿cuánto tiempo llevas por aquí? —le preguntó Mariña—. Porque tú de aquí no eres, ¿verdad?

—¡Vaya, señorita, veo que es usted observadora! ¡Pues no, la verdad es que no soy de aquí!

Yago Ray debió de considerar entonces que la conversación podría ser lo bastante interesante como para ser escuchada con claridad, y con ese fin relajó un poco el trote de sus caballos, para que el ruido del motor no tapara el sonido de su voz. Y yo lo agradecí tanto...

—Llegué hace más de un cuarto de siglo. Soy de Londres, de la mismísima Camden Town, no sé si la conoceréis. Crecí entre Camden, Portobello y Chelsea, donde a finales de los setenta estaba pasando todo. ¿Os gusta la música? Yo era muy amigo de Joe Strummer. Sabréis quién era Joe Strummer, ¿no? Yo lo conocí ya antes de que montara lo de los Clash, y después estuve viajando con ellos durante todo el tiempo que el grupo existió. Pobrecito Joe, qué buen tipo era... Dejé Inglaterra cuando la cosa del punk ya se iba de madre. Teníais que haberlo visto, toda aquella gente disfrazada, ¡mamá, aquello parecía un circo! Y llegué a Madrid. A comienzos de los ochenta también allí estaban pasando cosas muy divertidas. ¿Vosotros conocéis a Pedro? A Almodóvar, quiero decir. Ahora es un coñazo, pero cuando salía medio en bolas con aquel otro tipo... ¿Cómo se llamaba?

—McNamara —apuntó al momento Mariña para claridad de Yago y mayor sorpresa mía.

—¡Sí, eso es! ¡Almodóvar y McNamara, aquello sí que era divertido! Yo conseguí colar un puesto en el Rastro, y ahí vendía chapas, camisetas y todo tipo de historias que mis socios me iban mandando desde la City. Así me pasé unos cuantos años, ya os digo, hasta que mediada la década la cosa empezó a bajar. Fue más o menos entonces cuando la gente empezó a mencionar aquella otra «Movida». Todos los días escuchabas a uno hablar sobre una ciudad al noroeste que se llamaba Vigo, o a otro sobre lo importante de ir o no ir a Cangas do Morrazo, o sobre otras historias de las que yo no tenía ni idea de que existiesen, pero que tenían muy buena pinta. Todo el mundo hablaba de lo mismo, hasta que al final acabaron por liar al mismísimo alcalde, que por lo visto era un tipo muy «enrollao», el tal Tierno Galván, para que pusiera un tren en el que los de la «Movida» madrileña pudiesen viajar a la «Movida» viguesa, ¡y por el morro! Mi madre, cuánta payasada junta... Pero el caso fue que, en aquel momento, yo tenía mucha curiosidad y poco que me atase a Madrid, así que hice como los cursis aquellos de Mecano y «en tu fiesta me colé». Me subí al

tren, y entre artistillas, intelectualoides, coca y empanada, tiramos todos para Vigo. *Oh, my god!*, ¡menudo viaje, ya sabéis lo que quiero decir!

»Pero al llegar a Vigo me pasó que no encontraba la movida aquella por ningún lado. Me subía a los taxis en El Corte Inglés y les decía a los taxistas “¡A la Movida, por favor!”. Pero nadie sabía dónde quedaba eso. Como mucho me dejaban en El Manco, en la calle Lepanto, pero nada más.

»Y claro, como todo el mundo seguía hablando de la Movida por aquí, de la Movida por allá, me dije: nada, en algún sitio tiene que estar, y me decidí a buscarla por otros lados. Primero probé en las Cíes, pero aquello estaba lleno de gente buscando *hippies*. Fracaso total. Entonces probé un poco más al norte. Y así fue como di con Ons. Me enamoré de la isla nada más llegar, y desde entonces ahí estoy. Y, si os digo la verdad, ya no creo que me vaya a marchar. No sé, el sitio es muy bonito, y la gente... Yo qué sé, tienen un *feeling* especial, conectamos bien. A mí ellos me enseñaron lo que es la morriña, y ellos parece que se divierten con mis cigarritos de orégano, ¡vosotros ya me entendéis!

Dijo lo de los «cigarritos de orégano» y dejó de mirar al frente para ofrecernos un guiño de complicidad y una nueva carcajada honda, perlada de un amplio muestrario de caries, ausencias y todo tipo de desastres dentales. Mi madre, ¿pero con qué clase de loco estábamos viajando?

—No sé, ya os digo, igual es que, al fin y al cabo, todos, ellos y yo, somos isleños, y entonces los isleños nos entendemos bien.

—Puede ser —respondió Mariña—. Tal vez, en realidad, todos seamos un poco isleños, ¿no te parece? A lo mejor todos llevamos una isla en nuestro interior...

Yago Ray se quedó mirando para Mariña como si el tercer misterio de Fátima acabase de serle revelado.

—Hey, sí, mi señora, qué bueno eso que dices... Todos somos un poco islas. —«Mi madre...»—. Pero bueno, ¿y vosotros qué? ¿Qué me contáis, también andáis a la búsqueda de vuestra movida en Ons?

Reconozco que también a mí me había dejado un poco sorprendido la respuesta de Mariña sobre las islas-persona, así que, por si acaso, decidí responder yo, no fuera a ser que le diese por sufrir otro ataque de honestidad filosófica, que yo todavía no tenía muy claro si nuestro compañero de crucero era muy de fiar.

—Pues nada, que nos han hablado muy bien de tu isla y nos hemos dicho: «¿Qué, vamos a hacer un poco de “turisteo”?». Y eso, que aquí estamos.

Yago Ray me observó de reojo, sin perder la sonrisa.

—Turistas en noviembre, qué cosa más curiosa... —El extraño capitán me dejó bien claro que no se había tragado ni una sola de mis palabras, aunque tampoco pareció importarle demasiado—. Y decidme una cosa, veraneantes de otoño, ¿ya tenéis pensado cómo vais a regresar a tierra?

Vaya, ésa sí que era buena... Nos habíamos subido a la lancha tan fascinados por el énfasis de nuestro capitán que nos olvidamos de contemplar ningún plan de

retirada. Ahora sí que la habíamos hecho buena.

—Os lo pregunto porque yo todavía he de hacer otro viaje a Bueu después de comer. Bernardo no sabe tomar el café si no es conmigo al lado. Así que ya sabéis, si queréis volver a surcar los océanos a bordo del *Quijote Wilson*, ahí estamos.

—Perdón, ¿del qué?

Yago volvió a soltar otra carcajada.

—Del *Quijote Wilson*, mi bergantín —respondió, dando un golpe con orgullo sobre el timón de la lancha.

—Hombre, pues no sé qué decirte —respondí yo... Sin saber, efectivamente, qué decir—. Igual ya estamos abusando demasiado.

—Como vosotros veáis, pero como no abuséis, igual os quedáis en la isla para siempre. —Y volvió a reírse como un loco. Por el amor de Dios, qué tipo más raro...

—Pues claro que vamos a abusar, Yago —respondió Mariña con su sonrisa tranquila instalada en los labios—. Pero esta vez sí que nos dices cuánto te pagamos, ¿de acuerdo?

—¡Por favor, princesa! —rugió nuestro capitán—. ¡Antes que cobrar nada por el placer de llevarte a bordo, hundo mi bergantín y lo mando a hacerle compañía a los pulpos y a los calamares gigantes de los mares del sur!

«Mi madre, ¡qué labia!», pensé desde el asombro que el estrepitoso arranque del surfista loco me había producido.

—De acuerdo —se rindió Mariña—, supongo que no voy a ganar nada discutiendo contigo, ¿verdad? ¿Cómo hacemos para quedar, entonces?

—¡Claro que sí! —respondió con satisfacción nuestro capitán—. Mirad, ya estamos llegando a puerto. ¿Veis esa casa grande y blanca justo encima del muelle, a la izquierda?

—Sí —respondió ella.

—Bien, pues eso es Casa Checho, el mejor tugurio de la isla. Y más a la derecha, al otro lado del camino, Casa Acuña, el otro mejor tugurio de la isla. ¿Os parece bien que quedemos ahí hacia eso de las tres?

—¿Pero en cuál de ellos? —pregunté yo, todavía intentando comprender cómo podía ser que los dos sitios fuesen «el mejor de la isla».

—¡Pues en cualquiera, los dos son fenomenales!

—Nos va perfecto, Yago.

Yago y Mariña parecían entenderse a la perfección, como si ambos se conociesen de hacía años, mientras yo seguía sin saber qué pensar. No podría decir si aquel tipo estaba loco de remate o sólo de principio, y no obstante, ella parecía la mujer más tranquila del mundo a su lado...

Nos despedimos en el muelle y comenzamos nuestra excursión por el Curro, el mayor núcleo de casas de la isla, hacia arriba. Le preguntamos por el Buraco al primer isleño

con el que nos cruzamos. Nos observó con recelo, no le debía de resultar nada habitual ver terrícolas por la isla en aquella época del año. Después de habernos examinado de arriba abajo, nos dio unas cuantas explicaciones no demasiado generosas en palabras, de las que yo sólo conseguí comprender que las pistas de tierra que llevaban al Buraco do Inferno estaban todas perfectamente señalizadas con indicadores.

—Y tengan cuidado, que no serían los primeros que se cayesen dentro —rezongó por toda despedida. No me gustó nada su tono. Nada.

Comenzamos a subir por el camino de tierra negra sin que yo consiguiese entender cómo podía ser que una isla que desde el mar se veía tan plana pudiese tener unas pendientes tan abruptas. Madre de Dios. Pasamos por un indicador que señalaba el camping de la isla, todavía más lejos.

—¿Pero por qué carajo lo pondrán tan alto?

—¿El qué?

—El camping, digo. Mira dónde lo fueron a colocar, en lo más alto de la isla. ¿Te imaginas a los pobres turistas, cargando con sus inmensas mochilas por esta cuesta arriba? Bueno, así se entrenan para cuando les toque ir al purgatorio.

—No, que ha dicho el papa que ahora ya no hay purgatorio.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Pues no sé, será que no tienen personal para atender a tanto penitente...

—Sí, eso o que algún cardenal pasó un día por aquí. ¡Esto ya es castigo de sobra!

Todavía sacamos fuerzas para reírnos mientras íbamos dejando el Curro atrás, adentrándonos en la isla. Y supongo que ella, la isla, me cogió por sorpresa.

Ya llevaba mucho tiempo sin visitarlas, pero en mis recuerdos guardaba vivas las imágenes de mis estadias de juventud en las islas Cíes. Cuando volvía a casa, entre uno y otro curso en Barcelona, mis amigos y yo siempre encontrábamos tiempo para pasar unos cuantos días en las islas. Recuerdo las excursiones al faro, a grabar nuestros nombres en la puerta para volver a buscarlos de un año para otro, las caminatas hasta el mirador de Monteagudo, los paseos atravesando el bosque... Las islas Cíes caen abruptamente sobre el Atlántico por su costado exterior, pero cuentan con un bosque frondoso de pinos, acacias y eucaliptos que, a pesar de estos últimos, ofrece un hermoso descenso hacia la ría de Vigo. Recordaba los rayos de sol colándose por entre las ramas de los árboles de camino a la playa de los Alemanes. Y supongo que esas mismas sensaciones eran con las que contaba encontrarme en Ons. Pero no fue así. En Ons no hay árboles. Bueno, cuando menos no tantos como en las Cíes. Avanzábamos con calma por pistas abiertas bravamente entre el mar bajo de silvas y tojos que cubre toda la isla. Extrañaba los árboles, pero poco a poco me fui empapando de esa otra belleza que escondía aquel paisaje, envolviéndolo todo en un hermoso ambiente de nostalgia. Nuestro camino pasaba al lado de dos playas, la del Canexol primero y la playa de Pereiró después. Intenté imaginármelas en verano. Estarían llenas de turistas, gente venida de toda Galicia. De todo el mundo. Me

imaginé a toda esa gente a la luz fuerte del sol de agosto, los gritos de los niños, la estridencia de la canción del verano. Pero ahora no había nadie. No había sol abrasador, no había niños, ni canciones en radiocasetes de pilas, y el único sonido que se oía era el de las olas del mar rompiendo en la arena de la playa y el viento de noviembre silbando entre los cañaverales. Y entonces tomé conciencia de mi propia sorpresa. Yo no contaba con que todo eso estuviese ahí. Supongo que, sin querer, había asumido que todas esas cosas, el sol, la playa, las bicicletas, eran para el verano, y que, si los turistas no estaban, los paisajes tampoco estarían. Como el alumbrado de Navidad, que vive todo el año guardado en una caja de sabe Dios qué departamento de qué almacén del ayuntamiento.

—No sé cómo serán Torremolinos o Benidorm bajo un día de lluvia de invierno. Pero nunca hubiese imaginado lo hermosa que podía ser esta isla a la luz del otoño.

Mariña se quedó mirando hacia mí sin dejar de caminar. Caí en la cuenta de mi propia expresión de alucinado, en el sentido más literal de la palabra, y al momento sentí cierta vergüenza de mi propia reacción. «Vale, campeón. Ahora debe pensar que eres imbécil», le oí decir a mi propio subconsciente. Pero otra vez más me estaba equivocando.

—Sí que lo es, sí.

Sonrió mirando al frente, y continuamos nuestro camino. Tomamos la última bifurcación y llegamos por fin a nuestro destino.

El Buraco do Inferno es un lugar sobrecogedor. Un pozo abierto en el suelo por la propia naturaleza, con una boca escarpada de unos cinco o seis metros de diámetro por su parte más amplia, y nada más que unas rudimentarias barandas de piedra, de no más de medio metro de altura, para disuadir al visitante que llega por el camino de asomarse a los más de cuarenta metros que, según nos habían contado, el Buraco tiene de caída. La distancia a la que la baranda se encuentra de la boca sumada a lo irregular de la propia abertura hacen que sea imposible comprobar la verdadera profundidad del pozo, cuando menos de modo visual. Desde donde nosotros estábamos tan sólo se podían divisar los seis o quizá ocho primeros metros de la garganta. Lo cierto es que aquella abertura negra ya nos impresionaba por sí misma, intimidándonos lo bastante como para que no nos acercásemos más para asomarnos a ver si al fondo se veía brillar el oro de los piratas. Intentamos otros métodos para descubrir su profundidad. Cogí un guijarro del camino y lo arrojé a su interior tratando de escuchar algo al fondo de aquel intestino. No se oyó nada. Mariña fue más expeditiva que yo, y lo que ella cogió fue directamente un pedrusco de dimensiones considerables. Lo lanzó al interior, pero el resultado fue muy semejante. Cloc, cloc, cloc, y cada vez el cloc se iba haciendo más remoto e inaudible. Lo intentamos un par de veces más, como dos niños que lanzan piedras al mar por ver si lo rompen, pero el éxito siempre fue el mismo. No oíamos el final del viaje de la

piedra porque desde donde nosotros estábamos, lo único que se escuchaba era una cosa. El sonido del océano entrando con fuerza, revolviéndose incómodo y constante en el fondo de aquella garganta negra. Desconocíamos dónde quedaba aquel estómago salado, pero sabíamos que estaba ahí, lo oíamos allá abajo. Bravo, fiero.

Instintivamente, pasamos a buscarlo a nuestras espaldas, bajo el cielo abierto. La isla todavía continuaba unos metros más allá al otro lado del camino, y luego el precipicio. Y el mar, inmenso, allá abajo. Probamos a asomarnos, pero la mera intención sirvió para comprobar que aquello era una temeridad. El suelo comenzaba a incrementar tanto su pendiente como su firme a volverse irregular. Un par de pasos más se podían convertir en el comienzo de un buen susto. En un principio yo no lo había visto, pero después de un buen rato de observación, Mariña cayó en la cuenta de que algo más abajo, quizá a unos quince o veinte metros por debajo de donde nosotros estábamos, alguien había construido un rudimentario balcón de piedra justo antes de que el precipicio se convirtiese en caída vertical. La bajada no parecía cosa segura, pero cuando lo quise comentar, ya mi compañera de excursión había iniciado el descenso. No sin esfuerzo, conseguimos llegar a nuestro destino.

La vista era más que impresionante. Un mirador sostenido a unos veinte metros sobre el nivel del mar. A nuestra derecha, las olas rompían con fuerza en una ensenada salvaje de rocas y espuma blanca. Bajo nuestros pies, el agua se abría paso al fondo de una garganta de roca viva. Y, a nuestra izquierda, el pórtico majestuoso del Buraco do Inferno, una herida abierta en el costado de la isla, una grieta negra de más de veinte metros de altura. La naturaleza nos abrumaba en su grandeza.

Retrocedimos hasta recuperar nuestra posición segura en lo alto. Atravesamos el camino y volvimos a asomarnos una vez más sobre la baranda de piedra que protegía a los visitantes de una caída al abismo sin fin aparente del Buraco. Lo observábamos en silencio, y el pozo no nos dio más respuesta que la voz del mar rompiendo con furia desde el interior de su profundidad. Mariña sacó su teléfono móvil, y se dispuso para hacer un par de fotos de aquella gran boca.

—¡Ponte, que te saco una!

—¿Quieres que pose delante del Buraco? —le pregunté.

—Sí. Como si fuésemos turistas. ¡Veraneantes de otoño! —rio ella.

Me apoyé sobre las piedras de la baranda intentando que una gran dosis de arrogancia fuese suficiente para encubrir lo abundante de mi vértigo.

—¡Sácala rápido, no vaya a ser que aparezca trepando por la pared el fantasma del pirata Baker y se me lleve a hacerle compañía a su oro!

Mariña volvió a reírse, y yo aguanté la pose y los nervios, contento de que ella quisiese tener un recuerdo mío.

De vuelta al Curro, deshicimos nuestro camino andando ahora más tranquilamente, con el reposo que no habíamos utilizado durante la ida. Nos parábamos en cada rincón que a Mariña le llamaba la atención, y ella iba tomando fotos de todo. Al pasar por el mirador de Fedorentos, Mariña se detuvo a contemplar

el paisaje, la ría de Pontevedra fundiéndose en el magnífico océano Atlántico con la isla de Onza al fondo. Mantenía la mirada fija en el mar, pensativa. Me acerqué un poco más a ella para preguntarle si se encontraba bien. Sin apartar sus ojos del océano abierto frente a ella, me preguntó:

—Simón, ¿tú sabes de qué color es el mar?

Comprendí al momento.

—Del color del cielo, Mariña —respondí, abrazándola contra mi costado.

Así, lentamente, con la prisa de los turistas a los que no les importa tener ya perdidos todos sus barcos, fuimos llegando por fin de vuelta a la aldea. Comimos en Casa Acuña una riquísima caldereta de pulpo, y ya estábamos con los cafés cuando Yago Ray volvió a aparecer.

—*Hi, little fishes!* ¿Qué? ¿Cómo os ha ido el paseo? ¿Ya os habéis enamorado de mi isla?

—*Hello, my captain!* —Mariña seguía divirtiéndose con el juego del surfista loco—. Lo cierto es que sí. Tenemos que confesarle que tiene usted una isla que bien vale un reino. Siéntese con nosotros y, ya que no nos acepta ningún tipo de pago por sus servicios, deje que cuando menos le invitemos a un café.

—¡Pero por Dios, *milady!* ¿A qué viene que ahora me llames tú de usted a mí? En todo caso, soy yo, tu siervo, quien se pone a tus pies. ¡Pues que sepas entonces que, si ha sido de tu agrado, mi isla ahora también es la tuya! Si es que te parece bien, claro...

—¡Vaya, pues mira! —exclamé yo, dirigiéndome a Mariña—, ya es la segunda persona que conozco que es dueña de una isla. Y todos en el mismo día, ya es casualidad. Y yo que pensaba que eso sólo era cosa de futbolistas excéntricos y músicos locos...

—Ay, Simón, Simón, que tampoco tiene por qué ponerse usted así.

—Vaya, ¿y eso? ¿Es que también me la regalas a mí? —me animé.

—Por supuesto que no. ¡Pero podrá venir a visitarnos siempre que lo desee! —Y volvió a soltar esa carcajada suya tan estrepitosa con la que ya nos había obsequiado esa misma mañana en su barco.

Aprovechó el estruendo de su risa y la complicidad que encontró en el rostro de Mariña para sentarse a nuestra mesa, y yo decidí valerme del rumbo que el Capitán Pescanova le acababa de dar a la conversación.

—Y mira una cosa, puestos a aceptar tu convite, ¿tú por dónde me recomendarías que comenzase la visita?

—Caramba, pues no sabría qué decirle, que por aquí tenemos tantos lugares...

Pareció pensárselo por un momento, pero casi al instante ofreció su respuesta.

—Supongo que por las playas. ¡Si es usted de tirarse al sol, por aquí tenemos alguna de esas que quitan el sentido!

—Ya, las playas... ¿Y qué me dices de un chapuzón en el Buraco do Inferno?

—¿En el Buraco?



Se le notó el desconcierto en el rostro. Al momento volvió a sonreír, dando por sentado que lo mío no había sido más que una broma.

—Hombre, pues me parece un poco complicado. Pero si el toro se lo permite...

—¿El toro? ¿Qué toro?

—El toro de los cuernos de oro.

Oír hablar de oro, aunque fuese en los cuernos de un toro, activó nuestras alarmas. Mariña y yo cruzamos una rápida mirada de complicidad que Yago no detectó. Fue ella la que preguntó.

—¿Qué es eso del toro de los cuernos de oro, Yago?

—El toro, según me dijeron que ya contaban en sus historias los viejos de la isla mucho antes de que yo apareciese por aquí, es el mismísimo portero del infierno, amigos.

Yago reforzó la presentación con un gesto de sus brazos para acentuar lo grandioso del animal. Reconozco que me impresionó, no contaba yo con aquello...

—¿El portero del infierno?

—Veréis. Según cuentan por aquí, el Buraco do Inferno es una de las puertas de entrada a los dominios de Lucifer. Parece ser que las ánimas de los condenados por este lado del mundo, a los que para la otra vida les hubiese tocado sufrimiento, tenían por ahí su puerta de entrada a los infiernos. Pero claro, es de suponer que no todas estarían de acuerdo con el laudo judicial que las condenaba a una vida de eterno penar, así que para evitar que ninguna intentase huir, al diablo no se le ocurrió mejor cosa que colocar en esa puerta a una terrible bestia en forma de feroz toro colosal.

—¿Y con los cuernos de oro?

—Sí. Vaya, esa parte es la que yo no acabo de entender demasiado bien. No sé cómo andará el asunto de toros, vacas o bueyes dorados por allí abajo, pero ya sabéis: si os encontráis con un bicho con los cuernos de oro, mejor no os acerquéis demasiado, no vaya ser el demonio... ¡nunca mejor dicho!

Yago volvió a reírse como un poseo con su propio chiste, y en esta ocasión también nosotros le acompañamos. Y entonces, todavía entre sus propias carcajadas, añadió.

—Bueno, digo yo que será para evitar que huyan, o también para impedir que alguien más bravo decida entrar a buscar a alguno de los condenados. ¡Que ya sabéis lo que pasó con el tal Eneas aquel!

Fue ése y no otro el momento justo en que a Mariña se le congeló la sonrisa en la cara.

—¿A qué te refieres?

—Sí, mujer —le respondió Yago, aún con los restos de la carcajada en su voz—. Ese héroe troyano que se atrevió a bajar a los infiernos a la búsqueda de la hermosa Dido, la chica que le había robado el sueño —continuó Yago, que todavía no se había percatado del cambio en la expresión de mi compañera—. En fin, que sea como sea, por aquí cuentan que si os asomáis a la boca del Buraco do Inferno, lo que se oye

venir de su profundidad no es el batir del mar, sino el llanto de las almas de los condenados, los cuales, abatidos por el castigo de sus pecados, lloran en su entrada a los infiernos. Y aún os puedo decir más...

—¿Todavía más? —A mí ya me parecía más que suficiente para tan poca conversación.

—Pues sí. Porque si sois tan valientes como para asomaros en un día de temporal, dicen que es al mismísimo toro al que oiréis bramar en su interior... ¿Qué? ¿Impresiona mi isla o no? —concluyó, golpeando orgulloso con su mano en la mesa, completamente ajeno a nuestras preocupaciones.

—Impresiona, impresiona...

Fui yo quien respondió, ya que Mariña se había quedado en silencio desde la aparición en la historia de Eneas, el héroe descrito por el poeta Virgilio.

—Pues claro que impresiona, pececillos —presumió Yago Ray—. ¡Pero si hasta tenemos línea directa con el mismísimo diablo! —Y de nuevo esa tormenta que nuestro extraño compañero tenía por carcajada.

—Y mira una cosa. —Mariña reaparecía en escena ajena a aquellas risas—: Aparte de todas esas almas de las que nos hablas, y de sus valientes rescatadores... ¿Alguien más podría entrar en el Buraco desde el mar? Me refiero a alguien un poco más real. No sé tú, Simón, yo... ¿Qué me dices?

Yago volvió a observar a Mariña de nuevo con esa expresión de desconcierto que ya no nos era nueva.

—¿Entrar en el Buraco do Inferno?

—Sí.

—¿Desde el mar?

—Eso he dicho.

El surfista de Camden Town se quedó callado por un momento. Seguía observando a Mariña en busca de algún gesto que aliviase su incertidumbre. Pero el rostro de la mujer no dejaba lugar a dudas sobre la seguridad de su pregunta. Entonces pasó a buscar la alternativa en mí, y al comprobar que por aquí tampoco estaba la salida, simplemente respondió:

—¿Pero vosotros estáis locos?

## XXII

—Se me hace un poco tarde. Pero si salimos ahora todavía nos da tiempo a que veáis algo. Venid conmigo, por favor.

Salimos los tres del bar para dirigirnos hacia el muelle, donde el *Quijote Wilson* nos aguardaba atracado en el mismo sitio donde su patrón lo había amarrado al llegar a la isla. Una vez a bordo, no tardamos en dejar atrás el puerto. Pero en lugar de poner rumbo a la ría, a Bueu, Yago Ray se dirigió hacia el sur, bordeando siempre la isla. Los dos comprendimos su intención. Apenas un par de minutos después, el capitán aminoraba la marcha de la embarcación, señalando un recodo en la costa de la isla, a unos cien metros de donde ahora nos encontrábamos detenidos.

—¿Veis esa columna negra de ahí delante?, al fondo, entre las rocas, donde se ven romper las olas. Eso es el Buraco do Inferno, la única entrada que la gruta tiene desde el mar. Y donde nosotros estamos ahora es lo más que yo me haya aproximado nunca, más o menos. Entre el pórtico del Buraco y nosotros hay toda una escollera de rocas afiladas como agujas. Cualquier lancha es muy difícil de gobernar ahí dentro. Un mal golpe de mar y la corriente nos llevaría a toda velocidad contra las rocas de la costa. ¿Lo comprendéis ahora? Por eso os decía que es una locura. ¡Hay que estar muy mal de la azotea para hacer una cosa así!

El mar estaba en calma, y aun así, las olas que se producían en aquel recodo le imprimían a nuestro barco el movimiento suficiente como para comprender que Yago no estaba exagerando. Entonces recordé otro detalle.

—Yago, antes nos preguntaste si pretendíamos entrar desde el mar. ¿Acaso es que hay otras opciones?

—¿Te refieres a si es posible hacerlo desde arriba?

—Sí.

—Bueno, creo que hay una gente de un club de espeleología que consiguió hacerlo en alguna ocasión. Aradelas, creo que se llamaba. Pero por lo visto fue algo bastante complicado. Hay que tener mucho ojo con el tiempo, con los movimientos, con el propio peso, o incluso con el rozamiento de las cuerdas contra las rocas, ya que no hay una línea de pendiente directa al fondo. Ellos tuvieron que montar una especie de andamiaje especial. Y eso por no hablar de los miles de permisos que tuvieron que solicitar. Bueno, no sé, en realidad, no creo que aquellos chavales estuviesen menos locos que vosotros...

—Comprendo.

—Como podéis ver, mi isla es una belleza, pero no olvidéis que también hay

bellezas que matan.

Con mucho cuidado fue realizando la maniobra de viraje para sacarnos de allí y para poner, ahora sí, rumbo al interior de la ría. Volvimos tranquilamente a Bueu, casi toda la travesía en silencio, apenas roto por algún que otro comentario sobre los estados del mar y las velocidades que una lancha como aquélla podía alcanzar. Desde luego, Yago Ray era un piloto orgulloso de su barco. Ya en el puerto, cuando nos íbamos a despedir, Yago le ofreció a Mariña un papel sucio y arrugado, con algo escrito a lápiz.

—Llévate mi tarjeta, princesa. Ahí te va mi número, quédate con él por si algún día quieres volver a visitar mi isla, que ahora también es tuya, y no tenéis quien os lleve.

—Muchas gracias, mi capitán.

Mariña le ofreció una amplia sonrisa a Yago Ray, y los dos salimos del barco mientras el patrón seguía con los trabajos de amarre. Ya estábamos en tierra cuando Mariña dio media vuelta para dirigirse de nuevo a su capitán.

—Yago, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto que sí, mi reina. ¿De qué se trata?

—¿Por qué...? —Mariña volvió a quedar en silencio, como si todavía estuviese dándole vueltas en la cabeza a su pregunta. Al final sonrió, haciendo un gesto con las manos como si alejase de sí alguna idea absurda—. Es igual, tanto da. Hasta luego, Yago Ray.

—¡Hasta más ver entonces, mi señora!

Allí se quedó Yago Ray, sonriendo y amarrando su bergantín al puerto de Bueu.

Ya en el coche, de regreso a Vigo por las olas de la autopista del Atlántico, Mariña y yo intentamos sacar algunas conclusiones conjuntas.

—Bueno, ¿qué te ha parecido tu capitán, mi capitán?

—¡Hey —se rio ella—, no te burles!

—¿Que no me burle, yo? ¡Pero cómo! —fingí sorprenderme—. ¿Acaso no tienes tú la sensación de que ha sido él quien ha estado tomándonos el pelo todo el tiempo?

Mariña me observaba con una mezcla de asombro y diversión en la cara.

—¿Eso te ha parecido?

—Vaya, pues no sé, no sabría qué decirte a ciencia cierta... Lo que sí que me ha parecido es, desde luego, un tipo rarísimo. Cuando menos es la primera vez que conozco a un londinense con un acento tan de Beluso como éste.

—¿De dónde?

—De Beluso, la parroquia de Bueu a la que originalmente pertenecía la isla de Ons.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Crees que era todo mentira?

—Pues mira, sí. O no. —Hablaba con una mano al volante y sin dejar de pasarme

la otra por el pelo, como si entre lo revuelto de mis mechones fuese a encontrar un poco de claridad para mi propia confusión—. No sé, Mariña. No sé si todo lo que nos dijo era mentira, si era verdad, o si no era más que de todo la mitad.

—¿Cómo que de todo la mitad?

—Pues que a lo mejor todo esto sólo es verdad para él. Con lo que, ahora que lo pienso, tampoco nos estaría mintiendo...

—¿Pero qué dices, Simón, que nuestro amigo está loco?

—Oye, ¿y por qué no? ¿Tú has visto todo lo que nos ha contado? Londres, Madrid, Vigo... Eso sí que fue una película, y no las de su amigo Pedro. ¿Los Clash? ¡Por favor, Mariña!

Ella se rio con mi veredicto. Se ve que, o bien no me estaba tomando demasiado en serio, o bien tampoco era que le importase demasiado si así hubiese sido.

—No sé qué decirte... Hombre, reconozco que peculiar sí que era un rato, sí...

—¿¡Peculiar!?! Venga, Mariña. Creo que estás siendo demasiado generosa.

—Bueno, quizá. Yo lo que sé es que, desde luego, me lo he pasado muy bien con él.

—Que te lo has pasado muy bien, dices... Ya lo he visto, ya. Yo preocupadísimo por si un narco loco nos estaba secuestrando, y tú allí, hablando de islas humanas con el loco de la montaña.

Mariña volvió a reírse.

—¡Pero qué dices tú! ¿Un narco loco? Me da a mí que ahora uno de los dos está siendo un poquito paranoide. Y yo no soy.

—Sí, tú métete ahora conmigo, pero ya me dirás entonces para qué crees que necesita un tipo como éste una lancha con un motor como ése. Porque nada más que para llegar en hora a tomarse el café con Bernardo no creo que sea.

—Pero Simón, por favor, ¿cuándo has visto tú a un narcotraficante que vaya por ahí dejando tarjetas de visita?

—¿Le llamas «tarjeta de visita» a ese papel de envolver el bocadillo?

—Bueno, no sé si eso es verdaderamente importante o no, Simón. Pero lo que sí sé es que, desde luego, su conversación ha sido de lo más ilustrativa en según qué aspectos, ¿no te parece?

Tal vez fuese por mi comentario anterior, pero de repente tuve la sensación de que el tono jocoso de la conversación se había diluido ligeramente.

—¿A qué te refieres?

—Pues hombre, a este asunto del toro con los cuernos de oro, por ejemplo. O no me dirás ahora que eso no te ha llamado la atención.

Tuve que reconocer que en eso sí estábamos de acuerdo.

—Ya, lo del oro. Ni que estuviese esperando por nosotros...

—Pues si eso te llamó la atención, imagina cómo me quedé yo con lo de Eneas y Dido.

—Lo dices por tu padre.

—Caramba, Simón, qué observador... Pues claro que lo digo por mi padre.

—Pero, por qué, ¿es que no conocías la historia de Eneas?

—A ver, Simón. Soy historiadora del arte, pues claro que conozco la historia del héroe Eneas. Pero eso tampoco quiere decir nada. Todos los nombres tienen su propia historia. ¿O acaso te crees tú que el nombre de Simón lo inventaron ayer por la tarde? «Simón, tú eres la piedra sobre la que yo levantaré mi iglesia» y toda esa historia, y no creo que por eso tengas tú ninguna pretensión apostólica. ¿Es así o no?

La elocuencia de Mariña me abrumaba al tiempo que cruzábamos el puente de Rande. No pude evitar volver a echar una mirada a la profundidad de la ría, preparándose para el atardecer. Intenté lo imposible, ver más allá de la profundidad del mar azul. ¿Dónde estaban todos aquellos barcos hundidos?

—Tienes razón. Yo también conozco un par de cosas sobre la mitología clásica, pero he de reconocer que en ningún momento se me hubiera ocurrido relacionar a tu padre con el héroe de la *Eneida* hasta que Ray lo comentó.

—Ya. Y ése es el problema, Simón.

¿Problema?

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo que tú mismo acabas de decir. Mi padre se llamaba Eneas. A mí siempre me gustó mucho su nombre, y siempre di por sentado que ésa había sido la elección de su propio padre. Pero ¿y si el nombre de mi padre no hubiese sido el elegido por mi abuelo? Quiero decir, ¿qué pasa si el héroe y mi padre están realmente relacionados, como tú dices?

—Ya veo... Entonces quizá el nombre de tu padre fuese algo más que una afortunada elección por parte de tu abuelo.

—¿Abuelo? ¿Pero de qué abuelo me estás hablando, Simón? Si todo esto es como parece ser, si alguna vez mi padre se vio vivo tras haber salido de algún infierno, entonces fue él quien escogió ese nombre, fue él quien escogió llamarse así. No pudo ser mi abuelo porque entonces nunca habría habido tal abuelo. Nunca existió ningún Daniel Dafonte, nadie semejante que hubiese emigrado a América. Nunca ningún Daniel conoció a ninguna Montserrat Maristany. Probablemente ni tan siquiera existiese nunca ninguna mujer con ese nombre. Nunca. Nada de nada, porque todo era mentira, Simón.

Para, para, para. Todo aquello era demasiado deducir, demasiadas conclusiones a demasiada velocidad.

—Pero Mariña, para un poco. Eso no tiene nada que ver con lo que nos contó el viejo Neumann...

—¿Ah, no? —preguntó ella con cinismo.

Me preocupé ante la evidencia de que Mariña estaba comenzando a alterarse, y yo a no poder ver con demasiada claridad.

—A ver, a ver. Vamos a tranquilizarnos un poco. Una cosa es hacer una escapada, salir de excursión para meter un poco de aire fresco en la cabeza entre tanta historia

de piratas, y otra muy distinta renunciar de golpe a toda tu propia ascendencia. A ver, que una cosa no tiene que ver con la otra, Mariña.

Los dos permanecemos en silencio mientras el coche entraba en la ciudad por la calle Cervantes, ya muy cerca del edificio de Mariña.

—Pero seré idiota... —exclamó de repente Mariña.

—¿Cómo?

—Todo tiene que ver, Simón. ¿Cómo dijo Jakob que se llamaba el chaval del puerto?

—Quién, ¿Daniel?

—Daniel —corroboró ella, como si los dos estuviésemos ante una evidencia que yo todavía no era capaz de descubrir—. Ahí lo tienes, Simón. Según la historia familiar que yo conozco, Eneas siempre dijo que su padre, mi abuelo, se llamaba Daniel. ¿No lo ves, Simón? Eneas es hijo de Daniel.

Dios mío. Por un momento mi cerebro superficial sintió la tentación de responder: «Venga, Mariña, se trata de una casualidad». Pero no. Aquello comenzaba a convertirse en un cúmulo de demasiadas casualidades. No encontré mejor opción que quedarme callado. Al doblar la esquina de Urzaiz con Gran Vía detuve el coche y Mariña se preparó para apearse.

—Voy a volver a hablar con Neumann. Es necesario que termine de contarnos la historia de Daniel y el oro de Rande. Ahí tienen que estar nuestras claves. No sé, Simón, pero creo que nuestra excursión de aireaciones mentales acaba de convertirse en el nuevo eslabón de esta cadena tan extraña. En cuanto sepa algo te cuento.

No dije nada. Tampoco tuve tiempo. Mariña cerró fuertemente la puerta del coche tras de sí, y yo volví a incorporarme al tráfico de la tarde en la ciudad.

Aparqué en las laderas del Castro y bajé paseando por el parque. Caminaba tranquilamente, sin prisa ninguna. Mis pensamientos eran demasiados como para poder ponerles orden en poco tiempo. Atravesé la plaza del Rey mientras intentaba centrarme en alguna de las ideas que pedían paso en mi cabeza. Pero todas hablaban a gritos y al mismo tiempo. Casi sin darme cuenta, al llegar al paseo de Alfonso mis pies despistaron su camino hacia el bar de Suso. Me senté en la primera mesa al lado de la ventana, y creo que no debí de decir ni «hola». Menos mal que Suso ya me conoce bien. Mientras él dejaba una cerveza fría y un pincho de tortilla sobre mi mesa, yo pensaba en el desencadenante del ciclón de conclusiones al que Mariña había llegado. El viejo Neumann. ¿O quizá no había sido él? No, no había sido él. Había sido otra persona.

Yago Ray.

¿Y quién demonios era este tipo? ¿Cuánto de verdad había en sus historias? ¿Estaría loco? Los Clash... La lancha.

Para qué carajo necesitaba un isleño una lancha como aquella... Los

narcotraficantes. Y entonces recordé otro nombre: Bruno.

Bruno o, mejor dicho para esta ciudad, el comisario Rodés. Según él mismo me había contado, él era el responsable de la investigación que se estaba llevando a cabo sobre el hermano de Mariña, el famoso Xulio Ascanio de los periódicos, por algo que tenía que ver precisamente con eso, historias entre narcos. ¿Y si él sabía algo sobre este otro tipo?

Y entonces hice como sólo yo sé hacer las cosas: sin ton ni son. Eché mano de mi cartera. Un montón de papeles viejos, un billete de cinco, un par de diez, algo anotado en una servilleta, un cupón de los ciegos de hace más de medio año, la tarjeta. La tarjeta que apenas unos días atrás me había dado en la puerta del cementerio. Bruno me había apuntado en ella el número de su móvil personal. Sin pensármelo ni media vez cogí mi teléfono y marqué. Oía el sonido de la línea intentando la conexión, y a cada tono mi sentido común me recordaba lo disparatado de lo que estaba a punto de hacer. Ya iba a colgar cuando alguien respondió al otro lado.

—Dígame.

Era una voz extraña, una seca y dura que no reconocí.

—¿Bruno?

—¿Quién llama?

—Soy yo, Simón Varela. ¿Eres tú, Bruno?

—¡Hombre! *Bona nit, malparit!* —De acuerdo, era él—. ¡Vaya sorpresa! ¿Qué pasa, entonces? ¿Que ya estás en algún follón o qué?

—No me atrevería a jurar lo contrario. Ya sabes, los marginales y nuestras cosas...

—¿Marginal tú? Tú no tienes ni puta idea de lo que es un marginal. ¿Qué? ¿Qué te cuentas, chaval?

—Pues tampoco mucho, Bruno. Verás, es que tengo una amiga que... —«¿Tengo una amiga?», mi «amiga» era la hermana de su objetivo. No, mejor no tirar por ahí—. Bueno, mira, que por teléfono es muy largo. Qué te parece si quedamos para tomar algo, y ya te cuento.

—Hombre, pues me parece muy bien. Anda que no tenemos para ponernos al día tú y yo, ¿sí o no? A ver. Yo ahora estoy todavía en comisaría, pero a las diez estoy fuera. ¿Cómo lo tienes tú?

—¿Hoy?

—Sí, claro, hoy, ¿por qué no? La última vez que lo dejamos para un poco después pasaron cuántos, ¿diez años?

—Ya, y alguno más también...

—Entonces que no se hable más. Te invito a cenar. ¿Todavía te gusta ir a conciertos? Pues claro que te gusta, eso nunca deja de agradarle a uno. Vuelve a llamarme a las diez y paso a recogerte donde tú me digas. Venga.

Y colgó. Colgó justo a tiempo para que yo me quedase con la mirada perdida en



la contemplación de las burbujas de mi cerveza, en eterna persecución una tras otra. Una, otra, sin parar hasta la superficie espumosa de mi vaso. A ninguna parte. ¿Qué carajo estaba haciendo?

## XXIII

El Jonathan. Karina Fálagan le puso ese nombre a su bar de la playa de Samil en recuerdo de un novio marinero que tuvo muchos años atrás, cuando el mar todavía era joven. Una ola trajo a Jonathan Seagull a tierra y otra se lo llevó, y sólo Karina quedó aquí, en la playa, sobreviviendo entre un escándalo y otro más. Aquella fiera mujer, para bien o quizá para mal, brava e impulsiva como pocas, se había ido consumiendo en el roce con los años, y ahora ya no es más que un recuerdo sentado a la barra de su propio bar, sin prestarle la más mínima atención a la mesa que tiene a su lado, desde la que dos hombres de trajes a cada cual más caro contemplan la oscuridad sobre el mar y la playa.

—El mar es un gran misterio, señor Dafonte. ¿Puedo llamarle Ascanio? Tanto da. El mar es un animal feroz, una grandísima ballena con la tripa repleta de riquezas, que lo mismo nos trae la vida como nos la quita, ¿no le parece?

El hombre del traje negro habla con tranquilidad, como el que reflexiona en voz alta sobre el cuadro que está contemplando. A su lado, incómodo, Xulio Ascanio Dafonte escucha sin demasiado interés las meditaciones de su acompañante. Revuelve con impaciencia las piedras de hielo de su *gin-tonic* y deja ver con claridad que él no ha acudido a la cita para perder el tiempo hablando de las ballenas del capitán Cousteau.

—Sí, sí, todo un misterio, señor Lucano. ¿Pero qué le parece si mejor vamos concretando un poco el motivo de nuestro encuentro?

El hombre del traje negro, Zé Lucano, sonrío al tiempo que dibuja un arco con sus cejas, sin dejar de observar la playa, el mar al fondo escondido en la oscuridad de la noche.

—Por supuesto, señor Dafonte. Ascanio... Como ya habrá podido deducir de nuestras conversaciones previas, estamos en total conocimiento de sus actividades, ¿cómo las podríamos denominar...? Llamémoslas *furtivas*, ¿le parece? Tanto da. Basta con que comprenda que si hago hincapié en este asunto, nada más es para que ambos nos podamos ahorrar un tiempo precioso: usted no tiene que contarme esa historia de sus efectos navales, y yo podré hablarle con más detalle sobre el contenido de nuestra propuesta. ¿Estamos de acuerdo? Tanto da.

»Su fama le precede, amigo Ascanio. Estamos al corriente de que es usted el amo y señor de las rías, y que no pasa absolutamente nada en estas aguas sin su conocimiento y autorización. No pierda el tiempo preguntando cómo lo sabemos. Lo importante es que lo sabemos y punto. Y otra cosa que también sabemos es que para

llevar a cabo sus trabajos siempre se rodea de los mejores. Como, por ejemplo, Blanco. No hay otro piloto como él, ¿verdad? Le ruego que le felicite de mi parte por la maniobra que hizo la otra noche para entrar en la playa de Cova Balea. Tengo que confesar que por un momento pensé que no lo conseguiría, planeando en silencio a tanta velocidad, a oscuras y sin rozar ni media roca. ¿Cómo lo hace? Lleva los motores a la máxima potencia y luego los apaga y levanta para aprovechar la inercia antes de aproximarse a la playa, ¿no es así? Impresionante. Ah, por cierto: el detalle de las fotos. Espero que no les haya parecido mal, y confío en que comprenderían ustedes su necesidad, por aquello de lograr un entendimiento entre todas las partes. Bueno, tanto...

Un gesto súbito de la mano de Xulio Ascanio hace que Lucano interrumpa su discurso.

—Ya, ya sé, *tanto da*, ¿no? Mira, payaso, no acabo de ver con qué clase de gente estás acostumbrado a tratar, pero desde luego conmigo no es de ese modo como van las cosas. Así que ahora me vas a escuchar tú a mí. —Xulio Ascanio se acerca al hombre del traje negro y, sin dejar de observarle fijamente a los ojos, le dice—: Si pretendes volver a decirme *tanto da* una sola vez más te mato aquí mismo. Te meto el cañón de mi revólver por el culo y aprieto el gatillo hasta que el percutor haga *clic*. ¿Te queda claro? Bien. Pues ahora te vas a dejar de tanta hostia con el mar, las ballenas y su puta madre, y me vas a aclarar de una puta vez qué carajo es lo que queréis de mí. Pero, y esto que te quede muy clarito, si vuelves a decir una sola vez más la palabra *tanto* te dejo seco sin que tengas tiempo a pronunciar *da*, ¿estamos?

Zé Lucano observa a Ascanio sin que la advertencia recibida le cause la más mínima alteración en su expresión.

—¿Acaso no le parece evidente, ya? —responde desde un esbozo de sonrisa cínica—. Necesitamos que usted y su piloto hagan uno de esos trabajos suyos para nosotros.

—Bien, empezamos a entendernos. —Xulio retoma su postura inicial, como si por fin la conversación estuviese en un punto que a él le resulta cómodo—. ¿Y de qué clase de trabajo estamos hablando? ¿De una entrega, tal vez?

Lucano vuelve a sonreír ante el eufemismo empleado por Xulio Ascanio.

—No, creo que no. Digamos que se trataría más bien de una recogida... Sí, eso es, de una recogida a domicilio. Lo malo, señor Dafonte, es que creemos que nuestro domicilio podría tener un acceso, digamos, complicado.

—¿Creen? ¿Y entonces cuál es el problema, tan despistados andan que no saben dónde está su propia casa?

—Bueno, podríamos decir que acabamos de mudarnos a la ciudad, y sabemos cuál es el barrio, pero todavía no el domicilio exacto. Pero lo que sí podemos ir adelantándole es que no será fácil. Si ustedes aceptan nuestro encargo, deberán estar preparados para caminar por sendas complicadas. Dicen que los caminos del Señor son inescrutables, ¿no es así? Pues éstos de los que le hablo son además los más

peligrosos por los que, con total seguridad, habrán navegado jamás su piloto y usted.

Xulio lo medita durante un trago de *gin-tonic*.

—Lucano, o como coño se llame usted —responde con tranquilidad, sin ni siquiera mirar a su vecino a la cara—, sepa que, como dicen por aquí, nosotros *non temos medo, temos fame*. Ya puestos, ¿qué tipo de ingredientes son los que llevaría nuestra *pizza*?

—Bueno, mucho me temo que eso todavía no sea de su incumbencia. Pero no se preocupe. Otra cosa: el hermoso ciclomotor que su hombre, el amigo Blanco, acostumbra a pilotar habitualmente está muy bien, una pequeña lancha rápida con la que hacer un fulgurante asalto en mar abierto y regreso a tierra. Pero creo que para esta ocasión vamos a necesitar algo un poco mayor...

—¿A qué se refiere?

—Piense que la carga que pretendemos mover es... «voluminosa», probablemente muy pesada, y el tiempo para hacerlo más bien escaso, por lo que vamos a necesitar bastante velocidad, no sé si me comprende usted...

Xulio permanece en silencio, observando a su acompañante sin mostrar el más remoto gesto de impresión por su parte.

—Dieciocho metros de eslora, semirrígida, capacidad para hasta diez mil kilos de carga, siete motores V6 fueraborda y dos mil cien caballos de potencia para alcanzar una punta constante de unos setenta nudos, que, por si no lo sabe, vienen siendo unos ciento treinta kilómetros por hora. Una bestia de cuando los tiempos de la guerra del tabaco. ¿Le parece suficiente, *vecino*?

Lentamente, Lucano dibuja sobre su rostro una amplia sonrisa de satisfacción.

—Me abruma usted, señor Dafonte.

—Ya lo veo. E imagino que saber para quién estoy trabajando tampoco es cosa de mi incumbencia, ¿no es así?

Zé Lucano vuelve a sonreír.

—Efectivamente. Mi patrón ya se dará a conocer cuando él lo considere oportuno. Pero lo que sí me ha pedido para hoy es que yo le haga llegar a usted sus credenciales. Le ruego las acepte a modo de adelanto.

El hombre del traje negro hace un gesto con la mano y, desde el fondo de la barra, un tipo enorme con aspecto de luchador de sumo se acerca hasta la mesa llevando consigo un maletín de piel marrón. Lucano lo coge y, discretamente, lo sitúa entre su silla y la de Xulio.

—Aquí le dejo esto. En concreto son sesenta mil credenciales, todas firmadas por el señor Euro y en billete pequeño. Confío en que sean de su agrado.

—¿Sesenta, has dicho?

—Exacto. Son sesenta ahora, y otras tantas a trabajo hecho. ¿Le parece?

Ahora es Xulio el que sonrío.

—Me parece.

—Estupendo, entonces. Permanezca a la espera de noticias, pronto contactaremos

con usted. Excuso comentarle que, desde este momento, ya no hay vuelta atrás. Sea bueno.

Zé Lucano se levanta y sale de local. Tras él, el luchador de sumo también toma el camino de la puerta. Xulio Ascanio queda en silencio, mirando cómo aquella extraña pareja se pierde bajo la luz de las farolas que alumbran en naranja el paseo de la playa. Sigue observándolos hasta que los pierde de vista. Cambia de objetivo, y pasa de contemplar el paseo a concentrarse en el bulto que su acompañante acaba de abandonar al lado de su silla. «Gente extraña», piensa. Apura su copa, deja un billete de cincuenta sobre la mesa y, tranquilamente, sale del Jonathan con el maletín de piel marrón en la mano.

Desde la barra, viendo el billete que el hombre acaba de abandonar sobre la mesa, el camarero todavía le dice algo sobre su cambio, pero Xulio ni siquiera le presta más atención que la justa para hacerle un gesto de desinterés con la mano que le queda libre.

—Tanto da —responde ya desde la puerta.

## XXIV

A las diez y cinco, Bruno detenía su coche justo delante de mi portal. Para mi alivio, no se trataba del vehículo que se me había pasado por la cabeza, uno de éstos con luces y sirenas sobre el techo y la palabra POLICÍA escrita en las puertas. No. Era un coche viejo, creo que un Opel Corsa. Me recordó al mío. Mi madre, aquel coche parecía tan viejo que bien podría haber sido el prototipo del que hubiesen sacado todos los demás...

—Mimá, chaval. Mucho comisario y mucha historia, pero vaya mierda de coche que gastas. Si éste es el coche oficial que le ponen al comisario, entonces los patrulleros qué hacen, ¿van en patinete? Sí que tienen que estar mal nuestras fuerzas de la ley y el orden...

—Oye tú, desgraciado. ¿Qué coche oficial ni que gaitas, mamón? Éste es mi coche, y no sé en qué limusinas estarás acostumbrado a moverte tú, pero si éste no te parece de tu agrado, ya te puedes ir bajando, que a cenar conmigo vas a ir a pie, soplapollas.

—Vale, vale —claudiqué yo—. Tú relájate un poco, que yo haré una excepción. Qué, para dónde tiramos.

—¿Conoces el Clandestino?

—¿El qué?

—¡Andando!

Tomamos rumbo sur y salimos de la ciudad. Rodamos los kilómetros aprovechando para ir poniéndonos al día en nuestras cosas menos comprometedoras, en lo más trivial. Él me contó cómo había llegado a comisario y yo le confesé que mi coche no era una limusina. Dejamos atrás la ciudad por la carretera vieja de Baiona. Pasamos Nigrán y, al llegar a la rotonda de la Ramallosa, giramos a la izquierda justo antes de cruzar el río Miñor, en dirección a Gondomar. Nada más pasar la plaza de abastos, Bruno aparcó su coche.

—Hemos llegado, chaval. Verás qué sitio más chulo.

Clandestino era el nombre del bar al que el comisario me había llevado.

«Las reparaciones se pagan al contado», rezaba un viejo cartel de madera colgado en una de las paredes. Se trataba de un viejo taller de motos, reconvertido ahora en bar de conciertos, y sobre su escenario una banda de *rock*, Telma y los Luises, tocaba una versión de los Pretenders. Nos sentamos a una de las mesas que había en la parte superior y al momento apareció la camarera, una mujer de unos cincuenta y pico, con una sonrisa enorme, tan grande como tristes sus ojos.

—Buenas noches, Anabel. ¿Qué? ¿Cómo va la parroquia hoy?

—Buenas noches, comisario. Pues ya sabes, cuando hay luna llena todo el gallinero se revuelve... ¿Qué os pongo?

Estaba claro que Bruno era uno de los habituales del bar. Pidió por los dos sin ningún tipo de consultas. «Una de nachos, un par de burritos y guacamole para los dos. ¿Tenéis frijoles? Pues tráenos un par de raciones también. ¿Y de beber? Un par de cervezas con tequila. Mamasita...».

—Vaya, sí que tenías razón. Es bien bonito el sitio este —aprobé yo.

—Sí, muy bonito. Pero venga, que los dos sabemos que tú no me has llamado para que yo te enseñe este bar tan bonito. ¿Qué ocurre, Simón?

Vale, era la hora de la verdad, y yo había tenido tiempo de sobra para preparar mi discurso. Lo malo era que, como siempre, esta vez tampoco lo había hecho.

—La culpa fue de una moneda, Bruno. Una moneda de oro que no tenía que estar aquí.

Me oí hablar a mí mismo y al punto sentí vergüenza ante lo absurdo de mi propio encabezamiento, si bien Bruno seguía observándome con rostro impertérrito. Me alivié pensando que, dada su condición de policía, mi amigo ya tenía que estar acostumbrado a escuchar todo tipo de declaraciones probablemente mucho más increíbles, ridículas o disparatadas que cualquiera que yo le pudiese ofrecer, así que intenté ordenar mis ideas, la cadena de acontecimientos al completo, y encontrar el mejor modo de resumirle a mi amigo nuestra extraña situación, pero intentando del mismo modo dejar al margen ciertos nombres.

—Verás, la cuestión es que hace dos días tomé café con una mujer guapísima a la que apenas conocía, y hoy ya es mi amiga. Anteayer vi como ella y su hermano heredaban mucho dinero y dos monedas de oro. Ayer fuimos a buscar información sobre esas monedas a un viejo anticuario de la ciudad, pero casi no obtuvimos ningún éxito. Encima, al salir de la tienda dos tipos como dos gorilas nos persiguieron por la calle. Nos cogieron, nos atracaron, me dieron una paliza y nos robaron la moneda. Por si eso fuese poco, por la noche apareció el propio anticuario para contarnos una historia de piratas rarísima, luego otra sobre la guerra y, al fin, otra más rara todavía sobre alguien que, según esta historia, no era quien llevaba toda la vida diciendo que era, sino otra persona muy diferente. ¿Me sigues? Pues prepárate, que ahora viene lo mejor. Resulta que hoy, un tipo muy raro llamado Yago Ray nos ha llevado en su lancha hasta la isla de Ons, y allí nos ha enseñado la entrada de esta zona del mundo al infierno. ¡Al mismísimo infierno, nada menos! Y ahora estamos tú y yo aquí sentados tomando tequila después de casi doce años. Tú debes de pensar que todo esto es una locura, y yo, simplemente, ya no sé qué pensar... ¿Qué, cómo lo ves?

Bruno seguía observándome en silencio. Esperaba que en cualquier momento comenzase a reír. Para ser exactos, lo que realmente temía era que explotase en una carcajada atroz ante lo absurdo de mi situación así descrita.

Pero no, no lo hizo...

En lugar de echarse a reír, apuró su tequila, y por fin me respondió:

—Bueno, verás. Te voy a decir un par de cosas.

Pero, curiosamente, no dijo ninguna.

Volvió a guardar otro tiempo de silencio. Jugaba con su vaso de tequila haciéndolo rodar entre los dedos de las manos a la vez que buscaba las palabras con las que decirme ese par de cosas.

—Tu amiga *guapísima* se llama Mariña Dafonte, la hermana de mi no tan *guapísimo* amigo Xulio Ascanio Dafonte. Y ése es en realidad uno de los motivos por los que estás preocupado, sí, pero no el que te quita el sueño. De hecho, ahora lo que realmente te está rompiendo la cabeza es averiguar quién es este tal Yago Rayo del que me hablas. Pero yo te pregunto otra cosa: ¿quién es el anticuario? Porque, tal como yo lo veo, quizá sea de éste del que te deberías preocupar, ¿no te parece?

No sabía qué decir. Observaba con asombro a mi viejo amigo sin comprender nada. Me di cuenta de que tenía la boca abierta. La cerré despacio.

—Pero... ¿Se puede saber cómo sabes tú todo eso?

—Elemental, querido Varela, elemental.

Sonrió e hizo una señal a la camarera para que nos trajese otras dos cervezas con tequila. Y ya podía ser todo para él, porque mi tequila seguía intacto, todavía virgen en mi vaso.

—A ver, Simón, piensa un poco. Esta ciudad no es tan grande como para que los dueños de sus mayores fortunas se mueran a diario. Tú y yo nos encontramos el otro día en las puertas del entierro de la señora Llobet. Ahí fue donde yo te dije que estábamos investigando al indeseable este del Ascanio. ¿Acaso has pensado que no íbamos a saber que anteayer se pasó toda la tarde en el despacho del abogado de su madre? De donde, por cierto, también se vio salir a la misma hora que al resto de los participantes en la reunión a un desconocido que, sorprendentemente, se parece mucho a ti, si bien eso es algo que de momento no viene al caso. Y ahora tú vienes contándome todo esto. Pues blanco y en botella, el hermano del que me hablas no puede ser otro. Y este *otro* no tiene *otra* hermana con la que compartir una herencia. Una hermana sobre la que también, por cierto, tengo que darte la razón: es *guapísima*. Así pues, ha sido Ascanio quien te ha llevado a pensar en mí, ¿me equivoco?

Asentí, abrumado por el manejo de la lógica por parte de mi amigo, en igual proporción a mi falta de cabeza, mientras acababa de entender perfectamente su nombramiento como comisario jefe. Y eso que todavía no había terminado...

—Pero sé que, de todas formas, quien más te preocupa es ese tal Yago, ya que su nombre ha sido el único que has dado en tu historia. Así que dime: ¿por qué te preocupa tanto?

Tanta elocuencia lógica me había pillado por sorpresa.

—Bueno, no sé, Bruno... Tendrías que conocerlo. Es un tipo muy extraño. Por lo visto se desplaza todos los días de Ons a Bueu en una lancha muy rápida, una de esas planeadoras con un motor enorme como las que tienen los narcos.



Esta vez sí que Bruno rompió a reír sin el más mínimo disimulo.

—¿De ésas como las que tienen los narcos? Pero bueno, y eso de dónde te lo has sacado tú, ¿de la revista *Narco Total*? —El comentario de Bruno hizo que al instante me sintiese ridículo—. Pero hombre, Simón...

—Bueno, oye, qué sé yo... Mira, yo no soy más que un pobre arquitecto de segunda, un desgraciado, un... Un *malparit*, Bruno, y ya me llega con todo eso como para que encima venga nadie a sacudirme los morros así, *de gratis*. ¿Y qué es lo que quieres que piense yo? Con que me partan la cara una vez ya tengo bastante. Más allá de eso, comienzo a desconfiar de todo el mundo.

—Ya, Simón, ya, te entiendo. —Parecía que Bruno se apiadase de mí; de mi susto y de lo indefenso de mi posición—. Pero no. A mí no me suena de nada ese tal Yago Rayo.

—Yago Ray.

—Como sea, no me suena. Lo investigaré de todas formas, si así te quedas más tranquilo. Pero si este individuo tuviese algo que ver con Ascanio, no sólo ya lo sabríamos nosotros. Lo más probable es que también tú lo supieses ya...

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero, Simón —sentenció Bruno—. Ascanio no es de los que pierden el tiempo dando sustos. Él prefiere dar ejemplos, tú ya me entiendes. Pero ya te digo que no va por ahí la cosa. Por eso te lo voy a preguntar una vez más: ¿quién es el anticuario ese?

Una vez más seguía sin entender nada. ¿Qué importancia tenía eso ahora?

—¿Pero por qué te preocupa tanto el viejo?

—Porque mientras que de los otros sí me has hablado de cosas concretas, de éste no me has dicho nada, tan sólo que se limitó a contaros cosas, cada una más extraña que la anterior, según tú mismo me acabas de decir, ¿no?

Lo cierto era que sí. Una guerra, piratas, otra guerra, Daniel...

—Pues tal vez sean este tipo y sus películas los que os estén metiendo en los verdaderos problemas, ¿no te parece?

—Neumann —respondí de modo automático, como si la palabra «problemas» hubiese activado algún tipo de resorte de seguridad en mí—, Jakob Neumann. ¿Lo conoces?

Bruno volvió a jugar con el vaso del segundo tequila, ahora ya vacío entre las manos. Lo movía y arrugaba el entrecejo.

—No, no me suena. Pero estoy seguro de que es por ahí por donde tenemos que tirar. Vamos a hacer una cosa: deja que mañana haga unas cuantas preguntas en comisaría, sé con quién puedo hablar en el departamento. A primera hora te doy una llamada y te digo algo... —hizo una pausa—. Bueno, eso si sigues vivo, claro, porque al paso que vas... ¿Te has fijado en la guitarrista del grupo? —Bruno miraba ahora para el escenario—. *Está bona, eh, malparit?*

¿La guitarrista del grupo? Yo todavía le estaba dando vueltas a lo que acababa de

oír, ¿y Bruno me preguntaba si me había fijado en la guitarrista del grupo? ¡Pero si yo ni siquiera me había enterado de que la banda siguiese tocando en el escenario! Tanto daba. Conocía a Bruno, y sabía que cuando un tema se daba por finalizado, aunque eso sólo ocurriese por su parte, el cambio de tercio venía anunciado de ese modo. Ya no habría más que hablar por hoy. Bruno sonreía mientras escuchaba la música. *I love Rock and Roll*, la banda cantaba la canción de Joan Jett. Aún pedimos más tequilas de los que puedo hacer memoria y, cuando por fin salimos del bar, yo me fijé en el escenario. La guitarrista era muy guapa. O eso creo recordar...

## XXV

Despertar con el sonido del teléfono se estaba convirtiendo en un ritual últimamente. La gran diferencia era que esta vez yo no estaba solo. Me acompañaba la resaca por la que habíamos estado llamando a gritos todos los tequilas de la noche anterior y yo. ¿Cuántos habían sido al final? Demasiados, a la vista de la ferocidad con la que el timbre de mi móvil sonaba en mi cabeza. Recordé las últimas palabras de Mariña al salir de mi coche el día anterior, y supuse que sería ella con alguna novedad sobre el viejo Neumann. Me equivoqué, pero sólo en parte.

—¡Simón! *Bon día, malparit!*

—Bruno... ¿Qué hora es?

—¿Cómo que qué hora es? La hora perfecta para que saques de paseo a ese perro muerto que se te ha metido en la garganta...

—Ya, muy simpático tú... Pero que sepas que este chucho lleva tu nombre en su chapa, así que ya te pasaré la factura del veterinario, ya. Gracias a ti tengo una resaca infernal, desgraciado, así que ya pueden ser buenas las noticias que me tengas que dar.

—Vaya, pues no sabría muy bien qué decirte... A ver. He estado investigando sobre lo que me contaste ayer. Ya puedes navegar tranquilo: tu amigo Yago Ray, en realidad Jason Ryan, nacido en Londres, 1960, en España desde 1982, hoy está limpio como una patena.

—¿Hoy? Y luego qué pasa con *ayer*, ¿acaso no estaba tan limpio o qué?

—Bueno, Simón, ya sabes. *Ayer*, unos más y otros menos, pero casi todo el mundo tuvo algo que ver con el contrabando de tabaco. Dinero fácil para casi cualquiera que anduviese por ahí, la cosa estaba por todas partes y la tentación era mucha. Por lo visto, vuestro amigo estuvo en alguna que otra historieta, pero todo cosas muy puntuales y sin importancia, al fin y al cabo.

Claro, eso explicaba lo de aquel motor camuflado. Demasiada potencia para la planeadora de un ocioso...

—Pues muy bien —respondí yo, desincrustándome las legañas de los ojos—. ¿Cuál es el problema, entonces?

—Pues que, tal y como te advertí, a lo mejor el que no está tan limpio es vuestro viejo cuentacuentos...

Neumann. Lo sabía.

—¿Qué es lo que has descubierto?

—No mucho, la verdad. Aquí no tiene ficha, nada de antecedentes, así que por ahí

también parece limpio. Pero en comisaría tenemos al teniente Costas, uno de los más veteranos. El hombre lleva tanto en esta casa que creo que si buscas en la enciclopedia la palabra «policía» sale su foto. En el cuerpo es toda una institución, y siempre que tenemos alguna duda recurrimos a él. Así que, al no encontrar nada sobre tu amigo en el ordenador, se me ocurrió preguntarle a él. Y oye, bingo. Él sí que recuerda haber leído algo sobre vuestro fulano. Hoy todos esos asuntos no son más que expedientes que ya llevan años y años almacenados: casos sobreseídos, papeles convertidos en polvo, telas de araña y comida para ratones. Pero según el viejo Costas recuerda, vuestro anticuario apareció en la ciudad a mediados de los años cuarenta. O por lo menos es entonces cuando nosotros tenemos las primeras noticias sobre ese individuo. No está muy claro su origen, aparece directamente ya para montar la misma tienda de antigüedades que hoy tiene.

—En la Alameda.

—Ahí mismo, y desde entonces no se le conoce más historia.

—Pero no entiendo, Bruno. ¿Cuál es el problema entonces?

—Un asesinato.

—¿Qué? —Para, para, para... «Asesinato» era una palabra demasiado fuerte para digerir a esas horas y con esa resaca. Yo desconfiaba del viejo anticuario, sí, pero aquello era demasiado.

—Costas no recuerda con exactitud el año, pero le suena que fue allá por 1968 o 1969. Tanto da, el asunto es que a finales de los años sesenta, una noche se lo llevaron detenido por escándalo público. El tal Neumann, por entonces ya un conocido comerciante de la ciudad muy cerca de la cincuentena, atravesaba la calle del Príncipe borracho hasta las trancas y gritando como un loco. El sereno avisó a los grises, que al no conseguir entenderse con el individuo, quien sólo hablaba en otro idioma, decidieron meterlo en el calabozo, y que allí pasaran la noche los dos juntos.

—¿Los dos? ¿Qué dos, Bruno?

—Pues quiénes iban a ser, *nen*: él, y la mona que con él traía. Pero la cosa fue que allí apenas durmió nadie. El tipo se pasó la noche entera lloriqueando en su celda. El oficial de guardia sabía un poco de alemán, y así fue como se dio cuenta de que aquello que el hombre no dejaba de repetir sin descanso no era precisamente *peccata minuta*, como dicen los curas.

—¿Y qué era lo que decía?

—«¡A todos, los maté a todos!», repetía sin cesar. Y de cuando en vez añadía: «¡Hugo, yo te maté!». Finalmente acabó cayendo rendido de puro agotamiento, y por la mañana, cuando por fin se le hubo pasado ya el pedo, el preso recuperó el habla en castellano. Así fue como lo pudieron identificar. El oficial del turno de noche había informado de lo sucedido, y todavía lo mantuvieron retenido un tiempo. Le preguntaron por aquellas penas suyas, pero el detenido negó recordar ninguno de sus delirios. Se le retuvo todo el día en los calabozos, mientras se hacían algunas indagaciones, pero nadie logró sacar nada en claro. Al final, alguien pagó su fianza y

no quedó otra que soltarlo. Con el alemán ya en libertad la cosa todavía se investigó un poco más, pero al final la falta de evidencias en torno a muerte alguna acabó arrojando el asunto en el olvido.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, Simón. Desde entonces no ha vuelto a dar otro problema. Un tipo discreto, siempre metido en su negocio, sólo pendiente de la llegada y salida de sus pedidos en el puerto, y sin ningún jaleo con nadie. Hasta ahora, que tú lo has vuelto a traer a la memoria.

—Ya... ¿Y a ti qué te parece todo esto?

Bruno tardó en responder.

—No sé qué decirte, Simón. Todo lo que tú me comentaste ayer me pareció bastante extraño. Pero sobre lo que Costas me contó esta mañana sí que te puedo decir una cosa, por experiencia: cuando alguien atraviesa una calle de la ciudad llorando a gritos, es que desde luego algo le hierve en el pecho. Sólo una cosa más: hubo un último detalle que al teniente Costas le llamó la atención, el nombre de quien en el informe figuraba como pagador de la fianza del anticuario. Agárrate, Simón.

—Venga, Bruno, que no estoy para bromas.

—Jakob Neumann salió a la calle porque Eneas Dafonte pagó su fianza.

No podía ser otro.

—El padre de Mariña...

—O el padre de Ascanio, según se mire. Ten mucho cuidado, Simón.

Colgué el teléfono con la preocupación instalada en el cuerpo. Jakob y Eneas. Entonces sí había una relación entre ellos. ¿Entre asesinos? Neumann era un asesino. Lo sabía, sabía que había algo turbio en aquel viejo. Y el asunto de doña Isabel... Rovira había dejado claro que la muerte de doña Isabel Llobet no se trataba de un accidente. Bruno acababa de decirme que Neumann podría ser un asesino. Y fue el propio Jakob quien nos contó que la viuda del señor Dafonte y el anticuario se habían puesto en contacto días atrás. Recordé la conversación que había escuchado desde la biblioteca, doña Isabel gritándole a alguien al otro lado del teléfono. ¿Estaba él, Neumann, detrás del asesinato de la madre de Mariña? ¡Mariña! Lo último que dijo Mariña el día anterior fue que volvería a hablar con él, que quería volver a quedar con el anticuario para que le aclarase la historia de su padre. ¡Mariña estaba en peligro! Volví a coger el teléfono, y esta vez fui yo el que llamó.

—¡Mariña, Neumann está mintiéndonos! ¿Estás con él? ¡Sal de ahí, sal de ahí ya mismo!

—Sí, sí, claro. Buenos días a ti también, Simón. ¿Se puede saber de qué rayos me estás hablando? ¿Qué puñetas dices, que salga de mi casa? A ver, Simón, ¿qué es lo que pasa?

Vale, estaba en su casa.

—Ya, sí, perdona. Buenos días, ¿estás con Neumann?

—Pues no, todavía no. ¿Por qué?

—Pero has hablado con él, ¿verdad? ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Sí, hablé con él. Le dije que quería que nos volviésemos a ver, que necesitaba que me aclarase toda la historia de anteayer.

—Bien, ¿y él qué te dijo?

—Que le parecía muy bien, y quedamos para hoy.

—¿Para cuándo?

—¡Mierda, Simón! ¿Qué te pasa, estás sordo o qué? ¡Acabo de decírtelo, para hoy!

—¡Eso ya lo sé! ¡Lo que te estoy preguntando es a qué hora!

—Pues para dentro de un rato, a las dos...

Miré el reloj por primera vez desde que me desperté. Pasaban unos minutos de las doce y media.

—¿Y dónde habéis quedado?

—En su casa, encima de la tienda.

¿En su casa? ¡Aquello era meterse directamente en la boca del lobo!

—Mariña, espérame. En veinte minutos estoy ahí.

—Pero Simón, ¿qué dices, qué es lo que está pasando?

—Es una trampa, Mariña, Jakob nos está ocultando algo. Se trata de un asesino.

—¿Cómo dices? ¿Un asesino ese viejo? ¡Pero Simón, si casi no se puede ni mover!

—Sí, claro, él no. Pero sus perros sí que lo pueden hacer.

—¿Sus perros? Pero... Simón, ¿qué demonios estás diciendo?

—A ver, Mariña, luego te lo explico todo, pero ahora no te muevas de ahí. ¡Veinte minutos!

Tardé treinta en llegar. Salí a la calle ya corriendo, aunque las energías para mantener la carrera no me alcanzasen más que para llegar a la acera de enfrente. Aun así, caminé tan rápido como me fue posible. Subí por Urzaiz, la gran vena cava de la ciudad, como alma que lleva el diablo en el cuerpo, y doblé su cruce con la Gran Vía con toda la decisión de meterme ya derecho en el portal de Mariña, justo en la esquina de las dos calles. No fue necesario.

Ella ya estaba allí fuera, en la calle. Contemplaba con tranquilidad el escaparate de la zapatería que ocupa toda la esquina. Yo había subido la cuesta de la calle Urzaiz echando los hígados por la boca, con la preocupación tirando de mí, y ahora casi me daba de narices con Mariña, que con toda la calma del mundo observaba las muestras de calzado expuestas. Me sorprendió, no contaba con encontrármela allí, y mucho menos con tanta tranquilidad en su cuerpo. ¿Pero qué leches le pasaba a esta mujer, qué parte de la palabra «asesino» era la que no había comprendido?

Me llevó dos minutos ponerla al día de mis descubrimientos, y un mundo aparentar que la intervención ahora de la mismísima policía, aunque hubiese sido a

través de un viejo amigo mío, no tenía nada que ver ni con ella ni con su hermano. El más grande de los esfuerzos por mi parte fue el de reprimir mis sospechas sobre el vínculo que pudiese haber entre el viejo Neumann y el asesinato de su madre. La cara de Mariña ante lo que yo le estaba contando ya era de absoluta incredulidad como para darle una vuelta de más.

—A ver, Simón. Primero lees unos papeles viejos y me dices que estás convencido de que mi padre no sólo es un fascista, sino que además es un asesino. Ahora me vienes con que un viejo que casi ni se tiene de pie también es un asesino. ¿Y con éste qué, qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa con éste?

—Hombre, Simón. Pues pasa que Jakob es alemán. Y si mi padre era un fascista, entonces con éste cómo va a ir la cosa, será también un nazi, ¿no? Y oye, quién sabe, ¡a lo mejor resulta que estamos ante el mismísimo Führer reconvertido en anticuario!

Vale, Mariña no me estaba tomando en serio.

—Venga, Mariña, yo no he dicho nada sobre ningún nazi. Lo que digo es que hay una posibilidad de que Neumann esté metido en algo oscuro.

—¿Y eso por qué? ¿Porque un viejo policía guarda milagrosamente un recuerdo *de algo* que leyó sobre *algo* que sucedió hace casi cuánto, cuarenta años? Venga, Simón...

—No es así, Mariña. Lo que Bruno dijo fue que... ¡Bueno, que me da igual! Lo que importa es que, quizá, y fíjate que digo *quizá*, exista la posibilidad de que este tipo no sea trigo limpio. Acabas de ver que, cuando menos, su pasado no está muy claro. Anteayer te viene con toda la historia esta de tu padre, y ahora quiere que vayas a su piso. Yo sólo digo que tenemos que andar con ojo, que no sabemos si este tipo puede ser peligroso.

—Vale, de acuerdo. Quizá en sus años más jóvenes estuviese metido en asuntos oscuros. Pero Simón, ¿ahora de qué va a ser peligroso?

—Ya. ¿Y qué pasa con sus amigos?

—¿Qué amigos?

—¿Cómo que qué amigos? ¿Es que ya has olvidado lo bien que nos lo pasamos el otro día en el callejón, justo después de salir de la tienda de Neumann?

—¡Pero Simón, si no tenemos ni idea de quiénes eran esos tipos!

Ahí llevaba razón. Tuve que reconocer que tal vez mi nerviosa imaginación estaba preocupándose más de lo que era sensato razonar.

—Bueno, no sé, puede que tengas razón —rezongué—. Perdóname. Pero es que ya no sé qué pensar. Todo esto, absolutamente todo, es muy extraño, y cada día que pasa parece que todo se complique un poco más y todos sean un poco menos de fiar.

—¿*Todos*, Simón?

Yo hablaba desde el agobio, gesticulando a uno y otro lado de la acera, sin ver que Mariña sólo me miraba a mí. La oí y, de repente, descubrí sus ojos. Y sonreí.

—*Todos*, excepto tú y yo.

—Eso está mejor.

Y Mariña también sonrió. Abrió sus brazos y yo aproveché para descansar en aquel abrazo. Cielo santo, qué demonios estaba sucediendo... Fue ella quien concluyó la conversación.

—Venga, bajemos los dos juntos a hablar con el viejo, y así vemos qué es lo que nos tiene que decir. A ver qué nos cuenta él de todo esto.

Caminamos tranquilamente calle abajo hasta llegar a la Alameda, y gozamos de otro mediodía de primavera otoñal. El tiempo está loco, y ya tampoco él es capaz de mantener sus propias promesas de años anteriores. Pero ese momento era perfecto. El sol, el paseo, la luz. Quizá fuese la calma antes de la tempestad, la hermosura del cielo que espera por el rayo. O quizá simplemente fuese que Mariña se había cogido de mi brazo y caminábamos en un microcosmos de medio metro cuadrado. No lo sé. Cuando llegamos a la altura de la tienda de antigüedades los dos apenas habíamos cruzado tres o cuatro palabras. Y qué más daba. Yo habría caminado de esa misma manera hasta la puerta del mismísimo infierno, estuviese éste en Ons o donde el diablo la hubiese querido poner. Pero ya habíamos llegado al portal del edificio, y Mariña pulsó el botón del primer piso para que el portero automático nos devolviese por toda respuesta el zumbido eléctrico con el que se abría el cierre del portal. Subimos por las escaleras hasta el primer piso y encontramos la única puerta que allí había ya abierta. Nos acercamos a ella con precaución.

—¿Señor Neumann? —preguntó ella, asomándose tímidamente a un interior oscuro.

—Pasad, pasad —nos respondió una voz conocida desde el fondo del corredor.

Avanzamos hasta una claridad adivinada al otro extremo del pasillo para entrar en una pequeña sala. La luz llegaba a través de una abertura que yo identifiqué al momento, la galería con la que Pacewicz, otra vez el genio llegado de París, había recubierto magistralmente la esquina de la casa Yáñez. Frente a la entrada a la galería, sentado en un gran sillón con orejas de terciopelo marrón, el señor Jakob Neumann contemplaba nuestra entrada.

—Desde aquí hay una vista bellísima con la que ir ocupando el tiempo en los días en que las fuerzas ya no son suficientes para bajar a la tienda. Os he visto llegar por la calle —dijo en un tono diferente al anterior, como si le quisiese quitar solemnidad a sus propias palabras—. Por favor, tomad asiento y sed bienvenidos a mi castillo.

Razón no le faltaba. Todo el edificio en el que nos encontrábamos parecía un viejo castillo, una fortaleza neogótica enclavada en pleno corazón de la ciudad. La bienvenida parecía amable. Extraña y amable. Tan amable y tan extraña como la que el conde Drácula le da a Jonathan Harker al entrar el pobre desgraciado por vez primera en la morada transilvana. Recordé a Gary Oldman caracterizado como el vampiro de infinita melena blanca en la película de Francis Ford Coppola —«Entre



por su propia voluntad y deje en esta triste casa un poco del amor que con usted trae»—, y un escalofrío sacudió mi cuerpo desde lo alto de mi coronilla hasta la planta de los pies cuando el viejo Neumann nos hizo un ademán con su mano de huesos y pellejos para que tomásemos asiento.

—Por favor, Mariña, te ruego me disculpes que en esta ocasión haya sido yo quien te pidiera que bajases hasta mí. Pero es que, como ya os he dicho, el banco de mis fuerzas ya no siempre me concede todos los créditos que yo le solicito.

—No se preocupe por eso, señor Neumann. No es ninguna molestia. Y si de pedir disculpas va la cosa, entonces temo que yo también se las tenga que pedir a usted. Sé que mi reacción de anteayer por la noche no fue la más correcta, pero es que, como ya le dije por teléfono, yo tampoco contaba con su historia, y mucho menos con su revelación final.

Mariña hablaba, y el anticuario se limitaba a escucharla y sonreír, asintiendo de cuando en vez.

—Por eso creo que es bueno que continuemos con nuestra conversación —prosiguió Mariña—. Necesitamos que todo esto se aclare, señor Neumann. Entienda usted que hay cierta complicación en pasar de creer de la noche a la mañana que la vida que tenías por tuya quizá no sea tal.

El viejo dejó escapar un suspiro mientras miraba por la ventana. Se tomó su tiempo, y al fin respondió:

—Lo entiendo perfectamente, Mariña, perfectamente. Me lo puedes creer, yo me he pasado una vida entera dándole vueltas a lo que hicimos, y todavía hoy me cuesta recordar si todo aquello ocurrió realmente o sólo fue un mal sueño.

—¿Se refiere usted al asesinato?

Otra vez volvía a hablar antes de pensar tan siquiera sobre lo que estaba diciendo. Pero daba igual, supuse que de un modo u otro aquello tenía que salir. El anciano me clavó su mirada, y yo pude leer en el fondo de sus viejísimos ojos un centelleo de algo muy parecido a la rabia, a la furia.

—Sabemos que usted tampoco nos lo ha contado todo sobre su historia, señor Neumann. Tenemos amigos en la policía, gente que nos ha advertido para que nos andemos con mucho ojo con usted. —Mariña me observaba con incomodidad evidente en sus ojos, pero a pesar de ello dejó proseguir la conversación—. Dígame, Jakob, ¿por qué habríamos de confiar en lo que nos tenga que contar?

—Simón... —Ahora sí, ella intentó frenar lo airado de mis palabras, pero el viejo la detuvo con un gesto de su mano.

—No, no. No te preocupes, Mariña. Tu amigo tiene razón.

«¿Tengo razón?».

—Es cierto, Simón —siguió hablando Neumann—. Lo que te hayan dicho es cierto. Y aún te diré más, porque no hubo un único asesinato. No... Hubo muchos, muchos de una sola vez. Y sí, he matado. Maté a un pobre muchacho. Sí, Simón, son muchas las cosas que no sabéis. Y no sólo sobre mí...

»Por ejemplo, ¿qué sabes tú sobre los negocios de tu padre, Mariña? Ya, ya. Sabes que tu padre, heredero de una gran fortuna, acabó siendo todo lo rico que un hombre puede ser gracias a Troia, ¿no es así? Pero dime, ¿qué es lo que sabes realmente sobre Troia? Y tú, Simón, ¿qué me dices de ti? ¿Sabes ya por qué estás metido en todo esto? ¿Acaso cuando bajaste a la cueva no tuviste la sensación de que aquella caja estaba allí aguardando a que alguien la encontrase? O, mejor dicho, esperando a que tú la recogieses... Yo sé por qué estaban esas monedas allá abajo. O de nuevo tú, Mariña, ¿sabes incluso por qué te llamas así? Tu padre tenía muy claro que los grandes tesoros venían del mar. La mayor riqueza estaba allí, en el mar, y tú, mi niña, eras su mayor tesoro, el que él siempre más amó. Tú eras su tesoro, Mariña.

Yo le había llamado asesino a la cara, pero me equivoqué al leer sus ojos. Porque no había el más pequeño indicio de furia en él, en sus palabras. Al contrario, hablaba desde la serenidad, con tranquilidad, como si ya supiese de nuestras ideas, de nuestros miedos, y caminase un paso por delante de nuestros temores y prejuicios. O quizá fuesen cien los pasos que aquel hombre llevaba por delante de nosotros.

—Es cierto, yo soy el responsable de muertes que aquí nadie supo ver. Pero también conozco más cosas. Cosas que vosotros ahora necesitáis conocer, comprender. Confiad en mí y dejad que ahora os cuente.

## XXVI

Daniel tenía razón, un paseo por la ría en aquella mañana de primavera nos sentaría bien a todos. Nuestra primera salida en barco se trataba de una simple aproximación, una suerte de toma de contacto a través de la que conocer ya más de primera mano el terreno por el que nos íbamos a mover. Como os conté anteayer en tu apartamento, si bien *herr* Wessler había tenido en consideración las palabras de Daniel, mantuvo su intención primera de comenzar la exploración por lo que en teoría iba a ser nuestro destino original. Las islas Cíes.

Llegamos al archipiélago sobre las diez de la mañana, y a medio camino entre la marea baja y la alta echamos el ancla por primera vez al este de la Agoeira, un pequeño islote al sur de la gran isla de San Martiño. *Herr* Fausto Wessler había sido nombrado director del Instituto de Estudios Arqueológicos de Berlín poco tiempo antes de que saliésemos de Alemania, y en calidad de tal había llegado hasta aquí, dispuesto a demostrar por qué había sido él el elegido para este puesto. Se había preparado a conciencia para este trabajo y venía con los deberes bien hechos. O cuando menos con los que él pensaba que eran los buenos. Mucha gente a lo largo de su vida se había querido aprovechar de su buena posición, y sabía bien que en este mundo no se puede fiar uno de nadie más que de sí mismo. Escuchamos todo lo que haya que escuchar. Pero fiarse, de nadie más que de uno mismo. Por eso no se iba a precipitar como un colegial creyendo en las palabras de aquel muchacho. Quizá dijese la verdad, pero... ¿y si no era así? Sí, él sabía que todo lo que había insinuado Daniel era cierto. Muchos habían venido antes que ellos. Pero nadie tan bien preparado como él. Y, además, ahora ya había mejores cartas de navegación, y él tenía las últimas, elaboradas y confirmadas por la mismísima Marina alemana durante su estancia como apoyo a las tropas del general Franco. Fausto Wessler sí conocía con precisión la situación y calado de cada uno de los arrecifes que rodeaban la isla de San Martiño. Sabía la posición exacta del arrecife de Castros, del de Gabotos, del de Forcados. Y del de Carrumeiros, el arrecife en el que, de un modo u otro, todas las voces coincidían en situar el paso del *Santo Cristo de Maracaibo*.

Echamos el ancla frente a la llamada punta da Concela, en una zona segura entre los picos de Leixón da Pedra Morta y Xibarte, y aún permanecemos bastante tiempo observando la superficie. Por fin, *herr* Wessler dio orden de que uno de los equipos de buceo se preparase para una serie de inmersiones rápidas. Tras varias bajadas de reconocimiento alrededor de los diques, todas ellas sin nada remarcable que comentar en la superficie, el director mandó aproximar el barco al arrecife de Carrumeiros y

volvió a ordenar que se echase el ancla.

Porque, en realidad, ése era el sitio. Ése, y no otro... Durante años había estado preparándose para ese momento, para encontrarse consigo mismo en ese lugar. Carrumeiros, el lugar donde la historia dejaba paso a la leyenda.

Cuando por fin todo volvió a estar dispuesto, cuatro buzos se fueron para el fondo del mar. Subieron al agotarse el oxígeno de sus bombonas. Volvieron a bajar. Subieron una vez más. Hablaron entre ellos y hablaron con *herr* Wessler. Las horas habían ido pasando y, por lo pronto, allí no había nada. Las corrientes eran fuertes allá abajo, y el buceo entre los arrecifes comenzaba a resultar peligroso. Pero es que, de todos modos, allí abajo no se veía nada. Por supuesto que sería necesaria una prospección más detallada, acotando bien las zonas de inmersión. Sí, por supuesto. Pero, de entrada, nada.

—Ésta es una zona muy buena para los percebes.

Apoyado sobre la barandilla de la cubierta, Daniel hablaba con la vista fija en el mar, manteniendo un tono indiferente en su voz, como si nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor tuviese que ver con él.

—Y para las lubinas, también. Incluso alguna vez hemos llegado León y yo a apañar buenas cuentas de sargos. ¡Ah!, y también fanecas, que se me olvidaban... Mucho pescado, sí —dijo, incorporándose por fin para clavar sus ojos en los de Fausto Wessler—, pero oro más bien poco. Poco tirando a ninguno, diría yo... —sentenció, arrugando la nariz en fingido mohín.

*Herr* Wessler también observaba fijamente al muchacho. Daniel, apoyado ahora de espaldas contra la barandilla, cruzaba los brazos sobre el pecho y una pierna sobre la otra, cómodamente instalado en la mayor de las tranquilidades posibles. Sonreía, y al tiempo sus ojos parecían insinuar algo parecido a un «te lo dije». Wessler también sonrió.

—De acuerdo, chaval, es tu momento. ¡Capitán, ponga rumbo norte!

Un poco antes de las cuatro de la tarde la proa de nuestro barco apuntaba hacia el archipiélago formado por las islas de Ons y Onza. Esta vez Daniel no se alejó del puente de mando, se pasó toda la travesía sin dejar de darle instrucciones al piloto, las cuales se volvieron especialmente minuciosas en las maniobras de acercamiento. Tal como había sucedido con la estación anterior, entrando por el sur de la isla de Ons también la aproximación se hacía más complicada, aunque en este caso la orografía de la costa presentaba dificultades notablemente mayores.

Daniel continuó guiando al timonel hasta que el propio capitán consideró que una cercanía mayor a la costa habría de suponer ya un peligro más que considerable para una navegación segura. Pararon máquinas, y el barco fondeó nuevamente a no menos de unos trescientos metros de la costa, al sur-sudoeste de la isla.

—Vaya, vaya, vaya... Impresionante paisaje —comentó *herr* Wessler sin apartar la mirada de la línea de costa que se extendía frente a ellos—. E imagino que el Buraco do Inferno será ese lobo negro que tenemos ahí delante, ¿no es así, amigo

Daniel?

—Ese mismo —se limitó a responder el muchacho, volviendo a sonreír—. Esa boca negra es el Buraco do Inferno.

El capitán, quien en absoluto estaba al tanto de las conversaciones mantenidas entre Daniel y el director del Instituto de Estudios Arqueológicos, no entendía por qué estábamos allí, y mucho menos nada del diálogo entre el hombre y el marinero local. Pero al señor Wessler no parecía importarle demasiado. Ensimismado, el director simplemente se limitó a contemplar la columna negra que la gruta del Buraco do Inferno era.

—¿Estás ahí? —preguntó al paisaje—. Sí, estás ahí...

De repente, como si por fin hubiese regresado a la realidad en la que nos había dejado olvidados a los demás, Fausto Wessler giró sobre sí mismo para, por fin, dirigirse a nuestro capitán.

—Escuche, *herr* Schoepps, ¿qué le parecería si le sugiriese esa gruta como destino prioritario?

Confundido, el capitán todavía tardó en responder.

—Disculpe, *herr*, pero yo no veo ninguna gruta...

—Ya —concedió Daniel—, es que desde esta distancia resulta muy difícil de ver a simple vista. Si cogiese usted los prismáticos, yo se la podría señalar.

Berndt Schoepps, recio marinero formado a lo largo de incontables y duros años en el servicio de la Reichsmarine, la Marina Imperial alemana, y ahora nuestro capitán, atendía atónito al discurrir de la conversación. Cuando Daniel se dirigió directamente a él, el capitán lo observó con la misma expresión de quien contempla con asombro a un insecto parlante. Es probable que el primer impulso por parte de Schoepps fuese el de responderle algo a aquel muchacho, *algo* que pusiese al mocoso en el lugar que le correspondía. Pero nuestro capitán era lo bastante inteligente como para comprender al momento que allí había algo más, algo que él desconocía pero que, no obstante, mantenía a Wessler animado. Siguió las indicaciones del joven marinero local. Pero para su preocupación, atendiendo a las marcas dadas por el muchacho sólo se encontraba una y otra vez con una garganta estrecha entre dos paredes como dos gigantes de piedra. Un pequeño desfiladero en pleno mar contra el que las olas rompían con fiereza.

—¿Qué le parece, capitán? —volvió a inquirir el señor Wessler.

—Me parece que no debo de estar comprendiéndolo bien, señor.

Wessler sonrió.

—Vaya, entonces permítame que le saque de dudas. Si lo que usted está entendiendo es que nuestro objetivo es acercarnos lo más posible hasta esa gruta y penetrar en su interior para una exploración a fondo, entonces sepa que está usted entendiéndolo perfectamente, *herr* Schoepps.

Lentamente, el capitán comenzó a apartar los prismáticos de su cara, como si de repente acabase de entender que no quería seguir contemplando aquello. Se quedó

observando fijamente al director de la expedición. Había desconcierto en su mirada.

—*Herr Wessler*, con todos mis respetos, señor, permítame decirle que lo que usted me sugiere es, simplemente, una locura...

—¿Lo es? —respondió Fausto, a medio camino entre el divertimento y la indiferencia.

—Señor, todos sabíamos que la expedición sería complicada, incluso arriesgada. Pero esto va más allá. Esto es un suicidio, *mein Oberst*. Con nuestro barco es imposible un acercamiento mayor.

—Eso es obvio, capitán. No pierda las formas, *herr Schoepps*.

—Necesitaríamos un bote auxiliar, algún tipo de lancha con motor...

—Una gamela, para ser exactos —apuntó Daniel.

—¿Una qué? —inquirió el capitán, no sin cierto desprecio ante el comentario introducido por el muchacho.

—Una gamela, señor. Se trata de una embarcación muy propia de estas rías, de muy poco calado, con apenas quilla, y de proa recortada. Al ser casi planas por debajo, son de gobierno más valiente, muy estables, más fáciles de controlar frente a las corrientes.

Todavía atónito, el capitán buscó en su reloj los argumentos con los que rebatir el comentario hecho por aquella rata parlanchina.

—Ahora son las cinco y cuarto, quedan dos horas para la bajamar y, aunque el agua ya se está retirando, la fuerza de la corriente es evidente. En un espacio como éste el avance con remo es simplemente impensable. Y, de cualquier modo, suponiendo que podamos guiar esa barca de la que el muchacho nos habla y que, por cierto, nosotros no tenemos, esquivando las cadenas de rocas que forman toda esa espuma hasta llegar a las paredes, el paso no parece el lugar más apropiado para el empleo de nuestros equipos de submarinismo. Con todos mis respetos, *herr Wessler*, yo diría que se trata de un trabajo más indicado para un equipo de espeleología. Y todo esto sin saber absolutamente nada de lo que vamos a encontrarnos en su interior. Esto, señor, no era lo que teníamos preparado.

Ante el desconcierto y la preocupación manifiestos por parte de *Schoepps*, *Wessler* volvió a ofrecer la más tranquila de sus sonrisas por respuesta.

—Capitán, si estamos aquí ahora es porque tenemos una sospecha bastante considerable acerca de lo que podríamos encontrarnos ahí dentro. —Fausto se acercó un poco más al señor *Schoepps*, y colocando una mano sobre su hombro, añadió—: *Berndt*, confíe en mí, en mi instinto. Tengo un presentimiento.

—¿Un presentimiento, señor? —respondió el capitán, acentuando todavía más su sorpresa.

—Sí, un presentimiento. Y además, para guiarnos en la realización de esas incursiones tan temerarias contamos con una nueva incorporación a nuestro equipo, ¿no es así, Daniel?

—Así es, señor —respondió con orgullo el joven.

—Claro que es así —confirmó el director del Instituto de Estudios Arqueológicos—. De acuerdo, pues si esto es lo que hay, entonces aquí ya no tenemos nada que hacer por hoy. Capitán, ponga rumbo a puerto, regresemos a Vigo. Tenemos un buen montón de cosas que reajustar y preparar para mañana. Entre ellas, comprar una de esas gamelas. Daniel —se dirigió ahora al muchacho—, si no te he entendido mal, comprendo que el único momento posible para intentar una aproximación a la garganta y acceder a su interior es el de la bajamar, ¿verdad?

—Sí, señor. De hecho, creo que lo ideal sería poder trabajar con la marea baja.

—¿Y a qué hora exacta se producirá esto mañana, capitán?

Berndt Schoepps buscó el dato entre sus papeles.

—A las siete y veinticinco de la mañana, señor.

—De acuerdo, entonces. Quiero que todo esté listo para que estemos aquí fondeados no más tarde de las siete de la mañana. ¿Correcto, capitán?

—Correcto, señor —respondió Berndt, sin demasiada convicción en su voz.

—Entonces, rumbo a Vigo, tripulación.

Daniel retornaba a puerto con la satisfacción instalada en cada molécula de sí mismo. Como había dicho el director del Instituto de Estudios Arqueológicos, ése era su momento, su oportunidad.

Llegando a puerto, ya con la luz del sol poniéndose por donde la ría de Vigo se convierte en el océano Atlántico, el muchacho reconoció una figura sobre el muelle de A Laxe.

—¡León! —gritó desde cubierta.

Su hermano y compañero de faena había venido a recibirlos. Y no estaba solo. Un tipo bajito, de gabardina y sombrero de color beige, permanecía a su lado, con una cámara de fotos en la mano. Cuando el barco quedó amarrado, León se acercó hasta la rampa por la que Daniel bajaba ya en compañía del director y de su secretario.

—Permítanme que les presente. Éste es mi hermano, ya les he hablado de él. León, éstos son los señores Fausto Wessler y Hugo Brauner.

—Es un placer —respondió *herr* Wessler, tendiéndole la mano al muchacho—. Efectivamente, Daniel ya nos ha hablado de usted. Por lo visto estamos ante otro hombre bien valiente.

—Gracias, señor. Hacemos lo que podemos —respondió León con orgullo—. Espero que no les parezca mal, pero me he tomado la libertad de avisar a uno de los reporteros del *Faro de Vigo*, el periódico más importante de la ciudad, no sé si lo conocerá usted, señor Wessler...

—Sí, lo conozco, por supuesto que lo conozco.

*Herr* Wessler le tendió la mano al hombre de la cámara, quien durante toda la presentación había permanecido en silencio un paso por detrás de León.

—Con su permiso me presento. Mi nombre es Manuel de la Fuente, *reporter* del

*Faro de Vigo*, periódico local y orgullo de la prensa nacional. Si me permite el apunte, lo cierto es que visitas como la suya no se dan todos los días en la ciudad.

—¿Ah, no? Pues no es eso lo que me han comentado... —respondió Wessler desde un guiño cómplice con Daniel.

—Pues ya le voy diciendo yo que no. La elección de nuestra ciudad como base para sus trabajos, según aquí nuestro amigo León me ha contado, es un auténtico orgullo para todos nosotros. Así que, si no tiene usted ningún inconveniente, me gustaría hacerles una foto para dar cuenta a todos nuestros lectores (que, por cierto, se cuentan por miles) de su distinguida presencia entre los habitantes de la «olívica villa».

El señor Wessler correspondió a los elogios del periodista.

—Por supuesto, por supuesto. Para nosotros es un honor poder participar de su hospitalidad. Hugo —le dijo a su secretario—, reúna al equipo, vamos a hacernos una foto.

Tan rápido como le fue posible, el secretario formó frente al barco a toda la expedición del *Meeresadler*, con el señor Wessler orgullosamente situado en el centro. Una vez colocados todos, ya estaba el periodista dispuesto para tomar la fotografía cuando, con un gesto de su mano, el director le indicó que no disparase todavía.

—Aguarde, por favor. Veo que no estamos todos.

Daniel seguía al lado de León, por detrás de la cámara del periodista. Wessler se dirigió a él.

—Amigo mío, te ruego que nos acompañes, por favor. El equipo no está completo sin ti. Y tú también, León. Venid, venid aquí los dos.

Después de contemplarse con sorpresa el uno al otro, los dos muchachos se acercaron al grupo. Situado justo al lado del señor Wessler, Daniel observaba con orgullo a todo el equipo. Un miembro más de la expedición, no estaba mal para ser su primera foto.



## XXVII

Eran poco más de las cinco de la mañana cuando llegamos al muelle, y Daniel, otra vez, ya estaba allí. Esperando al lado de la rampa con una sonrisa en los labios, como si todo el tiempo hubiese estado ahí, junto a todo. Daniel, el barco, la ría, todo.

—Buenos días, Daniel. ¿Acaso en esta tierra lo de dormir no va con vosotros o qué?

—Buenos días —respondió contento—, ¡buenos días a todos, muchachos! No tenía mucho sueño, y bueno, ¿para qué quedarse más en la cama si lo bueno no está en ella? Hace un día precioso para navegar, ¿no os parece?

Para ser exactos todavía faltaban unos cuantos colores en el cielo para que las oscuridades de la noche se convirtiesen en día, pero yo no me sentí con autoridad ninguna como para corregirle nada a aquel chaval. Subimos todos juntos al barco, cada uno de nosotros ocupado en sus tareas correspondientes. A las seis en punto de la mañana, *herr* Wessler subió a bordo en compañía del señor Schoepps, nuestro capitán, y al momento comenzaron las maniobras para nuestra partida.

Tal y como Fausto Wessler había ordenado el día anterior, a las siete de la mañana el *Meeresadler* fondeaba frente a la costa sur de la isla de Ons.

—Preparaos para arriar la gamela.

El director y el capitán lo dispusieron todo para que dos submarinistas del equipo de Schoepps y un piloto acompañasen al valiente Daniel Beiroa en su aproximación al Buraco do Inferno.

Coincidiendo con la bajamar y en la sutil compañía de las primeras luces del día, el equipo compuesto por los cuatro hombres inició su primer acercamiento a la majestuosa garganta de agua y piedra a las siete y veinticinco de la mañana.

Desde la seguridad del puente de mando seguimos con atención las maniobras de aproximación de nuestra recién adquirida lancha autóctona a los rompientes del Buraco. Pronto comprendimos la intención de Daniel. La hora escogida, el momento de la bajamar, apenas tenía que ver con el acercamiento a la gruta. La dificultad era casi la misma que con la marea alta, si no más. Las olas seguían rompiendo con fiereza contra las rocas que, bravas como soldados bien entrenados, defendían la costa de los embates del mar, por lo que la fuerza de la corriente continuaba siendo más que considerable. No, no se trataba de eso. De hecho, como luego nos confirmaría el piloto, la bajamar suponía todavía una mayor proximidad a la superficie de las puntas de algunos diques, peligrosísimos cuchillos para un pedazo de pan tan frágil como nuestra lancha en aquella tormenta de agua y espuma, que no

se dejaban ver hasta que no las tenías ya prácticamente debajo de ti. No. La intención de Daniel sólo era la de poder acercarse a la garganta que llevaba a la boca de la gruta estando la marea baja para así poder entrar con una mínima comodidad.

Durante una larguísima hora intentaron los cuatro valientes llegar sin éxito hasta la entrada al Buraco. Hacia las ocho y media de la mañana regresaron a bordo del *Meeresadler*. Daniel se dirigió a *herr* Wessler.

—Señor, es preciso que los buzos se queden en el barco. Los cuatro a bordo suponemos demasiado peso para la barca, y nos resulta mucho más difícil maniobrar ante los golpes del mar.

—¿Cómo? —interrumpió Schoepps—. Eso es imposible, señor. Si deja aquí a los submarinistas, ¿quién entrará luego en la cueva?

*Herr* Wessler observó en silencio la réplica del capitán. Volvió a mirar a Daniel, a la búsqueda de alguna explicación alternativa.

—Señor, tengo que insistir, el tiempo se nos va. Si tenemos esta prisa por acercarnos es porque la baja es el único momento en que la entrada al Buraco es posible. Más tarde el mar batirá con fuerza contra la gruta. Por lo que hemos podido observar, por abajo la entrada tiene unos cinco metros de abertura, pero según vaya subiendo la marea la parte accesible de la boca de la gruta irá quedando sumergida bajo el agua. Pero la corriente no descansa nunca. El mar inunda la cavidad y el agua entra por su canal con más fuerza a cada minuto. Si reducimos peso, entonces sí conseguiremos maniobrar para acercarnos lo suficiente a alguna de las rocas que actúan como balcones frente a la entrada, lo más semejante a tierra firme en ese infierno. Conozco bien esas rocas porque, como ya le dije, son las mismas a las que me tuve que aferrar para sobrevivir cuando León y yo perdimos el control de nuestro barco. Por eso sé que si consigo llegar hasta ellas, entonces sí tendré un punto fiable desde el que aprovechar el movimiento de la marea para lanzarme al interior. Pero eso tiene que ser ya, señor. No podemos perder ni un segundo más.

Wessler y Schoepps intercambiaron miradas. Si lo que el director buscaba en el rostro del capitán era una opinión, éste le dejó ver bien a las claras el desacuerdo en su expresión. Pero el director no lo tuvo en cuenta.

—De acuerdo, marchaos ya.

El piloto, quien en todo momento había ido asintiendo en silencio ante cada explicación que el chaval les ofrecía al director y al capitán, y Daniel volvieron a subir a la gamela, y pusieron otra vez rumbo a la escollera del Buraco do Inferno. No pasó mucho tiempo hasta que pudimos comprobar que Daniel estaba en lo cierto. Su plan funcionaba, y la maniobra se realizaba con mucha mayor velocidad.

Ya había comenzado a subir la marea y, aunque todavía no era demasiado, cuando menos la lancha ya ganaba ahora unos cuantos centímetros sobre las primeras líneas de roca sumergida. Aún tuvieron que intentar varias veces la aproximación, hasta que lo consiguieron.

Vimos cómo Daniel saltaba a una de las rocas que sobresalían al lado de la

columna de oscuridad que la entrada al Buraco era. Se agarró con fuerza a la pared, mientras el piloto se alejaba con la lancha de la zona de mayor peligro.

Daniel no se movía. Permaneció largos minutos observando fijamente el mar, analizando cada ola que rompía contra las rocas, cada mano de agua que desaparecía en la oscuridad de la gruta. Y entonces, de repente, se precipitó. Sin ningún movimiento previo que anunciase su intención, como en un espasmo, un golpe fortuito, Daniel se lanzó al mar. Todos nos quedamos en silencio. Alguien en el puente señaló algo hacia la entrada de la gruta, pero nadie vio realmente nada más.

Fue así como el tiempo comenzó su paso. Un andar lento, agónico, sin que Daniel diese ninguna señal de vida. Preocupado, Wessler ordenó el regreso del piloto para preguntarle si él había visto algo. Pero su respuesta fue negativa. En realidad, ni siquiera se había dado cuenta del momento en que Daniel se había arrojado al mar, ocupado como estaba en poner el bote a salvo. Wessler le dio orden entonces de que se llevase consigo un pequeño transmisor de radio y regresase a la costa, a algún lugar seguro pero próximo a la salida de la gruta, con la esperanza de poder rescatar al joven.

Pero el tiempo pasaba y las noticias del chaval seguían sin llegar. A las once en punto de la mañana, tras más de hora y media sin novedades acerca de Daniel, *herr* Wessler volvió a pedirle algún tipo de información al piloto. Pero éste sólo pudo comentar que seguía sin divisar al muchacho, y que la entrada a la gruta ya apenas era visible, casi por completo inundada bajo el agua. Wessler mantuvo el intercomunicador pegado a su cara. En silencio, sin decir nada.

Las señales de preocupación comenzaban a hacerse muy evidentes en todos y cada uno de los rostros de los presentes en el puente de mando cuando, de repente, la voz del piloto volvió a ocupar el canal de radio.

—Disculpe, señor. Creo que estoy viendo algo. No sé, aguarde... ¡Sí, sí, señor, es él! Daniel está en el agua, voy hacia él.

El capitán Berndt Schoepps volvió a coger los prismáticos.

—¡*Mein Gott*, es él! ¡Está vivo!

Wessler le arrancó las lentes de las manos al capitán y, pudiendo contemplar a Daniel nadando con dificultad hacia la gamela, sonrió por fin.

—Bien hecho, pececillo —dijo para sí—, bien hecho.

Recibimos con alboroto de alegría al chaval en cubierta. Alguien le llevó mantas con las que sacarse el frío, pero él las rechazó. El éxito le reventaba por los ojos, y ese fuego era el que ya le debía calentar más que de sobra como para querer echarse por encima ninguna manta. Apenas dijo nada, pero *herr* Wessler comprendió el significado de aquel fuego en sus ojos. Le abrazó y, alejándolo de la tripulación, se lo llevó a la sala del capitán.

—Bravo, Daniel, bravo. Celebramos tu regreso sano y salvo. —La alegría de

Wessler parecía absolutamente sincera—. Cuéntanos, cuéntanos ahora lo que has visto, ¿tienes algo que decirnos?

Pero Daniel no dijo nada. Se limitó a abrir el cierre del botón que aseguraba el bolsillo trasero de su pantalón, todavía empapado en agua salada, y revolver en su interior. Un ruido de metales sonó justo antes de que el chaval retirase la mano. Llevó su puño cerrado al frente, y no lo abrió más que para posar algo sobre la mesa de madera en el centro de la sala del capitán. Cuando por fin retiró la mano, todos los allí presentes, *herr* Wessler, el equipo del Instituto de Estudios Arqueológicos y el propio capitán, pudimos observar con gran asombro lo que Daniel había dejado sobre la mesa.

Tres monedas de oro. Tres reales de a ocho españoles de finales del siglo XVII. Todavía con la mirada fija sobre ellas, Daniel respondió a la pregunta del señor Fausto Wessler.

—Sí, que me disculpen por el retraso.

## XXVIII

Aquello era más de lo que cabía esperar. De repente, teníamos ante nosotros la evidencia de que Daniel estaba en lo cierto, y de que nuestra misión acababa de convertirse en un éxito. La alegría pronto dejó paso a la euforia, y la euforia trajo consigo un pequeño caos.

—Señor, con su permiso voy a darles la orden a mis hombres de que se preparen para la bajada a la gruta —le indicó Schoepps a Wessler.

—Espere, espere, capitán —le atajó Daniel—, temo que ése vaya a ser ahora un trabajo inútil.

—¿Qué quieres decir, hijo? ¿Acaso no hay más oro que éste ahí abajo? —preguntó Wessler no sin cierta preocupación repentina en su voz.

—No, señor. No quiero decir eso ni muchísimo menos. El oro está todo ahí. Todo. Y tengo que confesarle que nunca tal cosa hubiese imaginado, ¡no se puede usted hacer una idea de la cantidad de piezas que ahí hay! Incluso ni siquiera creo que nos dé tiempo a retirarlo todo en una sola bajamar.

—Entonces sigo sin entender por qué no podemos comenzar a hacerlo ya, señor —insistió el capitán.

—Pues porque ése es precisamente el problema, señor, la bajamar. O, mejor dicho, la falta de ella.

—Daniel, hijo —intervino Fausto en un tono bastante más calmado que el del capitán—, ten en cuenta que te has pasado allá abajo un buen rato. Es probable que tú sepas de lo que hablas, pero nosotros, que hemos estado aquí arriba sin hacer nada más que esperarte, no sabemos cómo está la situación. ¿Por qué no te explicas un poco mejor?

—Por supuesto, señor. Siento mucho mi retraso, pero la cosa fue bastante más complicada de lo que yo esperaba. Cuando me arrojé al agua comprendí el gran error que había sido dejar pasar el momento justo de la bajamar, ya que estoy casi convencido de que ahí es cuando la entrada a la gruta se puede hacer casi a pie.

—¿Andando? —preguntó el capitán con asombro.

—Quizá no tanto, pero desde luego sí haciendo pie. El agua siempre cubre el fondo, y la corriente todavía lleva fuerza. Pero teniendo en cuenta que cuando yo entré, casi dos horas después de la baja, apenas debía faltar un metro para que yo mismo pudiese hacer pie, en el momento exacto la profundidad no debe de ser de mucho más que un metro por la parte de la boca. Además, hay que tener en cuenta lo estrecho de la entrada a la galería principal. Verán.

»Una vez traspasada la boca de la gruta hay una pequeña laguna central a modo de recibidor sobre la que cae la luz que viene desde la abertura hecha en el suelo de la isla, yo calculo que a algo más de unos cuarenta metros de altura. Del otro lado de la laguna se abren cuatro galerías, entre las que se forma un laberinto de canales y corredores. Dos de las galerías caen todavía más en la tierra con gran desnivel. Imagino que su fondo, por lo que pude observar, debe de estar permanentemente inundado, mientras que de las otras dos, tanto la galería central como la que se encuentra más al sur, avanzan de modo irregular hasta concluir en zonas más elevadas sobre el nivel del mar, especialmente la galería sur. Tuve que recorrerlas todas, incluidas las descendentes, hasta donde me fue posible, y mientras caminaba el agua seguía subiendo. Por cierto, señor Fausto, tengo que reconocer que están ustedes a la última en la cosa de aparatitos tecnológicos y todo eso, a la vista de todos estos cacharros que llevan en el barco. Pero tampoco les hará ningún mal si invierten un poco más en linternas. La que me dieron se apagaba constantemente, supongo que por haber entrado en contacto con el agua, y cuando funcionaba era para alumbrar a poco más de medio metro. Bueno, da igual, porque aun así, al fin, al fondo del corredor más oscuro, encontré lo que andaba buscando. La galería principal, a pesar de su estrechez inicial, se convierte en una gran sala natural antes de morir, una especie de ermita escavada por el mar y el tiempo en la propia roca viva de la isla. Y ahí fue donde los piratas de John Baker depositaron el oro. Está por todas partes, protegido de la fuerza de las mareas en la parte más alta de la estancia. Por eso no se ha movido en todo este tiempo, señor director, porque, aun cuando la marea está en su punto más alto, el agua llega ya mansa hasta el fondo de la galería, sin fuerza para llevarse nada del oro de vuelta con ella al mar.

—Entonces no veo por qué seguimos esperando —dije yo.

Daniel me observó con una sonrisa en los labios, como quien contempla al niño que irrumpe en la conversación de los mayores.

—Pues porque el hecho de que no haya corriente no quiere decir que no haya agua. Es evidente por las marcas en la roca de las paredes que el acceso a esa cavidad queda casi por completo inundado cuando la marea sube. Y no sólo eso, porque lo que con toda seguridad sí queda por completo bajo el agua son las cuatro galerías, que se convierten en una especie de sistema de tuberías gigantes interconectadas por las que el agua del mar corre con fuerza. No es lo mismo entrar en esos espacios caminando desde la bajamar, que intentarlo sumergiéndose de cualquier modo para acabar con los huesos destrozados, llevados como títeres contra las rocas por la fuerza de las corrientes. Y eso siempre y cuando fuésemos capaces de introducir los tanques de oxígeno por la grieta que hay entre las rocas que protegen la entrada a la galería principal.

—¿Crees que se podría hacer? —preguntó *herr* Wessler.

—¿Pasar con los tanques a las espaldas? No señor, creo que es imposible.

—¿Y una entrada alternativa a la galería?

—Bueno, capitán, como ya les he dicho, hay indicios de que las cuatro galerías principales podrían estar comunicadas por otros pequeños canales internos. Pero eso es algo que yo no puedo garantizar. O, cuando menos, todavía no.

Todos nos quedamos por un momento en silencio.

—¿Y si forzamos el ensanchamiento de la entrada principal? —volví a interrumpir una vez más, amparado por mi propia ignorancia.

—¿Ensancha la entrada? ¿A qué te refieres?

—Pues a hacerla más grande. —A mí me parecía obvio—. Tenemos dinamita en el barco, quizá pudiésemos practicar algún tipo de voladura controlada.

Daniel apenas lo consideró por unos segundos, y siempre con un gesto de desacuerdo en su boca.

—Bueno, no sé qué decirles... De entrada, no me parece lo más adecuado. Un cartucho mal puesto, y podríamos provocar un derrumbamiento que sellase la cueva para siempre.

—Sí, a mí tampoco me parece lo más indicado —comentó el propio Wessler.

—Miren, de todas formas, yo insisto en las garantías de entrar casi caminando frente a las dificultades de hacerlo buceando. Y mucho menos con bombas y explosiones. Teniendo en cuenta la cantidad de piezas de las que estamos hablando, tengan por seguro que de una sola vez no vamos a poder sacarlo todo.

—¿Son todo monedas? —preguntó el director.

—No. Lo que más hay son lingotes. Pero el número de piezas es, en una o en otra forma, enorme, por lo que creo que vamos a pasarnos un buen tiempo sacando oro de las entrañas de la isla. Esta vez tardé en encontrarlo por todo lo que les acabo de contar, y cuando conseguí localizarlo la subida de la marea ya había comenzado a convertir la altura del agua en algo peligroso. Por eso no he podido venir con nada mejor que esto. Un lingote sería demasiado peso. Pero si me permiten hacer una segunda bajada, entonces podré cerciorarme de cuál es la mejor ruta, por si existe algún otro canal de acceso, y dejar el camino bien marcado y asegurado para que ya sean luego sus hombres los que entren y realicen toda la retirada del oro.

Fausto Wessler no dejaba de observar con satisfacción al muchacho. Con satisfacción, e incluso diría que con admiración...

—Entiendo que lo que nos pides es que volvamos a esperar a la próxima bajamar, ¿no es así, muchacho?

—Así es, señor. Y si permite que sea el mismo piloto el que me vuelva a acompañar, ya conociendo la maniobra incluso podríamos salir un poco antes, para que yo pudiese entrar justo con la baja y aprovechar mejor el tiempo.

Wessler estaba más que satisfecho, se le notaba en el rostro. Probablemente aún debía de estar celebrando para sí su propia suerte por haber dado sin apenas buscarlo con una ayuda tan completa como la que aquel joven marinero le ofrecía.

—Bueno, si ya ha pasado ahí dentro más de doscientos años, no creo que le vaya a hacer ningún mal aguantar unas pocas horas más. Capitán, ¿para qué hora tenemos

la próxima bajamar?

Una vez más, Schoepps volvió a consultar las notas que tenía sobre su mesa de trabajo.

—Para las veinte quince, señor.

—Muy bien. Pues que todo esté dispuesto entonces para que Daniel pueda volver a salir con la lancha a las ocho en punto.

—A sus órdenes, *herr* Wessler.

El capitán salió de la sala dispuesto a transmitir las órdenes del director, dejándonos en la compañía de Daniel, y Fausto volvió a dirigirse al muchacho.

—Pero hay algo que todavía no logro comprender, Daniel. Si a ti te ha costado tanto entrar, ¿cómo hizo entonces tu famoso pirata Baker para meter todo ese oro que dices que hay en la gruta a través de un espacio tan estrecho, y en tan poco tiempo, según la historia que tú mismo nos contaste sobre él?

Daniel volvió a sonreír.

—Tengo que confesarle, señor, que al ver por vez primera lo estrecho de la boca central, yo mismo estuve a punto de descartar esa galería, por considerar imposible el paso a través de esa grieta. Y de hecho, una vez descubierto el tesoro volví a maravillarme intentando imaginar cómo habían hecho para meterlo. Pero como ya le he dicho, la marea subiendo no dejaba mucho tiempo para demasiadas cavilaciones, así que cogí lo que pude en una mano y di media vuelta. Y no fue hasta llegar de nuevo a la salida de la galería cuando lo comprendí. Por la grieta apenas caben los cofres que contienen las monedas, por lo que imagino que lo tuvieron que hacer en dos partes.

»Baker tuvo que dividir a sus hombres en dos equipos, y mientras uno formaba una cadena desde la entrada de la gruta hasta la grieta, otro hacía lo mismo desde la grieta hasta la ermita al final de la galería, de modo que la cadena interior no tenía más contacto con la otra que para recoger el cofre que los de fuera posaban al pie de la propia grieta. Según la historia que a mí me contó León, Baker conocía de antes estas rutas de navegación. Si es verdad que había sido grumete en un buque mercante holandés, lo más probable es que también se hubiese dedicado al contrabando, o quizá incluso a la piratería, y por eso conociese ya la existencia no sólo de esta gruta, sino los detalles de su interior. De lo contrario, no habría escogido este lugar para hacer una maniobra tan rápida como la que hicieron. Además, no podemos olvidar que Baker contaba con una tripulación de más de trescientos hombres entregados a sus órdenes.

Wessler volvió sonreír abiertamente.

—Desde luego, Daniel, no se puede decir que no seas un mozo bien espabilado. Sigue así y estoy seguro de que llegarás a ser alguien grande en una vida grande. Tú estás llamado a más, hijo. Toma, que esto te sirva de comienzo.

Fausto Wessler le tendió a Daniel su mano con las tres monedas de oro sobre la palma.



—Señor —respondió Daniel con los ojos abiertos como platos—, yo no puedo aceptar esto. ¡Es muchísimo lo que usted me está ofreciendo!

El director gesticuló con la mano que todavía le quedaba libre para indicarle a Daniel que desistiese en sus excusas.

—*Mucho* es lo que tú has hecho por nosotros, hijo, arriesgando tu vida por el éxito de nuestra expedición. Acepta ahora esto y, si es cierto todo lo que nos has contado, ve preparándote para lo que pueda venir. —Wessler volvió a quedarse observando al muchacho con una amplia sonrisa en sus labios—. Hijo, ¿conoces Berlín?

Daniel se quedó en silencio mirando al alemán. Volvió a ver las monedas, todavía sobre la mano abierta del director del Instituto de Estudios Arqueológicos, y por fin también él sonrió al cogerlas.

—Gracias, señor. Por todo.

Dio media vuelta y salió de la sala del capitán. Su ropa, todavía mojada, había formado un charco de agua en el lugar donde Daniel había permanecido todo el tiempo de pie.

El tiempo pasaba lento a bordo del *Meeresadler*. Cuando llegó la hora de la comida, alrededor de la mesa del capitán la euforia y el optimismo hablaban a través de la boca de todos nosotros. Nadie escatimó en elogios sobre la valentía de Daniel y no fueron pocas las veces que el chaval tuvo que volver a contar su peripecia. Poco a poco, la conversación fue encaminándose hacia lo que estaba por venir. Alguno de nosotros volvió a preguntar cuál sería el mejor método para sacar el oro, y esa euforia anterior permitió que todos nos sintiésemos libres para opinar y proponer. Hablábamos sin ton ni son, a voces entre todos. La emoción nos había hecho olvidar que había uno entre nosotros que no era alemán. Con Daniel sentado a mi lado, al principio yo intentaba ir traduciendo siempre que me daba cuenta para no dejarlo fuera de ninguna de las conversaciones que volaban sobre la mesa, pero la velocidad era mucha, y al final yo siempre acababa volviendo a mi idioma. Me disculpaba una y otra vez, hasta que el propio Daniel acabó quitándole importancia a la situación.

—No te preocupes —respondió—. Yo he crecido en el puerto, llevo toda la vida ahí, y por él pasan todos los días gentes de todo el mundo. Si quieres salir adelante no te queda otra que defenderte un poco en todas las lenguas.

Vaya... Resulta que Daniel comprendía todo lo que decíamos. Definitivamente, aquel muchacho era una caja de sorpresas... Y en ese momento yo no fui capaz de imaginar lo importante que ese detalle acabaría siendo...

Como os he dicho, era más la euforia que el sentido común lo que nos llevaba a hablar, y al final ninguna de las opciones propuestas llegó a ser escogida como definitiva. La discusión fue terminando al igual que la sobremesa, y acabamos por volver a nuestros puestos. El trabajo iba a ser tanto que a todos nos sobraban

preparativos en los que andar liados. Pero Daniel no desistía. El chaval era testarudo, y seguía dándole vueltas al asunto de la salida del oro. No dejaba de pensar en lo que él mismo había descubierto y compartido con nosotros sobre cómo los piratas habían hecho para meter el oro en la galería. Le dio vueltas y más vueltas hasta que estuvo seguro de que ese sistema también podría ser el mejor para nosotros mismos, y se sintió en la obligación de compartir su idea con *herr* Wessler. Cuando Daniel decidió regresar a la sala del capitán para comentarle al director sus conclusiones fue cuando todo se echó a perder.

## XXIX

Daniel caminó por los corredores de *Meeresadler* hasta llegar de nuevo a la sala del capitán. La puerta estaba cerrada, y el muchacho ya estaba a punto de llamar pidiendo permiso para entrar cuando escuchó la voz del director Wessler al otro lado.

—En efecto, señor. Creo que estoy en posición de poder comunicarle el éxito absoluto de nuestra misión.

Un pequeño momento de silencio, y nuevamente la voz de *herr* Wessler.

—Sí, señor, es cierto, mucho antes de lo que esperábamos.

Daniel no tardó en comprender la situación. Fausto Wessler estaba hablando por radio con algún superior, quizá incluso con Berlín.

—Bueno, la verdad es que hemos recibido una ayuda con la que no contábamos en un principio.

Otro silencio. Daniel no podía escuchar las respuestas del interlocutor al otro lado de la comunicación. Es probable que el director también estuviese utilizando algún sistema de auriculares, como el que Daniel le había visto al operario de radio del barco, o algo semejante.

—No sabría muy bien cómo describirlo, señor. Se trata de un muchacho de la ciudad, Daniel Beiroa, un marinero local, poco más que un pícaro del puerto con el que Brauner hizo muy buenas migas.

La consideración de sí mismo como «poco más que un pícaro del puerto» no resultó del mayor agrado para Daniel, pero el hecho de estar informando de sus méritos a una instancia superior al propio director hizo que el orgullo fuese una pizca más fuerte que el amor propio, y el chico prefirió no interrumpir el diálogo. Aquello parecía importante, y Daniel decidió esperar tras la puerta hasta que la conversación concluyese. Y, ya puestos, seguir escuchando, por si todavía caía algún que otro reconocimiento.

Pero lo que llegó no fueron prendas...

—Le agradezco las congratulaciones, señor. Pero tengo que decir que las felicitaciones no son para mí, sino para la causa en su totalidad. Apenas quedan unas horas para que lo podamos confirmar de modo oficial, pero de ser cierta la descripción que el chaval nos ha dado, este tesoro supondrá el financiamiento definitivo para nuestra campaña del este, *mein Führer*.

El nuevo silencio cogió a Daniel por sorpresa. ¿De qué rayos estaban hablando al otro lado de la puerta? ¿La *causa*? Y lo que era mucho más aterrador, ¿había oído bien? ¿*Mein Führer*? Sólo había una persona en el mundo a la que alguien se podía

referir de ese modo.

—Sí, señor, eso he dicho. Porque de ser correctos nuestros cálculos estaríamos hablando de muchos, muchísimos millones de marcos en oro. El Reich podría llevar adelante su avance sobre Polonia sin que ello le costase un céntimo al estado.

Dios mío, no podía ser...

—Exacto, *mein Führer*. Nada nos detendrá. *Heil Führer!*

Santo Dios, era horrible lo que aquello suponía. Si Daniel había comprendido bien, los kilómetros que separaban a aquellos dos interlocutores eran tantos como los que había entre la historia que *herr* Wessler le había endosado al chaval y la verdad. Y si eso era así, entonces lo más probable era que no hubiese ningún Instituto de Estudios Arqueológicos, ni mucho menos ningún depósito para ningún Museo Alemán de las Expediciones. No, si eso era así, toda esta gente de la que Daniel se encontraba ahora rodeado no era más que un atajo de nazis a la búsqueda de capital para financiar su barbarie. Engañado como un panchito, él los había llevado derechos hasta el oro.

Todavía inmóvil frente a la puerta cerrada, sintió cómo la rabia se iba apoderando de las piernas, el vientre. Cómo le trepaba por el pecho hasta la cabeza. Le quemaba en los ojos, en los labios. Y entonces sintió cómo volvía a bajar, ahora ya transformada en cólera, en furia, cómo le recorría los brazos hasta concentrarse en las manos, atrapada entre los puños cerrados. Su primer impulso fue el de darle una patada a la puerta, echar aquellas tablas abajo para entrar y coger al viejo por el pescuezo. «¡Hijo de puta! ¡Me has engañado, bastardo!». Pero no, eso no podía ser, tenía que tranquilizarse. «Eso no puede ser. Piensa, Daniel, piensa». Una fiebre de rabia y venganza le recorría el cuerpo. «Piensa, piensa, ¡piensa!». Pero no era capaz. Un segundo más parado ante aquella puerta y ya no habría vuelta atrás. De nuevo aquella sensación, aquella que Daniel ya creía olvidada. «No, no, hay que calmarse. Es mejor irse. Vete, Daniel, vete de aquí». Y así fue que, de repente, llevado por su propia prudencia, dio media vuelta y echó a correr. Corrió desandando el camino que lo había llevado hasta la puerta de la sala del capitán. Corrió a ciegas, sin mirar a ninguna parte. Por eso no vio a Hugo, el secretario de *herr* Wessler, cuando dobló la última esquina, justo antes de salir a cubierta. El impacto llevó a los dos muchachos al suelo.

—¡Hey, hey, hey! ¿Adónde vas, amigo? ¿Acaso has encontrado más oro?

A pesar del impacto recibido, todavía había buen humor en las palabras de Hugo. Pero no así en el rostro de Daniel. Ni mucho menos. Daniel tenía la furia instalada en su mirada.

—Hijo de puta —masculló entre dientes.

—¿Qué has dicho? —Hugo observaba ahora con desconcierto al marinero, notando que algo iba mal.

—Hijo de puta. ¡Hijo de puta! —Daniel explotó al fin—. ¡Sois todos unos hijos de puta! ¡Asesinos!

—¡Daniel!

—¡Asesinos! ¡Nazis!

Al escuchar la palabra «nazis», Hugo, todavía en el suelo, saltó como llevado por algún resorte sobre Daniel, también tumbado tal como había quedado tras el impacto, entre el suelo y la pared.

Hugo se arrojó encima de Daniel, quien hizo ademán de defenderse. Pero Hugo, más grande que Daniel, no tenía ninguna intención de atacarle. Bien al contrario, lo único que hizo fue ponerle la mano encima de la boca, intentando evitar que Daniel pudiese seguir gritando.

—Pero Daniel, ¿qué demonios estás diciendo, qué es lo que te pasa? ¿A qué viene eso de llamarnos asesinos?

Daniel, todavía con furia en su voz, pero en un tono más bajo y afilado de rabia, respondió.

—Os he descubierto, bastardos. Ya sé quiénes sois.

—¿Quiénes somos? ¿Pero qué rayos estás diciendo?

—No es necesario que continúes con tu juego, nazi de mierda, ya os he descubierto. Vosotros sois los mismos fascistas contra los que mi padre luchó para protegernos a León y a mí. Los mismos asesinos que acabaron con su vida.

Hugo guardó silencio. Se diría por su expresión que seguía sin comprender nada, aunque sus ojos hablaban de un esfuerzo evidente por intentar encajar las piezas de este nuevo rompecabezas que le acababan de escupir a la cara.

—Mira, Daniel. No sé por qué me estás echando todo esto encima ahora, pero una cosa sí te puedo garantizar: yo no soy ningún nazi.

—¿Ah, no? —respondió con ironía ácida Daniel.

—¡No! —Hugo dejó notar claramente su malestar—. Insisto en que no sé de dónde has sacado esa historia, pero yo no soy ningún nazi. Ni lo soy, ni tan siquiera comulgo con sus ideas.

Desconfiado, Daniel observaba en silencio a Hugo. De repente, el alemán se puso en pie y le tendió una mano a Daniel, todavía en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Ven conmigo, salgamos de aquí.

Daniel no las tenía todas consigo, pero decidió otorgarle un pequeño préstamo de confianza al secretario de Fausto Wessler. Caminaron apenas unos pasos, hasta un compartimento en el que Daniel no se había fijado anteriormente. Hugo abrió la puerta, y Daniel se asomó a su interior lo justo para comprobar de un solo vistazo que se trataba de una especie de camarote de carga, una especie de almacén lleno de cajas de madera. El secretario seguía al lado de la puerta abierta, cediéndole el paso al marinero, y éste volvió a dudar. ¿Qué era lo que pretendía aquel tipo? ¿Apresarlo en aquella celda?

—¿Por qué habría de confiar en ti?

—Porque yo no soy un nazi, Daniel.

Después de pensárselo por un momento, el marinero vio algo que decidió interpretar como verdad, y los dos muchachos entraron en el camarote.

—Las cosas ya llevan demasiado tiempo poniéndose más que feas en mi país, Daniel, pero lo cierto es que de cuatro años a esta parte la situación se ha vuelto insoportable. Tienes que creerme cuando te digo que yo no soy un nazi, como tú les llamas, pero entiendo que todos lo parezcamos. El partido está por todas partes. El pueblo se afilia en masa, muchos incluso obligados. Ni los más jóvenes escapan al control del estado, todos entrando en bloque en las Hitler Jugend, las juventudes hitlerianas. Las SS son omnipresentes, y la gente vive con un miedo atroz a la Geheime Staatspolizei, o como ya todos la conocen, la Gestapo, porque todo el mundo sabe que la policía secreta de Hitler lo oye todo, lo sabe todo de todo el mundo y contra todos actúa sin pedir permiso a nadie. Todos le tenemos mucho miedo...

—¿Incluido tú?

Hugo se quedó mirando en silencio para Daniel.

—Yo el primero. Hace un año entraron en nuestro edificio. Venían buscando a nuestro vecino, el señor Goldstein. El hombre se había pasado la vida entera en el barrio sin meterse con nadie. Llevaba una pequeña librería de viejo dos calles más arriba, y nunca había tenido el más mínimo problema. Hasta unos pocos años atrás. Goldstein era judío y, cuando llegó el tiempo de ir a por ellos, la Gestapo vino en su búsqueda. Y todos sabíamos lo que sucedía con los que se marchaban en compañía de la policía secreta.

—¿Qué pasaba?

—Que ninguno volvía. Mi padre sólo quiso ayudar a nuestro vecino, intentar hablar con el hombre que daba las órdenes. Pero los policías no lo vieron así. Luego explicarían que las intenciones de mi padre habían sido otras, *otras* más violentas, pero todo aquello no era más que un montón de mentiras.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre se acercó para pedir clemencia nada más, y uno de los agentes le abrió la cabeza de un culatazo. «Amigo de judíos», le escupió con rabia. Mi padre murió como un perro, tirado en las escaleras de nuestra casa, mientras la Gestapo se llevaba para siempre al señor Goldstein.

—¿La Gestapo mató a tu padre?

—Así es. Y yo preferí no quedarme a esperar al día en que viniesen a por mí. Dejé mi casa al finalizar mis estudios, e hice todo lo posible por conseguir una salida del país. Cuando *herr* Wessler me reclutó en la universidad y me ofreció la posibilidad de ingresar como becario en el Instituto de Estudios Arqueológicos, no me lo pensé dos veces. Realizar este tipo de trabajos lo más lejos posible de aquella locura fue mi salvación. Y ahora me puedes creer o no: yo soy alemán, sí, pero no por ello soy nazi.

Daniel se quedó en silencio. Había algo en la voz de Hugo que le hablaba de

sensaciones ciertas. De verdad y de dolor. De un dolor también conocido por Daniel.

—Los fascistas mataron a mi padre —respondió Daniel—. Fue hace ya casi tres años, al comenzar la guerra. Mi padre quiso ayudar a unos primos de la aldea. Por lo visto estaban metidos en política, y cuando la cosa se puso demasiado fea mi padre los escondió en la bodega del barco, bajo las cajas de la sardina. Su intención era navegar hasta alta mar, donde poder pasar a otro barco mayor con el que ya habían establecido contacto. Pero sucedió que alguien sacó la lengua a paseo y la Guardia Civil acabó descubriendo las intenciones de los fugitivos.

»No dijeron nada, les dejaron hacer. Hasta que estuvieron seguros de que mi padre ya los había subido a bordo. Justo entonces, un grupo de falangistas apareció para tomar el barco. Primero sellaron la entrada a la bodega, y no dejaron más espacio que el justo para pasar las mangueras. Inundaron la bodega, ahogando a todos aquellos hombres como si no fuesen más que ratas. El barco ni siquiera llegó a salir del puerto, de modo que todo el mundo pudo escuchar los gritos pidiendo ayuda. Y después, cuando todo concluyó y el muelle volvió a quedar en silencio, uno de aquellos individuos de camisa azul subió al puente de mando. Sacó su pistola, y allí mismo, delante de todos los marineros del puerto, le pegó un tiro a mi padre en la cabeza. Arrojaron su cuerpo al mar, a la vista de todos, para que a nadie le quedasen dudas sobre cómo iban a ser las cosas de ahí en adelante.

Los dos muchachos quedaron en silencio, hasta que finalmente Hugo respondió:

—Lo siento, Daniel, lo siento mucho. Y entiendo tu rabia. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estabas gritando antes. ¿Por qué dices que aquí somos todos nazis?

—Porque es la verdad. Acabo de escuchar una conversación en la sala del capitán. *Herr* Wessler estaba hablando con el mismísimo Adolf Hitler.

—¿Con el Führer?! —Hugo se mostró sorprendido, pero todavía intentó encontrar una explicación—. Bueno, a ver, la nuestra es una misión muy importante, de grandísima repercusión histórica según tú mismo acabas de confirmarnos. Supongo que las cuentas que el señor director tiene que rendir deben ser ante las más altas instancias. Reconozco que nunca hubiese imaginado que pudiera ser ante el mismísimo Führer. Pero Daniel, no por eso...

—¡Hugo, despierta ya! ¡No hay ningún interés histórico, el oro no supone más que otra fuente de ingresos inmediatos para tu gobierno!

—¿Pero qué estás diciendo?

—¡Pues lo que oyes! Entérate de una vez, Hugo: este oro se va a convertir en el dinero con el que tu Führer piensa llevar vuestro Reich al este.

—¿Al este?

—Bueno, eso es lo que acabo de oírle decir a tu jefe.

—Polonia...

—Eso ha dicho.

Hugo estaba a todas luces impresionado por lo que acababa de escuchar.

—No sé qué decirte, Daniel...

—Pues lo que yo sí sé es que esto es algo en lo que yo no pienso colaborar.

—¿Y qué pretendes hacer, entonces?

—Todavía no lo sé. Pero lo que sea con tal de que esos cerdos no le pongan la mano encima al oro.

—¿Pero cómo?! ¡Ahora ya los has llevado hasta él!

El último comentario retorció el gesto de Daniel. Hugo acababa de tocar en un punto que dolía.

—No lo sé, Hugo, no lo sé...

Daniel volvió a quedarse en silencio observando las cajas que se amontonaban tras Hugo. Y de repente pareció que hubiese visto algo.

—Si es necesario, antes dinamito la gruta entera.

Al decir esto hizo un gesto con la mano, señalando algo detrás del secretario.

Hugo giró sobre sí mismo y buscó con la vista aquello que el dedo del marinero apuntaba. Las cajas que había a sus espaldas llevaban tres letras pintadas en sus laterales. T. N. T. Los explosivos que la expedición había cargado por si era necesario llevar a cabo alguna voladura controlada. Daniel apartó a Hugo de su camino y abrió una de las cajas. Cogió dos cartuchos sin demasiados miramientos. Hugo se lanzó sobre el marinero y le quitó el explosivo de las manos.

—¿Pero qué demonios estás haciendo, Daniel? ¿Acaso te has vuelto loco?

—¡Haré lo que sea necesario! —respondió con enojo el muchacho mientras recuperaba uno de los cartuchos que Hugo le había arrebatado, dejando todavía el otro en las manos del alemán—. Ya te lo he dicho, Hugo: me alegro de que tú no seas uno de ellos, pero no consentiré que esos desgraciados consigan el oro.

Daniel hablaba sin dejar de observar fijamente a su compañero, quizá a la búsqueda de una respuesta que de sobra sabía que Hugo no le daría. Simplemente no podía hacerlo.

—¿Por qué se lo debería permitir? ¿Para que puedan llevar más sufrimiento a otras gentes que como tú o como yo, como tu padre o como el mío, no han hecho daño a nadie? No, Hugo. No puedo permitirlo.

Ambos permanecieron observándose el uno al otro. Los dos muchachos en silencio, frente a frente, cada uno con un cartucho de dinamita en las manos.

—Hugo, vamos a aceptar que nadie entre estas cuatro paredes ha dicho ninguna mentira. Y aquí sólo estamos tú y yo. Si lo que me has contado sobre tu padre es cierto, entonces comprenderás que yo tengo que hacer lo que tengo que hacer. Pero si no es así, si lo que estás intentando es engañarme, entonces ya sabes lo que te corresponde: no pierdas ni un minuto en denunciarme ante *herr* Wessler.

Daniel ocultó el explosivo bajo su camisa, entre la cintura del pantalón y su propia piel. Luego sacó algo de uno de sus bolsillos y se lo entregó a Hugo. El alemán descubrió sobre la palma de su mano dos de las tres monedas de oro que Daniel había encontrado por la mañana. La tercera se la mostraba el marinero sobre su mano abierta. Hugo volvió a levantar los ojos para descubrir que Daniel le



observaba con los ojos clavados en los suyos.

—Tarde o temprano tú y yo nos volveremos a encontrar, Hugo. Será en esta vida o será en la siguiente, pero será. Si al final resulta que eres un traidor, tres monedas serán tu justa paga, y yo mismo te entregaré esta que te falta —dijo Daniel, señalando con los ojos la que llevaba sobre su mano—. Pero si no es así, si resulta que eres un hombre de ley, entonces serás tú quien me las devuelva a mí, porque en justicia sabes que no son tuyas. Ésta es mi decisión. Ahora te toca a ti escoger lo que has de hacer.

Y con las mismas, Daniel dio media vuelta y salió del compartimento, dejando a Hugo solo, en la penumbra de un espacio lleno de incertidumbre, desconcierto y explosivos.

Siguieron las horas corriendo por el barco tan lentas como el ritmo al que la marea iba bajando, sin que ninguno de los dos muchachos volviese a intercambiar ni media palabra. Parecía que el momento no fuese a llegar nunca, pero cuando por fin el reloj del puente de mando marcó las ocho en punto, en cubierta estaba ya todo listo para que Daniel hiciese su nueva bajada al Buraco do Inferno. Todos estábamos a su alrededor. El capitán le daba instrucciones al piloto que, una vez más, habría de llevar al chaval hasta la boca de la gruta, mientras *herr* Wessler conversaba muy animadamente con Daniel, quien, por el contrario, mantenía en su rostro una expresión de máxima seriedad. Cuando por fin llegó el momento de bajar, yo me acerqué a él, ya al lado de la escala que lo llevaba a la barca, y le ofrecí mi mano.

—Buena suerte, Daniel.

El muchacho apretó con fuerza mi mano y, clavando intensamente sus ojos en los míos, respondió con la voz justa para que nadie más le escuchase.

—Hasta la vista, Hugo.

## XXX

Mariña abrió sus ojos hasta dejarlos como platos.

—¡Usted es Hugo Brauner!

—Lo soy —respondió el viejo anticuario—. O, mejor dicho, lo fui. Hoy Hugo no es más que un fantasma, un recuerdo ahogado en el mar, en algún punto al sur de la isla de Ons. Me quedé en la cubierta del *Meeresadler*, aferrado a su baranda, mientras contemplaba el bote en el que Daniel se alejaba de nosotros, convencido de que aquella sería la última vez que mis ojos viesan a aquel muchacho.

El viejo anticuario se calló por un momento, su mirada perdida en los cristales de la galería del salón. Comprendí que a través de aquellas ventanas no eran los árboles de la Alameda lo que el anciano observaba. En aquellos cristales todavía seguía viendo la imagen de Daniel alejándose para siempre del *Meeresadler*.

—¿Qué fue lo que pasó entonces? —preguntó Mariña.

Jackob, o quizá el propio Hugo, volvió a mirarnos.



La espera. La larga y tensa espera... En esta ocasión Daniel llevaba bien preparados los movimientos. Y era mucho más que la práctica anterior lo que lo impulsaba. Antes de partir, el joven había acordado con el capitán y con *herr* Wessler cuánto tiempo iba a necesitar para dejar la gruta preparada para la posterior entrada, al día siguiente, del equipo del *Meeresadler*. Calcularon unas tres horas, por lo que el piloto, una vez estuvo seguro de que el chico había penetrado con éxito en la gruta, retornó al barco.

Aunque en un principio todo parecía ir bien, poco a poco el paso de tiempo, lento, pesado y sin ningún tipo de novedades comenzó a hacer estragos en mi calma. Daniel se había negado a llevar consigo una unidad de radio portátil, argumentando tanto lo aparatoso de su transporte como su inutilidad dentro de la roca viva de la gruta. De sobra sabía él lo que estaba haciendo, pero entretanto las dudas fueron minando mi templanza. A las diez de la noche casi toda la tripulación se había reunido para la cena en el pequeño comedor del barco, y yo, convencido de que mi intranquilidad acabaría por delatarme, decidí mantenerme lo más alejado posible de aquel gentío. Salí a la cubierta, y queriendo huir de los perros me encontré con el lobo. *Herr* Wessler estaba apoyado sobre la barandilla de babor, la vista fija en la negrura bajo la que ya se ocultaba la costa.

—Vaya, Hugo. ¿Tampoco usted cena esta noche?

—No, señor. Creo que las emociones de hoy me han robado el apetito.

—Entiendo, hijo. A mí me ocurre algo semejante. —«No, señor, lo que a usted le pasa no es ni semejante, ni muchísimo menos», le hubiese querido responder—. Pero no se debe dejar llevar usted por las emociones, mi querido amigo. Alimentar los corazones es cosa buena, pero el cuerpo también llama por lo suyo. Piense que un buen plato de comida caliente es todavía un lujo para la mayoría de las gentes de estas tierras.

Las palabras del director me golpearon como metal frío.

—Es cierto. Todos estos hombres y mujeres están pasándolo muy mal.

—Exacto. Y no se crea usted que es poco lo que todavía les queda...

—¿Lo que todavía les queda, señor? Todo apunta a que la guerra esté llegando a su fin...

—Las guerras, hijo mío, son procesos de purificación. Males necesarios, si así lo prefiere usted. Esta que los españoles están pasando es uno de esos males, necesario en este caso para acabar con un sistema democrático inútil, viciado de inoperatividad y corrupción.

—¿Se refiere usted al gobierno de la República, señor?

—A él me refiero, sí señor. Pero también podría referirme del mismo modo a cualquier otro gobierno que se apoye en esa falacia demagógica que es la democracia.

Yo nunca antes había escuchado a *herr* Wessler hablar de este modo. Era fácil ver cómo los últimos acontecimientos habían desatado algo en su interior que hasta el momento se había esforzado en ocultar, y a cada palabra que el director del Instituto de Estudios Arqueológicos iba pronunciando, yo me horrorizaba un poco más. Pero le dejé continuar, porque en cada idea que expresaba encontraba yo un poco más de confirmación para las palabras de Daniel.

—Recuerde lo que nos sucedió a nosotros, Hugo. Tras la Gran Guerra, los aliados nos hicieron pagar a nosotros solos los costes de todo. Nos arruinaron, y nuestro país se vio hundido en la mayor de las miserias. No había trabajo para nadie, el hambre estaba a la vuelta de cada esquina. ¿Y qué hizo entonces nuestro gobierno para solucionar el panorama que teníamos por delante? Nada, Hugo. El pueblo los había elegido, confió en toda aquella ralea para salir adelante, y ellos no fueron capaces de hacer nada por nosotros. Durante los quince años siguientes no hicieron absolutamente nada para sacar el país adelante.

—Hasta la llegada del Führer...

—Exacto, Hugo. Hasta que nuestro líder no llegó al poder, hace seis años, las cosas no comenzaron a cambiar. Y míranos hoy, hijo. Dime, ¿acaso no estamos hoy mejor que nunca? ¡Y mucho mejor que vamos estar después de mañana!

—Creo que no entiendo a qué se refiere con eso, señor...

—Me refiero a nuestro oro, Hugo, al inmenso tesoro que acabamos de recuperar. El descubrimiento de este oro, si es como nuestro nuevo amigo nos lo cuenta,

supondrá una importante fuente de ingresos para el estado.

—Pero señor, eso no fue lo que nos dijo en Berlín. Usted nos habló de ampliar las posibilidades del estudio arqueológico, del prestigio que alcanzaría el instituto, de los depósitos del museo...

—Y por supuesto que sí, Hugo, por supuesto... Una parte irá para los fondos del instituto y del Museo de las Expediciones. Pero el oro es oro al fin y al cabo, ¡la gran moneda de la humanidad, querido hijo! ¿Para qué íbamos a necesitar nosotros en el instituto tantísima riqueza? ¿Acaso pretende que después de esto nos dediquemos a la búsqueda de la Atlántida? Despierte, Hugo. Ese oro servirá para fines mucho más elevados.

Aquello era ya demasiado. Wessler no sólo confirmaba sin la más mínima vergüenza que no había nada de verdad en lo que en un principio se nos había contado sobre nuestra misión, sino que incluso se descubría a sí mismo como máximo seguidor del régimen impuesto por Hitler. Y eso no era todo. Además nos hacía a nosotros colaboradores en su elección. ¿O quizá no lo serían ya todos, tal y como el propio Daniel me había advertido?

—Tiene usted toda la razón —le respondí a un Fausto que observaba mi respuesta con orgullo—. Será mucho mejor emplear todo ese oro en fines superiores, más elevados, como usted les llama. Fines tan nobles como los de colaborar con un régimen criminal que asesina a inocentes sólo porque sí, simplemente por no ser como nosotros. —Poco a poco, Fausto fue mudando su expresión. Ya no era satisfacción aquello de lo que se vestía su rostro, sino sorpresa ante mi respuesta. Yo continué hablando, viendo cómo el orgullo iba dejando paso a la ira en la cara del director—. U otros todavía tal vez más elevados, como el de llevar la atrocidad, el dolor más brutal a más inocentes más allá de nuestras propias fronteras, ¿no es así?

En contra de lo que yo esperaba ya, Fausto Wessler todavía me respondió con calma.

—No sabes, Hugo, cuánto lamento oírte hablar de este modo. Siempre pensé que podría seguir contando contigo una vez de vuelta en Berlín. Habrías podido labrarte un futuro brillante trabajando al lado de los hombres que, sin lugar a dudas, escribirán la historia de los años que todavía están por venir.

—¿Y en qué mojarán sus plumas tan insignes personalidades para escribir esa historia, señor? ¿En la sangre de más inocentes, tal vez? Esos hombres tan llamados para la gloria de los que usted me habla no son más que criminales, los responsables de la muerte de miles, quién sabe si incluso cientos de miles de hombres que nada le habían hecho a nadie. ¡Esos hombres a los que usted tiene en tan alta estima son los asesinos de mi padre!

El director me observaba en silencio, toda la dureza del mundo anclada en sus ojos. Yo acababa de llamarle asesino a la cara. Supongo que estaba a punto de dar la orden para que me ejecutasen allí mismo cuando algo nos sacudió a los dos.

Primero sentimos un ruido sordo, extraño, que nos hizo mirar hacia la costa.

Observamos el relámpago fugaz de una detonación en la oscuridad, y justo entonces llegó hasta nosotros la onda con la fuerza de la deflagración. Todo el barco se estremeció.

—¡El Buraco! —exclamó Wessler.

—Su Führer tendrá que esperar un poco más para alcanzar sus altos fines —sentencié yo sin pensarlo dos veces—. El oro de América nunca será suyo.

*Herr* Wessler clavó nuevamente sus ojos en mí, comprendiendo lo que sucedía.

—Traidor —pronunció entre dientes.

—Asesino —le respondí yo, aguantándole la mirada.

—¡Traidor! ¡Capitán, traición! ¡Guardias! ¡Detengan a este hombre!

Sin tiempo para darme cuenta de dónde habían salido, surgieron de la oscuridad dos de los hombres del capitán, que se me echaron encima. Me revolví como pude y conseguí deshacerme de ellos. Eché a correr por la cubierta salvando los pocos metros que me eran posibles, aprovechando el caos que la explosión y los gritos habían causado entre toda la tripulación, que ahora salía del interior del barco estorbándose unos a otros en cubierta.

—¡Traición, traición! —seguía gritando Fausto—. ¡Detened a Hugo, él es el traidor!

Oía las voces al tiempo que no dejaba de correr buscando algo que me sirviese de ayuda. Metí las manos en mis bolsillos, y lo primero que encontré fue aquel otro cartucho de explosivo que horas atrás le había arrebatado a Daniel. No recordaba haberlo llevado conmigo, pero ahí estaba. No lo pensé ni una vez; de hacerlo quizá no hubiese podido seguir adelante. Me limité a echar mano al mechero en el bolsillo de mi chaleco y prendí mecha. Sin dejar de correr en ningún momento arrojé el cartucho por una de las bocas de ventilación de las bodegas de barco. Cuando ya los hombres del capitán se me echaban encima otra vez, no vi más salida que aprovechar el último segundo antes del fuego para lanzarme al mar.

—¡Asesinos! —volví a gritar mientras mi cuerpo cortaba el aire.

—¡No!

La de *herr* Wessler fue la última voz que oí antes de que mi cuerpo entrase en el agua y sintiese con fuerza sobre mí la explosión del propio barco. Yo todavía estaba demasiado cerca, y la onda expansiva me proyectó mar adentro. Por un momento estuve seguro de que ése sería también el final para mí. Con los pulmones a punto de reventar y casi sin poder oír nada más que un fuerte zumbido en mis oídos, conseguí asomarme de nuevo a la superficie. Me giré hacia atrás, buscando el barco, pero en su lugar ahora no había más que un gran amasijo de hierro y fuego que poco a poco pero sin tregua iba siendo engullido por el océano. De forma instintiva, volví a girar para buscar ahora algo de luz en la costa. Pero, por el contrario, en la misma dirección en la que minutos atrás habíamos escuchado la primera de las dos explosiones de la noche, ahora no se veía nada. Una luz intermitente a lo lejos, el faro de la isla, indicaba la posición de la costa. Y nada más. Nadé con todas mis fuerzas hasta que,

como pude y no sin grandísima dificultad, conseguí llegar a tierra. Alcancé las rocas por el sur de la isla, alejado del Buraco.

El gran ruido de las dos explosiones alertó a los habitantes de la isla. Hoy apenas viven en Ons más de ochenta personas, pero por aquel entonces su población rondaba el medio millar de habitantes, demasiada gente para un lugar en el que nunca pasaba nada. Ya sus voces se escuchaban aproximándose. Me oculté en la oscuridad de la noche y, aprovechando que toda la gente se había desplazado hasta el lugar del Buraco, yo entré en el Curro, la única aldea de la isla, sin que nadie me viese. Siempre me ha maravillado la capacidad que los humanos tenemos para sacar fuerzas de donde no las hay cuando es nuestra propia vida lo que está en juego. Al día siguiente la isla se llenaría de gente, personas de todas clases de las que yo debía mantenerme alejado. No podía quedarme allí. Con mis últimas fuerzas robé una de las barcas que había amarradas en el muelle del Curro y remé hasta tierra firme.

Después de la semana de más miedo de toda mi vida, sobreviviendo escondido en montes en los que nunca sentí que estuviese solo, acabé volviendo a Vigo. Al fin y al cabo, era la única tierra que conocía un poco mejor. Y, sobre todo, el único lugar en el que pensaba que podría encontrar ayuda.

Llamé a la puerta del número 3 de la Bajada al Fuerte una noche de madrugada. Aunque ya era tarde, desde las calles del muelle del Berbés todavía subía un considerable alboroto de gente.

—¿Quién es? —preguntó una voz conocida desde el interior de la casa.

—Soy yo, Hugo. Por favor, León, ábreme la puerta.

Pude oír el ruido de la cerradura abriéndose, y al punto apareció del otro lado de la puerta León, el hermano de Daniel. Me iluminó con un pequeño candelabro que traía en la mano.

—¡Santo Dios, Hugo! Qué mal aspecto traes, ¿qué es lo que ha pasado? — Mientras me hacía la pregunta, León buscó con su palmatoria alguna compañía inexistente en la oscuridad por detrás de mí—. Dónde... ¿Dónde está Daniel?

Sabiendo que, según me había dicho el propio Daniel, podía confiar en León, le conté con detalle todo lo sucedido al amparo del fuego en la cocina y de una taza de caldo.

—Entonces..., no sabes qué es lo que ha ocurrido con Daniel...

—No, León, no sé nada. Lo siento. Lo último que me dijo fue que, si no era en esta vida sería en la siguiente, pero que en una o en otra nos volveríamos a encontrar.

León permaneció en silencio con la mirada perdida en el suelo. Era obvio que no le agradaba lo que escuchaba. Finalmente volvió a levantar la cabeza buscando mis ojos.

—Bueno —respondió a caballo entre la resignación y la decisión—, por lo que cuentas parece que tú ya no serás muy bien recibido en tu Alemania, ¿no?

—¿En mi Alemania, dices? —suspiré hondo, lleno de tristeza—. Eso ya hace tiempo que dejó de existir.

—Entonces mejor será que aguardes aquí. Bien por Daniel, bien por otra Alemania. Si quieres puedes quedarte con nosotros, te ocultaremos.

—¿Nosotros?

—Sí, claro. Elisa y yo.

Daniel nunca había hablado de nadie con ese nombre.

—¿Y quién es Elisa? ¿Otra hermana vuestra, quizá?

León sonrió bajo su barba tupida.

—¿Hermana? No, hombre, no. Elisa es mi mujer. Va para cosa de un mes que nos casamos. Pero eso es lo de menos ahora. Lo que tú tienes que hacer es descansar. Échate aquí —un movimiento de su mano señaló el suelo al lado de la cocina de leña—, y mañana ya veremos cómo solucionamos todo esto. Tú intenta dormir.

León ya salía de la cocina cuando a través de la ventana abierta volví a escuchar el alboroto en la calle.

—León, espera, dime una cosa. ¿Por qué hay tanta gente ahí abajo? Los soportales del Berbés están abarrotados de grupos de gente hablando unos con otros. ¿Qué es lo que ocurre, no es ya un poco tarde?

El marinero me observó con extrañeza. Luego volvió a sonreír.

—A los montes no llegan las novedades tan rápido, ¿no es verdad? La radio no ha parado de dar la información durante todo día, y la gente todavía habla de la noticia.

—¿De qué noticia?

—La guerra acabó ayer.

—La guerra ha acabado... —repetí para mí mismo, intentando asimilar lo que aquello significaba.

—Eso es. O, por lo menos, la guerra de Franco. Ahora comienza otra peor, la nuestra. —León volvió a suspirar, mirando otra vez para el suelo—. En fin, ahora intenta dormir, anda.

El cansancio me abatió al momento, y no tardé en quedarme profundamente dormido al compás de los gritos de la gente en las calles. No sé cuántas serían las horas que pasé así. Desperté al día siguiente arropado por una manta que no tenía al tumbarme y con una mujer sentada a mi lado.

Me observaba.

Era hermosa.

Una mujer baja, de piel morena y larga cabellera negra.

Me pidió que no tuviese miedo, que ellos me protegerían, y al momento comprendí. Elisa. Me ofreció otra taza de caldo.

Cuando León regresó del puerto traía consigo un paquete con clavos, un martillo y un par de herramientas más. Entre los tres apenas tardamos un par de días en preparar una especie de pequeño zulo bajo las tablas de la cocina donde poder esconderme en caso de visitas indeseadas. Y así comenzó a pasar el tiempo,

instalados los tres en algo extrañamente parecido a la tranquilidad.

Yo no salía jamás a la calle, ni tan siquiera un centímetro más allá de la puerta. Dentro de la casa la vida avanzaba con dificultad. Al fin y al cabo, yo era otra boca que alimentar y, a pesar de mi reticencia habitual, León no quedaba tranquilo hasta que no tenía la certeza de que todo el mundo se hubiese podido llevar algo al estómago. Por poco que fuese. Aquel hombre habría sido muy capaz de abrirse las tripas para darte a ti lo que él hubiese comido... Fuera de la casa las cosas tampoco eran fáciles. León traía noticias que hablaban de represiones terribles. La guerra había acabado, sí, pero el miedo no. Como él mismo había advertido, al contrario de lo que cabía esperar, la gente continuaba desapareciendo, eran muchos los que intentaban huir de los orgullosos y vengativos vencedores, y muy pocos aquellos de los que se supiese que lo hubiesen conseguido. «La guerra de los que perdimos», así era como se refería a todo aquello León. La preocupación se había ido haciendo evidente en el rostro del marinero. Había pasado casi un año desde el fin de la guerra, y los vencedores se esforzaban todo cuanto podían en dejar claro que aquí ellos eran los que mandaban. La subsistencia se hacía imposible, y muchas veces la rabia le había jugado alguna que otra mala pasada al bravo León. Ya no era la primera vez que su voz se escuchaba con claridad más que comprometedora en las conversaciones del Lobo de Mar, de manera que ahora ya todo el mundo en el puerto conocía la opinión que Franco, los falangistas y toda esa compañía de hijos de puta, como él mismo se había referido a ellos, le merecían al marinero. Había hablado de más, y León sabía que pronto vendrían a por él. Lo presentía y, desde mi jergón bajo las tablas de la cocina, yo podía escuchar todas las vueltas, todas, que el hermano de Daniel daba en su lecho, cada vez más y más noches sin poder dormir.

Apenas había pasado poco más de un año desde mi llegada, cuando una noche llamaron a la puerta. Ya era muy tarde, razón de más para que yo corriese a asegurarme en mi escondite bajo la cocina. Esa tarde, desde que llegó del puerto, León había pasado todo el tiempo en silencio, observando una y otra vez el recorte del periódico que tiempo atrás había mandado enmarcar. Aquella foto que nos hicieron justo hacía un año, todos felices delante de aquel barco... Cuando el marinero estuvo seguro de que yo ya no era visible fue a abrir la puerta. Aquel bajo era lo suficientemente pequeño como para que desde mi refugio yo pudiese escuchar todo cuanto sucedía en la casa, desde la puerta de la calle hasta la cocina, así que me quedé a la escucha. Y lo que oí no me gustó. Nada, silencio absoluto. León abrió la puerta y permaneció sin decir nada. Un silencio inexplicable, largo y tenso, que sólo se rompió cuando dos pares de pasos vinieron en dirección adonde yo estaba escondido. Unos eran los de León, quien, con tono seco y firme, le habló al suelo de la cocina.

—Hugo, sal. Ha llegado el momento.



Yo no comprendía nada, pero conocía lo bastante a León como para no cuestionar lo que me dijese. Aparté las maderas del falso suelo que disimulaba la entrada a mi madriguera e, indefenso, asomé la cabeza. En la penumbra nocturna de la cocina me encontré con dos figuras que me observaban fijamente. Uno era el propio León. El otro era un hombre elegantemente vestido con un traje gris.

—Buenas noches, Hugo.

—¡Daniel!

Para vosotros, hijos de ese mar, el más grande de los tesoros descansa todavía en lo más hondo de las más profundas aguas, el océano de la memoria. Y yo tengo las cartas de ese mar, los caminos que llevan al tesoro. Tu padre dejó las pistas escondidas. Algunas ya las tenéis, otras tendréis que buscarlas. Para vosotros, yo soy vuestro único guía. Escuchad ahora, y comprenderéis por qué estáis aquí...

# **CUARTO ACTO**

## **ENEAS**

## XXXI

«El año del hambre», como pasaría a la historia... 1940, no había transcurrido más que un año desde la última vez que nos vimos, pero el rostro de Daniel hablaba de mucho más tiempo. Muchísimo más. Cuando nos conocimos, Daniel apenas aparentaba uno o dos años más que yo. Y no obstante, ahora, sus cabellos, largos pero perfectísimamente cortados y peinados, ya lucían las primeras canas. Ni siquiera había cumplido los treinta y su aspecto era el de un hombre diez años más viejo. Su barba y su bigote, sus ropas, todo su porte, la apariencia exacta de un hombre de éxito. Todo el conjunto dejaba entrever no sólo el paso de un tiempo que no se correspondía con el real, sino incluso la existencia de otra vida que con probabilidad tampoco fuese la real. Aquel muchacho alegre y risueño en el puerto de un año atrás era un recuerdo alejado y difícil en el hombre de mundo que se descubría ante mí. Todo había cambiado en Daniel.

Todo, excepto sus ojos.

Porque en el fondo de toda aquella apariencia de hombre venido de otras vidas seguían latiendo aquellas dos bombas de vida, de energía, que eran los ojos de Daniel. Todo él había cambiado, se había transformado, pero yo reconocí al momento aquellas mismas ansias por vivir que un año atrás me habían fascinado en el puerto de la ciudad.

—Yo ya no soy Daniel, como tú ya tampoco eres Hugo, amigo mío. Hugo y Daniel murieron hace ahora un año en un accidente, una explosión en algún lugar al sur de la isla de Ons, y sus cuerpos no aparecieron nunca porque fueron comidos por los peces y todos los fantasmas del mar. Tú ya no eres Hugo Brauner y yo no soy Daniel Beiroa. Mi nombre es Eneas. Eneas Dafonte Maristany.

Daniel... Eneas hablaba con serenidad al tiempo que engalanaba su rostro con una sonrisa tranquila, y su mirada era la de un hombre que tiene algo que contar.

Los tres, Eneas, León y yo, pasamos toda la noche hablando. Primero fue Eneas quien nos descubrió cuáles habían sido sus movimientos desde que escuchamos en el barco la explosión en el Buraco do Inferno. Ya antes, durante la tarde, y sin que nadie lo viese, Daniel había regresado al almacén a la búsqueda de más explosivo y cable de mecha. Nadie se dio cuenta de lo que llevaba escondido bajo la ropa cuando bajó a la lancha motora, así que, después de tener todo preparado, cuando ya se estaba acercando la hora acordada para el regreso, Daniel hizo estallar desde la distancia la galería del oro. Para entonces ya se había escondido lejos del Buraco. Y cuando él, camuflado entre las rocas, aguardaba la llegada de la motora desde el *Meeresadler* lo

sorprendió la segunda explosión, la de nuestro barco. No comprendía lo que estaba sucediendo, y en un principio pensó que yo también había muerto en la explosión. Me contó cuánto lo sintió entonces, pero lo cierto era que esa nueva situación le ponía las cosas muy a favor. Había intentado simular un accidente en la cueva bajo el que desaparecer, pero con el barco saltando por los aires todo se simplificaba. Comprendió que con tanto estruendo pronto comenzaría a llegar gente, incluso desde tierra firme. Decidió esconderse hasta tener la certeza de poder moverse con seguridad. Cuando, efectivamente, como él había supuesto, al día siguiente la isla se llenó de gente, aprovechó la ocasión para mezclarse con la manada de curiosos que se habían acercado hasta allí, y así pudo regresar a tierra firme, confundido entre la multitud, primero entre la gente que volvía al muelle de la isla, y oculto en uno de los barcos que regresaban a Bueu después.

Daniel era muy consciente de que nunca volvería a la vida que dejaba atrás. Ni podría ni quería hacerlo. Durante el tiempo que pasó escondido antes de poder huir del país tuvo noticia del extraño suceso, la explosión del barco de los investigadores alemanes cerca de la isla de Ons sin ningún superviviente que explicase el incidente. No había supervivientes... Quizá eso fuese una suerte para él, pero también había oído al viejo Wessler pronunciar su nombre ante el mismísimo Führer. Probablemente todo el Tercer Reich estuviese ya a la búsqueda de ese tal Daniel Beiroa del que el director del Instituto de Estudios Arqueológicos había informado. Sabía también que a partir de ahora iba a necesitar toda la ayuda posible para comenzar una nueva vida lejos de cualquier duda. Por eso se había guardado para sí unas cuantas piezas de oro antes de salir de la gruta. Haciendo valer parte de ese oro fue como consiguió desaparecer del mundo. Un fantasma que, como el humo llevado por el viento, se desvanece en la nada sin que nadie sepa tan siquiera si alguna vez existió realmente.

—¿Y dónde has estado todo este tiempo? —le pregunté yo.

—En América. Conseguí llegar a Buenos Aires.

—¿Pero cómo, cómo lo hiciste?

Eneas se quedó en silencio mirando para el suelo.

—Pues del mejor modo que conocí jamás: escondido en la bodega de un barco.

—¿En las bodegas? —pregunté con asombro.

—Sí, en las bodegas.

Sabía que los tres estábamos pensando en lo mismo. En aquellos primos a los que el padre de Daniel había intentado ocultar en la bodega de su barco.

—Pasé muchísimo miedo al principio, pero el capitán que me acogió no tardó en tranquilizarme. Su barco contaba con un sistema muy novedoso, algo todavía no visto por aquí.

—¿Qué cosa? —preguntó León.

—El doble casco. Sus bodegas estaban cubiertas por dos cascos separados entre sí por cámaras de aire. De este modo, si el barco tocaba contra algo, un dique, otro barco, lo que fuese, y el impacto no era muy fuerte, el golpe no traspasaba el segundo

casco, el interior, y la carga quedaba protegida del exterior. Es algo así como llevar un barco dentro de otro barco. Hoy es algo muy nuevo, pero, o mucho me equivoco, o en unos años todos los barcos contarán con un sistema semejante.

—¿Tuviste que hacer todo el viaje así, escondido?

—No, no todo. El barco en el que yo me escapé tenía un pequeño acceso a las cámaras de aire desde donde poder comprobar que todo estaba bien. Pero era un paso muy pequeño y, si ya de por sí era indetectable, cuanto más para alguien que no estuviese familiarizado con este sistema. A mí y a un pequeño grupo de milicianos que también huían sólo nos ocultaron ahí dentro durante los días que estuvimos fondeados en el puerto, aguardando para partir, y bueno, también el de salida, hasta dejar atrás aguas españolas. Si durante ese tiempo alguien hubiese entrado a hacer un registro en el barco, nunca se le habría ocurrido buscar ahí dentro, sobre todo porque para esa persona no habría tal posibilidad. Para quien no conozca el sistema del doble casco, del otro lado de la pared de la bodega no hay más que el mar.

—Y llegaste a Buenos Aires.

—Llegué, y enseguida me puse a trabajar. Como una mula... Descargaba barcos en el puerto, con el oro bien guardado por lo que pudiese suceder. Me encontraba con mucha gente que iba llegando en mi misma situación. Y todos me hablaban de todavía muchísima más gente que no lograba huir. De aquellos que no encontraban el modo de hacerlo, o de los aún más desgraciados que, probando suerte, acababan perdiendo la vida en el intento.

»Pasaba el tiempo y también veía que, en la dirección contraria, los únicos que regresaban a España eran los que tenían dinero. Gente rica que si no había hecho fortuna en la emigración era porque ya otros habían ganado los cuartos por ellos tiempo atrás. Millonarios, gente podrida de dinero a la que el asunto de la guerra parecía no afectarle lo más mínimo. Me sentía como si la tragedia sólo fuese cosa de pobres, viendo como todos los días salían ricos herederos de vuelta al país, hablando entre ellos de conocer sus raíces, las tierra de sus padres. Todas las noches yo conciliaba el sueño, entrelazando todos esos discursos vacíos, con el recuerdo de todo cuanto había dejado atrás. Y entretanto las noticias que llegaban desde este lado del mar seguían hablando de represión, de pobreza, de muerte.

—Aquí las cosas se han puesto muy feas, hermano. Ya no hay guerra, es cierto, pero las persecuciones siguen siendo brutales. Yo mismo no sé cuánto podré aguantar, y también me iría si pudiese.

Eneas se quedó mirando para el hombre al que siempre había considerado como su hermano.

—Y te irás —le respondió.

—¿Y cómo? Yo no tengo dinero.

—Pero yo tengo un plan. Todas las noches, a la espera de que el sueño viniese por mí, mi último pensamiento era el de regresar. Pensaba en volver, pero no encontraba el modo de hacerlo. Hasta que me di cuenta de que la verdad estaba delante de mí.

Justo en cada indiano que veía subir a los compartimentos de primera clase. Comprendí que la única forma de volver era no siendo yo, sino otra persona, una bien diferente a mí mismo. La verdad estaba delante de mí, justo al lado de una mentira.

»Desde América nunca dejé de prestar atención a los movimientos de los alemanes, muy especialmente después de ver como al final sí consiguieron avanzar sobre Polonia. Qué ingenuo fui al pensar que les podría desbaratar el plan... Comprendí que ya nada los detendría. Leí muchísimo. Los observé, los estudié, y una de las cosas que aprendí pronto de ellos fue la de cómo llevar adelante sus propósitos bajo el amparo de una buena mentira y de una propaganda todavía mejor. Fui consciente de que la gente cree más en una mentira cuanto mayor sea ésta. Y si eso era lo necesario, eso sería lo que haría.

»Al salir de aquí dejé de ser Daniel. Pero al llegar a Buenos Aires todavía no era nadie. Así fue como, después de darle muchas vueltas, decidí invertir todo el oro que todavía me quedaba en construir a Eneas Dafonte Maristany. Eneas, el riquísimo heredero de la fortuna de La Alumbreira. Lo invertí todo para llegar aquí con esta fachada. A día de hoy ya he agotado casi todo el oro que me había llevado representando esta pantomima que tenéis ante vosotros. Y ha funcionado, vaya si lo ha hecho. Ya llevo aquí más de un mes, y en todo este tiempo no he encontrado a nadie en la ciudad que no crea con devoción en mi disfraz. Amigos míos, es pues la hora de que comience el segundo acto.

—¿Pero cómo? —pregunté—. Tú mismo acabas de decir que ya no tienes más dinero.

—Es cierto, ya poco es lo que me queda. Pero también sé de dónde sacar más. Donde cogí el que gasté hay más que suficiente para continuar con la función —respondió Daniel con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

No podía ser. La sonrisa de Daniel pronto se nos contagió. No podía ser...

—Cambiaste el oro de sitio... —comprendí.

—Lo cambié —respondió al tiempo que su sonrisa se hizo mayor.

Daniel nos contó cómo había sido su trabajo de hormiga en el interior de la gruta. Buscó sin descanso hasta encontrar un canal que comunicase la galería principal con la galería sur. Con gran esfuerzo dedicó el tiempo restante a mover todo cuanto oro le fuera posible de una galería a otra. Trasladó todos los lingotes y casi todas las monedas, dejando lo que no pudo llevar en los cofres ya comidos por la podredumbre y la humedad. Cogió sólo aquello que consideró necesario para poder huir y después llevó a cabo la voladura. Lo que Daniel hizo explotar era la entrada a la galería central, imposibilitando así el acceso a un oro... que en realidad ya no estaba allí. Durante todo este tiempo desde entonces, el oro siempre estuvo a salvo en la galería sur.

—Así que sólo hay que ir a por él. Y ahí es donde entras tú.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí, tú. Iremos los tres a por el oro, y luego nosotros ayudaremos a León a huir.

Pero después de eso aún habrá mucho trabajo que hacer. Y yo solo no puedo.

»Una vez confié en ti. Cuando hoy volví a encontrar a León en el puerto, me confirmó que no me había equivocado, amigo. Y por lo que se ve, parece que hoy los dos seguimos necesitando la ayuda del otro. Tú ya no tienes vida, ni la que tenías ni ninguna otra, y yo solo no puedo llevar adelante todo lo que tengo en mente, que es mucho y puede que muy bueno. Así pues, dime, ¿cuento contigo?

Igual que un día Daniel confió en la verdad vista en las palabras de un Hugo al que en ese momento apenas conocía, también yo vi verdad en la voz de aquel hombre que ahora me tendía su mano. Comprendí lo cierto de todo cuanto acababa de oír y asumí mi posición, la de un hombre sin ninguna vida, como muy bien me acababan de decir. Estreché con fuerza la mano de Eneas y, como él mismo había anunciado al principio de nuestra conversación, dejé de ser Hugo. Así fue como lo maté, Simón, así fue como maté a Hugo Konrad Brauner. Enterré su memoria bajo las tablas de aquella cocina en la que había pasado todo un año escondido, y desde esa noche, ya con el amanecer rayando el día, yo soy Jakob Hans Neumann.



## XXXII

Hugo, Jakob... Fuese quien fuese realmente, las arrugas de su rostro no decían mentiras. Hacía tiempo que aquel hombre había dejado los ochenta atrás. Era un anciano que administraba sus últimas fuerzas como mejor podía y, por ese día, el saldo se había agotado. Jakob había estado hablando sin descanso, sin tregua en su narración, y cuando nos dimos cuenta, su voz se había consumido. Poco a poco, con el mismo ritmo con el que el claroscuro del anochecer también se había ido colando en el pequeño salón del anticuario.

Respiraba ya con dificultad, sus ojos se le cerraban. Cuando los estragos provocados por el esfuerzo y la falta de alimento se hicieron evidentes, fue la propia Mariña quien decidió dar por finalizada la reunión. Neumann necesitaba descanso, pero, aun así, todavía se mostró reticente ante la idea de dejarnos marchar sin conocer la historia completa.

—Es importante que lo sepáis todo, es importante —repetía con un hilo de voz ya casi ininteligible.

—Lo entiendo, señor Neumann, pero su salud es todavía más importante.

Mariña miró a su alrededor, buscando algún indicio de compañía, alguna señal de ayuda en las proximidades de la soledad del anticuario.

—¿Vendrá alguien a ayudarle hoy? ¿Vive usted solo? —preguntó.

Neumann todavía sacó fuerzas para esbozar una sonrisa llena de nostalgia.

—Renunciamos al amor, mi niña, porque había una guerra a la que sobrevivir. Ya no había soldados, pero seguían oyéndose disparos. No sabría decir con certeza quiénes habían sido exactamente los vencedores, pero sí sabía dónde estaban los vencidos: ocupaban todos los rincones de oscuridad posible. El país era una gran derrota y nosotros tuvimos la opción de hacer algo. Y por eso renunciamos a todo. Yo lo dejé todo atrás, a la búsqueda de una salvación. Y, queriendo salvar a todos, acabé por perderme yo mismo... Renuncié al amor y no me di cuenta de que, con toda seguridad, aquello habría sido mi única y verdadera salvación. Y ahora que todo pasó, yo sigo aquí. Vencido, solo y sin amor.

Cuando el viejo volvió a quedar en silencio, sus palabras ya se habían clavado en nosotros como cuchillos fríos de desolación. Palabras duras, pensé, de un viejo que contempla de frente a la muerte preguntándose adónde se ha ido su vida...

—De acuerdo —volvió a hablar—, marchaos, hijos. Pero volved mañana. Esto es muy importante.

Aún no había acabado de hablar y su cabeza ya caía suavemente sobre una de las

orejas de su butaca. Se había quedado dormido observando una vieja fotografía colgada de la pared, y yo estaba convencido de que al día siguiente lo encontraríamos todavía descansando en la misma posición.

Mariña y yo salimos sin hacer ruido. Ya en la calle apenas hablamos. Los dos teníamos mucho encaje de bolillos que hacer. Acompañé a mi amiga hasta su portal y después seguí caminando por Gran Vía arriba. Giré a la derecha al llegar a la calle Venezuela y, tras pasar por delante de la monstruosidad arquitectónica que es la torre del ayuntamiento, bajé de vuelta al paseo de Alfonso. Yo también necesitaba poner en orden mis ideas. Y sabía cuál era el mejor lugar para hacerlo.

## XXXIII

Saliendo a la calle, ni Mariña ni Simón caen en la cuenta de que, sentado en uno de los bancos del parque, un hombre los observa desde las sombras de la Alameda. Protegido bajo un abrigo largo de paño negro, el vigilante fuma con calma mientras contempla cómo el hombre y la mujer doblan la esquina de Velázquez Moreno y se pierden calle arriba. Tranquilamente, saca de uno de los bolsillos del abrigo su teléfono móvil y espera hasta que del otro lado de las ondas una voz metálica responde a su llamada.

—Dime, Lucano.

—Señor, ellos otra vez, la hija y el arquitecto.

—¿Están con el viejo?

—Acaban de salir ahora mismo de su portal.

—¿No los viste entrar?

—No, señor. Nadie ha entrado ni salido en todo el tiempo que llevamos aquí. Ya debían de estar dentro cuando llegamos.

—¿Qué hora es, Lucano?

—Las nueve y media, señor.

—Mucho tiempo... Demasiado para un viejo que según él mismo nos dijo no sabe nada de la historia.

—¿Cree usted que el viejo sabe algo, entonces?

—Lo que yo creo es que el viejo sabe mucho, Lucano. Esos dos no habrían pasado tantas horas ahí metidos si Neumann no tuviese tanto que contarles.

—Luego estaba usted en lo cierto.

—Ya os lo había dicho. Sólo era cosa de paciencia. Paciencia y observación.

—Ahora ya no se ve luz en el piso, el viejo debe de estar solo. ¿Quiere usted que suba a *observarlo* más de cerca, señor?

—No, no, Lucano. Espera. Deja que sea yo quien hable primero con él. Voy a darle una nueva oportunidad.

—¿Otra más? Si me permite opinar, señor, creo que está usted siendo demasiado generoso. A la señora Llobet también le dio usted varias oportunidades, y al final no sirvió de nada.

—Yo no diría eso, Lucano. Sirvió para ponernos en la pista de otros más capaces, sus hijos, lo que, por cierto, a la vista de los acontecimientos, tampoco ha estado mal. Paciencia, querido amigo, paciencia... Déjame ver cómo responde el viejo y luego volvemos a hablar. Lo que sí podéis ir haciendo mientras regresáis al hotel es llamar

otra vez a nuestro amigo Ascanio. Que lo tenga todo listo. Se acerca el momento.

Zé Lucano guarda el teléfono en el bolsillo del abrigo y se pone en pie. Enciende otro cigarro mientras comienza a caminar con toda tranquilidad por la acera de la Alameda en dirección al Náutico. Al mismo tiempo, un coche negro sale del lugar donde ha permanecido aparcado todo este tiempo, y, muy lentamente, se va acercando al caminante desde atrás. Cuando el vehículo, una vieja berlina Mercedes de color negro, llega por fin a la altura de Zé Lucano, su conductor detiene la marcha y el hombre del abrigo de paño negro, con calma, se monta en el coche para ocupar la plaza del acompañante. Se acomoda sobre el asiento, lujosamente tapizado en piel de color beige, sin tan siquiera dirigir la vista al rostro de su chófer.

—Regresamos al hotel —indica sin dejar de mirar al frente.

No hay ninguna necesidad de decir nada más. Eso basta para que el coche vuelva a acelerar, lobo negro que, sigiloso, se pierde en el tráfico de la noche.

## XXXIV

Esta vez me instalé en la barra del bar y le pedí a Suso que me pusiese una caña. Bebí en silencio, intentando comprender cuánto tiempo flotaba en el aire a mi alrededor. Al final resultaba que Eneas y Daniel sí eran la misma persona. Sentí el frescor de la cerveza que bajaba por mi garganta. Y Jakob, el viejo Jakob Neumann, era en realidad Hugo Brauner, el secretario personal de aquel tal Fausto Wessler. Otro trago más, la cerveza me estaba sentando bien. Hugo, se llamaba. Hugo Brauner. Casi ni me había dado cuenta y ya tenía esa caña finiquitada. Hugo Brauner era Jakob Neumann. Acodado sobre la barra le hice un ademán a Suso para que me sirviese otra. Se puso al momento con ella, pero no la toqué cuando la dejó ante mí. Me quedé contemplándola, dándole vueltas a todo. Había algo que me rondaba. Algo en todo aquello...

... Que me rondaba. Algo intuido, tal vez un fondo al que todavía no le había visto la forma. Seguía con la mirada fija en la observación de las burbujas en el interior de mi vaso. La casa de León, en el número 3 de Bajada al Fuerte. Bajada al Fuerte... Me sonaba el nombre, alguna de las calles del casco antiguo de la ciudad. Pero cuál.

—¿Tú sabes por dónde cae la calle Bajada al Fuerte?

—¿Bajada al Fuerte? —Suso dejó de secar el vaso que tenía en las manos y se quedó observándome en silencio, los labios entreabiertos—. ¿Me estás preguntando dónde queda la calle Bajada al Fuerte?

—Hombre, pues a mí me parece que está bastante claro, ¿no?

—Pues a mí me parece que lo tuyo no tiene nombre, Simón —respondió, retomando con monótona tranquilidad la tarea que se traía entre manos—. Desde luego, amigo, hay gente que está en el mundo porque tiene que haber de todo...

—Oye, ¿pero se puede saber qué coño estás diciendo? ¿Sabes dónde está la calle, sí o no?

—Claro que lo sé. Y tú también.

—¿Yo?

—Pues claro. ¿O es que ya no sabes ni dónde vives?

—¿Cómo?

—Pero si es esa de ahí —respondió, señalando con el vaso reluciente—, las escaleras que bajan pegadas a tu edificio...

¡Por supuesto! Bajada al Fuerte era el callejón que hacía esquina con mi edificio, una cuesta empinada de escaleras en pendiente interminable que conectaba el paseo

de Alfonso con la calle Pobladores. Por eso no me había dado cuenta antes, porque *casi* no era una calle, sino una procesión de escalones sin final. «La calle de las escaleras», la llamábamos en el barrio. Nadie la llamaba Bajada al Fuerte. Pero entonces... ¿El número 3? Bajando la calle, los impares tenían que ser los que quedasen a mano izquierda. ¡Eso eran los sótanos de mi edificio! Yo estaba viviendo en el mismo lugar donde todo había sucedido, sobre la casa de León y Daniel. Y Daniel..., ¿cómo se apellidaba Daniel? Jakob lo había dicho en algún momento. Venga, hombre, ¿cómo era? ¡Beiroa! Daniel Beiroa Rodríguez ahora es Eneas Dafonte Maristany. Y Jakob. Incluso había dicho su nombre completo. Lo recordé. Dejó de ser Hugo Konrad Brauner para pasar a ser Jakob Neumann. No, así no. Era más largo, Jakob Hans Neumann. Dios mío, ¿es que aquí nadie es quien dice ser? Tengo que preguntarle a Suso, a ver si él también se llama de otro modo. Hans, como nuestro Xan. Así, Jakob bien podría ser el viejo Xan, mira tú por dónde...

Y entonces, por fin, terminé de darme cuenta.

—¡Mierda, Suso, claro!

Como traída a mí en una de aquellas burbujas empeñadas en salir de mi cerveza, el secreto se me reveló claro. ¡Cómo podía no haber caído en la cuenta! Yo ya había visto esos nombres antes y mi cerebro me lo estaba diciendo. De hecho, me lo estaba gritando, pero a través de voces que yo todavía no era capaz de comprender. Hasta ahora mismo. Recordé lo que Daniel le dijo a Hugo, la verdad siempre había estado delante. La lista, ¿cómo no lo había visto antes? ¡La lista!

—¡La lista, Suso, la lista!

El camarero ya llevaba desde el anterior exabrupto observándome con cara de vaca mirando al tren. ¿Pero es que a este tipo no le impresionaba nada o qué? Tanto daba, total ni él lo iba a entender ni a mí me sobraba un minuto que perder en explicaciones. Dejé mi segunda cerveza intacta sobre la barra del bar y salí corriendo hacia el estudio. Me fui directo a mi mesa de trabajo, donde había quedado el sobre con la lista que la señora Llobet me había hecho llegar en herencia, y saqué nuevamente el pliego de hojas. Busqué el principio de la enumeración, el epígrafe 40. Soy idiota, ahí estaba todo.

*DBR*

*EDM*

*HKB*

*JHN*

*LBA*

*ABR*

...

DBR eran las iniciales bajo las que se ocultaba Daniel Beiroa Rodríguez, y EDM no era otra cosa que el escondrijo de Eneas Dafonte Maristany. Así, HKB y JHN no podían ser más que las tapaderas de Hugo Konrad Brauner y Jakob Hans Neumann. Había estado equivocado todo el tiempo. No se trataba de una lista negra, sino de una

guía de identidades. Si por fin esta vez estaba en lo cierto, lo que tenía en las manos era una lista enorme de gente que había cambiado de identidad, quizá incluso de vida, tal y como Daniel primero y Hugo después habían hecho. No tenía ni idea de cuáles habrían sido las circunstancias individuales de cada una de esas personas, pero ya no se podía tratar de otra cosa. Y el siguiente en la lista, LBA, tenía que ser León. León, el tercero en la conversación de aquella noche de 1940. Neumann no había mencionado sus apellidos, pero no podía ser otro. Y si LBA era el hermano de Daniel, entonces ABR tenía que ser su nueva identidad.

Recordé entonces que esa entrada era lo único que yo había llegado a sacar en claro de todo aquel laberinto. La cuestión de Antón Berasategui Rodríguez. Fuera quien fuera León, en algún momento dejó de ser el valiente marinero de Pobladores, su barrio y el mío, para convertirse en ABR.

Sonreí llevado por los cariñosos efluvios de la cerveza en mi imaginación, pensando en la ola de coincidencias que se me habían ido acumulando. El mismo barrio, el mismo edificio, y ahora las iniciales. León había cambiado su nombre por uno con las mismas iniciales que aquel otro con el que se escribía mi abuela. Sin esa casualidad yo no habría podido empezar a tirar del hilo, y fue ella la que me hizo sonreír ante el recuerdo de mi abuela. Mi abuela...

—¡Coño!

Fue en ese momento, con la misma velocidad con la que un vaso cae al suelo y estalla en mil pedazos, cuando algo encajó en mi interior. Ésa era la razón, el sentido de todo. Mi abuela no se carteaba con nadie cuyas iniciales coincidiesen con las de la nueva identidad de León. Mi abuela se carteaba con la nueva identidad de León.

Tuvo que huir, se lo había dicho a Daniel. Pronto vendrían a por él, y tuvo que hacerlo rápido, dejando atrás a su mujer, a Elisa. ¡Mi abuela Elisa! Santo cielo, ¡Dios mío! No podía ser. Si Elisa, mi abuela, era la mujer de León, entonces mi madre... Dios mío, me estaba mareando. Y entonces yo... Dios mío, ¡Dios mío! Mis piernas temblaban como varas de mimbre, estaba a punto de caerme al suelo.

Me arrojé como un loco al teléfono. «Venga, Mariña, coge...». Comunicaba. Volví a llamar otra vez. «Venga, mujer, cuelga ya». Llamé una tercera vez, y una cuarta también. «¡Cuelga el puto teléfono, ya!». Pero nada, no había nada que hacer. Y, entretanto, las voces seguían amontonándose en mi cabeza, todas gritando con más fuerza que nunca. Ahora había cosas que encajaban en mi composición, sí. Ésa era la razón por la que yo estaba allí, por eso había dicho doña Isabel que yo era exactamente el más indicado para hacer ese trabajo. Claro, seré imbécil... Pero de cada nueva conclusión también había nuevas preguntas que surgían como rayos. Necesitaba saber, poner un poco de orden en aquel caos. Y ya sólo quedaba una persona en el mundo que me pudiese ayudar. Me quemaba el orgullo, pero no había otra.

Volví a coger el teléfono. Mientras aguardaba respuesta me imaginé su rostro al otro lado de la llamada, observando la pantalla de su móvil, dudando si contestar o

no. Al final oí como alguien descolgaba desde el otro lado.

—¿Hola? Soy yo, Simón.

Todavía pasó un tiempo antes de que desde el otro extremo llegase algo más que silencio. Finalmente la voz de mi padre rompió la nada.

—Simón, hijo. —Sentí una mezcla de sorpresa y desconcierto en su voz—. Cuánto tiempo sin saber de ti... ¿Cuánto hace ya que no hablamos?

Recordé el día, el momento exacto en que los dos cruzamos nuestras últimas palabras por muchos años. El cementerio, el entierro de mi madre. Mi padre no supo encajar el fallecimiento de su esposa. Dijo que había sido por mi culpa. «La mataste, la mataste a disgustos». Y volví a sentir el dolor. Aquel dolor. «Yo ya no tengo hijo», dijo mirándome a los ojos. Desgraciado, ¿cómo le puede decir un padre una cosa así a un hijo? Me había pasado todos estos años intentando ofrecerme a mí mismo algún tipo de respuesta. Sabiendo, todos estos años, que no había ninguna.

—Creo que los dos lo sabemos perfectamente, papá.

—Tu madre...

—Mi madre, sí.

Oí respirar profundamente a mi padre al otro lado de la línea.

—No sé, Simón. Creo que ya ha pasado demasiado tiempo. Fuese lo que fuese, ya hay que dejarlo correr. Me alegro de oír tu voz.

¿Cómo? ¿Qué demonios era eso? ¿Me estaba perdonando? ¡Pero si había sido él el responsable de mi alejamiento! ¡Fue él quien me echó de su lado! «Yo ya no tengo hijo», había dicho. Cabrón. ¿O qué pasaba, que ése era su modo de disculparse? Recordé todo mi dolor, toda mi soledad, tantos años sin saber nada de él. Ni de él ni de nadie. Muerta mi madre, toda mi familia había muerto con ella. Llegué a sentirme completamente abandonado en el mundo, sin saber ni tan siquiera de dónde venía ni tener a quién preguntárselo. Y entonces me di cuenta. Ésa era la razón, la verdadera razón detrás de todo: desde la distancia del tiempo, Daniel, Eneas, quien fuese, pretendía volver a mostrarme el camino para que yo pudiese conocer al fin mi origen. Mi padre estaba enterrando el hacha de guerra, y lo correcto era que yo le aceptase el gesto.

—Verás, papá. Necesitaba saber algo sobre mamá. ¿Tú conociste a su padre?

—Vaya, ¿y a qué viene eso ahora, hijo?

—Por favor, papá, se trata de algo muy importante para mí. ¿Lo conociste?

—Pues lo siento, Simón, pero me temo que no te voy a servir de ayuda. No, no lo conocí.

En el fondo, yo también sabía que ésa era la respuesta correcta.

—¿Y por qué no?

—Pues porque ella tampoco lo conoció nunca.

—¿Por qué?

—Porque según a ella le había contado tu propia abuela, el padre de tu madre murió antes de nacer ella, al poco de que su madre quedara embarazada.



—No puede ser...

Elisa mintió para protegerlos a los dos.

—Y no creo que fuese —siguió mi padre—. Tu abuela mantuvo correspondencia durante casi toda su vida con alguien en el extranjero.

—Antón Berasategui —apunté.

—Sí, ese mismo. Tanto tu madre como yo le preguntamos infinidad de veces por él, pero ella nunca nos dijo mucho. Que se trataba de un familiar, un primo lejano que tenía emigrado en Inglaterra, y poco más.

—Pero no había tal primo, ¿verdad?

—Nosotros siempre estuvimos convencidos de que no. Nadie se cartea todas las semanas durante casi cuarenta años con alguien que sólo es un primo lejano de la aldea, por mucho apego que le tengas. Tu madre siempre pensó que el tal Antón Berasategui era en realidad su propio padre, quien, por los motivos que fuese, había tenido que poner kilómetros de por medio. Ya sabes, en aquella época las cosas no eran fáciles para según qué gente.

—Ya, ya. Algo he oído...

—Pero dime, hijo, ¿a qué viene ahora esto? ¿Ocurre algo?

—No, no, papá, no te preocupes. Escucha.

—Dime.

—Yo también me alegro de volver a hablar contigo. Tampoco yo recuerdo ya cómo fue —mentí—, pero lo cierto es que te he echado mucho de menos todo este tiempo. Para bien o para mal, yo siempre te he necesitado.

Silencio a los dos lados de la comunicación.

—Y yo también a ti, hijo. No tardes en volver a llamar.

—No lo haré. Cuídate mucho.

Ya no había duda posible. Antón... No, no, Antón no. León, ése era el nombre de mi abuelo. Por eso yo vivo aquí, en el edificio en el que ya vivía mi abuela. Se había quedado embarazada de mi madre poco antes de que León tuviese que huir, y seguramente fuera eso algo que mi abuelo no supo entonces. Si la descripción que nos había ofrecido Neumann era correcta, lo más probable es que, de haberlo sabido, León nunca se habría marchado. Un tipo como él nunca habría dejado solas a su mujer y a su hija. Se habría quedado. Y entonces acabarían por venir a buscarlo, y todo habría terminado. Elisa lo sabía, y por eso no dijo nada. Y lo mismo por el otro lado. Me la imaginé intentando encajar las preguntas de mi madre. Se trataba de tiempos demasiado difíciles como para poder dar respuestas sencillas. «Papá murió, hija mía», y todo limpio. Quizá no fuese la postura más correcta, pero, al fin y al cabo, en cierto modo eso era lo que había sucedido. A papá León, igual que en su día a Daniel y a Hugo, también acabó por llegarle su hora.

Tenía que hablar con Mariña. Ya. Todavía tenía el móvil en la mano, así que volví a marcar su número. Y otra vez la misma historia. Comunicaba. Marqué otra vez más. Busqué alguna explicación en el reloj. No, ya había pasado casi una hora desde la

primera llamada. ¿Pero con quién rayos estaba hablando tanto tiempo?

—Mierda, Mariña, cuelga el teléfono...

Me preocupé. Aquello no era normal, y algo me decía que las cosas no iban bien. Lo intenté una vez más al tiempo que cogía las llaves. Algo no iba bien. Salí a la calle y corrí tanto como mis pobres fuerzas me lo permitieron.

Cuando por fin llegué, fue un milagro no quemar el portero automático del edificio de Gran Vía con Urzaiz de tanto como pulsé el botón correspondiente al piso de Mariña.

—¿Quién es?

—Mariña, soy yo, Simón. ¿Estás bien?

—¡Simón! Sube.

Al salir del ascensor ella ya estaba esperando del otro lado de la puerta abierta. Todavía llevaba su teléfono móvil en la mano y una expresión extraña en el rostro.

—Por el amor de Dios, Mariña, ¿se puede saber qué pasa? ¡Llevo más de una hora intentando hablar contigo! ¿Con quién demonios estabas al teléfono? ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

Mariña, que no se había movido de la puerta de su casa, siguió observándome y no me dio más respuesta a toda mi batería de preguntas que un abrazo fuerte.

—Ahora ya lo sé todo, Simón. Ahora ya lo comprendo todo —dijo con mi cuerpo todavía entre sus brazos.

Me soltó para cerrar la puerta y los dos pasamos al interior del apartamento. Nos sentamos otra vez en el mismo sofá negro del que apenas unas pocas noches atrás yo no hubiera querido salir, y Mariña dejó al fin su móvil sobre la mesita ante nosotros, mientras el aparato se quejaba de estar quedándose sin batería.

—Siento no haberte contestado. Iba viendo los avisos de tus llamadas en la pantalla de mi teléfono, pero la conversación era muy importante, y no convenía atrasarla de ningún modo.

—¿Pero por qué, con quién estabas hablando?

—Con Jakob.

—¿Con Neumann? ¿Tanto tiempo? Pero si apenas podía hablar cuando lo dejamos. ¿No se había quedado dormido?

—Sí. Pero, según parece, alguien lo despertó con otra llamada justo después de que nosotros nos fuésemos.

—¿Quién?

—Pues eso no me lo dijo. Pero lo que sí sé es que la llamada lo alteró mucho.

—¿A qué te refieres?

—Jakob me llamó muy nervioso. Estaba muy preocupado porque, según me contó, parece ser que no somos nosotros los únicos que vamos tras la pista de mi padre.

—Hombre, eso ya te lo había dicho yo —interrumpí, señalando las marcas todavía visibles de los golpes en mis mejillas.

—Ya. Quizá ésos sean los mismos que ahora se han puesto en contacto con Jakob.

Aquello tenía sentido. Después de todo, había sido delante de su tienda donde yo me había dado cuenta de que ya conocía a aquellos tipos.

—No sé qué sería exactamente lo que le dijeron, Jakob no me quiso hablar de eso —siguió ella—, pero fuese lo que fuese, lo que sí es verdad es que le dejaron el miedo bien metido en el cuerpo. Me dijo que estaba asustado, que sabía que su tiempo se agotaba.

—¿Su tiempo? ¿Qué tiempo?

—No lo sé, Simón, pero él insistió en que había que hablar, que mañana podría ser tarde, y era preciso que yo conociese la historia de la criatura.

—¿Criaturas ahora? ¿Pero qué está pasando aquí, Mariña, de qué me estás hablando?

—Te estoy hablando de Troia.

No, no, no, escúchame. No quiero que bajes aquí. Lo que yo quiero es que me prestes atención. Ellos están ahí fuera, lo sé. Hace días que me rondan, probablemente a ti, a vosotros, también. No hay tiempo que perder. Ellos están ahí, fue su llegada lo que me alertó. Comprendí entonces que el momento había llegado, que tenía que hablar con vosotros. Con Simón y contigo, Mariña. Porque esa brecha está todavía abierta. Tarde o temprano ellos acabarán por descubrirlo, y si no sois vosotros serán ellos los que se cuelen por ella. Escúchame, Mariña, escúchame con atención. Apenas tenemos tiempo. Ahí está el monstruo.

# QUINTO ACTO

## TROIA

## XXXV

Mi padre observaba con atención los ojos de cada viajero que llegaba al puerto. Sabía leer en sus rostros, y en ellos detectaba el dolor, el sufrimiento de aquellos hombres. Lo conocía bien, porque también había sido el suyo. Pocos eran los fugitivos que lograban llegar, y en las bocas de cada uno de ellos venía siempre la memoria de tantísimos más que no lo habían conseguido. Todos traían el recuerdo de los muchos que habían quedado atrás. Los recién llegados hablaban de los represaliados, de los desaparecidos. Parecía que todo el mundo estuviese intentando huir, sin que nadie consiguiese hacerlo realmente. Todos hablaban de un familiar, de un padre ejecutado. Venían con el recuerdo grabado a fuego de una hermana violada, de un hijo paseado. Aquello era una barbaridad. No, aquello era *la* barbaridad, y mi padre hizo suyo el dolor de toda aquella gente. Ojalá alguien pudiese hacer algo por paliar tanto dolor. Si él pudiese... Se obsesionó pensando en el modo de poder ayudar a todas aquellas personas de las que hablaban los que tan a cuentagotas iban llegando. Qué hacer y cómo hacerlo. No tenía dinero, pero sí sabía dónde encontrar unos recursos de los que, según él pensaba, nadie más tenía noticia. Unos recursos con los que hacer ese «modo posible» mucho más grande de lo que nadie hubiese imaginado jamás.

Cuando llegaba la noche todos estos pensamientos luchaban contra el sueño de mi padre. Pero el hombre necesitaba descansar, así que intentaba despistar a las cavilaciones leyendo todo cuanto en sus manos caía. Tal vez nunca existiese aquel tal Ramón «el Maravillas», el afilador de Xinzo que tantas veces le habló del oro que se escondía más allá de las montañas al imaginario Daniel Dafonte, según el relato inventado por mi propio padre. Pero quien sí existió realmente fue uno de los compañeros de pensión del verdadero Daniel, un viejo profesor de literatura clásica llamado Ramón Martínez Villar, exiliado desde la Antela justo a tiempo para huir de un paseo garantizado a manos de los falangistas de Xinzo de Limia. Los libros que don Ramón se había llevado consigo fueron la verdadera piedra en la que mi padre fue afilando su pensamiento en las largas noches de insomnio. Así conoció a Virgilio, a Homero. Así tuvo conocimiento de la historia de Eneas, de su bajada al infierno. Y también de la historia de un caballo.

Cuando los habitantes de Troya aceptaron el presente dejado por los griegos a las puertas de la ciudad, lo único más grande que el tamaño del caballo era el orgullo y la arrogancia de los propios troyanos. Tan pagados de sí mismos y de su aparente

triunfo como estaban, la ceguera provocada por su propia sensación de victoria no les dejó ver que aquel caballo, que ahora ellos mismos introducían hasta el corazón mismo de Troya, venía preñado de derrota. Con la llegada del amanecer y la caída de los troyanos, Daniel conoció el modo de su futura victoria.

Casi un año más tarde, mi padre fundó en Vigo la Transoceánica Internacional del Atlántico como una empresa de transportes marítimos que conectaba nuestro país con prácticamente toda la costa atlántica. Y supo manejar a la perfección no sólo la sensación de éxito generada por su negocio, sino incluso cómo ofrecer esa sensación, de tal modo que hasta los funcionarios más torpes del sistema no tardaron en percibir el gran acierto que sería vincular la imagen de Troia con la del propio régimen. Un éxito internacional que evidenciase las grandes posibilidades de futuro que se daban en este nuevo país en que España se estaba convirtiendo. Quizá la guerra fuese muy dura ante los ojos de la comunidad internacional, sí. Pero se trataba de un esfuerzo que hubo que hacer para limpiar el país y devolverle las grandes oportunidades a las que la gloriosa patria estaba llamada. Y Troia podría convertirse en uno de los mayores exponentes de este discurso. El régimen le abrió de par en par sus brazos y Daniel, perfectamente disfrazado ya para siempre de don Eneas Dafonte, se dejó caer en aquellos brazos de brutalidad y sinrazón.

Porque todo era mentira.

Como los troyanos no supieron ver a los griegos que el caballo traía en su interior, los hombres de Franco no sospecharon jamás cuál era el verdadero cargamento de mi padre. Transportes internacionales, pensaban. ¿Y por qué no? Quiero decir, ¿por qué pensar otra cosa del negocio de don Eneas Dafonte, uno de los más fervientes colaboradores del régimen? Desde el primer instante de su vida en sociedad, mi padre se aferró al glorioso Movimiento Nacional, convirtiéndose en uno de sus mejores patrocinadores. En el fondo tenía gracia, el oro traído de América para pagar las guerras de Felipe de Anjou contra una Europa que no aceptaba su nuevo gobierno de nuevas ideas era el mismo que ahora financiaba la guerra secreta de mi padre contra el general Franco y su nuevo gobierno de viejas ideas. Pero las conocidas donaciones de mi padre a la causa eran tan exageradas que nadie se preguntó jamás qué era lo que había tras aquellas montañas de dinero. Altruismo abrumador, ¿para qué hacer preguntas? Se trataba de dinero, y eso era lo importante. Por eso, todavía menos se iban a preguntar qué era lo que se movía realmente bajo las cubiertas de los barcos de la Transoceánica. Carga, nada más. Y, entretanto, aquellos barcos cruzaban el mar preñados de vidas a la búsqueda de nuevos futuros.

Poco tiempo antes de iniciar Troia su actividad, una noche de primavera, tal como casi un año antes había hecho, mi padre volvió a entrar en la galería sur del Buraco do Inferno. Los medios, los impuestos por la grandísima discreción necesaria, eran si cabe todavía menos que la vez anterior, pero en cambio, para esta ocasión sí pudo contar con ayuda. Hubo que esperar el momento preciso para que se diesen las condiciones necesarias hasta que, por fin, una noche sin luna de la primavera de

1940, mi padre entró en la gruta de Ons en compañía de su hermano León y de su amigo Hugo Brauner. Esta vez sí cogieron todo el oro que pudieron, y dejaron el resto escondido del mejor modo posible, por si los tiempos hacían necesaria otra entrada posterior. Eneas aprovechó los contactos que ya estaba haciendo entre sus nuevas amistades para convertir ese oro en dinero, en muchísimo dinero. Oro de las minas de La Alumbreira, les había dicho...

Al mismo tiempo que esto sucedía, un nuevo visitante llegó a la ciudad. Se trataba de un joven alemán, Jakob Neumann, licenciado en historia del arte por la Universidad de la Sorbona de París, el cual venía con la idea de abrir aquí un negocio de antigüedades. Cuando por fin lo hizo nadie tuvo motivos para sospechar que tras la apertura de tal negocio estaba el dinero de Eneas Dafonte, quien, a su vez, pronto se habría de convertir en uno de los mejores clientes de la exquisita Jakob Neumann Antigüedades. No, nadie sospechó nada. A nadie en absoluto le llamó la atención que un hombre de la posición del señor Dafonte se mostrase interesado por el mundo de las antigüedades. La mayoría de sus adquisiciones decoraban ya los salones de la Casa Grande, la nueva residencia de don Eneas, alejado de la ciudad sobre la playa de Canido. De hecho, incluso parecía lógico que, dada la buena relación existente entre el proveedor y su mejor cliente, Troia también acabara convirtiéndose en la empresa de transportes empleada para la llegada y salida de las mercancías gestionadas por Jakob Neumann Antigüedades. Años de buenas relaciones entre ellos los unían cuando sucedió aquel incidente en la calle. A nadie le extrañó, pues, cuando mi padre acudió en la ayuda del anticuario tras aquella noche que el señor Neumann tuvo que pasar en el calabozo. Todo era normal.

Y todo seguía siendo mentira. Pero la actividad del anticuario era tan respetable que lo que a nadie se le pasó jamás por la cabeza fue la posibilidad de imaginar que su trastienda fuese en realidad un taller de documentación falsa, el estudio donde, entre montañas y montañas de libros prohibidos, Jakob Neumann se pasaba las noches elaborando pasaportes falsos, documentos de identidad de personas que hasta ese preciso momento nunca habían existido. Hugo, ya para siempre disfrazado de Jakob Neumann, comenzaba por construir en papel lo que luego serían las nuevas vidas en el extranjero de todos y cada uno de los hombres que en breve partirían con rumbo a otros tantos nuevos mundos, si bien todos comenzaban su viaje en un mismo lugar: camuflados entre los dobles cascos de uno de los barcos de mi padre.

Porque eso era Troia, una gigantesca tapadera bajo la que facilitarles la huida a todas cuantas personas fuese necesario. Cuando los caminos de la vida no daban más de sí en esta parte del mundo, mi padre tendía los puentes para seguir con un nuevo camino más allá del mar. Y sus barcos eran su caballo. Lo había visto con claridad cuando él mismo consiguió huir. Aquel sistema era tremendamente novedoso, todavía muchísimo como para que fuese de conocimiento masivo. Aún habrían de pasar



muchos años hasta que un petrolero se fuese a pique frente a la costa gallega, provocando una desgracia tal como para que la gente clamara en las calles por la imposición de un sistema semejante. No, el sistema del doble casco no lo conocía mucha gente. Y mucho menos los burócratas del Generalísimo Franco, todavía muy ocupados en satisfacer su propia arrogancia. Construir por aquel entonces los barcos de ese modo era caro, muy caro. Pero gracias al oro de Rande, aquél no era el problema. La gente podía huir con seguridad.

León fue el primero, aunque por esta razón y por la falta de práctica, su salida tuvo que hacerse de modo precipitado. Apenas pudo despedirse de Elisa, quien en aquel momento rechazó su propia salida, a la espera de un momento más adecuado. «Ya llegará el tiempo», le había dicho ella sin revelarle a León el secreto que guardaba. Pero lo que llegó no fue el tiempo, sino una niña que cambiaría los planes de Elisa para siempre. León fue el primero de la lista y, gracias a un cuidadoso boca a boca, pronto esa misma lista comenzaría a crecer. Un río subterráneo de esperanza fluía entre el pueblo sin que el régimen se enterase de nada. Eneas Dafonte aparecía en todos los desfiles, su nombre sonaba precedido por los más grandes elogios en todos los despachos en los que convenía que un nombre sonase, y no había fiestas más importantes en sociedad que aquellas que se celebraban en la Casa Grande. Y, mientras tanto, el río seguía fluyendo y fluyendo bajo los pies de todas aquellas bestias.

Los hombres de Troia recogían regularmente las cajas del anticuario, embalajes especiales de piezas muy frágiles. «Mucho cuidado, que esa pieza vale tanto como una persona», les indicaba siempre el señor Neumann. Ya una vez en el barco, salían los fugitivos de las cajas para esconderse en el doble casco, y el propio Eneas en persona se aseguraba bien de que tenían y comprendían toda su nueva documentación. Y esto era algo muy importante: se les proporcionaban nuevas identidades con nuevas vidas porque, de no hacerlo, de haber seguido empleando sus verdaderos nombres, lo más probable habría sido que los servicios de inteligencia de Franco hubiesen acabado encontrándolos. Y, de haberlo hecho, tarde o temprano descubrirían cómo habían llegado allá. Lo que supondría, irremisiblemente, el final de Troia.

Así fueron pasando los años. Los más terribles primero, los duros después, hasta que todo se fue tranquilizando. Aunque jamás llegó a calmarse por completo, porque el monstruo que el franquismo era tampoco se durmió nunca del todo. Así fue que apenas pocos meses antes de la muerte del dictador el régimen todavía seguía cobrándose vidas humanas. Pero lo cierto era que a finales de los años cincuenta el sistema de represión había reducido notablemente lo encarnizado de sus persecuciones, y la genuina razón de ser de Troia, para entonces ya convertida en una gran y muy rentable empresa de transportes, pasó a un segundo plano.

Tanto había sido así, que nuestros padres no quisieron ampliar la familia hasta estar bien seguros de que este país podía ser un lugar apropiado para criar a sus propios hijos. Así, mi hermano Xulio no nacería hasta 1962, cuando la actividad de Troia más allá de lo verdaderamente propio de una empresa de transportes ya casi había desaparecido. Tan sólo colaboraba en la salida de aquellos hombres todavía marcados por el régimen. Activistas, ex presos políticos, intelectuales... Toda aquella gente cuyos antecedentes les impedían salir de país. Y yo nací seis años más tarde, en 1968, justo a tiempo para la ruptura entre mi padre y Jakob Neumann.

Porque en este juego de héroes y villanos tanto Eneas como Jakob llevaban dos vidas cada uno. Mientras la mascarada de Eneas estaba llena de luces, de éxito, de dinero, la de Jakob no contaba con nada semejante. Pero no era eso lo que al anticuario le dolía: mientras mi padre formaba su propia familia, Jakob se había ido manteniendo en la opción de la soledad. Y esa postura le fue amargando el alma. A principios de abril del año sesenta y ocho, Neumann le dijo a mi padre que ya era suficiente. Le recordó cuál había sido su plan y le habló de objetivos cumplidos. Los años sesenta llegaban a su fin, y Troia ya no era más que una empresa de transportes como tantas otras. Su razón de ser, su esencia hacía tiempo que había quedado atrás. El mundo, por fin, estaba cambiando.

Jakob le propuso a mi padre que nos fuésemos todos, romper con las ataduras del plan original para, ya desde una posición de seguridad, contarle al mundo aquello que habían hecho. Odiaba el sistema, y nada le habría dado más placer que dejarlo en ridículo ante el mundo entero. Después de tantos años de sufrimiento, la primavera de 1968 se prometía como el mejor momento para hacerlo.

Pero para gran decepción del anticuario, mi padre no estuvo de acuerdo. Le dio la razón a Jakob. Sí, los dos habían renunciado a sus propias vidas por sacar adelante el plan. Le dio la razón, admitió que sí, que lo habían conseguido y que el trabajo ya estaba hecho. Pero no sólo se negó a participar en las revelaciones del anticuario, sino que incluso le pidió que no lo hiciese, ni tan siquiera en solitario, por su propia cuenta. Ante la sorpresa de Neumann, Eneas le recordó que, si bien el alemán había escogido no tener familia, consagradas sus noches a las soledades de la falsificación de documentos y a la lectura de textos prohibidos, él había escogido justo lo contrario. Eneas tenía una mujer, Isabel, quien desde el primer momento no sólo estuvo al tanto de todos y cada uno de sus planes, sino que incluso había participado plenamente en la trama, fortaleciendo la imagen dada por Eneas, asumiendo su rol de fiel esposa del hombre de pro. Y también tenía un hijo, Xulio Ascanio, un niño de apenas seis años con toda una vida por delante. Por si esto le parecía poco a Jakob, para octubre aguardaban la llegada de un nuevo vástago, yo misma. Eneas concluyó su negativa respondiéndole a Jakob que todo cuanto el anticuario había dicho era cierto. Pero que, a pesar de que ellos un día habían tenido que renunciar a sus propias vidas, ahora ninguno de los dos tenía ningún derecho para exigirle lo mismo a su familia. Mi padre apeló a la comprensión de Jakob, pero según parece éste no estuvo

por el entendimiento, y celebró su desacuerdo con una gran borrachera que acabaría dando con los huesos del anticuario en el calabozo, acusado de escándalo público. El anticuario se separó de mi padre, y no se volvieron a ver hasta mi nacimiento.

Mis padres celebraron mi bautizo en los jardines de la Casa Grande. Como favor personal, Eneas le pidió al obispo de Tui que tuviese a bien santificar el agua de la fuente que acababa de construir sobre la cueva del viejo manantial, y ahí mismo, en la fuente que tú ahora estás restaurando, recibí yo el bautismo. Ésa fue la última vez que el anticuario y mi padre estuvieron juntos. Jakob le preguntó a Eneas si éste había vuelto a considerar su propuesta. Mi padre me llevaba en sus brazos. «Sí —le respondió—, pero sabes que no puedo hacerlo. —Y me dejó en los brazos del señor Neumann—. En tus manos tienes mis razones, amigo, las razones más poderosas del mundo». Según el propio Jakob me contó, él me sostuvo unos minutos, observándome fijamente. Al fin, acabó por regalarme una sonrisa antes de devolverme a los brazos de mi padre. «Adiós, Daniel». «Adiós, Hugo», le respondió mi padre. Nunca más volvieron a hablar entre ellos.

## XXXVI

—Por eso no contestabas al teléfono.

—Por eso. Porque Jakob me había pedido que le prestase la máxima atención mientras hablaba. Pero también porque todo empezaba a cobrar sentido. Por fin, después de tanto tiempo, la verdad se me revelaba. Por fin comprendía toda la oscuridad que rodeaba a mi padre, todo lo que sobre él se contaba.

—Y a tu madre...

—Sí, a ella también. Tal vez mis preguntas sí fuesen las correctas, pero el tiempo en que las hice no lo era. Apenas habían pasado unos pocos años desde el final de los acontecimientos. Cuando quise saber la verdad sobre mi padre, ni siquiera llevábamos diez años de democracia, muy poco tiempo para una gente que había tenido que soportar casi cuarenta años de dictadura, casi cuatro décadas de mentiras, secretos y precaución extrema.

—Tu madre sólo intentaba protegernos, a ti y a tu hermano.

—Sí, supongo que sí. —Mariña se quedó por un momento callada, pensativa.

Así pues, la verdadera actividad de Troia no era otra que sacar gente del país y dejarlos, sanos y salvos, a las puertas de una nueva vida proporcionada por los propios Eneas y Jakob. La lista. Ya todo tenía sentido.

—Mariña, atiéndeme ahora a mí, porque yo también tengo algo que contarte.

—Te escucho.

—Es sobre la lista, Mariña. La lista que tu madre me hizo llegar a través de su testamento. Todo está claro ahora. La he descifrado.

—¿Cómo?

—Pues prestando atención al fin —reconocí no sin cierta vergüenza—. La solución estuvo delante mí desde que Jakob comenzó a hablarnos de tu padre, pero yo estaba tan preocupado intentando comprender de golpe todo lo que nos estaba sucediendo que no les presté atención a los detalles. Todo estaba ahí, delante de mí. Y tú acabas de darle el sentido que todavía le faltaba.

—¿Yo?

—Sí, tú, con lo que me acabas de contar. La lista es una relación de personas, las personas huidas a través de Troia. Los nombres completos son las identidades falsas bajo las que se camufló a los huidos, probablemente todas creadas por Neumann. Y sus verdaderos nombres se esconden bajo las secuencias de iniciales que anteceden a cada nombre, imagino que intentando garantizar de algún modo su anonimato.

—Pero el primer epígrafe, el 40, no contiene ningún nombre, sólo iniciales.

—Lo sé. Me imagino que, correspondiéndose con el primer año de actividad de Troia, 1940 (ya que eso es a lo que se refieren los números que introducen los epígrafes), ni tu padre ni Jakob, que imagino que fue quien elaboró la lista, quisieron arriesgar nada anotando ningún nombre completo hasta no estar bien seguros de los éxitos de cada uno de sus planes de huida. Lo más probable es que ni siquiera pudiesen sospechar entonces el enorme éxito que su empresa llegaría a tener, por lo que debieron de considerar que con las iniciales ya era suficiente.

Mariña me observaba con una sonrisa en los labios.

—O sea, que lo que me estás diciendo es que ahora sabemos con exactitud a cuántos hombres y mujeres salvaron mi padre y Jakob de una muerte segura, ¿no es así?

—Bueno, tu padre y Jakob sí. Pero según tú misma me acabas de contar, también tu madre. Y por lo que sé yo, tampoco me sorprendería demasiado si descubriésemos que el propio secretario de tu madre, el señor Rovira, también estaba involucrado.

—¡Eso es fantástico! —exclamó ella.

—Sí, es fantástico. Pero no lo es todo, aún hay más. Ya sé por qué estoy yo aquí, en medio de toda esta historia.

—¿Sí? Habla.

—Esa lista se la podían haber hecho llegar a cualquier otro. A un periodista, a un investigador, un historiador... No sé, cualquiera que hubiesen elegido habría estado mejor capacitado que yo. Si tu madre me escogió a mí fue porque uno de los nombres escondidos en la lista me vincula directamente con todo este asunto.

—¿Quién? —preguntó Mariña con gran intriga.

—León.

—¿León? —repitió ella desde la sorpresa, sin alcanzar a ver todavía qué relación podía haber entre el marinero y yo.

—León era mi abuelo.

Los ojos de Mariña se abrieron como dos mundos.

—¿¡Cómo dices!?

—Lo que oyes. Me falta por confirmar una sola cosa, que el nombre completo de León coincida con las iniciales que yo tengo en la lista: LBA - ABS. A. B. S. es Antón Berasategui Rodríguez, el nombre de la persona con la que mi abuela se carteo a lo largo de toda su vida.

—Dios mío... Todo esto es increíble —susurró Mariña, todavía sin salir de su asombro.

—Lo es, pero no puede tratarse de otra cosa. Por eso ahora soy yo el que necesita volver a hablar con Neumann.

¡Neumann! Mariña recordó de repente su conversación anterior.

—¡Simón, Jakob no acabó de contarme su historia!

—¿Cómo que no acabó? ¿Qué quieres decir?

—Estábamos hablando del momento en que él y mi padre se separaron cuando de repente dejó de hablar. Le pregunté qué pasaba, si todo iba bien. Me respondió que le había parecido oír un ruido fuera, en las escaleras. Me dijo que iba a ver, que luego seguiríamos hablando. Colgué el teléfono justo cuando tú llamabas desde el portal y ya no sé más.

«No, no, no. Eso no está bien», pensé.

—Llámallo, Mariña.

Cogió su móvil y volvió a marcar el número del anticuario.

—No responde.

«Nada bien».

—Vuelve a llamar —insistí.

Pero tampoco hubo respuesta. Había tono de llamada, pero nadie descolgaba al otro lado de la línea.

—No contesta. —Los miedos de Mariña intentaron buscar una respuesta irracional en su reloj—. Es tarde, pasa ya de la una. Quizá...

—No, algo va mal. Coge tus cosas, bajamos a la Alameda.

## XXXVII

—Oh, ¿y se puede saber a qué viene ahora esta actitud tan negativa, Hugo?

—Deje de llamarme así, ¡ya le he dicho que ése no es mi nombre!

El anciano protestaba desde su sillón bajo la atenta mirada de Zé Lucano, de pie tras él. El matón del traje negro colocó una mano sobre el hombro del anticuario. Un recordatorio de que todavía estaba ahí. O tal vez una silenciosa amenaza.

—Oh, sí, por supuesto, Jakob, por supuesto... ¿Le gusta más así, señor Neumann? Sea pues, si eso es lo que prefiere. A ver, Jakob, ¿a qué viene este cambio ahora? Usted y yo teníamos un trato, ¿no era así?

Otto Wessler no hacía ni el más mínimo esfuerzo por disimular la impostura cargada en sus palabras. Cómodamente instalado, los brazos abiertos, extendidos todo a lo largo del respaldo del mismo sofá en el que apenas unas horas antes habían permanecido sentados Simón y Mariña, Wessler dejaba correr ahora todo aquel caudal de falsa afectación.

—Ahórrese usted su cinismo, señor. Los dos sabemos que entre nosotros nunca hubo ningún trato —respondió Jakob con enfado manifiesto en lo ronco de su voz.

—¿Ah, no? —replicó Otto en un tono todavía más sarcástico—. Vaya, pues tendrá que disculparme. Usted sabrá todavía mejor que yo que pasados los setenta los achaques hacen que poco a poco nuestro cuerpo comience a ser cada vez menos nuestro para ser más de la tumba. Quizá mi problema sea el de la memoria... Creía recordar que habíamos quedado en que me avisaría si tenía usted alguna noticia sobre el oro de Rande.

Otto Wessler permaneció en silencio, simulando hacer el esfuerzo de recordar mejor. Jakob también se mantenía en silencio. Finalmente fue Wessler quien siguió hablando.

—¿O quizá sea usted el que no recuerda bien, amigo Neumann?

—Ya le dije cuando nos vimos que no hay tal oro.

—¡Sí hay tal oro! —gritó súbitamente Otto. El cinismo desapareció de golpe y la furia se descubría ahora con fuerza en su rostro. Con el grito él mismo se había lanzado de tal modo hacia adelante, con tanta violencia, que incluso sus hasta entonces imperturbables cabellos canos acusaron la sacudida.

Otto se pasó la mano por la frente, intentando recomponer esa imagen suya de falsa tranquilidad.

—Sí hay tal oro —repitió en tono más calmado—, los dos sabemos que sí lo hay. Así que seamos concretos y no nos hagamos perder más tiempo mutuamente. Yo sé

que sí hay tal oro, mi padre dirigió la expedición mandada por el propio Führer a la búsqueda del oro hundido de Rande, y creo que no es preciso que le concrete mucho más.

Otto hizo un gesto con desgana, un ademán cansado, señalando hacia algún punto aparentemente indefinido en la pared al lado de Jakob.

—Usted fue el ayudante personal de mi padre a lo largo de sus dos últimos años de vida. Yo nací apenas unos meses antes de que él saliese de Berlín, pero mi madre le conocía, ella sabía quién era usted, así que, por favor, no me haga perder más tiempo.

—¿Su madre?

Jackob hizo el esfuerzo, y comprobó que apenas recordaba, muy vagamente, a la esposa de su jefe. Una mujer alta, rubia, que de cuando en vez aparecía por su departamento en el Instituto de Estudios Arqueológicos.

—Sí, señor Neumann, mi madre, Gretchen Wessler. Permítame que le muestre algo.

Otto sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta, un papel viejo. Se lo ofreció al anticuario, y cuando éste lo tuvo entre sus manos comprobó que se trataba de una fotografía antigua. Pero no fue la imagen de ninguna mujer lo que descubrió. Frente al objetivo dos hombres, uno mayor y otro apenas poco más que un muchacho, sonreían con orgullo, dándose la mano delante de unas vitrinas de madera y cristal en las que descansaban algo parecido a restos óseos. Jakob reconoció aquella imagen. Eran él y el director Fausto Wessler el día en que Hugo ingresó en el instituto. Se la devolvió a Otto.

—Esta fotografía la hizo mi madre el día que mi padre comenzó a trabajar con su nuevo ayudante, el prometedor Hugo Brauner. ¿Quiere que sigamos perdiendo el tiempo? No, no quiere —negó el mismo Otto sin esperar ninguna respuesta—. Permita que le hable un poco sobre mi madre.

»De no ser por ella, una mujer valiente, fuerte, yo jamás habría conocido la historia de mi padre. Porque al principio nadie le quiso decir nada. Mi padre había muerto con todo su equipo en un más que desgraciado accidente, una violenta explosión a bordo de un barco llamado *Meeresadler*, el buque que los había llevado para una misión de exploración arqueológica al suroeste de Europa. “Al fin del mundo”, le dijeron. Nada más. Pero para mi madre aquello no era suficiente. Si no se hubiese tratado más que de una misión sin importancia, entonces no habría sido tanto el secretismo alrededor. Supo moverse y tocó los hilos que llevaban a las viejas amistades de mi padre en la cancillería. Al final alguien le contó la verdad. Mi padre no sólo participaba en la búsqueda del mayor cargamento de oro español de toda la historia, sino que, según él mismo había informado ante el mismísimo Führer en su última comunicación, había tenido éxito en su misión. Un buscavidas encontrado por su eficaz ayudante les había proporcionado la pista que acabaría llevándolos hasta el oro. Increíble, ¿no le parece? Casi tanto como su “desgraciadísimo accidente”, justo



después del hallazgo. Usted es alemán, Jakob, sabe que nosotros no creemos en las casualidades, sino en el trabajo bien hecho. Mi madre siguió en su búsqueda de la verdad. Consiguió que le confirmasen el nombre de la ciudad donde mi padre había tenido su base de operaciones, incluso llegó a encontrar el nombre del hotel en el que se hospedaba junto con el resto del equipo. Pero cuando contactó con la gerencia del establecimiento no pudo conseguir más información que un viejo recorte de prensa enviado por el director del hotel. Una noticia de sociedad en la que se daba cuenta de la presencia de mi padre en la ciudad, acompañada de una foto a tres columnas en la que se podían reconocer algunos rostros con facilidad. Yo también guardo el mismo recorte que usted tiene colgado de la pared.

Otto hizo un gesto con la mano para indicarle a Lucano, quien hasta entonces había permanecido en silencio, inmóvil como una estatua de sal tras el anticuario, que le acercase una vieja foto colgada al lado del sillón de Neumann. Un grupo de hombres sonriendo ante un barco amarrado en el puerto. Wessler la tomó entre sus manos y se quedó contemplándola en silencio durante un buen rato.

—Esta ciudad es Vigo. El hombre en el centro es mi padre —dijo, acariciando el rostro impreso de Fausto Wessler—. Este otro con aspecto de pícaro es el muchacho que les ayudó a encontrar el oro. ¿O quizá debería decir el muy honorable señor don Eneas Dafonte? Bueno, en la foto no se le reconoce con claridad, pero yo juraría... No, mejor no. Aquí es evidente que todavía es... Lucano, sin las gafas no veo bien, ¿me podrías decir qué nombre pone en el pie de foto?

—Daniel Beiroa, señor —respondió el matón sin haber ni siquiera dirigido mirada alguna hacia el recorte enmarcado, en el que, por cierto, tampoco se veía ningún pie de foto.

—Daniel Beiroa... —Otto repitió el nombre muy lentamente—. Y este otro de aquí atrás, éste, flaco, esmirriado, es Hugo Brauner. Usted.

Jakob comenzó a ponerse nervioso. Era del todo evidente que Otto estaba al tanto de todos sus movimientos como Hugo Brauner. Recordó la tarjeta que Wessler había dejado sobre el mostrador en su primer encuentro. No en vano, en ella sólo se leía un único nombre, Hugo Brauner.

—De acuerdo, sí, yo soy Hugo. Pero se equivoca usted en todo lo demás.

—¿Ah, sí? —Otto recuperó aquel tono suyo tan afectado, al tiempo que devolvía la fotografía al esbirro para que éste la dejase nuevamente en su sitio, colgada en la pared.

—Sí. Daniel Beiroa no tiene nada que ver con Eneas Dafonte —mintió el anticuario.

Otto volvió a sonreír, su expresión otra vez cargada de cinismo.

—Veo que sigue usted insistiendo en desperdiciar sus últimos minutos. Muy bien, de acuerdo. Permítame que le cuente algo.

»Supongo que ya sabrá usted que la guerra no nos fue demasiado bien al final. Perdimos —aclaró Wessler, arqueando las cejas—, ya estará usted al tanto. Este

mundo estúpido no supo entender nada de lo que estábamos haciendo. Nos aplastaron como si fuésemos gusanos, y habrían acabado con todos nosotros de no haber huido de Berlín. A mi madre y a mí nos ayudaron a llegar a Brasil. Yo todavía era un niño, y pude acostumbrarme sin mucho problema. Pero el cambio fue demasiado para mi pobre madre. Río de Janeiro tiene más bien poco que ver con Berlín... Supongo que su pensamiento siempre se quedó en Alemania. O quizá en la memoria de mi padre. Nosotros lo perdimos todo, un padre, un marido, un hogar. Perdimos la guerra, y con ella se fue nuestra patria. Demasiado para ella, demasiado. La pobre acabó muriendo pocos años después. Apenas llegó a los diez años en el exilio, el tiempo justo para asegurarse de que yo comprendiese la historia de mis orígenes.

»Como ya le he dicho, nosotros creemos en el trabajo bien hecho, así que no tardé en tomar la decisión de concluir la búsqueda comenzada por mi madre. Pero si hacerlo desde Berlín le había resultado complicado a ella, imagínese usted a mí desde Brasil. Solo, lejos de todo y sin ningún contacto al que acudir. Me aferré al estudio de la historia. Poco a poco fui leyendo todo cuanto libro caía en mis manos, lo que fuera con tal de que me ofreciese un dato más sobre el oro español de América. Llegó un momento en el que tuve la certeza de que no había historiador en el mundo más cualificado que yo para hablar sobre el oro de Rande. Pero nada más. Lo sabía todo sobre cómo se había hundido el oro tras la batalla, conocía todas las diferentes versiones, pero nada sobre dónde estaba ese oro ahora. El oro que mi padre había encontrado en algún sitio. Tras muchos años de silencio, sin nuevas posibilidades de investigación de ningún tipo, mis ilusiones se fueron desvaneciendo. Hasta que, justo cuando ya había desechado toda esperanza de encontrar nada, la fortuna me trajo la pista que tantos años había necesitado.

»Hace poco tiempo, no más de un par de años, un viejo se me acercó en la terraza del café al que acudo cada tarde. Me llamó la atención, nunca antes lo había visto por allí. Me ofreció sus servicios de limpiabotas y yo se los acepté. Mientras le sacaba lustre a mis mocasines no dejaba de contemplar fijamente el mar en silencio, hasta que, sin venir a cuento, dijo: “No es mi mar de Vigo, pero tampoco está mal este mar”. Algo en sus palabras disparó mi memoria como un resorte. “Disculpe —le pregunté—, ¿de dónde ha dicho que es ese mar suyo?”. “De Vigo, señor. ¿Lo conoce usted?”.

»Vigo, hacía muchos años que no oía pronunciar el nombre de esa ciudad. “Tal vez de pasada. ¿Es usted de allí?”. “Lo fui. Hoy ya no sé de dónde soy, señor”, respondió con extraña sorna al tiempo que cambiaba de zapato. Observé con más detalle al viejo limpiabotas. Las arrugas de su rostro delataban sus muchos años, por lo que quizá supiese algo de aquella época. Quizá incluso tuviese conocimiento de la historia de mi padre. Le invité a sentarse a mi mesa, un descanso bien ganado por su trabajo al sol. Una copa de vino y el hombre me contó su vida. Ahora habían cambiado mucho las cosas, decía, todo era mucho más fácil y los chavales ya sólo pensaban en las *garotas*, en las drogas y en toda esa bazofia moderna que le metían al

cuerpo. Pero antes no era así. Me contó que él había llegado a Río a finales del año cuarenta, siendo apenas un crío, huyendo de los restos de una guerra, de la represión y del hambre, de una muerte segura. Le pregunté si sabía algo sobre unos alemanes que habían estado buscando oro allá alrededor del año 1939, pero me respondió que no. Yo ya daba por terminada la conversación, cuando el viejo añadió que el único alemán al que había conocido en Vigo era el señor Neumann, el hombre que le proporcionó los papeles para huir del país. Neumann... Algo me llamó la atención en la historia y quise saber más. Volví a preguntar, y al principio el viejo limpiabotas se mostró reacio. No quería hablar. Tuvo que ser un segundo vino el que le desatase la lengua. “Tiene que comprender —decía—, las instrucciones eran muy claras, y tantos años guardando el secreto que, aunque hoy ya ha pasado el peligro, la costumbre todavía perdura”. Y así fue como me contó su historia. Una historia que, por cierto, también acabaría siendo la mía...

»Resulta que de la noche a la mañana aparece en la ciudad un riquísimo altruista que, con la ayuda de un socio alemán bastante hábil en la falsificación de cédulas de identidad, pasaportes y toda clase de documentos, facilita la huida de todos aquellos perseguidos por el régimen del general Franco que se acercan a ellos. “¿Y recuerda usted el nombre de tan magnánimo personaje?”, pregunté yo. “Por supuesto, señor. Según pude leer en los periódicos, ya van allá muchos años desde que se murió, pero yo le debo la vida, y por eso nunca tal nombre olvidaré: el suyo era don Eneas Dafonte, Dios lo tenga en su gloria”.

»Me pasé la noche entera dándole vueltas y más vueltas. Un hombre rico que aparece de la nada y un alemán que se apellida Neumann. No podía ser. Volví a abrir mis archivos a la búsqueda de aquella foto. Al día siguiente bajé de nuevo a la misma terraza a la misma hora y la suerte volvió a juntarme con el viejo. “Disculpe, amigo, necesito un nuevo favor”. Puse otro vino encima de la mesa y la vieja fotografía al lado. “Sea tan amable, ¿me podría decir si reconoce usted a alguien en esta imagen?”.

El recelo se acomodó en los ojos del limpiabotas, y de primeras lo único que reconoció de un solo trago fue el vaso de vino. Imagino que el calor de la bebida ayudó a disipar los miedos, porque finalmente cogió entre sus dedos llenos de betún el viejo recorte de prensa e inició una larga rueda de reconocimiento.

»El largo silencio guardado por parte del viejo ya me había convencido de que lo más probable fuese que la combinación de demasiados años duros y demasiado vino barato hubiese inutilizado la memoria del pobre desgraciado, cuando de repente exclamó: “Loado sea el cielo, ¡y tanto que conozco! ¡Este hombre es Eneas Dafonte!”. Su dedo índice, completamente teñido de negro, apuntaba al rostro del marinero local, el tal Daniel Beiroa según se indicaba en el pie de foto. “¿Está usted seguro de lo que dice?”, pregunté. “¿Y cómo no voy a estarlo? —confirmó—, jamás olvidaré el rostro del hombre que me ofreció una nueva vida”. *Nueva vida*, dijo el viejo, que seguía contemplando la foto. Y entonces lo vi claro, había revelación en las palabras del anciano limpiabotas. Comprendí que sólo era cosa de segundos que el

viejo reconociese a alguien más en la fotografía. “Y todavía le puedo decir más —‘ya lo sé’, pensé yo—, este otro hombre de aquí es...”. “El señor Neumann”, dijimos los dos al unísono mientras el viejo señalaba tu rostro en el recorte. Le di las gracias, le dejé otro vino pagado y me marché. Caminando de vuelta a casa, me reía en soledad pensando en lo estúpido de la situación. ¿Pero cómo no lo había visto antes? El viejo había hablado de una nueva vida, y el tuyo es un nombre tan absurdo, Jakob. Neumann. *Neu mann*.

—Nuevo hombre —tradujo el anticuario.

—Nuevo hombre... —repitió lentamente Otto—. Nuevos hombres... Me llevó un poco más de tiempo, pero tirando de estas nuevas pistas la investigación fue saliendo sola. Así fue como lo descubrí todo sobre vosotros. La historia de Eneas Dafonte y su oro de La Alumbreira, colaborador del régimen de día, transportista de fugitivos de noche. Tantas y tantas mentiras... ¿Y con qué se estuvo pagando toda esta farsa? ¡Por favor! No había tal fortuna familiar al otro lado del mar, nunca existió la hacienda de Catamarca. Créeme, lo investigué a conciencia, y te puedo garantizar, amigo Neumann, que en San Fernando del Valle jamás han oído hablar de nadie con esos apellidos. No. Fue el oro de Rande, el oro de mi padre, el que pagó todo esto.

»Por momentos me irritaba ante vuestras mentiras, y por momentos me sorprendía la ceguera de vuestros gobernantes. ¿Pero en manos de qué clase de inútiles estaba la dirección de este país que no eran capaces de ver semejante agujero por el que no dejaban de huir las ratas de su barco?

Jackob sintió el deseo de responderle, pero sabía que eso no era prudente. Prefirió dejar que Otto siguiese hablando.

—Cuando por fin conseguí atar todos los cabos sueltos, vi con claridad que toda esta farsa había sido montada sobre el oro que mi padre había encontrado, y decidí volver para reclamar su memoria.

—¿Su memoria? ¿Pero qué estupidez está diciendo? ¡Ese oro nunca fue de su padre!

Zé Lucano, de nuevo al lado de Neumann, le arreó al viejo un tortazo al mismo tiempo que Otto Wessler volvía a estallar en un nuevo arranque de ira.

—¡Sí lo era! ¡Mi padre fue el único que lo encontró! ¡Dio su vida por la búsqueda de algo que nadie antes había sido capaz de encontrar!

—Su padre no encontró nada —todavía respondió con desprecio el anticuario a través de un débil hilo de voz—, fue Daniel quien lo hizo todo...

Lucano ya le iba dar una segunda bofetada cuando Otto le hizo una señal para que se detuviese.

—Puede que fuese Daniel quien lo hiciera —respondió, recuperando la calma—, pero jamás lo habría logrado de no ser por la mano tendida de mi padre. Yo lo único que quería era que su familia reconociese lo que era nuestro, de mi padre, de mi madre, mío, y con ese fin vine a hablar con quien ya era la viuda de don Eneas Dafonte.

—Doña Isabel...

—Ella misma. Otra mujer brava, ¿no es así, Lucano? —Los dos cruzaron una sonrisa cómplice—. Una lástima que falleciese justo antes de que pudiésemos llegar a un entendimiento. —El cinismo regresaba a las palabras de Wessler júnior—. Así las cosas, ya sin la compañía de la viuda del señor Dafonte, nuestro próximo contacto eras tú, Hugo. Oh, disculpa: comprenderás que a estas alturas ya estamos en posición de tutearnos, ¿verdad, Hugo?

Otto marcó especialmente el «Hugo», dejando bien claro que ya no había marcha atrás. Ya estaba bien de nuevos hombres y de nuevas vidas. El anticuario también comprendió entonces que no había nada que hacer. El heredero del viejo nazi estaba allí a la caza del oro. «Todo se acaba», pensó Jakob.

—De acuerdo, de acuerdo. Ustedes ganan. —El anticuario resignó su propia expresión—. Les diré donde está el oro que todavía queda.

—Vaya, un poco de cooperación, no está mal —respondió Wessler, aparentando sorprenderse—. Luego era verdad, todavía queda oro, ¿no es así?

—Sí, todavía queda. Acabamos por sacarlo todo del mar, allí ya no hay nada. Lo camuflamos como un transporte más de Troia y lo descargamos en el puerto de Hamburgo. Desde allí lo transportamos por tierra hasta Suiza. Lo que queda del oro de Rande está guardado en varias cajas de seguridad de un banco de Ginebra.

El alemán se quedó en silencio mirando fijamente para el viejo sentado frente a él.

—¿En un banco de Suiza, dices? —preguntó el alemán con una sonrisa incrédula dibujada en sus labios.

—Exacto.

Otto se levantó y comenzó a caminar por la sala hasta acercarse al balcón cubierto. Se quedó mirando a través de los cristales de la galería con los brazos cruzados a sus espaldas. Contemplaba tranquilamente la noche sobre la Alameda mientras gesticulaba en silencio moviendo el mentón de un lado a otro.

—Suiza, entonces... Ya. Pero es que verás, Hugo —dio media vuelta y se acercó al anciano. Lentamente, hasta dejar sus rostros a no más de veinte centímetros el uno del otro—. Sucede que, para tu desgracia, nosotros no hemos venido esta noche a visitarte para que nos digas dónde está el oro.

Jakob le mantuvo la mirada en silencio.

—Eso ya lo hice una vez, ¿recuerdas? —siguió Wessler—, y una vez ya me engañaste. Te garantizo que no lo harás una segunda. Suiza, dices... —El alemán de Brasil dejó escapar una nueva sonrisa cargada de cinismo—. Deja Suiza para los suizos y las vacas, amigo Brauner. Nosotros ya tenemos quien nos lleve hasta el oro.

La preocupación tomó fuerza en el rostro del anticuario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Oh, venga, Hugo. Tú sabes perfectamente lo que quiero decir, ¿o no?

—Creo que no entiendo.

—Entiendes, entiendes... Entiendes perfectamente. ¿O acaso me vas a decir que no te acuerdas ahora de tu amiguita?

La situación se descubría más peligrosa de lo que el anticuario había medido hasta el momento.

—No sé de quién me está hablando —respondió, apartando por primera vez la mirada.

—¿Ah, no? Vaya. ¿Ya no recuerdas, entonces, la visita de esta tarde? —Wessler volvía a hablar con rapidez—. Te estoy hablando de Mariña Dafonte, la hija de Eneas, y del imbécil ese que siempre va con ella. Según me han dicho, parece que ya habéis hablado en varias ocasiones. ¿Qué me vas decir, que ahora la pequeña de los Dafonte está súbitamente interesada en el mundo de las antigüedades? ¿Como su papaito? Venga, Hugo... Ellos sí saben dónde está el oro, ¿verdad?

—¿Ellos?

—¡Ellos, Jakob, ellos! ¡No me hagas perder más tiempo! ¡¿Lo saben o no lo saben?!

Por primera vez en todo este tiempo, un tiempo ya de muchísimos años, Jakob sintió miedo. Y Otto Wessler, a veinte centímetros escasos de su rostro, supo leerlo en sus ojos.

—Lo saben —dijo Otto sin esperar más respuesta por parte del anticuario.

Aún con sus ojos clavados en los del anciano, sonrió y, justo a continuación, con la misma indiferencia de quien ordena encender o apagar una lámpara, sentenció:

—Lucano, procede.

Y Otto se apartó de Jakob. El anticuario se quedó allí, mirando cómo el hijo de Fausto Wessler salía de su salón. Otto abandonó tranquilamente la estancia, con calma, sin mirar atrás, como si de repente allí no hubiese nadie más. Wessler dejó el piso con los mismos aires con los que unos días antes había salido de la tienda de antigüedades de la planta baja.

Y Jakob, él tampoco hizo nada. No se movió, comprendió que ya todo estaba perdido. No se movió, y por eso no vio cómo Lucano sacaba del bolsillo interior de su americana negra una jeringuilla cargada con un líquido transparente. Un movimiento rápido como el de una serpiente y, tras habérsela clavado, la vació en el cuello del anciano. Otro igual de rápido, y salió de la sala mientras el viejo llevaba en un espasmo violento la mano al lugar del pinchazo, el terror apoderándose de sus ojos. Unos pocos segundos más, y su corazón se le pararía para siempre.

## XXXVIII

La madrugada recién estrenada nos encontró arrojándonos a las calles de la ciudad. Salimos del portal esquivando el chorro de agua con que los barrenderos del ayuntamiento limpiaban el comienzo de la calle Gran Vía. Corríamos tanto como nos era posible. Bajamos a toda velocidad por Urzaiz hasta el inicio de la calle del Príncipe y allí torcimos a la derecha, bajando por Colón. Al pasar por delante de la Caja de Ahorros levanté la cabeza, buscando el reloj a los pies del ángel que corona el edificio. La una y media. Apretamos el paso según nos íbamos acercando a la Alameda. La angustia instalada en mi pecho no dejaba de repetirme que apurase, que apurase, que algo no iba bien.

Llegamos al portal de Neumann y, al encontrarlo abierto, invertimos nuestro último aliento en alcanzar la primera planta, subiendo por las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Detuvimos nuestra marcha ya en el descansillo del primer piso, ante la puerta del anticuario. Estaba abierta. «Esto no va bien», volví a pensar. Mariña la empujó, y la luz de la escalera penetró arrojando un poco de claridad sobre el pasillo en penumbra.

—¿Señor Neumann? —le preguntó Mariña a las sombras.

No hubo ninguna respuesta. Al minuto exacto de haber entrado en el portal el sistema de alumbrado automático de las escaleras dio por finalizado su trabajo y nos dejó casi a oscuras. En la penumbra del edificio, con medio cuerpo metido en el piso del anticuario, pudimos localizar el débil hilo de luz que llegaba desde el final del corredor.

—La luz de la calle que entra por la galería a la sala —aclaré en voz alta sin que nadie me lo hubiese pedido. Nadie que no fuese mi propio miedo.

La sala era nuestro único destino conocido en el piso, el lugar donde apenas unas horas antes habíamos dejado a Neumann descansando, por eso caminamos en esa dirección. Yo tenía miedo, sí, pero no era el único. Mariña, avanzando justo por detrás de mí, lo hacía con una mano agarrada con fuerza al bolsillo posterior de mis pantalones, y otra prendida firme en mi mano izquierda. Valiente procesión, todavía tuve tiempo de traer a mi memoria a los bravos Hernández y Fernández, la desastrosa pareja de investigadores que aparecían en las aventuras de Tintín. «Estúpido inconsciente», pensé de nuevo. Cuando por fin nos asomamos a la sala, lo primero que pudimos comprobar fue que, efectivamente, eran las luces de la Alameda las que entraban por los cristales de la galería para dejar la estancia en una penumbra de sombras y siluetas. Buscamos a la derecha del balcón, en el sillón de piel, y ahí

estaba. La figura del anciano sentado se recortaba contra la oscuridad. Mariña lo llamó por su nombre.

—Señor Neumann.

Pero no hubo respuesta. Mientras ahora mi amiga caminaba sola, lenta y torpemente, hacia el anciano, yo busqué un interruptor en la pared. Cuando por fin lo encontré, la voz de Mariña me sobresaltó justo en el momento en el que yo encendía la luz.

—¡No!

La busqué con la mirada. La luz de la lámpara en la sala me descubrió el horror en su rostro, apartándose con brusquedad del sillón, y con las dos manos, la una reforzando a la otra, tapándose la boca. El terror era evidente en toda su expresión y, mientras retrocedía sobre sus pasos, no dejaba de negar con la cabeza. No era para menos.

Jackob Neumann yacía muerto en su butaca. Había quedado sentado, la cabeza ladeada con los ojos abiertos, y la mirada seca fijamente clavada en algún punto del infinito.

—¡Dios mío! —exclamé al tiempo que el instinto me empujaba hacia Mariña.

La abracé con fuerza, y ella hundió su cara en mi pecho. Intentaba calmar su llanto a la vez que hacía un esfuerzo considerable por no perder yo también mis propios nervios. Santo cielo...

Varios escalofríos me recorrieron la columna vertebral mientras observaba el cuerpo del pobre viejo en su sillón. Los brazos le caían derrotados a ambos lados de la butaca, con un libro en el suelo justo bajo su brazo derecho por toda señal de desorden. Los ojos se le habían quedado abiertos, como si hasta el último segundo se hubiese esforzado en seguir vivo, en seguir contemplando la vida que se le iba.

Poco a poco Mariña se fue calmando, abandonando el llanto, mientras yo seguía sin poder apartar la vista del cadáver del anticuario. De aquellos ojos sin vida. Pobre Jackob. ¿Qué era lo que se empeñaban en mirar aquellos ojos? «Pobre Jackob», seguía pensando sin poder dejar de contemplarlo.

Y entonces me di cuenta.

—Mariña... —Mezclé ternura y celeridad lo mejor que pude y la aparté de mi pecho—. Espera un momento.

Me acerqué al cuerpo del anciano sin que Mariña me quitase los ojos de encima.

—Simón, no toques nada.

—Tranquila.

No tenía ninguna intención de tocar nada. No era eso lo que quería, sino mirar. Me fui acercando lentamente a la butaca, colocando despacio mi cabeza al lado de la de Jackob. Me acerqué lo bastante al cuerpo sin vida como para poder sentir nuevamente el miedo latiendo con fuerza en mis sienes. Pero tenía que comprobarlo. «¿Qué estás mirando, amigo?». Con mi cara justo al lado de la suya pude ver en qué había centrado su mirada el anticuario justo antes de morir.



Una fotografía en la pared. Apenas a medio metro de donde el cuerpo de Jakob descansaba, varias fotografías colgadas ocupaban el espacio de pared que había entre la galería y la butaca. Pero los ojos muertos del señor Neumann todavía parecían empeñados en seguir observando una entre todas las demás. La misma foto con la que había prendido el sueño justo antes de que nosotros lo dejáramos la tarde anterior. Volví a incorporarme para acercarme a la pared y descolgar la fotografía.

El cuadro presentaba a un grupo de hombres formados delante de un barco amarrado en el puerto. Varias personas rodeando a un grupo central, un grupo en el que los galones identificaban al capitán, un hombre de rostro absolutamente inexpresivo. A su lado, un hombre mayor que él, vestido de traje blanco, pasaba sonriente sus brazos por encima de dos muchachos jóvenes. Aquellos chicos no sólo no lucían ningún uniforme, sino que incluso por sus ropas hubiese sido fácil deducir que se trataba de dos marineros que pasaban por allí. De no ser porque las amplias sonrisas en sus rostros involucraban a los tres personajes en una misma acción. Y tras ellos, otro muchacho, también sin uniformar pero elegantemente vestido con un traje oscuro, se asomaba desde un gran gesto de seriedad. Lo grave de su expresión era lo que conseguía disimular una edad muy semejante a la de los otros dos muchachos de la primera fila. Entonces recordé.

—Mariña. Ven a ver esto.

Se acercó a mí sin dejar de mirar de reojo para el cadáver de Neumann. Al reconocer el objeto de mi llamada, Mariña tomó el marco en sus manos y comenzó su propia inspección.

—¿Te das cuenta?

—La expedición —respondió sin dejar de observar la fotografía—, es la expedición del *Meeresadler*.

—Si son ellos, y todo sucedió como Neumann nos contó, ahora tú deberías reconocer a alguien...

Mariña siguió contemplando la foto en silencio, pero con la mirada fija en uno de los personajes del reparto.

—Lo reconozco —respondió, acariciando la imagen del más sonriente de los muchachos—. Está muy distinto a como yo lo recordaba, pero ya lo reconocí nada más coger la foto. Este muchacho es mi padre.

Lo sabía perfectamente, yo también lo había reconocido. Es cierto que jamás había visto antes una foto de Eneas Dafonte, pero aquel chaval que sonreía desde el blanco y negro tenía los mismos ojos que Mariña. Y la misma sonrisa.

—Daniel —dije.

—Papá —respondió ella tras un largo silencio.

De repente se me ocurrió algo. Volví a pedirle el marco para examinar otra vez la fotografía.

—Déjame ver una cosa, puede que todavía tengamos suerte...

Comencé a desmontar la parte posterior de la caja de madera que contenía la

fotografía. Si yo estaba en lo cierto, lo que Jakob había enmarcado quizá no fuese la fotografía original. Con mucho cuidado retiré el protector trasero de cartón, y al momento un anuncio de «Orgía, el perfume de Myrurgia» apareció ante nosotros. Había tenido un presentimiento, y esta vez había acertado: se trataba de un recorte de periódico. Le di la vuelta, y con mucho cuidado separé el papel de la estructura que lo protegía. Al retirarlo de su refugio de cristal apareció todo el texto que había permanecido cubierto bajo la madera del marco. Un solo vistazo me llevó a lo que buscaba.

—Escucha esto, Mariña. Neumann no recortó sólo la fotografía, había un titular tapado bajo la madera del marco: «Importantes arqueólogos alemanes trabajan en nuestra ciudad». Y esto es el pie de foto: «La expedición del Instituto Alemán de Estudios Arqueológicos al completo, con su director, el señor Fausto Wessler, en el centro del grupo, en la compañía de los dos marineros locales que colaboran en las investigaciones, los jóvenes Daniel Beiroa Rodríguez y León Bas Arcai».

Lo sabía...

—Lo sabía —dije en voz alta.

Mariña me observaba ahora sin comprender.

—León Bas Arcai —expliqué—. L. B. A. LBA es la entrada que precede la ABR, Antón Berasategui Rodríguez.

Volví a examinar la foto.

—Mira, Mariña, este hombre de aquí es tu padre. Y este otro, a su lado, es mi abuelo.

Mariña observó la fotografía, y al momento volvió a contemplar el rostro inerte del anticuario. Había una lástima inmensa en sus ojos.

—Era cierto —dijo, todavía mirando para el cadáver—, todo cuanto nos contó era cierto.

—Lo era —confirmé.

Mariña siguió mirando al viejo, hasta que se movió para acercarse hasta él. Tuve la sensación de que su intención era la de darle un beso, pero se detuvo justo antes de llegar a rozarlo tan siquiera. Nuevamente volvió a quedarse mirando para él, pero esta vez con una expresión diferente en sus ojos. Había detectado algo que le llamaba la atención.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Aquí —indicó.

Me acerqué yo también para ver que los dedos de Mariña señalaban una pequeñísima marca, un punto prácticamente imperceptible en el lado izquierdo del cuello del anticuario, justo del lado contrario del que había quedado mirando. Una pequeñísima marca encarnada, casi negra.

—No lo sé —respondí—, parece...

¡Dios mío! Los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo.

—¡No lo toques, no lo toques! —gritó Mariña, apartándome del cuerpo. Aquello era un pinchazo, la marca de la hendidura de una finísima aguja quirúrgica.

—Así fue como lo hicieron, Simón. Le inyectaron algo que lo mató.

—Algo que provoca una parada cardíaca...

Los dos nos quedamos mirándonos de nuevo. Mariña se llevó las manos a la cabeza, y yo supe que estábamos pensando en lo mismo. El recuerdo de su madre, de la muerte de su madre, acudió como una flecha a nuestros pensamientos.

—Tenemos que llamar a la policía.

## XXXIX

Una hora después de que los primeros agentes hubiesen llegado al piso, el comisario Rodés apareció por la puerta de la sala. Me sorprendí al verlo, todavía ignorante de si su presencia era cosa buena o mala.

—Bruno, ¿pero qué haces tú aquí?

—Un buen policía siempre está preparado —respondió él, haciendo un rápido reconocimiento visual del cuarto sin tan siquiera sacar las manos de los bolsillos de su gabardina. Fue barriando con su mirada toda la estancia hasta que por fin acabó su ronda en nosotros, todavía sentados en el mismo sofá donde el primero de los agentes que se había dirigido a nosotros nos dijo que nos quedásemos quietos—. Tu preocupación me puso en alerta, y por eso pedí que se me avisase si había alguna novedad relacionada con el viejo. Y vaya, por lo visto parece que sí, que ha habido novedades... Pero supongo que la pregunta correcta no es qué hago yo aquí. Más bien es esta otra: ¿qué coño hacéis vosotros aquí, Simón?

Pero no respondí nada, porque de nuevo tuve la sensación de no saber por dónde comenzar. Mariña dirigió otra mirada hacia el cadáver de Jakob Neumann, todavía vigilado por uno de los agentes, a la espera de la llegada del forense.

—Nosotros llevábamos días hablando con el señor Neumann sobre ciertos asuntos importantes en lo relativo a nuestras respectivas familias —arrancó ella—. Esta noche, yo hablaba por teléfono con él cuando de repente la comunicación se cortó de un modo extraño. Dijo algo como que le parecía que había unos ladrones queriendo entrar en la casa, o algo así. Cuando Simón llegó a mi piso intentamos ponernos en contacto con él, pero no fue posible. Nos alarmamos, y por eso decidimos bajar a ver si todo iba bien.

Mariña intentaba disimular todos los aspectos comprometedores de nuestra relación con Jakob Neumann, pero la expresión de Bruno dejaba bien a las claras que lo que acababa de escuchar no le parecía suficiente. Por decirlo de algún modo...

—Ladrones —repitió con incredulidad.

—Sí, bien, eso fue lo que él dijo, Bruno —salí al rescate de mi amiga.

El comisario se quedó entonces mirando hacia mí. Arqueó una de sus cejas, y a la cabeza me vino Julio César diciendo aquello de: «¿Tú también, Bruto?».

—Muy bien, hombre, muy bien... —respondió con cierto aire de resignación al comprender que no nos iba sacar nada más, al menos de momento—. Pues oye, creo que va a ser mejor que os quedéis un poquito más aquí sentados, a ver si el descanso todavía os hace recordar alguna cosa más, ¿os parece? —Su voz venía ahora cargada

de cinismo—. Y ya si eso, en breve mando a uno de mis hombres para que os tome declaración. A ver si para entonces somos todos un poco más explícitos, ¿sí? Ladrones, dicen, hay que joderse... —gruñó, alejándose de nosotros.

Así, el *en breve* se convirtió primero en una hora, en otra después, en otra más... Hasta bien metidos en la madrugada no apareció el médico forense. Un tipo mayor, de aspecto cansado, muy mal afeitado y de todavía peor aliño indumentario. Examinó el cuerpo, pero tanto Mariña como yo nos dimos cuenta de que no había demasiado interés en aquel reconocimiento. Probablemente aún estaría maldiciendo para sus adentros, preguntándose por qué lo habrían sacado del calor de su cama a aquellas horas para certificar la muerte de un anciano sin importancia.

—Infarto.

Ésa fue toda la sentencia que, desde el mayor de los desdenes, el forense compartió con el agente que lo acompañaba.

—Fíjate —susurró Mariña—, ni siquiera se ha fijado en la marca del cuello. Nunca se enterarán de nada.

Y tenía toda la razón. Un rosario de agentes fue pasando ante nosotros, tomándonos declaración, y una y otra vez fue Mariña repitiendo su cantinela. Siempre la misma, hasta el punto en el que el recitado llegó a hacerse tan monótono que uno de nosotros remataba la frase que el otro dejaba en el aire.

Rayaba el amanecer en las luces que se colaban por la galería cuando Bruno Rodés volvió a agacharse ante nosotros, cada vez más y más hundidos en el sofá.

—¿Ladrones? —volvió a preguntar—. Por favor... El médico forense ya ha firmado un certificado de defunción sin más causa de la muerte que una parada cardíaca. En breve el juez ordenará el levantamiento del cadáver.

—¿Parada cardíaca? —repitió Mariña con asombro e incredulidad.

—Exacto. —Bruno guardó un breve silencio—. Pero los tres sabemos que las cosas no son tan sencillas. Así que venga, hombre, contadme algo.

—¿Que le contemos algo? —preguntó Mariña con molestia evidente—. Ya les hemos contado a usted y a sus hombres todo cuanto sabemos. Ya se lo hemos contado a los agentes Mortadelo y Filemón, a los inspectores Kojak y Gadget, e incluso al otro aquel, el moreno bajito, ¿cómo se llamaba?, teniente Colombo, ¿era así? —Mariña se dirigía ahora a mí.

—Pse —confirmé desde el más absoluto desinterés, totalmente derramado sobre el sofá.

—¿Y ahora quiere que le contemos algo, comisario? ¿Qué pasa con ustedes, que cien veces no son suficientes?

Pero Bruno, lejos de perder la calma, nos fue a salir por donde no contábamos que lo hiciese.

—¿Estáis protegiendo a alguien?

—¿Qué quieres decir, Bruno?

—¡Oh, venga, Simón, no me jodas! —Había hastío en el rostro de mi amigo—.

Tú eres Mariña Dafonte —dijo, dirigiéndose ahora a ella—, hija de Isabel Dafonte, recientemente fallecida en circunstancias muy semejantes a éstas. Y por si eso no te llega, también eres la hermana de Xulio Ascanio Dafonte. ¡Ya está bien, decidme de una vez qué carajo está pasando aquí!

En ese momento caí en la cuenta de que Bruno sabía más de lo que antes me había dicho. Mucho más. Yo no tengo mucha experiencia en asuntos policiales, pero me imagino que no hay que ser muy listo para darse cuenta de que en este tipo de situaciones echarle un órdago a un policía no es la postura más recomendable, por mucho que ese poli sea tu amigo. No, no lo es. Pero en ese momento tampoco supe por dónde más salir, y allá fui de cabeza.

—¿Por qué no nos lo dices tú, amigo?

Cuando ya me veía con las esposas en las manos, Bruno le echó una mirada al cuerpo de Neumann, todavía sentado en el sofá. Quizá no fuese así, pero por un instante tuve la sensación de que él también estaba jugando con nosotros. Pretendía aparentar algo, como si estuviese considerando si compartir o no cierta información privilegiada con nosotros.

—Mirad —dijo al fin—, estamos investigando a tu hermano. Supongo, Mariña, que ya estarás al tanto de que Xulio Ascanio no lleva su vida todo lo dentro de la legalidad que debiese, ¿verdad?

Mariña hizo un gesto combinado de sus labios y sus cejas, dando a entender que, si bien no lo compartía, sí sabía de qué le estaban hablando.

—Le seguimos las veinticuatro horas del día. Allá donde él va, allá vamos nosotros detrás. Hace un par de días se reunió en el Jonathan con un nuevo personaje, un figurón alto y fuerte, acompañado este último de otro tipo con pinta de mandril. —«Los dos del callejón», pensé, seguro de no equivocarme—. No conocíamos de nada a estos dos nuevos elementos, así que, por si se trataba de algún nuevo «negocio», ya me entendéis, de tu hermano, di orden de que uno de mis hombres los siguiese. ¿Bien hasta aquí? De acuerdo. ¿A que no sabéis dónde pararon estos dos pájaros toda la tarde de ayer?

Mariña y yo ofrecimos el mismo silencio atento por respuesta.

—Pues aquí mismo, en la Alameda. El gorila bajito se pasó todo el tiempo metido en el coche, una vieja berlina Mercedes del sesenta y uno, mientras que el figurón se tiró toda la tarde paseando discretamente de fuente a fuente del parque, sin dejar de vigilar un solo momento ni el portal del edificio, ni la galería de este mismo piso. — Bruno señalaba con su dedo índice el balcón a nuestro lado.

En ese momento lo comprendí todo. No era ni a mí ni a Mariña a quienes habían estado siguiendo, sino al anticuario. Lo más probable era que Jakob también hubiese estado en el entierro de doña Isabel, aunque yo todavía no lo podía reconocer. Y con toda seguridad fue ahí donde localizaron a Xulio. Y quizá incluso a Mariña. Sí, a ella también. Por eso estaban en la calle el día que salimos del bufete de Rovira. Estaban marcando sus objetivos. Pero... ¿para qué?

—Bien, pues ahora —concluyó Bruno— os toca a vosotros.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Venga, hombre, no me hagáis perder más el tiempo. ¿Qué es lo que está pasando? Ya sabemos que tú estás limpia, pero dime, ¿está tu hermano detrás de todo esto, Mariña?

—¿Cómo dice? —Las suposiciones del comisario escandalizaron a Mariña.

—Venga, Bruno. —Intenté poner un poco de calma—. Tú sabes que eso no tiene sentido.

—¿Y por qué no, Simón? Ascanio está con el agua al cuello, sabe de sobra que es cosa de muy poco tiempo que acabemos pillándolo. Cada vez son más los negocios que le vamos cerrando, necesita liquidez, y justo ahora, después de haberse reunido con los mismos tipos que luego visitan al anticuario, el misterioso señor Neumann, un tipo con un pasado no del todo transparente, va y aparece muerto. ¿Y yo he de pensar que no hay relación? Pues vosotros me diréis...

Pero Mariña ya no aguantó más.

—Mire, comisario. Aquí al lado tiene los restos de un asesinato. El inútil disfrazado de forense que ustedes han hecho venir es tan incompetente que no ha sido capaz de descubrir la marca de un pinchazo muy reciente en el lado izquierdo del cuello del señor Neumann.

—¿Un pinchazo? —interrumpió Bruno—. ¿Cómo sabéis vosotros eso?

—¡No me joda! —Se enfadó todavía más Mariña—. ¡Pues porque tenemos ojos en la cara, coño! En lugar de seguir molestándonos con preguntas tan impertinentes como absurdas, sea usted más sagaz que el veterinario este y dé la orden de que al cuerpo del difunto se le practique una autopsia. Quizá así descubran la verdadera causa de la muerte del señor Neumann, que desde luego no creo que haya sido por sobredosis de jarabe para la tos, precisamente. Y ya puestos, si todavía le apetece seguir haciendo las cosas bien, con los resultados de esta autopsia en la mano, ordene la exhumación de los restos de mi madre, y con seguridad descubrirá usted en su cuerpo los mismos indicadores. —Mariña hablaba de un modo totalmente expeditivo, tajante incluso, con una seguridad abrumadora en la que no se abría ni la más mínima grieta por la que colar réplica alguna—. Y ahora, si no tiene usted nada más que comentar, creo que ya ha sido bastante el tiempo que nos han hecho perder. No estamos detenidos, ¿verdad? —No esperó respuesta—. No, claro, por qué lo íbamos a estar. Pues entonces nos gustaría poder regresar a casa.

Bruno alternaba la dirección de su mirada entre el aluvión de Mariña y mi propia sorpresa. Sabiendo que ya nos había tenido allí demasiado tiempo, optó por la claudicación.

—De acuerdo, os podéis marchar —concedió, moviendo los brazos en un gesto de derrota.

Los dos, Mariña y yo, nos levantamos por fin del incomodísimo sofá del viejo Neumann y nos dirigimos con paso decidido hacia la puerta. Ya estábamos en el

pasillo cuando Bruno volvió a llamarme por mi nombre.

—¡Simón!

Me di la vuelta para volver a asomarme a la sala.

—Tened cuidado. —Su voz volvía a sonar cordial. Tal vez lo bastante como para resultar incluso preocupante—. Esa gente no se anda con bromas. Tened mucho cuidado.

Salimos a la calle bajo las luces de un amanecer inminente.

—Pensé que esto no se iba a acabar nunca, no veo el momento de meterme en la cama.

—Ya, a mí me ocurre lo mismo —respondió ella—. Pero creo que todavía no va a poder ser.

La observé con extrañeza.

—¿Qué quieres decir con eso, Mariña? —pregunté muy lentamente, como si mi cabeza estuviese negándose a aceptar la llegada de una respuesta que, en realidad, ya conocía.

—Quiero decir que dónde tienes el coche.



## XL

Mi coche no es más que una tartera con ruedas. Pero si le pisas a fondo, el muy canalla todavía saca su carácter. Mariña lo conducía a toda velocidad por la AP9, la autopista del Atlántico, atravesando la ría de Vigo por el puente de Rande a muchos kilómetros por hora, bastantes más de los ochenta que se indicaban en las señales de velocidad máxima. Si había algún radar en el puente, de ésta me retiraban hasta el carné del videoclub.

—Pero, Mariña, sigo sin entender nada. ¿Adónde pretendes ir ahora que no podamos ir por la tarde?

—¡Venga, Simón, despierta! Ahora es cuando todo está claro.

—¿Que despierte? —protesté molesto—. Te recuerdo que acabamos de pasar toda la noche velando a la víctima de un crimen. ¡Lo que no entiendo es que tú no estés también cayéndote de sueño! Así que, por favor, explícate un poquito mejor, ¿sí, guapa? ¡Y conduce un poco más despacio, que nos vas matar tú solita!

Mariña comenzó su explicación mientras las ruedas de mi coche derrapaban al coger bruscamente la salida de Cangas-Moaña.

—Tanto Jakob como mi madre murieron del mismo modo, un infarto repentino en medio de la noche y sin nadie que les pudiese asistir.

—Ya, y tú crees que a los dos los mató la misma persona.

—No es que lo piense, es que lo sé. Y tú también.

Era verdad. La única diferencia entre Mariña y yo era que en mi caso todavía no me había atrevido a pronunciarlo en voz alta.

—Muy bien, de acuerdo. Confieso que yo también ando detrás de esa posibilidad. Pero lo que ni tú ni yo sabemos es quién es el asesino.

Mariña esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Pues yo no diría eso. Sí sabemos quién es. Lo que no sabemos es su nombre, pero sí su apellido. Wessler.

Mariña hablaba a la misma velocidad que conducía: mucha. Y yo seguía sin comprender.

—Piensa en lo que me contaste sobre tu abuelo.

—Sobre León. —Todavía se me hacía extraño pensar en esas dos palabras, «abuelo» y «León», juntas en una misma frase.

—Sí. ¿Por qué crees ahora que mi madre se puso en contacto contigo?

Cuántas vueltas no le había dado yo ya a esa misma cuestión...

—Bueno, supongo que por lo mismo por lo que os dejaron a vosotros esas

monedas, para que todos pudiésemos conocer por fin nuestros verdaderos orígenes.

—Eso es. ¿Pero por qué ahora? Quiero decir, ¿por qué ahora y no antes?

Cada explicación que Mariña me iba dando se me parecía más a un jeroglífico que a una explicación, y yo entendía menos cada vez.

—No lo sé, Mariña. Supongo otra vez que por lo que tú misma decías, eso de que no era el momento. ¡Y conduce más despacio, por Dios, que voy a echar los hígados aquí mismo!

—No, Simón, no fue por eso. Fue porque los dos, tanto mi madre como Jakob, se habían dado cuenta, por la razón que fuese, de que se acercaba el final.

—¿Cómo dices?

—El señor Rovira me contó tras el entierro que unos días antes de contactar contigo había recibido la llamada de un hombre de acento extranjero que insistía en hablar con la señora Llobet. Ernest le pasó el aviso a mi madre y, después de varias llamadas por parte de esta misma persona, finalmente la conversación acabó en discusión. —Comprendí que Mariña me estaba hablando de la llamada que yo había escuchado desde la biblioteca la tarde que había ido a presentarle los planos a doña Isabel—. Probablemente el tema de todas estas conversaciones no fuese otro sino el oro, y, al no conseguir nada de mi madre, decidieron acabar con ella y pasar a la siguiente pieza del rompecabezas.

—Jakob —comprendí.

—El mismo.

—Bien, de acuerdo hasta ahí. ¿Pero por qué dices que se trata de un Wessler? —volví a preguntar, tras un rato intentando razonar sin ningún éxito la conclusión a la que había llegado mi compañera.

—Porque su nombre estaba en la cubierta del libro.

—¿La cubierta del libro? ¿De qué libro? —Las explicaciones volaban dentro del coche del mismo modo que el propio coche lo hacía por el corredor del Morrazo. Todo, absolutamente todo corría demasiado como para que yo pudiese comprender nada. Absolutamente nada—. ¿De qué libro me estás hablando ahora?

Mariña resopló mirándome de reojo, como si mi torpeza le incomodase.

—A ver, Simón. —De repente, el tono adoptado por Mariña me hizo sentir como si fuese mi madre la que me estuviese hablando—. El libro que había en el suelo al lado de Jakob.

El libro en el suelo... Sí, era cierto. Había un libro en el suelo, pero yo no me había fijado en ningún detalle escrito en su cubierta.

—Pues lo siento, señorita Fletcher, pero confieso que no, no le presté atención. ¿De qué libro se trataba?

—De una edición antigua del *Fausto*, de Goethe.

Seguía sin entender nada.

—¿Y? —Comenzaba a perder mi poca paciencia—. A ver, Mariña, si lo que me estás diciendo es que Jakob dejó apuntado el nombre de su asesino en la tapa del

libro que estaba leyendo, ¡dímelo ya!

Nuevo resoplido.

—No, Simón. Lo que te estoy diciendo es que el libro es el nombre de asesino.

—*Fausto* —repetí lentamente.

No podía ser...

—Exacto. Jakob estaba señalándonos a su asesino.

No. Simplemente imposible. ¿Jakob asesinado acusaba a un hombre que, según él mismo nos había contado, llevaba muerto más de setenta años?

—Eso es imposible, Mariña. El director Wessler murió en el mar en el año 1939. ¿Cómo va a ser él el responsable de la muerte del anticuario?

—Yo no he dicho que hubiese sido él, sino alguien relacionado con él. Algún familiar, un hijo, quizá incluso un nieto. No sé quién es, pero que el asesino es un Wessler es algo de lo que no tengo ninguna duda. Los indicios son muy claros.

La suma de mi torpeza habitual más el cansancio acumulado había sido la responsable de que yo no me hubiese dado cuenta de nada de esto. No lo había visto claro hasta entonces, y ahora ya no podía seguir negando la evidencia de las deducciones hechas por Mariña. De forma progresiva, sus explicaciones se fueron asentando en mi cabeza, pero a cada pieza que cuadraba una nueva pregunta surgía en su lugar.

—Sigo sin entenderlo, Mariña. ¿Cómo puede ser que al anciano le inyecten algo que le provoque una parada cardíaca, y todavía tenga tiempo de coger un libro de donde quiera que lo tuviese y se siente a morir tranquilamente en su butaca? No sé, pero no te parecería más lógico emplear el poco tiempo que te quedase en dejar una nota, coger el teléfono, pedir ayuda... Yo qué sé, Mariña, ese tipo de cosas.

Mariña guardó silencio. Sus gestos de incomodidad evidenciaban que ella tampoco tenía respuesta para mis preguntas.

—No lo sé, Simón. Puede que las cosas no hayan sido como tú las describes. Quiero decir, quizá no tuviese tiempo para nada de todo eso que dices, y el libro ya estuviese allí. —Se quedó pensando por un momento en lo que acababa de decir, y algo llegó a su pensamiento que la animó a seguir en esa dirección—. Eso es, claro...

—¿Claro qué?

—El libro siempre estuvo ahí. Al igual que las monedas bajo la fuente, todo son claves dejadas por lo que pudiese pasar. Esta gente se pasó la vida entera entre falsas apariencias. Los dobles cascos, las trastiendas, todo estuvo siempre preparado. Por favor, ¡pero si ni mi propio nombre es casual! A estas alturas comienzo a tener la sensación de que todas las piezas que ahora tenemos entre manos no son más que los engranajes de una liturgia concebida sólo Dios sabe cuánto tiempo atrás. ¿Recuerdas lo que Jakob nos contó sobre la idea que traía mi padre? Aquello de que ya era hora de que comenzase el segundo acto, ¿recuerdas? Bien, pues mucho me temo que la función haya seguido incluso más allá de sí mismos, y ahora seamos nosotros, ignorantes hasta este momento de la existencia de la propia obra, los protagonistas de

un quinto acto, Simón. El verdadero acto final.

Las reflexiones de Mariña iban encajando una tras otra como las piezas del rompecabezas que, tras paciente espera, comienza por fin a dejar ver la imagen que esconde bajo el caos. Volví a recordar el momento en que entré a la cueva bajo la fuente. Mariña tenía razón, realmente aquellas monedas estaban allí a la espera de que alguien las rescatase.

—De acuerdo, digamos que tú estás en lo cierto y es alguien relacionado con Fausto Wessler quien está detrás de todo esto. Muy bien. Pero ahora explícame otra cosa: ¿qué diablos estamos haciendo? ¿Adónde vamos?

Mariña volvió a mirarme de reojo, liberando una pequeña sonrisa.

—Venga, Simón, lo sabes perfectamente —respondió sin dejar de mirar al frente.

—Oye, pues siento no ser tan listo como se me presupone, pero no, ¡la verdad es que no lo sé! Así que, por favor, explícamelo ya. ¡Y no corras tanto, leche! —protesté cuando mi coche volvió a derrapar en la rotonda a la salida del corredor en dirección a Bueu.

—Vamos al infierno.

No. Aquello no podía ser de ningún modo. Definitivamente mi amiga había perdido el juicio por completo.

—A ver, a ver, Mariña. Vamos a ver si nos tranquilizamos todos un poquito. —Intentaba poner un poco de calma en la situación al mismo tiempo que hacía un esfuerzo considerable por no vomitar en mi propio coche—. ¿Me estás diciendo que pretendes entrar tú sola en una gruta peligrosísima, la cual, te recuerdo, desconoces por completo, a la búsqueda de un oro que más que probablemente ya ni siquiera esté ahí, según el propio anticuario nos contó? ¿Pero por qué?

—Por mi padre.

Por primera vez en todo el viaje Mariña bajó un poco la velocidad del coche.

—Mira, Simón. Está claro qué es lo que hay realmente detrás de todo este asunto. Tanto misterio, carreras, golpes, incluso muertes, ¿y para qué? ¿Por qué? Pues por la misma razón de siempre. El vil metal. Lo que está pasando aquí es que alguien va tras el oro de Rande. Estoy segura de que no consiguieron sacarle nada a mi madre, pero quizá al final sí hayan tenido más suerte con el viejo Neumann. De hecho, lo más probable es que incluso por eso lo hayan matado, porque por fin han conseguido lo que estaban buscando. Y bueno, luego está el asunto de mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Venga, Simón, no te hagas más el bobo conmigo. Los dos estamos enterados de que mi hermano es un conocido narcotraficante. Tu amigo el comisario tiene toda la razón, todos sabemos que es cosa de poco tiempo que acaben pillándolo. Claro que sí, pero, hasta entonces, ¿quién te parece a ti que puede haber mejor que un narco para hacer de guía turístico por las Rías Baixas? Nadie se mueve mejor que ellos en este entorno. Si es cierto lo que nos ha dicho Bruno, y los mismos que visitaron a Jakob ya habían contactado antes con Xulio, entonces eso sólo puede ser por una razón:

saben que el oro está en el mar. Y, vistos los acontecimientos últimos, lo más probable es que ya conozcan incluso su localización exacta.

—Entiendo.

Mariña hablaba con una locuacidad aplastante.

—Pero sucede —siguió, volviendo a acelerar ligeramente la marcha de mi coche — que mi padre dio su vida, su verdadera vida, por proteger ese oro, por evitar que toda esa riqueza cayese en las manos equivocadas. Por si eso todavía no te parece bastante, no sólo dio una vida por ese motivo, sino que incluso consagró otra, la siguiente, a luchar porque hombres y mujeres inocentes pudiesen huir de las garras de otras bestias semejantes a aquellas de las que había querido proteger el oro. Y Jakob en ningún momento dijo nada de que para eso hubiesen tenido que invertir todo el tesoro, sino que cogieron nada más el que necesitaron para sacar Troia adelante. Cuando Neumann nos habló del tesoro dijo que, sólo en monedas como la nuestra, se trajeron más de ciento veinte millones de reales de a ocho. Dime, ¿te has parado a pensar de cuánto dinero de hoy estaríamos hablando, Simón?

La verdad era que no. En tan pocos días habían sucedido tantas cosas que yo me sentí en la obligación de racionar mis pensamientos con el fin de poder centrarme en asuntos concretos y llegar a conclusiones lo más firmes posibles. Pocas, pero firmes. Y al final, ni una cosa ni la otra. Mariña me lanzó una ayuda a mayores.

—Hace poco salió en los periódicos: los de la Odyssey, esa empresa que se dedica a la búsqueda de tesoros hundidos, dieron con los restos del *Nuestra Señora de las Mercedes*, una fragata española hundida por los ingleses en la batalla del cabo de Santa María, frente a las costas portuguesas del Algarve en el año 1804. En su interior encontraron un cargamento de medio millón de reales de a ocho acuñados el año anterior en Perú, piezas de oro y plata valoradas en más de quinientos millones de dólares. Ahora echa cuentas.

Pero yo no podía hacerlo. Era demasiado temprano, demasiado cansancio, demasiadas cantidades... Demasiado *todo* y poco *yo* en ese momento. Mariña se dio cuenta, y salió a mi rescate.

—En nuestro caso estamos hablando de un tesoro valorado en unos ciento veinte mil millones de dólares, más de noventa mil millones de euros, Simón.

Yo hago fiestas cuando mi cuenta corriente pasa de los tres mil euros, así que para mí esas cifras eran poco más que historias de economía-ficción. Me quedé como estaba, pero Mariña siguió con su explicación.

—Aunque el *Santo Cristo* no llevase a bordo más que la décima parte del cargamento traído de América, Troia nunca pudo haber costado tanto como para consumir semejante cantidad. Si la cosa fue como Jakob nos contó, el oro todavía tiene que estar ahí. Y yo no voy a permitir que toda esa riqueza acabe al final en las manos de los mismos hombres contra los que mi padre luchó toda su vida. ¿Comprendes ahora por qué estamos aquí?

«Perfectamente», pensé.

—De acuerdo, muy nobles tus motivos. Pero el Buraco do Inferno sigue siendo un destino de lo más peligroso. Tú y yo lo pudimos ver, e incluso tu propio padre dejó bien claro que él también lo tuvo muy difícil para entrar en la cueva. Sigue siendo de locos tan siquiera pensar en meterse ahí dentro. Dime, ¿cómo lo piensas hacer, con la ayuda de Willy Fogg, tal vez?

Mariña sonrió, pisando el acelerador un poco más.

—Mejor todavía. Conozco al loco perfecto. Por favor, búscame el móvil en el bolso.

Sacó un papel arrugado del bolsillo de su abrigo y, después de comprobar un número en él, lo marcó en el teclado de su celular.

—¿Yago Ray? Soy yo, la princesa Mariña. Escucha, perdona que te moleste tan temprano, pero es que estamos entrando en Bueu, y nos preguntábamos si no andarías por el bar de Bernardo. ¿Sí? ¡Pues perfecto! Nos vemos ahí en un par de minutos.

Mariña siguió conduciendo a tanta velocidad que no creo que hubiese pasado ni uno de esos dos minutos cuando por fin detuvo el coche. Lo dejamos aparcado sobre el muelle, casi en el mismo sitio que la vez anterior, y fuimos caminando a buen paso directamente hacia el Gran Sol, el bar de Bernardo. Nada más entrar ya nos encontramos con la mirada de Yago Ray, que nos esperaba con los brazos abiertos de par en par.

—¡Buenos días, alegre pareja!

Lo de los brazos abiertos resultaba escandalosamente literal.

—Permítame saludarla postrado a sus pies, princesa —añadió Ray en un tono más relajado, cogiendo entre las suyas la mano de Mariña para besarla.

—Buenos días, Yago Ray —saludó ella—, buenos días, Bernardo.

Del otro lado de la barra el dueño del local atendía a sus cosas, ajeno a las payasadas del estafalarío isleño.

—Buenos días, muchachos —nos devolvió el saludo—. ¿Qué? ¿Un par de cafés?

—Pues sí, para mí sí —respondí yo—. Y Mariña no sé si querrá otro par...

Pero Mariña no dijo nada. Fue Yago quien inició la conversación.

—Y entonces, ¿a qué debemos la inmensa suerte de contar de nuevo con vuestra presencia por estos pagos, mi señora?

—Bien —respondió ella—, tú nos ofreciste tus servicios por si necesitábamos volver a tu isla, ¿no es así? Pues mira, aquí estamos.

—Fabuloso, entonces —celebró el surfista loco al tiempo que Bernardo dejaba los dos cafés sobre la barra del bar.

Mariña cogió el suyo e hizo un ademán para que yo hiciese lo mismo y la siguiese. Nos sentamos los tres a una mesa, discretamente apartados de las orejas de Bernardo, y Mariña cambió el tono de su voz, para dejarle claro a Yago que a partir de ahora todo era confidencial.

—Yago, ¿sabes cómo está la marea ahora?

Yago Ray se mostró un tanto sorprendido, quizá no por la pregunta o por el tono

de mi amiga, sino por la mezcla de ambos. Consultó su reloj.

—A punto para la bajamar. ¿Por qué?

Mariña cruzó una mirada cómplice conmigo.

—Bien. Porque verás, Yago. Lo que necesitamos es que nos ayudes a llegar a un lugar un poco más... Especial.

El piloto se quedó mirando en silencio hacia nosotros dos. Iba repartiendo miradas de forma alterna, primero Mariña, después yo, luego Mariña otra vez. Y entonces, lentamente, fue dibujando sobre su rostro una sonrisa pícara, como la de quien acaba de comprender.

—Vosotros lo que queréis es que os lleve al Buraco do Inferno, ¿no es así?

—Eso mismo —le confirmó ella sin esconder su sorpresa—. ¿Cómo lo sabes?

Yago Ray volvió a sonreír.

—Bueno, ése fue el único lugar por el que preguntasteis la vez anterior, y algo debisteis de ver en él que os impactó lo bastante como para casi no decir palabra después de que yo os lo mostrase. Era fácil, no se podía tratar de ningún otro lugar.

Yo lo oía hablar y estaba convencido de que lo próximo que saldría de su boca sería una negación. Una vez más, me volvía a equivocar, y lo que vino no fue una negativa, sino una interrogativa.

—Decidme una cosa, ¿es muy importante para vosotros?

—Muchísimo, Yago —respondió Mariña sin tiempo para pensarlo lo más mínimo—. Escucha, si es por dinero, esta vez te pagaremos lo que tú nos digas.

—Por favor, princesa, no es necesario que me insultes a estas alturas. —Yago Ray hablaba desde la más absoluta serenidad, y por un momento tuve dudas de que estuviéramos hablando con el mismo surfista loco de la vez anterior—. Dime algo más, ¿es por un buen motivo?

—Ni en un millón de años podría pensar en uno mejor.

Yago se quedó durante largo rato en silencio, intentando leer primero la verdad que se escondía en los ojos de mi amiga y después en los míos. Por fin, respondió:

—De acuerdo. Si es importante para ti, princesa, entonces también lo es para mí. ¿Qué, salimos ya? —añadió, recuperando su sonrisa divertida.

—Cuanto antes mejor —le respondió su princesa.

—¡Pues venga, que para luego es tarde! ¡Bernardo! —llamó al tiempo que se erguía de nuestra mesa—. ¡Me marchó ya! ¿Acaso no oyes esa dulce voz? ¡Sí, amigo, es la obligación del caballero, que por mi nombre me llama!

Pero Bernardo no pareció impresionarse demasiado ante esta nueva acometida aventurera de su habitual caballero *almorzante*.

—Pues muy bien, Yago, muy bien —respondió sin levantar la vista del fregadero—. ¿Vendrás a tiempo para el mus?

Yago, que ya salía aguerrido por la puerta, detuvo en seco su andar. Dio media vuelta sobre sí mismo y, cargando de solemnidad sus propias palabras, respondió:

—Por supuesto, amigo Bernardo.

Y volviendo a girar sobre sí, retomó el camino del muelle. Mariña salió tras él, y yo, que me había quedado perdiendo el tiempo en el extraño vicio de pagar las consumiciones, todavía tuve que correr para alcanzarlos. Cuando llegué a su altura, el caballero y la princesa ya embarcaban en la planeadora de Yago Ray.

Dejamos el puerto atrás y, una vez en mar abierto, el orgulloso piloto volvió a espolear a sus caballos, guardados todos bajo la cubierta del impresionante motor fueraborda.

—¡Yago! —gritó Mariña por encima del ruido del barco—, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Aquello que me ibas a preguntar el otro día y al final no hiciste?

—¡Sí, creo que sí!

—¡Entonces pregunta sin miedo, princesa!

—¿¡Por qué le pusiste este nombre a tu barco!?

—¿¡El *Quijote Wilson*!?

—¡Sí!

Yago volvió a sonreír.

—*Let's go surfing, baby!* —gritó por respuesta—, ¡que Dulcinea nos aguarda!

Yago volvió a soltar otra de aquellas carcajadas suyas tan sonoras mientras yo pensaba en otro nombre para su embarcación. *Caronte*, el nombre del barquero que llevaba las almas de los condenados hasta las puertas del infierno.



## XLI

—Señor, parece que las cosas se precipitan.

—...

—Sí, señor. Los hemos seguido tal y como usted ordenó. Han vuelto a Bueu, y acaban de zarpar con el mismo tipo del otro día. Acaban de salir del puerto en su barco, y por lo que he podido ver, creo que de nuevo con rumbo a la isla de Ons.

—...

—Sí, señor. Creo que ha llegado el momento. Es mejor que avisemos ya a nuestro amigo Dafonte.

## XLII

Llegamos justo con la bajamar y, a pesar de su recelo inicial, la gran pericia de Yago Ray, junto con, para ser exactos, la amplia experiencia previa por su parte, hizo que pudiésemos desembarcar justo frente a la gran boca negra, el Buraco do Inferno. Por fortuna, Yago llevaba a bordo varios equipos de buceo y neoprenos, junto a toda la demás parafernalia que acostumbran a emplear los *percebeiros*. Me sentí tremendamente estúpido cuando me di cuenta de lo equivocadas que habían sido mis conclusiones previas sobre las posibles actividades delictivas del isleño. Porque ésa era su misteriosa ocupación, la de recolector de aquellos cotizadísimos crustáceos, sin más ilegalidad en el presente de aquel hombre que un poco de furtivismo de vez en cuando. Según nos confesó, en bocas abruptas como la del Buraco do Inferno era donde se podían capturar los mejores y más cotizados ejemplares, de ahí el interés en mantener todo aquel misterio sobre la dificultad de acceder al Buraco. Cuanta menos gente rondase la zona, mejor para los *percebeiros*. Protegido con sus ropas, sentí vergüenza de mí mismo y de mis prejuicios.

Una vez en el agua, cuando por fin Mariña y yo pudimos alcanzar una zona de cierta seguridad en las rocas que emergían frente al Buraco, Yago se apartó de nosotros, dejándonos armados tan sólo con dos linternas, y se alejó mar adentro, a la búsqueda de un lugar más seguro desde el que esperarnos.

Ni Mariña ni mucho menos yo teníamos ninguna experiencia a la que agarrarnos en la cosa de la espeleología. Indefensos e impresionados frente a la fuerza de la naturaleza que se abría ante nosotros, aún nos llevó tiempo comprender aquel movimiento de las olas del que Neumann nos había hablado. Además, Ray —que ya por el camino nos había ido interrogando sobre nuestras intenciones, y era ahora plenamente consciente de que estábamos decididos a entrar a la gruta— sólo nos había hecho dos advertencias. La primera era sobre el mejor momento para entrar a la cueva. El pescador de Ons no estaba en absoluto de acuerdo con las recomendaciones que nosotros traíamos aprendidas de casa.

—¡Tal vez en aquel tiempo pensasen que el mejor momento para hacer una locura de este tipo fuese con la bajamar! ¡Puede que eso fuese así antes, sin los medios que hoy tenemos! —gritaba, intentando imponer su voz sobre el ruido del motor—. Pero desde luego ahora está más que sabido que no es así. El momento de menos peligro es precisamente cuando la marea todavía está bajando, a medio camino entre la alta y la baja. El agua va en retirada y con mucha menos fuerza. ¡Y aun así, nunca deja de ser peligroso! No seré yo quien os diga que no entréis, ya sois los dos lo bastante

mayorcitos como para saber lo que debéis hacer y lo que no. Pero no olvidéis esto: lo que vosotros teníais por el mejor momento no era tal, y ahora disponéis de mucho menos tiempo del que contabais y de la marea en contra. ¡Id con mucho cuidado!

La segunda advertencia se hacía realidad ahora ante nosotros. Según Ray nos acababa de contar, en el invierno de 2007 una fuerte tormenta en el mar había provocado el desprendimiento de una gran losa en la pared derecha de la garganta. En consecuencia, la entrada directa del mar a la gruta se veía ahora impedida por la presencia de un muro natural de piedra. Por un lado, esto tal vez pudiese ser una suerte para nosotros, ya que una vez dentro del Buraco, a pesar de que la gruta estuviese inundada, la corriente no nos jugaría malas pasadas. Pero para eso había que sortear la barrera de grandes moles de piedra desde el agua, e intentando evitar que ninguna ola acabase estampando nuestros cuerpos contra las rocas. Una cosa era escuchar el cuento en la voz del viejo anticuario, y otra bien distinta estar delante de aquella boca inmensa de agua y oscuridad. Sólo escuchar el bramar de las olas rompiendo delante de nosotros ya era más que suficiente para provocar el mayor de nuestros miedos.

Finalmente saltamos, pese a todo, y con muchísimo cuidado y mayor dificultad conseguimos entrar en la garganta que conducía al Buraco do Inferno.

Como en un gran pórtico de suelo inundado, las paredes de roca viva se proyectaban sobre nosotros, grandes losas, inmensas moles de piedra que ascendían a más de cuarenta metros de altura hasta perderse en la luz que entraba por la cavidad abierta en el suelo de la isla. Me impresionaba pensar que ahora era yo el que flotaba sobre el agua en el fondo de aquella garganta por la que apenas unos días atrás nosotros mismos lanzábamos piedras desde la superficie, intentando descubrir dónde quedaba el final de aquella oscuridad. Pues bien, el final estaba allí donde ahora me encontraba. Volví a buscar el suelo, intentando encontrar con la mirada esas mismas rocas. Pero no había nada que hacer. Un mar de agua y espuma blanca cubría todo el fondo rocoso de la entrada. Me intimidó imaginar que dentro de unas horas esa misma piscina de espuma se convertiría en una gran masa de agua incontenible que, irremisiblemente, habría de cubrirlo todo por completo. Y nosotros todavía teníamos que seguir avanzando.

—Venga, no hay tiempo que perder.

Una vez más, Mariña me leía el pensamiento. Nadamos hasta el otro lado de la laguna, donde nos encontramos ante cuatro galerías.

No tuvimos dificultad para reconocer al momento el acceso a la gran galería central. Su entrada estaba cubierta por grandes trozos de roca, a todas luces arrancados de forma brusca a las paredes de la galería. Recordé el relato del anticuario y comprendí que eso no podía ser más que el resultado de la explosión que Hugo y Wessler escucharon desde el barco. Por allí no había nada que hacer.

Tal y como Jakob nos había descrito, ésta no era la única galería que el mar y el tiempo habían horadado en el interior del Buraco. Las dos situadas a la izquierda de la central, una casi adyacente a ella y otra orientada al norte, se precipitaban, ya casi desde su mismo comienzo, en vertical hacia las entrañas de la isla. Ambas, gargantas oscuras y peligrosas dentro del propio Buraco. La corriente submarina rompía con fiereza allá abajo, en sus profundidades, donde quiera que ello fuese, gritándonos, advirtiéndonos de lo imposible de intentar avanzar por ellas.

—Tiene que ser por ahí —dijo Mariña, señalando con su linterna a nuestra derecha—, ésta es la más próxima al sur.

Nos dirigimos hacia la cuarta galería, la que en un principio discurría al mismo nivel que donde nos encontrábamos ahora. Nos adentramos por ella con tanta precaución como nos era posible. Lentamente, pero con el vaivén del agua de la bajamar acariciando nuestros pies, recordándonos impasible que en poco tiempo esas caricias se habrían de convertir en las peligrosas sacudidas de la marea subiendo. A medida que avanzábamos la pendiente comenzaba a hacerse notar. Estábamos ascendiendo. Empecé a pasarlo mal. La piedra viva se echaba sobre nosotros. El granito, empapado de humedad, mojaba mi espalda, y yo sentía la inmensidad absoluta de la piedra sobre mí. Presentir la abrumadora evidencia de toneladas y toneladas de mineral encima de nosotros, juzgando cada uno de nuestros movimientos, cada vez más complicados, me dificultó la lucha contra la claustrofobia. Cuanto más lo intentaba, menos podía evitar pensar que en cualquier momento una sola de aquellas losas podría desprenderse, iniciar un derrumbamiento que nos sepultase allí para siempre. Enterrados vivos. Intentaba distraerme imaginando a Daniel y a Hugo, a Eneas y a Jakob por el mismo camino que nosotros estábamos haciendo. Pero no funcionaba.

Tras haber calculado unos setenta metros de galería, yo empecé a sentir la asfixia. Vale, tenía miedo. Comenzaba a tener la necesidad de parar, de detenernos. No podía seguir caminando. No podía seguir. No podía.

—Mariña, creo que no puedo...

Pero Mariña no me oyó.

—¡Mira, Simón!

Gracias al cielo. Al parecer, acabábamos de llegar al final de la galería, y el estrecho corredor se convertía de golpe en una amplia cavidad. Era increíble. La naturaleza había abierto en el interior de la masa pétreo de la isla un espacio suficiente para albergar una pequeña estancia de piedra. Una sala casi oval de unos diez metros de diámetro y casi cinco de altura. El agua se filtraba por cada grieta de las paredes de piedra, formando en el centro de la sala una pequeña poza, y huía después en forma de un pequeñísimo riachuelo por el mismo pasillo estrecho por el que nosotros habíamos venido ascendiendo hasta llegar allí. Y del otro lado de la piscina, las cajas. Todo era verdad, todo cuanto Jakob Neumann nos había contado era verdad, y ahora teníamos ante nosotros los cofres sacados de las bodegas del

*Santo Cristo de Maracaibo*. Varias decenas de cajas de madera y hierro apiñadas en montones.

—Dios mío, Mariña. Tu padre tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para mover él solo estos cofres hasta aquí.

Mariña contemplaba en silencio las cajas al otro lado del agua.

—Mi padre siempre fue un hombre muy fuerte. En todos los aspectos...

Eché a andar en dirección a las cajas por el medio de la charca. Caminaba con decisión, y con tanta fuerza que el agua salía proyectada a cada paso que daba. Yo caminaba tras ella, de modo que alguna de esas gotas fue a parar a mis labios. Algo me llamó la atención.

—Dulce —dije en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Mariña sin mirar atrás.

—Dulce —repetí por respuesta—, el agua es dulce, no salada.

—¿Y qué tiene de importante eso ahora?

—Pues que tu padre tenía que ser un genio, Mariña. La charca se forma sólo por el agua que viene filtrada de la propia isla, de la tierra sobre nosotros. No hay agua salada porque la pleamar no llega hasta aquí arriba. Lo más probable es que el final de la galería central también estuviese a una altura semejante. Por eso las cajas todavía se conservan después de trescientos años —expliqué cuando llegamos al otro lado de la pequeña laguna.

—Bien, Simón. Ahora es el momento de abrir esas cajas por última vez.

Mariña le echó las manos al primero de los cofres. El óxido depositado por los siglos en las bisagras de las tapas supuso un pequeño obstáculo, pero cuando por fin consiguió abrir la caja los dos nos quedamos como dos bobos contemplando su interior.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Mariña.

Yo tampoco daba crédito a lo que veía.

—Abre otra —dije.

Mariña abrió otra, y otra, y otra más. Yo iba haciendo lo propio por mi lado. Las abrimos todas, y en todas encontramos lo mismo.

Nada.

Las cajas estaban vacías, y en la cueva no había oro por ninguna parte. No había lingotes, no había monedas, no había nada de lo que todas aquellas cajas prometían.

—¡No puede ser! —exclamó Mariña en un quejido de abatimiento—, no puede ser. Todo nuestro esfuerzo para nada.

Mariña sentó todo su desconsuelo sobre una de aquellas cajas vacías, levantó la cabeza y clavó sus ojos en los míos, a la búsqueda de una explicación.

—Bueno, quizá al final Jakob y tu padre sí consumieron todo el oro.

—¿Cómo, cómo iban a consumirlo, Simón?

—No lo sé, Mariña. Es probable que Troia costase más de lo que imaginamos. Los barcos...

—Por favor —rechazó Mariña con hastío—, eso es imposible. Recuerda las cifras de las que te hablé.

Tenía razón. Aquello era mucho oro de Nuestro Señor como para aceptar que Troia lo hubiese podido consumir en su totalidad. Se me ocurrió otra opción.

—Tal vez no fuese tanto. Quiero decir: recuerda lo que nos dijo Jakob, aquello de que dependiendo de los historiadores a los que leyese, los había que defendían la tesis de que finalmente la Corona sí había descargado la mayor parte del oro. Quién sabe, Mariña, quizá al fin el tesoro no fuese tan grande como aquél en que la propia leyenda lo acabó convirtiendo.

Pero Mariña movía su cabeza una y otra vez para negar todo cuanto escuchaba.

—No, no, ¡no! No puede ser, Simón. Jakob nos lo habría dicho. No, eso no tiene sentido, todas las pistas hablaban de mucho oro y todas conducían a este lugar. Fíjate, aunque sólo sea por la cantidad de cajas que aquí hay. ¿Cuántas monedas crees tú que pueden caber en todas estas cajas? No, eso no puede ser.

Se volvió a levantar, y el tono de su voz se fue cargando de rabia.

—¡Nos han ganado, Simón, nos han ganado! Eso es lo que pasa...

—¿Qué? —No comprendía lo que estaba escuchando—. ¿Quién, quién nos ha ganado, Mariña?

—¿¡Quién va a ser, Simón!?! Los nazis, esos putos nazis nos han ganado la carrera.

—Venga, Mariña... —intenté consolarla abrazándola.

—¡No! —Se deshizo de mi abrazo—. ¡Es la verdad! Le sacaron al pobre Jakob lo que querían y lo mataron una vez conseguido. Y mientras esos inútiles de la policía nos tenían perdiendo el tiempo en el piso de Neumann, estos desgraciados estaban aquí arrasando con todo. Maldito seas, Wessler —gritó—, ¡maldito seas!

—Por favor, señorita. Le ruego sea más considerada con esa lengua suya.

Alguien hablaba a nuestras espaldas. Nos giramos para alumbrar con las linternas la entrada de la galería. Un hombre grande, mayor, ridículamente embutido en neopreno, nos hablaba con toda tranquilidad, amparado en la protección que le daban las pistolas con las que nos apuntaban los dos gorilas que venían con él. A pesar de la oscuridad y de los trajes de protección del agua, los dos los reconocimos al momento. Los gorilas del callejón.

—Usted y yo todavía no hemos sido formalmente presentados, así que déjeme que sea yo quien proceda. Mi nombre es Wessler, Otto Wessler.

—El hijo de Fausto —comprendió Mariña, mordiéndose cada palabra que salía de su boca.

—Bien —se complació el recién llegado—, veo que la fama de mi padre ha corrido por delante de mí. Permítame asimismo que le agradezca el buen concepto que usted tiene de nosotros. Pero debo confesarle que se equivoca.

—No sé a qué se refiere.

Estaba claro que a Mariña no le intimidaban nada las dos razones que Wessler

mantenía apuntando hacia nuestros cuerpos.

—Pues a que se equivoca en sus conclusiones, a qué va a ser si no. Señorita, según nos íbamos acercando no hemos podido evitar escuchar sus razonamientos. Pero siendo del todo honestos he de decirle que no, que nosotros no tenemos nada que ver con la extraña y, al tiempo, fastidiosa ausencia de oro dentro de esta cueva. Lamentablemente —añadió tras una breve pausa—. Nosotros nunca hemos estado aquí antes porque, entre otras razones, no teníamos ni idea de dónde era ese «aquí» exactamente. Su viejo y difunto amigo Jakob no quiso colaborar en nuestra aventura, así que decidimos eliminar ese hilo y seguir otro más... ¿Cómo diría yo? Activo.

—Nosotros —comprendió Mariña.

—Exacto. Como bien pudieron comprobar en aquel callejón nuestros amigos aquí presentes —Wessler hizo un gesto hacia los dos gorilas—, la moneda que ustedes le llevaron al anticuario dejaba bien claro que también estaban relacionados con el oro. Y la visita por parte del viejo esa misma noche a su piso, señorita, terminó de aclarar cualquier posible duda al respecto.

—Nos estaban siguiendo a los tres. —Las piezas se reordenaban en mi propia composición.

—Por supuesto, amigo Simón. Comprobada su implicación en la trama, sabíamos que sólo era cosa de tiempo que acabasen por conducirnos hasta el oro.

El viejo abrió los brazos, enseñándonos las palmas de sus manos, como el mago que muestra sobre la mesa la carta en la que tú habías estado pensando durante todo el tiempo.

—Así pues —prosiguió—, no sabéis cómo me desagrada oír decir eso de que el oro no está aquí. Porque yo no me he metido hoy dentro de este traje tan incómodo para esto. No. Así que venga, pequeñines, contadle al viejo tío Otto: ¿qué pasa con el oro?

—A ver, señor, un poco de tranquilidad —intervine yo—. Piense usted que, de haberlo sabido, tampoco nosotros íbamos a meternos aquí dentro.

—Por supuesto que no, amigo. Pero lo que sí está claro es que casi cien mil millones de euros en monedas y lingotes de oro de 1702 no desaparecen así como así. —El viejo detuvo un momento su discurso, algo acababa de volver a su memoria—. ¿O acaso me vais a decir ahora que lo que nos contó el viejo sobre un banco en Suiza era cierto? Lucano, ¿por qué no les ofreces a nuestros amigos algún tipo de estímulo para sus pensamientos?

Ni siquiera percibí el movimiento. Sonó como un trueno.

El estruendo retumbó en toda la sala y se fue en forma de eco por la cavidad de la galería. Mi primera reacción fue la de echar los brazos hacia delante para proteger el cuerpo. Pero no sentí nada. Con los ojos como platos busqué las marcas del impacto en el cuerpo de Mariña. Pero tampoco vi nada. Sólo el humo saliendo por la boca del cañón en la pistola del tal Lucano. El muy imbécil había disparado al aire. Tremendo

estúpido, podría haber provocado ya mismo un derrumbamiento.

—Venga, muchachos —volvió a hablar el viejo en tono divertido, como si nada hubiera pasado—, ahí fuera la marea está empezando a subir, el tiempo se agota. Así que decidme, ¿qué pasa con el oro?

—Escúcheme bien, viejo fascista. Como ya le ha dicho Simón, si tuviésemos en nuestro poder otra información, sepa usted que ni de broma nos habríamos metido en este agujero. ¡Pero lo que sí que jamás haríamos sería contarle nada a un asesino como usted!

—¡Mira tú! —Wessler contemplaba a Mariña con la misma expresión que la que habría ocupado su rostro de haber visto un perro parlante—. Hay que ver, cuánto carácter. Bien se nota de dónde lo has sacado.

—¿Pero qué cojones estáis haciendo ahí dentro?!

La reverberación de la galería adelantó hasta la cueva la voz de alguien que se aproximaba por el corredor, y la cámara se iluminó un poco más con la luz de la linterna del recién llegado.

—¿Qué hostias estáis haciendo, os habéis vuelto locos o qué? No se puede disparar aquí dentro... ¡Mariña!

Xulio Ascanio se quedó en silencio al reconocer a su hermana al otro lado de la charca. La contempló fijamente, primero a ella y después a las pistolas que la amenazaban. Al final se quedó mirando para el viejo.

—Mierda, Wessler, ¿qué cojones está pasando aquí?

—¡Bienvenido, Xulio, bienvenido! —respondió Wessler con gran algarabía—. Como puedes ver, aquí estamos en familia. Por favor, pasa y únete a la fiesta.

El hermano de Mariña observaba a uno y otro lado sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué coño fiesta, de qué carajo me estás hablando? ¡Y qué hostias pinta mi hermana en todo esto! —Xulio sacó su propia pistola y apuntó rápidamente a Wessler—. ¡Explícate, viejo!

Lucano pasó entonces a apuntar a Ascanio, pero Wessler hizo un nuevo gesto con las manos.

—Calma, calma, muchachos. —El viejo alemán hablaba ahora en un tono cargado de paternalismo—. Y tú, Xulio, tranquilo, baja ese revólver. Todo es mucho más sencillo de lo que parece. Verás, lo que tienes delante es la oportunidad de redimirte, de acabar con una vida de riesgos al margen de la ley.

Los ojos, ahora entornados, de Xulio Ascanio dejaban claro que el hombre seguía sin comprender nada.

—¿De qué carajo me hablas, alemán?

—De oro, hijo, te estoy hablando de oro. La mayor cantidad de oro con la que jamás hayas podido llegar a soñar. Y todo limpio, para ti, y para mí.

Aunque pareció surgir un pequeño asomo de interés, todavía había desconfianza en la mirada del narcotraficante.



—Más vale que te expliques un poco mejor —respondió sin dejar de apuntarlo con su arma. Wessler sonrió lleno de complacencia.

—Con la ayuda del mío, vuestro padre fue capaz de encontrar el famoso tesoro de Rande, la mayor fortuna en oro y plata jamás traída de América. Cuando yo descubrí la historia, me puse en contacto con vuestra madre. Vosotros siempre habéis gozado de una vida que a mí, correspondiéndome también, me fue arrebatada. Yo solamente estaba reclamando lo que era mío. Pero la negociación con esta señora no fue todo lo cordial que hubiera esperado. Al principio se negaba incluso a cualquier posibilidad de diálogo, diciéndome una y otra vez que no sabía de qué le hablaba. La verdad es que no comprendió lo muy en serio que las cosas iban hasta que me decidí a hacerle una visita en compañía de mis amigos, aquí presentes. Pero tampoco en esa ocasión le pudimos sacar nada. Lo único que nos dijo fue que su difunto marido, o sea, vuestro padre, y ella habían acordado que ninguno de sus descendientes conociesen la historia de sus verdaderos orígenes hasta que ambos estuviesen muertos. Una mujer admirable vuestra madre, valiente y de palabra. Me pareció tan admirable ese compromiso suyo con el acuerdo tomado con su difunto esposo que comprendí que no me quedaba otra que respetarlo... Si bien es cierto que decidí apurar un poco todo el proceso.

—¡Hijo de puta! —gritó Mariña—. ¡Usted mató a nuestra madre!

—Por supuesto, querida. Bien, en realidad no fui yo, sino una inyección letal de digitalina, un potente paralizante que se obtiene de la hoja de la *Digitalis purpurea*, planta por cierto muy abundante en estas tierras. Campanillas de San Juan, creo que las llaman por aquí. Pero sí, nosotros empujamos el émbolo, si es a eso a lo que te refieres. Pero dime, querida Mariña, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Ella sola se condenó al contarme lo que me contó. De este modo, ella cumplía con su palabra y yo me acercaba un poco más a mi objetivo. Todo encajaba.

—Doña Isabel sabía que esto acabaría sucediendo de todos modos —dije—. Por eso se puso en contacto conmigo.

—Bueno, supongo que sí —respondió Wessler sin prestar demasiada atención a mi comentario—. Por lo que yo pude conocer a través de la historia de mi padre, sabía que el oro tenía que estar escondido en algún rincón del mar. Algún lugar de difícil acceso, algún sitio en estas intrincadas rías vuestras. Así fue como, buscando información sobre quién nos podría servir de guía en este viaje tan complicado, dimos contigo, Xulio. Qué paradójica es la vida, ¿no te parece? Resulta que nuestro guía al tesoro es, sin que él mismo lo sepa, el propio hijo del tesorero. El resto fue atar cabos y seguir el hilo. Vosotros, Mariña y Simón, llegasteis al viejo Neumann cuando ya lo tenía bajo vigilancia. Sólo era cuestión de tiempo que una cosa llevase a la otra.

—Así que era cierto lo que oí, la vieja no murió sola... —Xulio todavía estaba atando sus propios cabos sueltos.

—Así es, amigo Ascanio. Vuestra madre murió en la dulce compañía de mi fiel

Lucano. Y según tengo entendido, su muerte te ha venido muy bien, ¿no es cierto?

—¿Que la muerte de mi madre me ha venido bien? ¿Pero qué carajo estás diciendo, viejo? —preguntó Xulio sin esconder su indignación.

—¡Bueno, bueno! —quiso aplacar Wessler la indignación de Ascanio—. No te pongas así ahora, amigo —respondió, haciendo un gesto con las manos, como el de quien intenta contener el enfado que su interlocutor le arroja—. Me refiero a que, según tengo entendido, tu economía no estaba pasando por su mejor momento, ¿no es así?, y con la muerte de tu madre parece que has heredado un buen respiro. ¿Dirás que miento, tal vez? —preguntó con cinismo.

Ascanio se quedó por un tiempo en silencio, sin dejar de observar al viejo alemán.

—Puede ser —concedió ligeramente al fin Xulio, todavía sin bajar su revólver.

—¡Cabrón! —le gritó Mariña al escuchar la tranquilidad con la que su hermano respondía a la confesión del viejo—. ¿¡Cómo puedes decir eso!?! ¡Era nuestra madre!

Xulio miró de reojo a Mariña, sin responderle nada. De nuevo fue Otto Wessler el que lo hizo por los dos.

—Puede decirlo perfectamente, querida niña. Porque por lo que yo sé, tu madre —Otto se dirigía ahora a Xulio— nunca estuvo de tu lado, ¿no es así? Tu familia siempre te ha dado la espalda, ésa es la verdad. Pero éste puede ser tu momento, Xulio. La herencia estuvo muy bien, pero yo te estoy hablando de mucho más de lo que puedas imaginar.

Xulio Ascanio seguía mirando de reojo a Mariña, sus ojos nuevamente entornados.

—Ya, eso ya me lo ha dicho, la mayor cantidad de oro que yo hubiese imaginado nunca, ¿no? Ése era su cargamento especial, claro. Pero... ¿dónde está ese oro, entonces? ¿No se suponía que veníamos a buscarlo aquí?

—Y aquí está, en cierto modo —respondió con renovado aliento el alemán—. La clave está en lo que queda de tu familia —explicó señalando a Mariña—, en tu hermana. Ayúdame a hacerla hablar y podrás dejar atrás para siempre esta vida de gánster que llevas, de mafioso de tercera. ¿Qué me dices?

Xulio escuchaba las tentaciones de Wessler como el pecador que se deja rondar por el mismísimo diablo. El alemán hablaba y Ascanio iba bajando poco a poco la pistola con la que lo había mantenido encañonado. Otto Wessler ya había acabado de hablar, pero Xulio todavía se quedó un buen rato en silencio, observando alternativamente a Otto y a Mariña. Daba la sensación de que estaba tanteando a su propia hermana, como el ganadero que observa al animal considerando si ha llegado ya el momento de sacrificarlo o no.

Finalmente, después de haberse quedado no poco tiempo contemplando al alemán como si en él se hubiese personificado toda la riqueza de la que éste le había hablado, Xulio sonrió y respondió:

—¿Sabes qué te digo, viejo? Que tienes razón. —Otto no pudo evitar sonreír ampliamente ante el triunfo de sus dotes de persuasión—. Soy un gánster, como tú

dices. Un mafioso, no sé si de tercera, de primera o de qué, y lo cierto es que ya estoy harto de llevar esta vida.

—¡Pues hijo, aquí tienes tu oportunidad! —respondió Otto, llevado por el entusiasmo.

—Tienes razón, alemán, tienes razón. Ésta es mi oportunidad. O, mejor dicho, *la* oportunidad. Porque, dime, viejo, ¿sabes qué es siempre lo más importante para un buen mafioso?

La pregunta cogió por sorpresa a Otto.

—No lo sé, dímelo tú.

—¡La familia, hijo de puta!

El relámpago volvió a iluminar la caverna.

Primero uno, después otro y todavía otro más. Y cada uno venía acompañado de su trueno. El estruendo resultaba ensordecedor. Yo me tiré sobre Mariña y me la llevé conmigo al suelo. Todo el mundo sacudía sus linternas, alguna también acabó rodando por las rocas, y el caos que venía con cada tiro hacía más complicado saber quién le estaba disparando a quién.

Cuando por fin cesó el ruido, yo volví a alumbrar con mi linterna hacia el lugar al otro lado de la charca donde hasta tan sólo unos segundos atrás había cuatro hombres de pie. El gorila gordo, aquel tipo con pinta de luchador de sumo, estaba tirado en el suelo, con los ojos abiertos y un pequeño agujero negro abierto en el medio de la frente. Al otro lado de la entrada a la galería, el amigo Lucano también dormía el sueño de los justos, pero de la pistola que todavía sujetaba en la mano volvía a salir humo. Entre los dos cadáveres, el viejo Wessler intentaba lo mismo que yo, comprender, todavía visiblemente aturdido, qué demonios acababa de suceder. Busqué entonces a Xulio Ascanio, pero tampoco lo encontré de pie. Cuando la luz de mi linterna lo buscó un poco más abajo, volví a escuchar un grito ya conocido.

—¡No, no! —Mariña se echó a correr a través de la charca a la busca de su hermano.

Fui detrás de ella, intentando alumbrarle el camino.

—¡Xulio, no!

Mariña se agachó a abrazar el cuerpo de su hermano, y le cogió la cabeza para posarla en su regazo. Él apenas era capaz de abrir los ojos, y un hilo de sangre se le escurría entre los labios.

—Perdóname, hermanita —balbució Xulio Ascanio.

Y ya no le dio para más. Comprendí que había disparado contra el luchador primero y después contra Lucano, pero no pudo esquivar el disparo de este último. Mariña hundió entonces su llanto en el pecho empapado en sangre de su hermano.

—Muy bonito, muy conmovedor.

Mierda. Mariña y yo nos habíamos arrojado encima de Xulio Ascanio sin prestarle ninguna atención al viejo. De nuevo en pie, Wessler volvía a apuntarnos con la pistola de Lucano.

—Venga, todos fuera. Salgamos de aquí, que la marea ya está subiendo.

—Es verdad todo eso, amigo.

Cuando Wessler, sobresaltado, se quiso girar para ver quién rayos le estaba hablando ahora, no le dio tiempo más que para sentir el impacto de un fuerte puñetazo en la cara.

—Venga, rápido, caballeros, apúrense. No sé quién diablos es el botarate este, pero en una cosa lleva razón. La marea está subiendo y dentro de poco no podremos salir.

—¡Yago Ray!

Mariña y yo gritamos el nombre al unísono al descubrir a nuestro piloto.

—Sí, sí, soy yo. Pero venga, apurando, que no hay tiempo que perder, y, por lo que parece, no creo que os apetezca nada que aquí vuestro amigo vuelva a despertarse ya, ¿no?

Los tres echamos a correr de nuevo por la galería, deshaciendo tan rápido como podíamos el camino que ahora nos llevaba de vuelta a la luz del día. En nuestra carrera Yago nos fue explicando.

—Estaba fuera, demarrado un poco más al sur, en la punta de Fedorentos. Todavía estaba echando el ancla del barco cuando me llamó la atención la llegada de otra lancha con cinco personas a bordo. No es cosa buena ver a nadie acercándose tanto a esta zona, y menos todavía si se trata de una lancha como ésa, un rebaño de motores fueraborda de gran potencia. Contrabandistas, ya sabéis. Me preocupé por vosotros, así que decidí volver a soltar amarras y acercarme a ver si todo seguía en orden. Cuando llegué a la boca del Buraco, el piloto de la otra lancha ya había sacado su barco de ahí, probablemente buscando él también un refugio más seguro. Me estaba acercando cuando oí el primer disparo. Comprendí que algo no iba bien, así que me puse uno de los trajes que aún quedaban en el barco y entré poco a poco. Y por lo visto, menos mal...

—Pues gracias al cielo que lo hiciste, Yago —respondió Mariña.

—Desde luego que sí. Si salimos bien de ésta, Yago, hasta yo mismo te doy un beso de princesa.

Pero Yago Ray rechazó mi ofrecimiento.

—No, gracias, Simón. Soy un caballero, comprende que no pueda andar por ahí aceptando los besos de cualquiera.

Nos costó lo nuestro, pero al fin conseguimos salir de nuevo a la luz de la laguna en la entrada del Buraco do Inferno. El nivel del agua impedía ya la opción de hacer pie en su fondo, así que no nos quedó otra que salir nadando. Yago había dejado el *Quijote Wilson* amarrado como pudo a unos cuantos metros de la entrada al Buraco do Inferno. La marea ya había subido considerablemente, por lo que todavía tuvimos que nadar luchando un buen trozo contra las corrientes para poder llegar al barco. Por

fin subimos a bordo y pudimos dejar atrás el dique. Cuando ya habíamos comenzado la maniobra para salir a mar abierto, escuchamos el ruido de motores acercándose desde el norte.

—¡Mirad! —señaló Yago en esa dirección—. ¡Ése es el otro barco!

Una lancha enorme, una por lo menos tres o cuatro veces más grande que el *Quijote Wilson*, se acercaba a nuestra posición. Hizo un viraje para amorrarse a la entrada de la escollera que protegía el Buraco y entonces le pudimos ver con claridad la popa. Aquella cosa venía empujada por siete motores grandes como siete reactores de avión. Dios mío, si aquel monstruo venía a por nosotros, entonces no teníamos nada que hacer.

Pero no fue así. Pasó muy cerca de nuestra posición, pero en ningún momento mostró intención alguna de contactar con nosotros. Lo único que sí hizo su piloto fue aminorar la marcha, y por unos instantes se quedó observándonos. Había desconcierto en su rostro. A apenas diez metros el uno del otro, Yago pudo reconocer al hombre al timón de la otra embarcación.

—Ese tipo es Blanco, uno de los mejores pilotos de planeadoras que hay por aquí —dijo el surfista, mezclando respeto y preocupación en su voz.

Comprendí que para el tal Blanco nuestra presencia allí resultaba tan extraña como su propia llegada lo había sido también para Yago. Blanco sopesaba las opciones, sin saber demasiado bien qué hacer. Al final, acabó decidiéndose por acercarse al Buraco, y en esa dirección volvió a acelerar. Nosotros tampoco nos íbamos a quedar a ver qué hacía el tipo.

—¡A tierra, Yago, a tierra! —gritó Mariña.

## XLIII

El *Quijote Wilson* zumbaba a toda velocidad sobre el mar, dejando tras nosotros una gran estela de espuma blanca. Yo ya había empezado a pensar que todo iba a salir sin mayores complicaciones, que en breve estaríamos de vuelta en el puerto de Bueu, cuando me di cuenta de que Yago había detectado algo que no era de su agrado. Fue un gesto apenas perceptible, el movimiento sutil de una mirada rápida por encima del hombro.

—Mierda... —protestó por lo bajo.

Los caballeros andantes no dicen «mierda» ni por lo alto ni por lo bajo, mucho menos si las cosas van bien, así que comprendí al momento que algo sucedía.

—¿Qué ocurre, Yago?

Nuestro capitán hizo un gesto con el brazo, indicando algo por detrás de nosotros.

—¡Nos siguen! —gritó.

Mariña y yo miramos hacia atrás. La lancha de antes. Y ahora el piloto no venía solo. Por lo que se podía ver, resultaba evidente que Otto Wessler había podido salir de la gruta, y ahora venía tras nosotros.

—¡Acelera, Yago, acelera! ¡Si nos cogen estamos muertos!

Mariña le gritaba al piloto, pero yo estaba seguro de que no habría nada que hacer. En mi ignorancia, me había convencido a mí mismo de que la lancha de Yago era una de esas planeadoras como las que sacaban en la tele cuando hablaban de los narcotraficantes y todo eso. Sólo me di cuenta de lo equivocado que estaba cuando minutos antes nos cruzamos con aquel monstruo que ahora se nos echaba encima. Aquélla sí que era «una de esas planeadoras».

—¡Estamos perdidos! —grité—. ¡Ese barco es mucho más potente que el nuestro!

—¡Pero hombre! —respondió también a gritos nuestro caballero—. ¿Acaso no has escuchado nunca tú eso de que la potencia sin control no sirve de nada? ¡Ahora verás por qué mi segundo nombre es Rayo!

Esta vez no hubo una de esas carcajadas tuyas tan peculiares. Frente al cabo Udra, antes de llegar a Bueu, Yago Ray viró rumbo sur, poniendo el motor a toda máquina. Atravesamos la boca de la ría de Aldán como flechas en dirección a cabo Home. La planeadora a bordo de la que viajaba Otto Wessler se nos echaba literalmente encima y, no pudiendo vencerlos en velocidad, nuestro piloto decidió hacer uso de su pericia. Navegábamos tan cerca de la Costa da Vela que por momentos incluso me parecía adivinar el fondo marino a demasiada poca distancia de nuestro propio casco. Navegar a esa velocidad, y tan cerca de la costa, era una

verdadera locura. El mar nos golpeaba violentamente por ambos costados, y la fuerza del viento que llegaba de mar abierto hacía muy complicado mantener el rumbo firme. Nuestra ventaja estaba en que la máquina que nos seguía era de mucha mayor envergadura. Sin carga, gobernar con precisión tanta potencia se hacía casi imposible, sobre todo teniendo en cuenta lo cerca de la costa que nos encontrábamos. Lo malo era que Blanco, el más destacado miembro de entre la élite de los pilotos de planeadoras, tampoco se quedaba atrás en aquello de la habilidad al timón. Aun así, Yago consiguió ganar un poco de ventaja y aprovechó para gritarnos.

—¡Si salimos de ésta, no quiero que me beses, Simón! ¡Pero ya me contaréis en qué andáis metidos para haber despertado al mismísimo toro de los cuernos de oro!

Doblamos el cabo Home con rumbo este, adentrándonos en la ría de Vigo muy pegados a su margen norte, y Ray sacó velocidad para dejar atrás los arenales de Barra y Nerga, todavía por delante de la planeadora. Después de atravesar la playa de Liméns de punta a punta, ya a la altura de la vieja fábrica de Massó, volvió a gritar.

—¡Agarraos!

El catamarán de pasajeros que cubre la línea regular entre la capital del Morrazo y Vigo acababa de salir del puerto de Cangas, y Yago lanzó su lancha contra él, pasándole muy cerca. A tanta velocidad, Blanco tuvo serias dificultades para controlar la planeadora y no acabar llevándose el catamarán por delante. Los siete motores que impulsaban aquella monstruosidad justificaban las altas velocidades que el barco alcanzaba, pero su gran tamaño, casi veinte metros de eslora por lo que pudimos comprobar, lo convertían en un animal de maniobra torpe, muy lento en los reajustes de trazada en comparación con la lancha de Yago Ray, mucho más ligera y manejable. Así fue como ganamos algo más de tiempo, un suspiro de ventaja. A medida que nos íbamos alejando, Yago no dejaba de prestar atención a las dificultades con las que Blanco reconducía nuestra persecución. Algo debió de ver que le alegró la cara lo suficiente como para dibujar una sonrisa en su rostro.

—¡Si conseguimos llegar a Moaña estamos salvados! —nos comunicó.

No entendí el comentario del inglés de Bueu y quise buscar un poco de complicidad en Mariña. Pero mi amiga no parecía estar con nosotros. No era preocupación lo que se adivinaba en su rostro, sino tristeza. La imagen de su hermano muerto en el interior de la gruta volvió a mi pensamiento, y comprendí que era mejor dejar a Mariña tranquila. Al fin y al cabo, Yago Ray había dicho algo sobre una opción, una posibilidad de que las cosas saliesen bien. Teniendo en cuenta cómo estábamos ahora, eso ya era mucho.

Rompíamos el mar muy cerca de la costa de Tirán, cada vez más y más metidos en la ría de Vigo. Poco a poco, Blanco volvía a echársenos encima. Entonces Ray viró hacia el noreste, hacia Moaña. Entró en su bahía a toda máquina, y Blanco espoleó del mismo modo sus caballos. Cuando ya estábamos a punto de entrar en el mismísimo pueblo por la playa de la Xunqueira, nuestro hombre dio un giro violento de ciento ochenta grados, mostrando su intención. La planeadora de Blanco también

hizo la maniobra, pero la mayor envergadura y velocidad de su barco provocaron que su movimiento fuese, otra vez, más complicado que el nuestro. Yago le había tomado las medidas a la embarcación que nos seguía. Volvió a poner rumbo sur y, de nuevo a toda máquina, metió su lancha en el laberinto de bateas que desde Domaio se extendía hasta el estrecho de Rande. Comprendiendo que su presa empezaba a escapársele, Otto Wessler perdió la paciencia. Sacó su pistola y comenzó a disparar sobre nuestro barco.

—¡Agachaos, agachaos! —nos gritó Yago al tiempo que yo intentaba proteger a Mariña bajo mi propio cuerpo.

Efectivamente, Ray pilotaba como un rayo, tan rápido como su máquina le permitía. Sorteando a ritmos de vértigo una batea tras otra, y todavía no conseguimos deshacernos del otro barco. Comprendí rápido el porqué de la gran reputación de Blanco, según el propio Yago Ray había comentado. Aquel tipo bien podría haber sido el piloto del mismísimo diablo. Salimos del enjambre de bateas y, por primera vez, navegamos en línea recta, pasando a toda velocidad por debajo del majestuoso puente de Rande. Yago mantenía la mirada fija al frente, sin que yo pudiese comprender nada de lo que estaba haciendo. Por ahí no habría escapatoria, los siete reactores de Blanco arrojaban ya a su planeadora definitivamente sobre nosotros. Y entonces nuestro piloto obró el milagro.

Cuando ya teníamos la quilla de la embarcación del viejo Wessler júnior sobre nosotros, Yago viró muy bruscamente, tanto que del impulso casi me voy yo por la borda. Pero el que no pudo hacer nada fue Blanco. Probablemente espoleado en exceso por el propio Wessler, el piloto estaba tan pendiente de darnos captura que no tuvo ocasión de ver, hasta que Yago se apartó de golpe, la batea que ahora aparecía de repente ante ellos.

—¡Dios mío!

Desde el suelo del *Quijote Wilson* todavía pude ver la explosión que se produjo después de que la planeadora de Wessler y Blanco chocase violentamente contra la estructura de madera y cuerdas suspendida en medio de la ría de Vigo.

Apenas reduciendo tan sólo un ápice la marcha, el *Quijote Wilson* viró en redondo, volviendo a pasar por entre los dos pilares del puente colgante. Por fin libres de nuestros perseguidores, Yago Ray puso rumbo hacia la salida de la ría sin dejar de contemplar en la distancia la bola de fuego en que se había convertido la planeadora flotando sobre el agua.

—¿Estáis bien, pececitos? —preguntó.

—Sí, yo sí. ¿Estás bien, Mariña?

—Sí —respondió lentamente—, sí.

—Eso está bien. Muy bien —sentenció nuestro capitán con la mirada puesta en el horizonte, allá por donde las islas Cíes marcan los límites entre el cielo y el mar—. Ya me contaréis en qué líos andáis metidos. Ya me contaréis...



## XLIV

Regresamos a la ciudad en silencio, los dos teníamos mucho en que pensar. Habíamos perdido a un buen amigo, habíamos pasado la noche en vela. Nos habíamos metido por una brecha del mismísimo infierno, nos habían apuntado con un par de pistolas. Nos habían perseguido a toda velocidad a lo largo de dos rías, y habrían acabado con nosotros de no haber sido porque fueron nuestros perseguidores los que finalmente acabaron saltando por los aires. ¿Y todo eso para qué?

Para nada.

Tan sólo para que, por si todo lo anterior no hubiese sido suficiente, Mariña todavía tuviese que ver morir a su propio hermano entre sus brazos. Demasiado, demasiado como para romper con nada el silencio en que ahora ella se amparaba.

Aparqué el coche por detrás de la Gran Vía y caminamos hasta el piso de Mariña refugiados en un abrazo. Cuando por fin llegamos al edificio, el comisario Bruno Rodés nos esperaba en el portal.

—Buenas tardes —saludó en un tono extrañamente respetuoso para tratarse de Bruno. Supuse que nuestro aspecto debía de resultar lamentable a los ojos del comisario. Mariña se quedó mirándolo, en silencio, sin responder nada.

—Tranquila —le dije—. Vete subiendo, en un momento estoy contigo.

Se introdujo en el portal, hasta perderse tras la puerta del ascensor, al final de las escaleras.

—Buenas tardes, Bruno —saludé desde el más hondo de los cansancios.

—Buenas tardes, *malparit* —«Hombre, por fin...», pensé—. ¿Qué, de paseo?

—Sí, se podría decir que sí... —Me sentía demasiado cansado física y anímicamente como para entrar al trapo de mi amigo—. Bueno, si a ti te sirve, entonces sí.

Mi respuesta cogió a Bruno por sorpresa.

—¡Pues no sé si me sirve o no! —protestó, después de un buen rato observándome en silencio, atónito ante la indiferencia mostrada por mi parte—. Depende, supongo. Dime por dónde ha sido ese paseo, y ya veremos.

Lo pensé por un instante, y al final respondí con la mayor seriedad.

—Por el lado salvaje, Bruno. Ha sido un paseo por el lado salvaje. ¿Por qué, qué pasa?

Ahora la mirada del comisario era de asombro.

—¿Que *qué pasa*? ¿Que *qué pasa*? Por el amor de Dios, Simón, ¿cómo que qué pasa!? ¡Nada, hombre! Sólo pasa que los del Servicio de Vigilancia Aduanera se han

pasado toda la tarde recogiendo los pedacitos de una de las planeadoras de nuestro amigo Ascanio, desparramados bajo el puente de Rande. ¡Eso es lo que pasa! — subrayó el comisario—. ¿Que no te parece bastante? Pues oye, deja que te cuente más: pasa también que no hace ni cinco minutos que me han dado el aviso de que el cuerpo de un viejo conocido mío acaba de aparecer flotando ría adentro, en la playa de San Adrián de Cobres, en Vilaboa.

—Blanco, el piloto de Ascanio.

—En efecto.

—Sí —respondí sin la más mínima expresión de nada en la voz—. Y si buscáis bien todavía encontraréis otro cadáver más, el cuerpo de un hombre de unos setenta años. Por si no lo podéis reconocer, que sepas que se trata de un alemán, tal vez con nacionalidad brasileña. Su nombre es Otto Wessler.

Bruno se quedó observándome en silencio, su boca ahora ligeramente abierta.

—Ya. Y no te voy a preguntar cómo es que sabes tú todo eso. —Bruno hablaba y al mismo tiempo negaba con la cabeza—. No, no te lo voy a preguntar, porque hay un centenar de testigos desde la playa de Menduña, en Aldán, hasta el puerto de Moaña, pasando por los aterrorizados pasajeros del catamarán Cangas-Vigo de la una de la tarde, que coinciden en describir a los ocupantes de dos embarcaciones muy ocupadas en perseguirse los unos a los otros por toda la ría a plena luz del sol. Dos personas, los dos varones, en la de atrás, una planeadora enorme. Tres, dos hombres y una mujer, en la de delante. La descripción de uno de esos dos hombres últimos coincide plenamente con la de ese tal Yago Ray por el que me preguntaste el otro día. Y los otros dos, el hombre y la mujer... ¿A que no sabes a quién se parecían mucho, muchísimo, *malparit*?

«Bravo», pensé. Bravo por la ironía de mi amigo, el comisario Bruno Rodés. Pero yo estaba muy cansado. *Mucho, muchísimo*. Demasiado cansado como para seguir con tanta historia.

—De acuerdo, Bruno, vale ya. Sí, éramos nosotros, Mariña y yo. Y todavía te puedo contar más, si quieres. Te puedo contar que desde esta mañana ya no tienes que preocuparte por uno de tus principales problemas. Se te acabaron los quebraderos de cabeza sobre Xulio Ascanio. Manda a tus mejores hombres de la científica al Buraco do Inferno, en la isla de Ons. Al fondo de la galería sur encontrarás su cuerpo. No está solo, que lo dejamos en compañía de dos cadáveres más. Y si esta vez hacéis bien vuestro trabajo, quiero decir, mejor de lo que lo hicisteis con doña Isabel y con Jakob, podréis comprobar por la posición de los cuerpos quién mató a quien.

Bruno me observaba con asombro, sin saber muy bien qué decir.

—Pero Simón, ¿cómo puedo saber yo que vosotros no habéis tenido nada que ver en todo este follón?

Mi primer impulso fue, sorprendentemente para mí, el de mandar a mi propio amigo a la mierda. Pero entonces comprendí, justo a tiempo, que no se trataba de eso. Bruno no buscaba culpables a la desesperada. No. La pregunta del comisario era una

puerta que mi viejo amigo dejaba abierta para nuestra huida. Lentamente, puse una mano sobre su hombro, y le respondí:

—Porque tú sabes, Bruno, que nosotros no hemos tenido nada que ver en todas esas muertes.

El comisario Rodés se quedó pensativo, sin dejar de mirarme. Al fin, apartó la cabeza y, con la mirada perdida en el comienzo de la calle Lepanto, habló:

—Ya... Supongo que tan sólo se trata de un asunto entre narcos que no ha salido bien.

Sonreí, agradecido.

—No sé, Bruno, no sé —respondí mirando al suelo, desde la mayor de las indiferencias—. Tú ya sabes que yo no soy más que un arquitecto sin demasiado trabajo.

Bruno volvió a posar sus ojos sobre mí. Los dos nos miramos en silencio. Pasaron unos segundos hasta que el comisario hizo un gesto con la cabeza, uno que parecía cerrar un acuerdo tácito.

—Tienes un aspecto horroroso —dijo—. Lo sabes, ¿no?

—Sí, ya lo sé. Por eso ahora, si no te importa...

—Id con mucho cuidado, amigo —dijo desde el portal cuando yo comenzaba a subir las escaleras.

Hice un gesto con la mano, algo a caballo entre el «de acuerdo» y el «hasta luego», pero ya no miré atrás. Lo único que quería era meterme en el ascensor, subir hasta el piso de Mariña y perderme en ella, descansar en un abrazo profundo como un océano.

Mariña había dejado la puerta abierta. Entré en el piso para encontrarla al fondo de la sala, contemplando la ría a través de los grandes ventanales del ático, con una vieja fotografía en las manos.

—Mariña —dije tras ella—, lo siento mucho.

—No digas nada, no hables —cortó, dejando la fotografía sobre el alféizar—. Abrazame. Sólo abrazame fuerte.

Los dos quedamos en silencio por un mar de tiempo, contemplando cómo la tarde se iba posando sobre la ciudad, ajena a cualquier tipo de problema, cualquier suerte de dolor.

—¿En qué piensas? —pregunté al fin.

Mariña no dejaba de observar la ría al fondo en ningún momento.

—En los naufragios. En aquellos que se producen en el mar más hondo de todos.

Recordé las palabras de Jakob.

—El de la memoria.

—El de la memoria —repitió ella.

Al final giró sobre sí misma y, todavía cogidos en aquel abrazo fuerte que ella me

había pedido, nos quedamos mirándonos a los ojos. Dios mío, cuánta hermosura había en aquella mirada. Y quizá fuese el de la memoria el más hondo, pero en ese momento yo estaba absolutamente convencido de que no había en el mundo mar para competir en profundidad con aquellos ojos. Dos océanos de luz y agua observándome fijamente mientras el mundo se detenía por completo. En ese momento, el universo entero pasó a girar a nuestro alrededor y, por una décima de segundo, todo quedó inmóvil. La luz, los colores, el sonido de las cosas, todo quieto, inmóvil, en suspensión ingrávida a nuestro alrededor.

—Ojalá todo el mundo pudiese encontrar al menos una vez en su vida un tesoro como el que yo tengo ahora frente a mí.

—¿Y cuál es ese tesoro, Simón?

—El placer, Mariña, el placer de verse reflejado de cerca en los ojos de una mujer hermosa. De una tan hermosa como sólo tú eres.

Nos quedamos en silencio por un momento, mirándonos, reconociéndonos, hasta que Mariña habló.

—No quiero que te vayas.

—Yo no me quiero marchar.

Y nos besamos.

Por fin.

Como si hubiese pasado toda mi vida esperando ese beso, esos labios. No besamos una vez, un beso largo. Y luego otra vez, y otra más. Nos besábamos, un beso, otro, otro más, y al tiempo nuestras manos iban buscando nuestros cuerpos. Nos estorbaban las ropas, ¿qué hacían ahí? La piel quería piel. Y así hicimos el amor. Caímos desnudos en el sofá negro de la sala, y sobre la ciudad comenzó a llover. Fuera el agua caía con desesperación mientras nosotros hacíamos el amor en el sofá negro. Hacíamos el amor con rabia, tanto sufrimiento acumulado, pero también con dulzura. ¿Acaso no merecíamos tal placer?

Y después llegó la noche. Ya la oscuridad lo cubría todo, pero a nosotros no nos importaba. Que viniese la noche, que viniese. Que viniese la noche, y la lluvia, y con ellas toda la oscuridad que quisiese venir, que nosotros estábamos al amparo de nuestro sofá negro, del calor de nuestros cuerpos. Al refugio de nuestros abrazos y de nuestros besos. Después de un mar de cariño, de caricias tiernas y sonrisas cómplices, nos fuimos juntos a la cama. Cuando nosotros quisimos, no cuando la noche nos lo dijo.

## XLV

Me desperté en plena madrugada, con el cuerpo completamente empapado en sudor. Lo poco que había dormido lo había hecho emboscado en una pesadilla tras otra. Doña Isabel, Daniel, aquellas caras en el viejo recorte del periódico... León y mi madre... Toda aquella compañía de muertos en procesión había venido para angustiar mi sueño. No podía dormir. Sentí el calor de un cuerpo desnudo a mi lado. Mariña. Descansaba tranquila por fin, una isla de paz en medio de tanta tormenta.

Pero yo no podía dormir.

Demasiadas emociones, demasiadas tensiones. Todo aquello me había sobrepasado, era demasiado para lo que al fin y al cabo yo era. Un arquitecto mediocre envuelto sin querer en un viaje por la historia de una familia extraña que, al final, había acabado siendo la mía propia. Y por el tiempo. Apenas una semana atrás yo casi ni siquiera sabía quién había sido Felipe V, qué había pasado con los galeones de América, con los piratas, la Guerra Civil, alemanes en España... Y el oro. Una carrera por el tiempo detrás de un oro que nunca apareció más que en la forma de tres viejas monedas de finales del siglo xvii. De hecho, desde el punto en que nos encontrábamos ahora, incluso costaba creer que ni un solo gramo de ese oro hubiese existido realmente alguna vez. No podía dormir y, antes de comenzar a dar vueltas y acabar por despertar a mi compañera, decidí levantarme de la cama.

Regresé sin hacer ruido a la sala, y volví a acercarme a la ventana en la que nuestro censo de besos y caricias había comenzado. Enmarcada por el ventanal que se recortaba en la oscuridad del cuarto, la ciudad era un hermosísimo cuadro de tejados negros, luces y solitaria tranquilidad. Me quedé un buen rato contemplando la paz a mis pies. Un largo trozo de tiempo.

Hasta que mis ojos repararon en la fotografía. La vieja fotografía que Mariña tenía en sus manos cuando yo entré en el piso. La había dejado sobre el alféizar de la ventana al acercarme yo a ella. La recogí, y me encontré con una foto antigua, una en blanco y negro de dos chiquillos jugando tranquilamente en un jardín. Busqué algo en ella que me arrojara un poco más de luz. Por detrás alguien había dejado una anotación escrita a mano. «Xulio y Mariña, 1970». Volví a ver la foto. Mariña, aún no cumplidos los dos años, se afanaba en invitar al té a una de sus muñecas, mientras su hermano, más próximo al fotógrafo, le mostraba al objetivo una sonrisa pícara, traviesa. Sonreí. «Ya apuntabas formas, chaval». Observándolos a los dos pensé en lo felices que parecían, ajenos a todo cuanto la vida les habría de deparar en el futuro. Contentos, tranquilos allí, al lado de aquel chorro de agua cantarina que caía por los

caños de la fuente.

Porque ése era el lugar, lo reconocí al instante. La fuente de la Casa Grande, el sitio en el que todo había empezado. En aquella vieja fuente de piedra que, no obstante, en la foto se veía tan nueva. En la fotografía, a la luz de un sol intuido por los claros y las sombras contrastadas sobre los rostros de los pequeños, la piedra todavía era blanca, clara, y no la mole de tonos grises y verdes cuya restauración me había sido encomendada apenas tres semanas atrás. Me imaginé que así sería como a doña Isabel le habría gustado realmente volver a verla, otra vez nueva, recién construida. Dejé que mi vista se perdiera en su contemplación. La piedra era tan nueva que la luz del sol reflejada en ella permitía observar con toda claridad cualquier detalle del labrado en la fuente. Los cantos, las juntas. Incluso la vieja inscripción, limpiamente grabada en el frontal. La inscripción... Sonreí de nuevo al verla. Me había llamado la atención cuando, al descubrirla, me había emocionado pensando que, igual que les sucedía a los guapos de las películas, yo también iba a descubrir algún viejo secreto misterioso escondido tras aquellas letras. Me había emocionado con la vieja inscripción para luego olvidarla, ahogada por las aguas pútridas de aquella realidad cenagosa. Y pronto comenzaron a pasar demasiadas cosas como para volver a detenerse en aquellas letras grabadas en la piedra...

Pero ahora ahí estaban de nuevo, justo entre las cabezas de Xulio y Mariña. SCM · I702 · DBR · I939 · EDM · I940 · STTL · I968. Me quedé atrapado en la contemplación de aquella serie inscrita en la piedra. Me quedé atrapado en ella...

Me quedé atrapado. Y la nostalgia de un pasado feliz fue dejando paso en mi inconsciente a la evidencia de la lógica más racional.

Soy un imbécil.

SCM.

Estaba todo ahí.

Daniel. Eneas.

Soy estúpido, el *Santo Cristo*.

El *Santo Cristo de Maracaibo*, 1702.

Eneas Dafonte. *De la fuente*.

La fuente.

No podía ser...

Daniel había desaparecido en 1939. Como si se hubiera muerto...

STTL.

No. S. T. T. L.

Despiértala.

Y, de repente, lo comprendí todo. ¡Despiértala!

—¡Despierta! ¡Despierta! ¡Tenemos que salir! ¡Corre!

Entré gritando en el dormitorio.

—¿Qué?

—¡Vístete, Mariña, tenemos que salir!

Atravesamos la ciudad en medio de la madrugada a tanta velocidad como mi pobre coche era capaz de ofrecer. No se podía correr más. Al final de la Gran Vía, las ruedas derraparon al entrar en la plaza de América, y ahora era Mariña la que, todavía medio dormida, seguía sin comprender nada de lo que estaba pasando.

—¿Pero qué ocurre, Simón? ¿Nos persiguen, otra vez?

Sonreí.

—Lo único que nos persigue es mi propia idiotez, Mariña. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Estaba todo delante de nosotros, ¡todo el tiempo, Mariña, todo! Pero yo no lo supe ver. ¡Hasta ahora!

Volví a acelerar al dejar atrás la avenida de Castela, con mi coche rugiendo. A nuestro paso saltaron los radares de la avenida de Europa primero y los del paseo de Samil después. Pero a mí me daba igual. Lo único que quería era llegar, ya.

—Todo estaba delante de nosotros, Mariña. Todo el tiempo, era lo que ellos intentaban explicarnos. Sólo a nosotros, sólo querían hablar con nosotros. Pero no pudieron, no les dieron tiempo. —Hablabas y al tiempo me atropellabas a mí mismo. Me daba cuenta de lo desordenado de mi propio discurso, pero la emoción no me dejaba escoger mejor las palabras—. Tu madre me lo dijo: «Tú y yo todavía tenemos una conversación pendiente». Y Jakob nos advirtió de lo importante que era que volviésemos al día siguiente, que todavía no había acabado de contárnoslo todo. Estuvieron intentándolo todo el tiempo, pero no les dejaron hacerlo. A los dos los mataron antes de que pudiesen hacer nada. Y después nosotros mismos nos perdimos por el camino. Pero todo estaba ahí, Mariña, todo estaba ahí, ¡justo delante de nosotros!

Creo que no debían de haber pasado ni diez minutos desde que cogimos el coche de la calle Venezuela, perpendicular a la Gran Vía, y ya lo estábamos aparcando junto a los muros de la Casa Grande. Con las prisas me había olvidado de decirle a Mariña nada de coger las llaves, así que para entrar tuvimos que decantarnos por la opción de pasar al otro lado trepando por la forja del viejo portalón. Atravesamos corriendo el bosque del terreno sin pasar por el edificio principal, y no nos detuvimos hasta llegar directamente a la vieja fuente en el mirador sobre el mar. Las herramientas que días atrás el eficiente Rovira había conseguido para nosotros todavía descansaban en el suelo, al lado de las losas de la fuente que nosotros mismos, Carlito y yo, habíamos dejado amontonadas en un lateral del mirador.

—S. T. T. L., ¡pero cómo he podido ser tan estúpido! Mariña, por favor, acércame esa maza. Y si buscas en la caja de herramientas, encontrarás un par de linternas. Cógelas también, por favor.

Yo seguía hablando a demasiada velocidad, sin que nada de lo que decía tuviese ningún sentido para Mariña.

—Aquí tienes —dijo, pasándome la maza y comenzando a alumbrar el camino con su linterna—. ¿Pero qué es eso que dices de ese «tetele», que significa todo

esto?

—Ese «tetele» no, Mariña. S. T. T. L. Se trata de una antigua inscripción romana.

—¿Romana? ¿Más historias de Eneas?

«¡Claro!», volví a reír al pensarlo. Yo no me había dado cuenta antes, pero no pude evitar sonreír de nuevo al pensar en lo que ahora sugería Mariña. Hasta el mismo instante final, Daniel dejaba bien claro cuál había sido el gusto de su juego.

—Bien, mucho me temo que sí. Tu padre era un genio, uno de los que sí sabían como marcar la X en el mapa del tesoro. S. T. T. L., las iniciales de *Sit Tibi Terra Levis*. Sígueme.

Los dos comenzamos el descenso a la cueva bajo la fuente, al manantial del que, como en su momento me dijera doña Isabel, «todo había brotado siempre».

—*Sit tibi terra levis*. «Que la tierra te sea leve».

—¿*Que te sea leve*? ¿Algo así como «que te vaya bien»?

—No, no exactamente. Este deseo no se refería a la vida, sino más bien a la muerte.

Mariña se quedó en silencio, pensando, mientras yo volvía a abrir el camino que bajaba a la cueva.

—Una inscripción funeraria... —comprendió por fin.

—Exacto. Un epitafio, algo así como el R. I. P., o nuestro más próximo D. E. P., «descanse en paz».

Ya estábamos en el interior de la cueva en la que días atrás Carlito y yo habíamos encontrado la caja con las dos monedas de oro. Todo estaba como nosotros lo habíamos dejado entonces. Agua estancada en el suelo, las grandes losas de piedra que se transformaban en techo, y la pared del fondo, abundantemente cubierta por la maleza.

—Cuando los romanos enterraban a sus muertos, lo hacían con el deseo de que la tierra con la que cubrían sus cuerpos les fuese lo más liviana posible, para que no les pesase y así les permitiese hacer su viaje a la otra vida.

Hablaba e iba examinando como podía la pared del fondo, alrededor de la pequeña abertura en la que habíamos encontrado el cofre con las dos monedas de oro. Aparté la maleza con las manos.

—¡Mira! —exclamé.

Ahí estaba. La vegetación y el tiempo lo habían ocultado, pero ahí estaba otra vez, grabado sobre la pared: S. T. T. L. Golpeé fuertemente con el martillo, justo sobre la inscripción, y al momento la pared nos devolvió un sonido hueco.

—¡La pared no es natural! —exclamó Mariña.

—No, no lo es. Vuestra fuente en realidad sólo es el vértice visible de un mausoleo enterrado. ¡Apártate!

Cargué todas mis fuerzas en los brazos y liberé la maza sobre la pared tan fuerte como me fue posible. No pasó nada. Cargué otra vez y repetí el golpe.



—Tiene que ser, tiene que ser —me iba repitiendo a mí mismo sin dejar de golpear.

Por fin, después de cuatro o cinco golpes, la piedra de la pared acabó por ceder, y conseguí abrir un hueco por el que asomar con facilidad nuestras linternas.

—Dios mío...

—Ahora sí —sonreí yo—. Ahí está el secreto de Troia.

Penetramos en la cámara para descubrir que bajo los terrenos de la Casa Grande existía otra gruta cuando menos tan grande como aquella de la que habíamos escapado a través del Buraco do Inferno, o tal vez más. Columnas y columnas de cajas rebosantes de oro se alineaban frente a nosotros, tiñendo toda la cavidad en un baño de claridad dorada al reflejarse en ellas la luz de nuestras linternas.

—Santo Dios, estaba aquí, en nuestra propia casa. Pero cómo...

—Tu padre y, muy probablemente, el propio Jakob trasladaron todo el oro desde el Buraco do Inferno hasta aquí al comprender que su trabajo ya estaba finalizando. Imagino que siempre sintieron el temor de que alguien más acabase por descubrir, o incluso conocer, la historia del *Meeresadler* y apareciese de nuevo por las islas. Así que, una vez hecho el trabajo, Eneas, Daniel, tu padre decidió enterrarlo aquí junto con la memoria de todos cuantos participaran en esta gran mentira. SCM, el *Santo Cristo*, hundido en 1702. DBR, el propio Daniel, desaparecido en 1939. Y EDM, Eneas, una farsa que empezó en 1940.

—Pero hay una fecha más. En la inscripción de la fuente, 1968.

—El año en que tú naciste. Tu nacimiento fue el entierro definitivo de su trabajo. 1968 fue el año en que la cueva fue sellada con el oro enterrado en su interior, con el deseo de que la tierra le fuese leve. Tanto como para que un día vosotros, tú misma, la pudieseis volver a abrir y conocer la verdad. Una verdad que siempre estuvo aquí, enterrada bajo la fuente que en todo momento llevasteis en vuestro nombre.

Mariña sonrió por fin, y su rostro brilló como si todo él fuese también del más puro oro.

—Dios mío, Simón. ¿Y qué vamos a hacer ahora con todo esto?

Yo también sonreí al verla feliz al fin. Y lo tuve muy claro.

—Por ahora, besarnos, mi amor.

## AGRADECIMIENTOS

Éste es uno de esos libros que no podrían salir adelante de no ser por la muy amable ayuda de un buen número de amigos. Por eso mismo, éste también es uno de esos libros que no se podrían dar por completos de no llevar en algún lugar buena cuenta de los agradecimientos de los que es deudor.

Así, es necesario darle las gracias a Elisa Barreiro López —nuestra tía Elisa, a quien siempre hemos de echar en falta—, por su memoria prodigiosa a la hora de recordar hasta los más sutiles detalles del Canido de la primera posguerra; a Julio González Salgueiro y a José Ángel Pujol Gómez, «Pucho», auténticos lobos de mar, por sus consejos marineros y náuticos; a Beatriz Bruna, presidenta de Espeleo Club Aradelas, y José Diz, director del proyecto de catalogación de las grutas existentes en el Parque Nacional de las Islas Atlánticas, por la inestimable ayuda por parte de ambos a la hora de documentarme sobre la terrible belleza que el Buraco do Inferno esconde en su realidad; a Anna Rodés Monegal, notable doctora que me puso en la pista de los más peligrosos venenos; a Cristina Rodés Monegal, que en todo momento se encargó de que nunca faltase papel para soportar mis tintas; y, muy especialmente, a Suso de Toro, grandísimo maestro para toda una generación de jóvenes que con él aprendimos que otro modo de narrar era posible, porque, otra vez, de no ser por sus consejos hoy este libro no sería tal.

A todos, de todo corazón, gracias.



PEDRO FEIJOO (Vigo, 1975) es licenciado en Filología Gallega por la Universidad de Santiago de Compostela, aunque a lo largo de los últimos años ha ejercido profesionalmente como músico, llevando a cabo una intensa trayectoria como productor, compositor y miembro de algunos de los más destacables proyectos musicales tanto a nivel estatal como gallego.

En el año 1997 publicó su primer libro, *Cousas do «Galicia», por Castelao*, ensayo en el que se explica la importante relación del autor y político de Rianxo con el periódico vigués que entre los años 1922 y 1926 dirigiría Valentín Paz-Andrade. En el año 2005 saldría al mercado *Viva o Fu Remol!*, una crónica desde la que se intenta arrojar un poco de luz sobre los muchos problemas de los que adolece el panorama musical gallego.

*Los hijos del mar (Os fillos do mar)*, su primera novela, fue finalista del prestigioso Premio Xerais de Novela 2011, y está siendo un auténtico fenómeno literario en Galicia, con cuatro ediciones completas en menos de un año, y clamor unánime por parte de crítica y público.

Actualmente está ultimando su segunda novela.